

ZORAYDA LA REINA MORA

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,
José M,^a Barañera

Barcelona, 16 Agosto 1912

IMPRÍMASE

EL VICARIO GENERAL,
José Palmarola

POR MANDADO DE SU SRÍA.
Lic. Salvador Carreras, Pbro.
Serio. Canc.

ZORAYDA

LA REINA MORA

NOVELA HISTÓRICA DE TIEMPOS
DE SANCHO VIII DE NAVARRA

=====
POR
=====

D. JUAN ANCHORENA

: : CON UN PRÓLOGO CRÍTICA :

=====
POR EL
=====

Rdo. P. Antonio de P. Díaz de Castro



JOSÉ VILAMALA

PLAZA URQUINAONA, NÚM. 3. — BARCELONA

1912

Es propiedad

A la Excm. Diputación

Provincial de Navarra

Exmo Sr.

El reino de Navarra fué principalmente el teatro donde tuvieron lugar los sucesos que se detallan en esta obra. Navarro fué el rey, protagonista, navarros los principales personajes, navarro, si cabe esta calificación, es el argumento, el plan y la indole de la obra, y todo, en fin, lleva el sello de la Navarra. Si á esto se agrega la cualidad de su autor, también navarro, navarro de origen y de corazón, y la de V. E. que es el representante de tan antiguo como esclarecido reino, se hallará justificado el motivo que me impulsa á dedicarle una producción que si algo revela es tan solo el entrañable amor de su autor hacia su madre patria.

Por esto me atrevo á rogar á V. E. se digné aceptar la dedicatoria de mi pobre obra.

*Soy de V. E. con el más profundo respeto
humildæ servidor*

Juan Anchorena

PRÓLOGO

No es fácil cosa dejar concluyentemente asentado cuánto y cuán grande fuera lo que se rematará por nuestros antepasados en aquellos legendarios tiempos de la Reconquista que comprenden el lapso de siete centurias. Los héroes de antaño gustaban más de hechos macizos que de palabras huecas, siendo esta sin duda la causa por la que eran largos en hazañas y muy parcos en recontarlas.

Leyendas y romances, centones y cronicones falsos del sabor de los de Florián de Ocampo han dado pie a que llegaran hasta nosotros falsedades sin cuento y hechos no creíbles ni por la crítica sincera aceptables, en los que se mezcla la realidad con la fábula, quedando tal vez oculto para siempre lo que debía por todos ser conocido y admirado. De aquí que hasta Rodrigo de Rada, padre

de nuestra Historia patria, nos sea muy difícil seleccionar entre los mil y un recuentos históricos y entre las mil y una fábulas de que está urdida la trama de nuestros legítimos abolengos. Y aun fueron por el público tan aceptadas las narraciones romancescas, que el sabor de las mismas se perpetuó en contra de la historia verídica e imparcial del Arzobispo toledano, quien en algunas cosas tal vez se resienta de la credulidad de sus tiempos.

Envueltas, pues, en cendales literarios más o menos preciosos las historias de aquellos hazañosos hechos llevados a cabo por nuestro mayores hasta terminar la Reconquista y asentarse la unidad nacional española; y de entonces acá muy poco escrupulosamente estudiadas por nuestros historiadores, pocos por desgracia, las narraciones de antaño tienen que aquilatarse aun mucho para que lleguemos a formar criterio exacto de cuanto fué para nosotros principio de nacional grandeza y base de nuestra historia patria.

Al sacar hoy del polvo del olvido en que yacía la presente novela histórica de los tiempos de Sancho VIII el Fuerte, llamado también el *Encerrado*, que escribiera un joven navarro, natural de Tudela, don Juan Anchorena, a quien la muerte atajó los pasos antes de publicarla; no pretendemos, ni con mucho dar al mundo de las letras una obra que proyecte luces nuevas sobre las obscuridades del pasado. El autor no tuvo otro móvil al escribirla que el de dar a su patria chica, una prueba fehaciente del cariño filial que le profesaba y dedi-

carle un recuerdo de su pluma desde tierra de Campos, en donde ejercía un empleo público que algún vagar le dejaba para ejercitarse en torneos literarios.

Escritas algunas comedias de asuntos morales y sacadas a las tablas en algún teatro de la Corte algo así como vergonzosamente; tomó alientos para mayores obras y el año 1859, frizando el señor Anchovena en los 24 años, emprendió con singular valentía la obra que hoy damos al público. Ni mayor gloria, ni más encumbrado asunto para un navarro que tomar en su pluma las narraciones del más valiente y más rey de los que llevaron las riendas del nobilísimo y antiguo Reino de Navarra, Sancho VIII el Fuerte,

Y no queremos decir que el autor se ilusionase demasiado ni con el asunto, ni con su producción. Algo debió desconfiar de sí mismo, cuando de mano en mano hizo pasar su obra a la crítica de amigos y particularmente á la de su tío carnal don Mariano Anchorena, en el cual por la edad y la cultura veía el joven escritor un crítico concienzudo y hasta riguroso. Y fué así: que en cartas cruzadas entre tío y sobrino que pude haber a las manos halladas entre informe montón de papeles en un rincón de la casa en donde viviera el autor, echo de ver que sostuvieron ambos no despreciable polémica sobre el argumento y la forma del presente libro. Católicos rancios los dos y hombre de patriarcales costumbres el tío, tuvieron sus dares y tomares sobre los amores del Rey don Sancho

con la bellísima hija de Almanzor, creyendo el tío que la moral no quedaba muy parada con el relato algo realista que el autor hacía del encuentro del Rey Fuerte con Zorayda, y hubo de pasar implacable su pluma para borrar, o como el decía, *acuchillar* el tal pasaje. En carta de 5 de Julio del 59 contesta el sobrino a don Mariano, protestando de su Catolicismo, y afirmando, que *bien sabe él que la moralidad debe presidir toda obra estética*, y por consiguiente, aunque admite correcciones no admite *acuchillamientos* despiadados de su obra.

Y además: si el hecho es dudoso, puesto que muchos historiadores lo pasan por alto, él lo admite como digno de una novela, pero habida cuenta a no desvirtuar las hazañas gloriosas del Rey navarro, las cuales narra también con valentía de palabra haciéndolas resaltar como obra de cincelado y de repujamiento, a fin de que la figura de don Sancho conserve el alto relieve que méritamente en la historia se conquistara.

Y en efecto, repuja la silueta del Rey de las hazañas contra moros, y entre las debilidades del amante, da líneas valentísimas al guerrero que lo mismo conquistando a Túnez y Tremecén, que cuerpo a cuerpo hichando con el león del desierto y más tarde en la gloriosa campaña de las Navas manifestó que con justo título y ley llevaba el sobrenombre de el *Fuerte*.

Tiene el señor Anchorena, a vueltas de incorrecciones de estilo, no poco de *vis comica* para presentar a sus personajes, crear situaciones difíciles y bien

desarrolladas y dar caracteres no conocidos a tipos como los de Omar y Brahem, á los cuales además de la sagacidad propia de sus similares, reviste del copaje de la ciencia, tal vez para quitarles el tinte de supersticioso y sobrenatural que ponen las gentes en tales hombres de los cuales en demasía han abusado hasta novelistas de talla.

La coronación de don Sancho, las pinturas del moro Samuel, de los cortesanos y cortesanas, del encierro de doña Constanca, de los bandidos de las bardenas y especialmente de su Jefe, quien más tarde vengó en Omar a su víctima, y finalmente la muerte de Zorayda y sobre todo la campaña de las Navas, en la cual se reconcentra y revela todo el fin moral de la novela, están narrados con verdadera inspiración y merecen del público algún aplauso más justo que el que prodiga a obras, cuya finalidad es la perversión de las almas entre la prostitución del lenguaje y el degüello de la belleza artística.

De haber vivido el autor, tal vez hubiera dado algún repaso más a sus escritos y la obra hubiera corrido parejas con las de inmortales plumas que cultivaron con éxito no medido la novela histórica. Pero el tener que mantener a una madre viuda con su trabajo obligó al joven escritor a correr demasiado en sus escritos y no tuvo tiempo para limar los originales.

De todos modos ha de merecer bien del público y particularmente del pueblo navarro y de su Excelentísima Diputación, a quien en su origen la obra

estaba dedicada, puesto que en ella se revela el corazón que ama legítimo, y nunca marchitables glorias del pueblo que le vió nacer, y que á poder de ese amor sagrado consagra sus esfuerzos á que otros amen también lo que es amable y de memoria perpétua muy digno.

Semejante fin es hoy también el nuestro exhumar la obra que hoy presentamos á España, y en especial á Navarra en el séptimo Centenario de las Navas, principio sin duda de aquella pujanza noble y nobleza pujante con que ha brillado siempre en la historia del Reino de Navarra, y que sabe conservar aún hoy repujada en su alma indomable, que no se ha rendido aún sinó ante el emblema de su independencia ser presentado en sus fueros que no han de borrarse nunca, y que han de perseverar y durar cuanto un alma navarra perseverase y durase, aunque para ello tengan necesidad de verter gota a gota la sangre hidalga y noble que de los héroes que formaron su antiguo reino con legítimo orgullo heredaron.

En las catedrales de Pamplona y de Tudela y en la Colegiata de Roncesvalles cuelgan aún como inmortal trofeo las cadenas que Sancho VIII, ayudado por nobles caballeros navarros y por las meznadas que Alfonso VIII puso al mando de aquél, sacadas de los Consejos de Segovia, Avila y Medina del Campo, arrancaron de las manos de los esclavos, rotas por la maza de don Sancho, quien las puso en el escudo de su reino para perpetuar la memoria de la celebrada campaña de las Navas.

Quiera el cielo que siempre sirvan para amarrar el alma del pueblo navarro á los ideales de la fe, en alas de la cual rompan siempre las cadenas ominosas que quieran echarse sobre el cuello de los hijos de las tradiciones patrias para esclavizarlos al carro de los vencedores por el Liberalismo.

Navarra hierve en festejos para celebrar el Séptimo Centenario de la victoria de las Navas de Tolosa, y hemos visto con gran júbilo de nuestra alma concurrir muchedumbres sin cuento ante los mortales despojos del Rey Fuerte en Roncesvalles y más de quinientas cruces y banderas pasearse con inusitado entusiasmo por las calles de Pamplona para rendir pleito homenaje al Señor de las batallas y de los ejércitos y al único Rey de los pueblos y de las naciones. Tal vez en lo secreto sí, pero muy de veras, la Excma. Diputación y los Municipios navarros juraran el día 16 de este mes de Julio de 1912 defender las tradiciones de sus antepasados heredadas, y al pasar a la vera de la estatua que representa los Fueros de Navarra para inclinarse más tarde ante la *Sag.* Hostia elevada en los aires en manos del Prelado Pamplonés y ante un pueblo no contable, se creyeran obligados á morir antes que ceder un palmo de lo que constituyó su su mejor y mayor gloria y hoy es piedra de amillaramiento que encierra á Navarra con cadenas irrompibles en la fe católica y en sus tradiciones sagradas.

Al presentar hoy con el Autor esta obra inédita a la Excma. Diputación Provincial y Foral, que-

remos uniros en un todo a sus entusiasmos justos y envidiables al recordar la gloriosa campaña e inmortal victoria del Catolicismo por el insigne caudillo y el mayor de los Reyes de Navarra, don Sancho VIII el Fuerte.

Antonio de P. Díaz de Castro

Pamplona, 16 Julio 1912.

INTRODUCCION

INTRODUCCIÓN

Los autores graves atribuyen los acontecimientos de sus héroes a causas políticas, o de Estado, que las más de las veces no ejercieron influencia alguna sobre sus actos. ¿Será por no hacerles aparecer débiles ante la posteridad, atribuyéndoles afectos, que son patrimonio del vulgo?

Siguen y siguen las generaciones creyendo lo que los autores dejaron consignado en sus escritos. Y allá, cuando hasta el nombre del héroe es desconocido; cuando seis o siete centurias han convertido sus restos en sutil polvo, una mano investigadora viene a echar por tierra lo que hasta entonces aparecía como verdad inconcusa, y asigna a los acontecimientos el verdadero móvil, que los produjo.

Las afecciones del corazón no se estrellan, ni contra la ferrada coraza del guerrero, ni contra el regio manto de púrpura, ni contra los harapos del pobre. Al primero, acometen quizá en el ardor del combate. Al segundo, en medio de las grandezas, o cuando un pueblo sublevado hace bambolear el regio dosel, do se refugia. Y al último, por fin,

cuando su voz desfallecida demanda una caritativa limosna en el pórtico de un templo. Reyes y súbditos, ricos y pobres, valientes y cobardes, todos sufren la influencia tiránica de los afectos.

El fin, pues, que en esta obra nos proponemos, es descorrer el nebuloso velo, conque está envuelta la voluntaria reclusión del rey don Sancho el VIII de Navarra en el castillo de Tudela, su ciudad querida.

Comprendemos con los que derivan esta reclusión del dolor que le produjo la muerte de su hijo don Fernando, ocasionada por un oso en una carcería; comprendemos, repetimos, el pesar por tan inestimable pérdida; y más, si este padre es un Rey; y este hijo, el único heredero de su glorioso nombre y su corona. Este acontecimiento puede valer al padre el renombre de *Encerrado*.

Mas, también se comprende el dolor del hombre-rey, cuando un amor imposible le impele a reparar en la pequeñez de su grandeza; cuando el sentimiento cristiano, que domina en su corazón, le obliga a batallar con el amor, que le inspirara una mujer que profesa diversas creencias religiosas; cuando algunos años de dorada esclavitud en los reinos de ella le han brindado con la idea de poseerla. Este acontecimiento puede valer al Rey-hombre, el renombre de *Encerrado*.

Para el desarrollo de este pensamiento, forzoso es rebatir opiniones corroboradas por ilustres escritores. Temeraria parecerá la empresa, pero en materia de escritores, existen, unos que fueron testigos oculares de lo que escribieron; y otros, a quienes asiste el derecho de juzgar anteriores opiniones. Los demás, por juiciosos, por auténticos que sean, no son más que copiantes de los primeros.

A uno, pues, tenemos que rebatir. Mas éste es:

tan juicioso, tan veraz y tan elegante, que su mayor elogio está formulado con decir, que fué el primero, sin segundo, de los historiadores de Navarra. Nos referimos al gran Moret.

Habrá de entre los lectores quien, aplicando una de las reglas de buen criterio, no comprende el móvil que pudo incitar a tan concienzudo escritor para asignar una causa inverosímil a la reclusión del Rey don Sancho.

Mas, si nos remontamos a la época del héroe; si admiramos su valor, su magnanimidad, su prudencia y sus sentimientos cristianos; y si, más bien nos place, cerramos los anales del Padre Moret, y traducimos tan altas prendas en cada una de las piedras de la gigantesca catedral de Tudela por él reedificada; confesaremos si el gran historiador pudo derivar la reclusión del Rey don Sancho en el último tercio de su vida de otra causa, que del pesar que le produjera la muerte trágica de su hijo don Fernando.

Y tan cierto es esto, que humanamente no le fué dado al analista asignar otra, sin destruir de una plumada todas las virtudes morales, políticas y sociales, que caracterizaron al Rey don Sancho.

Porque... ¡tener amores el valeroso Rey!... ¡sucumbir aquella alma, cuya posesión le valió el renombre de *Fuerte* antes de el de *Encerrado*, a una pasión de amor!... Las generaciones de hierro de aquellos tiempos no lo hubieran perdonado al Rey, que los tuvo; ni las sucesivas, al escritor, que los enseñó a la posteridad.

El mismo esclarecido analista no pudo impedirse de narrar prolijamente el amor, de que fué objeto la persona del Rey; aunque cuidando de ocultar el que éste sentía.

El origen, pues, que aquí atribuimos a su reclusión, ya se funda en algo; y no es parto de una

imaginación voluntariosa, que ni teme desmentir caprichosamente la historia, ni cargar con el ridículo, que tal conducta excitaría.

Tal vez se tengan por bastantes estas razones. Si así no sucede, aun resta la de más peso ; y es, que el Padre Moret sería gran historiador, mas nunca novelista.

Entremos, pues, de lleno en la historia de los regios amores. Y si es lícito y posible llegar hasta las desdichas ocultas bajo un manto de púrpura, compadezcamos las de un Rey, a quien tanto adeuda el antiguo Reino de Navarra.

CAPITULO PRIMERO Y SEGUNDO

Coronación del Rey D. Sancho VIII de Navarra

El fuerte y al fin El encerrado.—Su retrato.—Particularidades de aquella.

En el año de gracia de mil ciento noventa y cuatro había cerrado los ojos a la luz el Rey don Sancho, el Sabio, de Navarra. Al sentimiento, que tan infausto acontecimiento había producido en el reino, reemplazaba la alegría por las esperanzas que el Príncipe don Sancho, su hijo, había hecho concebir a los Navarros. Su carácter tan brioso, como inflexible; su alma grande y generosa; y el ardimiento y valentía, de que había dado pruebas en las frecuentes guerras, en que su padre se había visto envuelto; eran las prendas que más estimaban los vasallos de aquellas épocas en los reyes. La turbaciones, tumultos e invasiones que entonces ocasionaba la codicia de los reinos fronterizos, exigían un valor indómito, que rechazase la fuerza con la fuerza; y no la sagacidad y diplomacia, que apetecemos en los modernos reyes.

Los navarros, pues, comprendieron, con secreto placer que, al perder un *Sabio*, habían adquirido un *Fuerte*.

De esta adquisición se enorgullecía, con justa causa, la ciudad de Tudela, por haber sido la cuna del joven Príncipe, que un día había de imitar, sino sobrepujar, a las gloriosas hazañas de los Garcías Jiménez, Iñigos Aristas, y Sanchos Abarcas, fundadores del trono de Navarra. En el curso de su tempestuosa vida, jamás olvidó el Rey a su ciudad nativa; y cuando, abrumado por ocultos pesares, se sustrajo al comercio humano, ella fué la elegida para residencia suya, y ella la que recogió sus últimos suspiros.

Los antiguos, sea que desdeñasen el divino arte, que después había de ennoblecer a Murillo, Zurbarán y Velázquez, como indigno de aquella edad heroica; o sea que presintiesen el trágico fin, que el autor de las *Escenas matritenses* describe acerca de los retratos; apenas nos legaron sus rasgos fisonómicos, confiando demasiado en la transmisión de ellos por la historia. Dedicados exclusivamente al estruendo de las armas, no se cuidaron de lo que creyeron, sin duda, nimiedades.

Fuera, a pesar de esto, cosa nunca vista en una novela omitir una pomposa descripción del protagonista. Esta omisión sería imperdonable. La absoluta carencia de retratos no dispensaría el silencio, como la analización de los restos fósiles no dispensa la ignorancia del naturalista acerca de los seres, de quienes proceden. El método inductivo asignará los rasgos fisonómicos del autor de tales o cuales hechos. En otros términos: el efecto conducirá a la causa.

Mas, a fin de no engolfarnos en enojosas ideas metafísicas, echaremos mano de un retrato del Rey don Sancho, que existe en la sacristía de la

catedral de Tudela. Quitémosle los surcos trazados en su frente por la vejez, en cuya edad fué retratado; demos tersura y color al cutis; despojémosle de la aridez y frialdad, que en su rostro campea; concondamos, en fin, al oscuro retratista, un poco de lo que les sobró a Velázquez, al divino Murillo, y quedará tal, como necesitamos que existiera el Príncipe de la época en que comienza esta historia, y en el día en que iba a ser coronado Rey en la Catedral de Santa María de la Corte de Navarra.

Brillante, como pocos, era uno del mes de mayo del expresado año de mil ciento noventa y cinco. El cielo ostentaba su color azul en toda su esplendidez, y el sol vertía sobre la bulliciosa ciudad sus refulgentes rayos. Multitud de gentes, en cuyos rostros se leía la impaciencia y la agitación del que espera con avidéz algún acontecimiento, transitaba, o por mejor decir, obstruía las calles de Pamplona. A trechos, se veían grupos de personas comentando el futuro suceso, que las reunía; y acerca de las altas prendas de su actor el Príncipe don Sancho. Quien, presagiando quiméricas o reales invasiones extranjeras, enumeraba de antemano las victorias que el pueblo navarro conseguiría bajo las órdenes del futuro Rey; y quien, más tímido y asustadizo, comparaba con terror secreto la fortaleza y valentía del hijo con la madurez y prudencia del padre; de cuya comparación no salía muy bien librado el primero. Estas disputas agriaban algún tanto los ánimos de los disputadores. Enárbolábanse los puños; pero, gracias a la amigable intrevención de un tercero, concluían trágicamente, esto es, en una taberna, a la que se refugiaban para calmar su impaciencia. Allí se brindaba, con sendas copas de vino, por el monarca difunto, por el vivo, por los componedores, y por

los contendientes ; porque, de todas las naciones y provincias conocidas, este es el carácter por excelencia de los naturales de Navarra. El resentimiento y el odio cede siempre ante la franqueza y la generosidad.

Los balcones, ventanas y miradores, adornados con vistosas colgaduras de diverso gusto y riqueza, estaban ocupados por millares de espectadores, entre los que sobresalían las damas de la corte y de todo el reino, ataviadas con trajes y joyas riquísimas, infringiendo, en honor del día, los austeros y rígidos estatutos de los Reyes, que prefijaban los grados de riqueza a que podía llegarse en el vestido. El tránsito, que mediaba desde el Palacio Real hasta la iglesia Catedral, estaba entoldado con el fin de preservar al Príncipe y a los cortesanos de los ardientes rayos del sol. Hay que advertir en pro de la moralidad de nuestro mayores que, a pesar de la inmensa concurrencia apiñada en las calles, un observador del siglo XIX, trasladado a aquella época, hubiera notado la ausencia de una raza menguada, importada por la civilización, que explota con maravillosa presteza los descuidos de los circunstantes ; si no con honra de sus almas, con provecho, al menos, de sus bolsillos.

La regia comitiva salió, por fin, del Palacio Real. Un grito unísono de júbilo siguió a la aparición del Rey. Cada uno se esforzaba en romper la muralla de gente, que le impedía satisfacer su curiosidad. Los más ágiles se encaramaban a las rejas y pilares de las casas ; y todos prorrumpían en aclamaciones, vitoreando al Príncipe don Sancho.

Cuatro hombres, vestidos con ropillas negras de terciopelo, abrían la marcha, llevando pesadas mazas de plata sobre sus hombros. Seguían los heraldos y reyes de armas ; luego los arcabuceros y

soldados, e inmediatamente a éstos, dos hombres con ropones negros y sombreros pajizos, conduciendo los timbales.

Cabalgaba en árabe alazán el Príncipe don Sancho de Navarra, de noble y resuelta apostura. Sus cabellos castaños, excesivamente cortos, según los usos rígidos de la época, cubrían apenas el nacimiento de su ancha y espaciosa frente. Grandes y negros sus ojos, a veces inquietos y audaces, y otras de mirada vaga y melancólica, según el sentimiento que lo dominaba; ora los fijaba en la multitud, que lo vitoreaba, como los bajaba al suelo, al impulso quizás de amargo pensamiento. Las ventanas, un tanto dilatadas, de su nariz aguileña, daban cierto aire de cautela e intrepidez a su fisonomía. Y su boca pequeña, sus labios delgados, su imperceptible sonrisa y su habitual taciturnidad, imprimían a su ovalado rostro tal tinte contradictorio de franqueza y de reserva, de vigor y de debilidad, que desde luego se adivinaba, que aquel Príncipe, que ya rayaba en los treinta y cuatro años de edad, sería durante su reinado lo que le conviniera ser; pero siempre valiente; siempre magnánimo.

Vestía un riquísimo manto de terciopelo, recamado de estrellas de oro, sobre ancho jubón de seda, bordado también en oro. Un calzón ajustado dibujaba sus atléticas y bien formadas piernas. Calzaba botines negros; y sobre ellos, dorados acicates. Regía las riendas de su corcel con el desembarazo y naturalidad innatas de los que, sirviéndonos de la frase de un gran escritor francés, poseen un trono sancionado por cien tumbas de sus antepasados en los osarios reales. Arrogante sin orgullo, brioso sin afectación, y afable sin bajeza, el Príncipe avanzaba lentamente en dirección a la Catedral.

El joven don Fernando Ruiz de Azagra, Señor de Estella, uno de los más poderosos Ricos-hombres de Navarra, cabalgaba a la derecha del Príncipe; y a su izquierda, don Pedro Ramírez, Señor de Vitoria. A respetuosa distancia avanzaban a pie los tres Estados del reino, congregados en Cortes. El de la nobleza lo personificaban don Lope Sánchez, Señor de Arlucea; don Martín Iñiguez, de la Guardia; don Iñigo López, de Mendoza, de Zaitegui; don Gómez Garcés, de Portella; don Miguel de Lerat, de Dicastillo; don García de Baztán, de Aybar; don Fortuño de Baztán, de Pie de Port; don Aznar Pardo, de Falces; don Gimeno de Aybar, de Burguí; don Sancho Orta, de Tafalla; don Martín de Rada, de Caparroso; don García de Eriz, de Amayar, y otros muchos caballeros e infanzones de Navarra.

El clero estaba representado por el Obispo de Bayona, los Priors de las Colegiales de Tudela, Leyre y Roncesvalles, y demás prebendados y Canónigos, que poseían voz y voto en Cortes.

Por el estado llano se veían los *buenos hombres*, nombrados por las Ciudades, Villas y Lugares, *concejo representando*.

Al llegar a las puertas de la Catedral, desmontó el Príncipe, penetró con paso firme en ella, seguido por los ricos-hombres y cortesanos; y tomó asiento en un sillón, preparado para él, en la capilla del altar mayor. El pueblo se desparramó por el vasto recinto de la Catedral.

El obispo don García, a quien tanto amó don Sancho siendo Rey, ocupaba en esta época la silla episcopal de Pamplona: y en este día le correspondía, como primera dignidad eclesiástica del reino, la celebración de la misa en la ceremonia de la coronación.

Comenzado el augusto sacrificio; el Príncipe,

después de haber velado la noche anterior en la Catedral, según el ceremonial iniciado por los navarros en la elección del primer rey, y establecido para los sucesivos, recibió la sagrada Eucaristía, y ofreció sobre el altar paños de púrpura, y moneda acuñada con su busto. En seguida, el Obispo celebrante, haciendo la señal de la cruz y presentando al Príncipe el libro de los Evangelios:

—¿Juráis—le preguntó—guardar y hacer guardar nuestra santa religión, sin contagios con la herejía, y defender el reino con todo el poder con que Dios por mi boca va a investirnos?

El Príncipe vaciló en contestar. Su alma batallaba, indudablemente, entre el sentimiento religioso que poseía, y algún otro oculto, de que no podía sustraerse.

—Sí, juro—contestó, por fin, con apagada voz.

El Obispo celebrante continuó:

—¿Juráis, asimismo, observar y hacer observar los buenos usos, costumbres, fueros y privilegios del reino, mejorándolos y no empeorándolos?

—Sí, juro—contestó el Príncipe con viveza.

Entonces, el celebrante comminó al futuro Rey con la ira celeste, maldijo su descendencia, si no cumplía lo jurado, y dióle posesión en nombre de Dios, del reino que le habían legado sus mayores.

El ceremonial prescrito para estos actos, vedaba que nadie ciñese la espada al Rey, significando con tan extraña prohibición, el poder supremo y sin sujeción a ningún otro en la tierra. Por esta causa, pues, el Príncipe tomó la espada presentada por un asistente del Obispo, y la ciñó a su talle. Puesto en seguida de pie sobre un escudo, los ricos-hombres le *sublimaron*, gritando por tres veces: *real, real, real*, y le pasearon en triunfo por la Catedral, mientras que él arrojaba moneda al pueblo entusiasmado.

Un grito inmenso resonaba en el templo: Viva el rey don Sancho el VIII.

Concluído el paseo, los ricos hombres por la nobleza, las dignidades eclesiásticas por el clero, y los representantes de los pueblos por el estado llano, le besaron la mano y rindieron vasallaje.

Magnífica fué, sin duda, la institución de *sublimar* a los reyes sobre el escudo, y significativa en alto grado. Por medio de ella se marcaba al rey, tácita, pero elocuentemente, el uso del poder que se le confería, y que no se le investía con él para emplearlo en la voluptuosidad y la molicie. Si esta práctica la tomaron los navarros, como se cree, de los godos y suevos, que la aportaron a España de los germanos; es indudable, que comprendieron bien las tendencias de aquellas sangrientas épocas.

Concluída la ceremonia de la coronación, el nuevo Rey y su comitiva despejaron el templo, y se retiraron al Palacio Real en el mismo orden con que habían salido.

CAPITULO III

Una corona de oro, convertida en corona de espinas.—Presentimientos lúgubres y pesares de D. Sancho, en medio de la alegría pública.

Era la noche del mismo día en que había sido proclamado Rey don Sancho el VIII. Innumerables estrellas fulguraban en la bóveda celeste, y el astro nocturno alumbraba con melancólica antorcha las alegres escenas de que era teatro la ciudad de Pamplona. Alguna que otra nube sutil y vaporosa, cual velo nupcial de casta joven, se advertía a trechos, contrastando con el azul del cielo; y una aura, bella como la dicha, y amorosa como un beso de Dios, agitaba dulcemente las nacientes flores.

Tan poética noche hubiese inspirado dulces pensamientos a una persona exenta de pesares. Y sin embargo, al Rey don Sancho, aislado y solo en su regia cámara, le imprimía ideas inquietas y desconocidas. Y es que el hombre, cuando se halla incapacitado para gozar del placer, que inspira un objeto por esencia bello; lo encuentra deforme, sólo porque a los demás produce alegría. Y llega su injusticia hasta el punto de que, si en su mano

estuviera, lo sustituiría con otros objetos deformes en su esencia, con el fin únicamente de sustraerlo a los que no tienen, como él, la desgracia de padecer.

El Rey, absorto y como insensible, escuchaba, cruzado de brazos en uno de los balcones de su cámara, la algazara y el bullicio de sus cortesanos, reunidos en los salones inmediatos, y los sonidos de las músicas y fiestas, con que el pueblo entusiasmado celebraba su advenimiento al trono. El reflejo de las antorchas, que agitaba la muchedumbre, desparramada por las calles, iluminaba rápidamente su regia cámara. Sacudiendo, por fin, la cabeza:

—¡Cuán felices sois—exclamó el Rey, fijando su vista en la muchedumbre que pululaba por la ciudad:—Vosotros celebráis mi exaltación al trono, mientras que yo, apenas la corona ha tocado mis sienes, cuando su peso ya me abrumba. ¡Cuán insoportable es la grandeza comprada a costa de la felicidad!

El eco de las carcajadas de los cortesanos, traspasando las paredes intermedias, cubieron las palabras del Rey. Al oírlos:

—Reid, reid, cortesanos—prosiguió con amarga ironía;—reid enhorabuena, vosotros, los que medís por los vuestros los corazones de los reyes. Celebrad mi elevación al trono, porque ella depara pábulo insaciable a vuestras ambiciones. ¡Oh! ¡Si os fuese dado contemplar al ídolo, que incensáis, con sus lúgubres pensamientos! Quizás entonces me compadecierais... Pero, no; la compasión jamás halla albergue en vuestros acomodaticios corazones. Sólo el pueblo, ese pueblo querido, con los sentimientos que posee, sabría llevar con su Rey al pesar, que se anida en mi corazón. ¡Sólo él trocaría sus fiestas y regocijos por mis lágrimas!...

Pero...—continuó como reflexionando,—tampoco, porque... si supiera que he cometido un perjurio... ¡Perjuro, yo!—exclamó como aterrado por la ira del cielo.—¡Yo!... ¡el descendiente de tantos, y tan cristianos reyes!... ¡Yo!... ¡cuya misión es proteger y fomentar la fe, en que he nacido!...

Luego, con desgarradora calma, continuó:

—Y aquellas palabras, conque el Obispo don García me ha conminado... ¿Qué? ¿Serán el estigma que marque mi frente, y caerán como una maldición sobre mi inocente descendencia?...

Los gritos de «viva el Rey», lanzados por millares de personas, congregadas en las calles inmediatas a su palacio, contrastaban con tan lúgubres pensamientos.

—Y ese pueblo generoso, cuyas aclamaciones aguzan mi dolor, ¿habrarme sido encomendado para extinguir sus cristianos sentimientos? ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Tened compasión de mí—exclamó el infeliz Rey, dejándose caer desfallecido en su asiento.

Pasados breves momentos, recuperó sus fuerzas, y comenzó a pasearse inquieta y atropelladamente por su cámara.

En las inmediatas, todos se reían y regocijaban.

—Nadie me observa—volvió a exclamar;—me contemplan feliz, o quieren contemplarme, porque así cuadra a su egoísmo. ¡Tan maldita es la raza de los reyes, que a nadie inspira compasión! ¡Ni un amigo siquiera, que ignore lo que soy, y comprenda mis pesares y me alivie con cariñoso afán! Nada: ¡adulación, siempre adulación! ¡Ah!—prorrumpió repentinamente como avergonzado de su debilidad.—¡Si por desgracia leyesen en mi semblante los recónditos pesares, que disfraza!... No; jamás—añadió meneando la cabeza,—el disimulo es la primera virtud de los reyes.

El joven monarca permaneció por un momento pensativo. Mas después de breve pausa, y como cediendo a la influencia de magnético pensamiento:

—Y con todo esto—continuó,—yo la adoro. Su sombra me persigue, y no tengo fuerza para sustraerme al imán de sus gracias. Los breves momentos que a su lado pasé al conocerla, se reproducen, a pesar mío, con un encanto y con toda la poesía de lo pasado. Desde entonces su imagen turba mi sueño y se me aparece como vaporosa visión. Hoy mismo, al tomar posesión del reino, sentía malestar inexplicable. Hubiese querido compartir con ella el lauro de mi coronación. Si anhelo gloriosos hechos, es por ella. Si me atormenta la impaciencia de dilatar por todo el mundo la fama de mi nombre, es por ella, sólo por ella. De hoy más, la vida y el trono serán sin ella la muerte y la deshonra. Las sombras de mis fieros antepasados, despertando del eterno sueño de las tumbas; me demandarán la cuenta del uso que he hecho del poder que ellos me legaron. Temblando yo por mi sacrílega debilidad, no acertaré a responderles, y al ver mi obstinación impía, maldecirán mi inocente decendencia, y este reino quizás un día...

El Rey, aterrado por funesta idea, tuvo miedo de completar la frase.

Pasó su mano por sus cabellos, bañados por el frío sudor, que inundaba su candente frente, y continuó:

—¡Luchar! Luchar entre el amor y el deber, entre el corazón y la cabeza. Sacrificar la pasión, que me devora, a una razón de Estado, y compartir un día mi tálamo y mi solio real con la mujer advenediza, que se quiera imponerme; este es mi destino. ¡Luego los reyes, o no tienen afecciones, o están condenados a ahogarlas!... ¿Por qué—exclamó

con amargo desdén,—por qué he nacido para reinar, y no el último y más infeliz de mis vasallos? En este mismo momento, quizás, sueña Zorayda con la posesión de su amante; y alhagada por mis recuerdos, como las flores por balsámicas auras, dispierta despavorida, adivinando los tormentos que sufro. Quizás los ecos de las aclamaciones de mis vasallos, burlando el espacio, torturan, como al mío, su inocente corazón. Y tener que despreciarla... a ella... a Zorayda... ¡ángel de mi vida!...

El Rey alzó sus ojos suplicantes al cielo, al tiempo que sutil nube vagaba por el espacio. La noche, ya hemos dicho que era serena y despejada. En ella, adelantándose siete siglos al mejor de nuestros poetas líricos, don Sancho vió *acercarse a Dios*.

A esta idea de su exaltada imaginación se hincó de rodillas:

—Perdón; perdón, Dios mío. Vos, que véis los corazones de los reyes—exclamó,—vos, que leéis en el mío lo crueles pesares que me devoran, habládme por piedad: mostrádme vuestra voluntad: imponedme vuestros mandatos en justa expiación de mi loco frenesí. Si es preciso desarmar vuestro enojo, yo gobernaré con celo y con justicia el reino que me habéis dado. Yo os elevaré templos; yo expiaré mi perjurio, combatiendo contra los enemigos de vuestro nombre; yo lo extenderé hasta las regiones más remotas. Pero... ¡olvidarla! ¡odiarla!... ¡Dios mío!... No puedo.

Agotadas sus fuerzas por aquella confesión a su Dios, el cuerpo inerte del Rey rodó por el alfombrado pavimento, ocasionando con su caída la de la corona, colocada en una mesa, cubierta con un tapete encarnado, sobre el que estaban bordadas en oro las armas de Navarra.

Acababa apenas de volver en sí, cuando sintió

pasos cerca de su cámara. El temor de aparecer ante los extraños en actitud tan indigna de hombre, y de rey, le obligó a levantarse, y a revestir su semblante de regia majestad.

Obtenida la venia, penetró en la estancia don Lope Valtierra, mayordomo del rey.

Entonces advirtió su corona en el suelo. Acaso era un aviso para el porvenir. Esta idea le hizo sobrecogerse de vago temor.

—Ahora concluye el hombre, y comienza el Rey —pensó para sí el de Navarra.

Revistióse, pues, de sorprendente serenidad, y con benévola sonrisa :

—¿Qué queréis, Valtierra?

—Vengo a ponerme a vuestras órdenes, cual cumple al honroso cargo que ejerzo cerca de vos.

La palidez de don Sancho no pasó desapercibida para el perspicaz don Lope, aunque no podía adivinar la causa.

—Si mi presencia os importuna, permitid que me retire, y perdonad que haya turbado vuestra soledad.

El Rey que también había adivinado el pensamiento de su mayordomo se adelantó a satisfacerle.

—¡ Oh ! No. Me entretenía en contemplar los astros. Tú no ignoras que mi buen padre era muy dado a la astronomía y a ella deba quizás, en mucha parte, el renombre de *Sabio* ; conque mis buenos vasallos comienzan a conocerle. Mi ardor juvenil acaso me valga un dictado, que no será seguramente el de mi padre. Pero, al ver tan hermosa noche, he querido tributar un obsequio a su buena memoria, contemplando, como él, esa magnífica techumbre, donde pululan estrellas sin cuento. Embebida mi atención en esto, he arrojado impensadamente mi corona. He aquí la causa pueril

que ha producido la sorpresa, que leo en tu semblante. Justo es que tribute un recuerdo en el día de mi coronación al buen padre, de quien hoy he recibido por legado un reino. Puedes, pues, retirarte por ahora. Mañana recibirás mis órdenes.

Don Lope recogió la corona, la colocó sobre la mesa, saludó respetuosamente, y salió.

—¡ Y esto es ser rey !...—prorrumpió dolorosamente el de Navarra, apenas dejó de percibir el ruido de los pasos de su mayordomo por los salones, inmediatos a su cámara.



CAPITULO IV

El novelista se intromete á historiador para la mejor inteligencia del que precede.—Quines eran Abu Jacob, por sobrenombre Almanzor.—El moro Omar, y otros personajes, con alguna noticia de su caracter predominante.

Veinte y tres años antes de estos sucesos, o sea en el de mil ciento setenta y dos, Juceph Almanzor, hijo de Abdul-Mumen, rey de Marruecos, en Africa, disputaba al Rey moro las coronas de Valencia y Murcia, únicos reinos del mediodía de España que no le rendían vasallaje; y él codiciaba para aumentarlos a los muchos que poseía.

Juceph pertenecía a la raza de los Almohades, o sea a la cuarta de los reyes de Túnez, Fez y Marruecos. El primero de esta raza se llamó Abdallan y por sobrenombre *Mohavedin*; el cual, siendo maestro de escuela, formó el osado proyecto de usurpar la corona, cambiando la palmeta de la escuela por el cetro. En el año quinientos cuarenta y tres de la Hegira, que corresponde al de mil ciento cuarenta y ocho de Cristo, halló medios de levantar un poderoso ejército, bajo pretexto de reformador de la religión; y habiendo derrotado completamente a Abraham, rey de Fez, ocupó el

trono del vencido, que fué el último de la raza de los Almoravides.

A Abdallah sucedió Abdul-Mumen, el que hizo grandes conquistas en Africa y en España. Muerto éste, sucedióle Juceph, quien viniendo en ayuda de los reyes moros de España, tuvo desgraciado éxito en los encuentros con los cristianos. Para desquitarse de las pérdidas que éstos le ocasionaron, usurpó los estados de los mismos que habían mendigado su ayuda. Esto mismo, pues, era lo que en esta época intentaba Juceph, con respecto al rey moro de Murcia y de Valencia.

En este tiempo reinaba en Navarra don Sancho el *Sabio*, padre del que un día había de llamarse don Sancho el *Fuerte*. Razones de religión mandaban a don Sancho permanecer neutral en una contienda, cuya ventilación pertenecía exclusivamente a los infieles. Pero las de Estado, o como hoy se diría, las de equilibrio nacional, aconsejaban impersiosamente ayudar como al más débil, al rey moro de Valencia y Murcia, de cuyos reinos, una vez apoderado Juceph, los de Castilla, Aragón y Navarra sucumbirían al espíritu de conquista que le dominaba; hallándose entonces impotentes para rechazar las numerosas huestes, aumentadas con las de los reinos conquistados del formidable invasor, enemigo común de toda la cristiandad.

Formaron, pues, alianza con el rey moro de Valencia y Murcia, los de Castilla, Aragón y Navarra; y don Pedro Ruiz de Azagra, caballero navarro, a quien los naturales de Albarracín habían proclamado por rey en atención a sus altos hechos y proezas.

Posponiendo Juceph sus planes de conquista al sentimiento de la venganza, se puso al frente de una buena parte de su ejército, y marchó contra don Alonso Henríquez, Rey electo de Portugal,

como Ruiz de Azagra de Albarracín. Juceph dejó encomendada la dirección de la guerra de España a don Fernando de Castro, señor castellano, quien, envidioso de los de Lara, que manejaban a su albedrío al rey don Alonso de Castilla, en su menor edad, se había divorciado de su patria, y afiliado en el ejército de Juceph, al que había consagrado su ardor guerrero, su bizarría y la pericia militar de un consumado capitán. ¡ Como si la patria debiese purgar la ambición y las intrigas de sus gobernantes !... ¡ Como si el resentimiento personal sancionase un crimen de lesa nación !...

Juceph penetró en Portugal, tomó a viva fuerza a Torresnovas, y marchando de triunfo en triunfo, se corrió hacia la villa de Santarem. Púsole sitio, y enfurecido con la heroica resistencia de los sitiados, dióla un sangriento asalto, en el que murió de un saetazo en el año de mil ciento setenta y tres.

Divulgada la noticia de su muerte, los Príncipes y jefes de los Almohades proclamaron rey de Africa y de los reinos meridionales de España, a su hijo Abu Jacob, conocido más tarde con el sobrenombre de Almanzor, a causa de su arrojo y de su osadía en la guerra.

Como acontece al principio de reinado en todos países y en todas épocas, hubo grandes trastornos y rebeliones en el de Almanzor, por parte de muchos reyezuelos africanos, y en especial por los de Túnez y de Tremezen, que sacudieron el yugo opresor, negando a Almanzor el vasallaje y los tributos. En esta rebelión entraba por mucho, además de la ambición individual, el odio que los expresados reyes profesaban a la ciudad de Marruecos, que, fundada por los Almohades, Almanzor la había embellecido y elevado a corte del imperio.

Al cabo de dos años, en el de mil ciento setenta

y cinco, Abu Jacob, a quien conoceremos con el nombre de Almanzor, consiguió sujetar a los reyes sublevados, y volvió, en su consecuencia, sus armas triunfantes contra los de España. Y tal vez los hubiese derrotado, a no verse obligado a distraer gran parte de su ejército para las provincias africanas, rebeladas de nuevo por la ausencia de las tropas, que las habían subyugado.

Al frente de las de España quedó por segunda vez don Fernando de Castro; con éstas y con las que agregó de los reyes tributarios de Almanzor, guerreó con varia fortuna. Pero, avistándose los ejércitos contrarios cerca de Ciudad-Rodrigo, se empeñó una batalla definitiva, siendo destrozado el de Castro por el Rey don Fernando de León; quien, lejos de mostrarse resentido, castigando la defección del caudillo del ejército moro, le colmó de honores y distinciones.

Alhagado Castro con la clemencia y la liberalidad del rey de León, se afilió gustoso en sus banderas, mucho más estando en guerra los leoneses contra los castellanos, a quienes profesaba inveterado rencor.

Condújose al frente del ejército leonés con la misma pericia, valor y fogosidad que había desplegado en el de Almanzor. Pero, voluble y antojadizo, se hastió bien pronto de los leoneses; y pagando la generosidad de don Fernando de León con monstruosa ingratitude, se volvió a los moros, a cuya corte pasó en el año de mil ciento noventa y cuatro. Fácil fué al astuto castellano apoderarse nuevamente del espíritu de Almanzor; quien se hallaba ocupado en levantar un inmenso ejército, y preparar materiales de guerra para la que proyectaba contra España, apaciguadas y sojuzgadas las provincias africanas, que por segunda vez se le habían rebelado.

Tan grande era la tempestad, que amagaba caer sobre la Península ibérica, que el Arzobispo don Rodrigo, testigo ocular e historiador tan conciso, como veraz de los acontecimientos de aquella época, afirma que «*el ejército de Almanzor era innumerable como las estrellas, y que agotaba los ríos la muchedumbre de combatientes*».

Si es realidad o hipérbole de buena fe esta afirmación, el lector lo decidirá. Aquí nos concretamos únicamente a transmitir lo escrito. Mas, de todos modos, hay que convenir en que sería efectivamente numeroso, puesto que Almanzor había recurrido al fanatismo de sus vasallos, publicando una especie de cruzada, si es que podemos expresarnos así, en atención a lo anticristiano de la comparación. A esta cruzada sólo se apelaba en momentos de grave peligro, y para empresas no comunes.

La noticia del levantamiento de un ejército, tan inmenso, consternó a los reyes cristianos de España, quienes concibieron fundados recelos acerca de la intención hostil que había presidido a su formación, no necesitándose, en efecto, de mucha perspicacia para comprender que, tranquilizado y reducido a la obediencia de Almanzor el reino africano, caería irremisiblemente sobre los de España.

El Rey don Alonso de Castilla, que se creía, y con razón, el más amenazado de todos, por la proximidad de sus estados con los de Almanzor, procuró formar una liga defensiva con los reyes de León, Portugal, Aragón y Navarra.

En esta época constituía la delicia de los reinos de Africa y del mediodía de España, una hija de Almanzor, a la que éste amaba con delirio. Llamábase Zorayda. La fama había publicado por todo el mundo las gracias seductoras de la joven, que entonces contaba veintidós años. Aseguraban to-

dos que era cándida como una paloma ; bella y seductora como las hurís que el Profeta promete a sus creyentes en la región del Edén ; esbelta, como la palmera que crece en los campos de Argel ; y vaporosa. como el vapor que, al morir el día, se levanta del Tunecino mar. Sus cabellos blondos y abundantes ; su frente tersa y despejada ; ojos grandes, negros, rasgados, de indefinible e indolente mirada ; nariz afilada, boca diminuta, labios delgados y rosados, brazos redondos, talle esbelto y ligero, pies de un niño ; esta era Zorayda. Nacida en Sevilla, su color moreno, sus notables movimientos era los que imprimen a sus hijas los países meridionales ; tipo no degenerado aún, cuya contemplación hizo brotar muchos siglos después a la florida pluma de Chateaubriand, su *Ultimo Abencerraje*, esa perla, según apreciación de un escritor, de tan dulces reflejos.

La fama de la hermosura de Zorayda había penetrado también en Navarra, y excitado la curiosidad del entonces Príncipe, don Sancho. Mas, a fuerza de acariciarla, esta curiosidad concluyó, como generalmente sucede, por degenerar en un deseo tanto más impaciente y febril, cuanto menos conocida es la causa que lo produce. Este deseo atormentaba a don Sancho de tal modo, que resolvió pasar de incógnito a Sevilla, y cerciorarse por sí mismo de lo que la fama había transmitido. Mas la guerra, en que a la sazón se hallaba su padre don Sancho, el Sabio, con Almanzor ; y el odio, que a los cristianos profesaban los sectarios de Mahoma, se oponían a la realización de su deseo. Decidióse, pues, a abandonarlo. Pero un mal-estar interior le aquejaba tenazmente, mientras que la imagen de la Bella Mora se le aparecía, sin conocerla, en sus sueños de gloria y de porvenir. El Príncipe don Sancho, subyugado, sin sospecharlo,

por una pasión frenética, asignaba a Zorayda bellezas y perfecciones, que su ardiente imaginación trazaba, o quizás adivinaba. Tenaz en realizar su proyecto de pasar a Sevilla; las contrariedades, lejos de amortiguar su energía, la aumentaban más y más, como sucede a las almas de cierto temple.

Existía en la corte de Navarra un moro, convertido al cristianismo, a quien, en la ignorancia y rudeza de aquellos tiempos, tanto los de su secta, como los cristianos, profesaban una veneración fanática, que se asemejaba al temor, por su edad y por su ciencia. Omar, que así se llamaba, tenía libre acceso en el palacio del rey, y en los de los ricos-hombres de Navarra. Cerrado especialmente en la astrología y la medicina, era el médico de don Sancho, el Sabio, de Navarra. Conocedor de las supersticiones vulgares de la época, se rodeaba del misterio para fomentarlas con respecto a su persona. Afable y social, cuando así lo exigía su cargo en el palacio del Rey, vivía aislado de los hombres, porque no ignoraba que el contacto frecuente con la sociedad empequeñece la idea que el vulgo se forma del genio. Su adhesión a la familia real de Navarra no tenía, al parecer, límites. Compañero en la niñez del Príncipe don Sancho, pero siempre maestro, se había captado su cariño, hasta el punto de ser el confidente de sus más secretos pensamientos. Don Sancho, pues, confió a Omar su proyecto, e imploró sus consejos y su ayuda para ponerlo en práctica. Omar se manifestó sorprendido, dejando a la consideración del Príncipe el apreciar la imposibilidad de tal empresa. Mas vencido, al parecer, por las instancias del que tanto amaba, aparentó ceder a ellas. Para ello expuso Omar al Rey don Sancho, el Sabio, la necesidad de sustraer al Príncipe del ocio de la Cor-

te, y ocupar sus instintos guerreros, adiestrándolo en la campaña que acababa de abrirse en la frontera de Navarra, por la parte que confina con Castilla. El Rey, conociendo la justicia de las observaciones de Omar y lo perjudicial que era para los reinos la ignorancia y falta de práctica en la guerra de los jefes de los Estados, en unos tiempos en que el hierro decidía del derecho y la justicia; acogió el pensamiento de Omar, y al siguiente día, éste y el Príncipe se dirigían a las fronteras del Reino. Pero en vez de detenerse en ellas, corrieron en dirección de Sevilla, en donde Almanzor residía, ocupado en los preparativos para la guerra que proyectaba contra los reyes cristianos.

CAPITULO V.

D. Sancho y Zorayda.—Sus ilusiones amorosas.—Sagacidad de Omar.—Cumplimiento en parte de sus predicciones.

Ahorrando detalles enojosos, aun a costa de la *necesaria y rigurosa* unidad de tiempo, diremos que el Príncipe y Omar, sin más compañía, vestidos a la usanza morisca, y no sin experimentar muchos contratiempo que, gracias a la sagacidad de Omar, todos se salvaron, llegaron por fin a Sevilla, Corte, como hemos dicho, del reino mahometano. Pero era imposible superar del mismo modo los obstáculos, que impedían llegar hasta Almanzor; y mucho menos, hasta Zorayda. Recluída constantemente en su palacio, mil guardias lo guardaban, y rejas y celosías, y muros, y baluartes, hacían ilusoria toda violenta tentativa.

En este estado, Omar imaginó un medio, que, no porque hubiese tenido precedentes antes, ni consiguiente después, hasta el punto de hacerse un recurso vulgar, deja de ser verídico.

Acercáronse, pues, al palacio de Almanzor con intención de penetrar en él. Mas, como Omar esperaba, fueron contenidos por los guardias.

Ellos se obstinaban, sin embargo, en entrar a la fuerza.

Suscitóse, pues, acalorada disputa, y tal vez el Príncipe y el moro lo hubiesen pasado mal, a no haberse presentado Almanzor, rodeado de su Corte.

Don Sancho temblaba al abarcar de un golpe las consecuencias que pudiera acarrearle su loca conducta.

—¿Qué quieren estos hombres?—preguntó Almanzor con altivez a los guardias.

—Predecir vuestro destino—se apresuró Omar a contestar por ellos.

Almanzor se sonrió con aire de incredulidad y de desprecio. Mas, impulsado por uno de esos sentimientos supersticiosos de que tanto adolecía el moderno César:

—¿Quiénes sois?—le preguntó.

—Dos hombres; ya lo véis.

—¿Y quién os ha dado la virtud del vaticinio?

—La ciencia.

Esta palabra, que atribuía una causa natural a los portentosos efectos, operados por los nigrománticos, expresada con una majestuosa serenidad, que anatematizaba tácitamente y despreciaba el misterio y lo sobrenatural de las artes de hechicerías, excitó la curiosidad de Almanzor, y mirando con cierto interés al viejo:

—¿La ciencia has dicho?

—Sí, noble Almanzor.

—¿Y tan poco alcanza esa ciencia, que no te ha augurado lo peligroso que es turbar el silencio en las puertas de los palacios de los reyes?

—Jamás.

—Y sin embargo—replicó Almanzor, armando su semblante de una expresión ficticia de ira,—os habéis equivocado.

—Ingrato fuerais, Almanzor—le contestó Omar con su eterna imperturbabilidad.

—¡Igrato, yo! ¡Miserable!—exclamó el rey, verdaderamente airado.

—¿Habéis visto—le dijo Omar sin inmutarse,—que los fieros leones de vuestros desiertos africanos despedacen al hombre que les prodiga sus favores?

—No comprendo tus palabras—dijo Almanzor, deponiendo su furor.

—Y sin embargo, son sencillas.

—Hablad, pues.

—Preguntad vos—replicó Omar.

Almanzor se quedó atónito del aplomo del moro El Príncipe don Sancho permanecía sin desplegar sus labios.

—¿Has dicho que eres astrólogo?—se decidió a preguntar Almanzor, procurando dar a su rostro y a sus palabras un aire desdeñoso, que seguramente y sin poderse dar razón de ello, estaba muy lejos de sentir.

—Dije que rendía culto a la ciencia.

—Lo mismo da para mi objeto. Pues, bien. En la empresa que proyecto contra los cristianos, ¿seré vencedor o vencido?

Por toda contestación, Omar señaló a Almanzor un punto en el cielo.

—¿Véis—exclamó—esa nube que va lentamente corriendo por el espacio hasta perderse de vista, desvaneciéndose en dirección al Este?

—Sí; la veo—contestó con prontitud Almanzor.

—Os presagia, pues, una gran victoria.

Los ojos de Almanzor brillaron de alegría; pero, mostrándose incrédulo a la noticia de tanta felicidad:

—No creo en la ciencia—repuso como disgustado.

—Hacéis mal, poderoso Almanzor. Eso es ce-

errar los ojos a la luz ; traducir mentira de la verdad , permanecer en el caos en medio de la claridad. Eso es no saber leer en el libro de la naturaleza, abierto por Alá para el hombre observador. Sois el ciego que se obstina en permanecer en su ceguera. Y ya que tan incrédulo os mostráis, os añadiré que un rey cristiano, mal que pese a sus sentimientos religiosos, será la causa oculta que os permita alcanzar tan gloriosa victoria. La mano poderosa del Profeta preparará estos acontecimientos.

A estas palabras, el Príncipe don Sancho se sobrecogió de vago terror.

—¿ Y cuándo, cuándo sucederá esto?—prorrumpió Almanzor, fascinado, a su pesar, por las palabras de Omar.

—¿ No habéis advertido el curso lento de la nube?

—Sí.

—Eso quiere decir que antes transcurrirá un año.

—¡ Un año!—exclamó dolorosamente Almanzor.

—¡ Os enoja la tardanza—le dijo Omar con irónico tono,—porque tenéis la seguridad de vencer! ¡ Miserable condición humana! Prepara sus empresas, ignorante del éxito. Asegúrasele éste, y el plazo de la ejecución le abruma. Agítale el deseo, la certidumbre le inquieta. Esperar, esperar, Almanzor, es la virtud, es la ciencia del hombre.

—Bien dices ; ¡ pero si supieras lo que es ser padre! Si tuvieseis, como yo, una hija a la que adoro, también te mostrarías inquieto e impaciente por ceñir su frente con todas las coronas del universo.

—Aunque apartado de mis hermanos los creyentes, no me sorprenden vuestras palabras. No ignoro que tenéis una hija, a la que, efectivamente,

amáis en tal grado, que por complacerla en el menor de sus antojos, vertiríais hasta la última gota de vuestra sangre; pero debo haceros saber una cosa de que estáis ignorante: vuestra hija se halla en este mismo momento enferma.

—¡Quieres sorprender mi ingenuidad! ¡Miserable! — exclamó Almanzor, furiosamente. — ¡Eh, guardias, prended a este impostor!

—Deteneos, Almanzor. ¿Queréis subyugar con la fuerza a la ciencia que la avasalla? Es impotente. En vez de esto, corred a salvar a vuestra hija y prodigadle los socorros, de que tiene urgente necesidad.

—Paseéis el arte de curar?—le preguntó Almanzor, pasando de la ira a las súplicas.

—Nada hay reservado para el espíritu investigador.

—Corramos, corramos en su auxilio. Salva a mi hija, y yo te daré más oro que el que pueda extraerse de las entrañas de la tierra.

—Oro, oro—murmuró Omar.—¿Pensáis que no tengo oro?

Atravesaron, por fin, extensas galerías, que pocas veces habían hollado plantas de hombres. Almanzor luchaba entre el temor, la duda y la esperanza. El corazón del Príncipe latía tumultuosamente. El rostro de Omar era únicamente el que respiraba completa tranquilidad.

Como éste había vaticinado, la hija de Almanzor se hallaba en mortal paroxismo. Sostenida por multitud de odaliscas, sus cabellos flotaban a merced del viento del exterior. Sus ojos, lánguidamente adormidos, parecían no dar señales de vida. Mortal palidez se había extendido por su semblante. Su cuerpo, de formas mórbidas, estaba encubierto por finísimas telas de una blancura como la

nieve. A pesar de los socorros, prodigados por mil odaliscas, Zorayda no daba señales de vida.

Al verla en tal estado, Almanzor se abalanzó hacia ella, y, derramando lágrimas amargas, la estrechaba delirantemente contra su corazón.

El Príncipe don Sancho permanecía, durante esta escena, inmóvil de sorpresa y aterrado de dolor.

Acongojado Almanzor:

—Salvadla, salvadla por piedad—dijo a Omar.

—La salvaré—contestó éste,—pero a ello se opone vuestra presencia y la de los extraños.

Almanzor, dando cabida al recelo, le miró fijamente; pero el rostro de Omar permaneció impassible. El estado de Zorayda no consentía más dilación.

Decidióse, pues, y haciendo a todos despejar la cámara de Zorayda, se retiró tan receloso, como consternado.

Cuando Omar se vió solo frente a frente con la bella Zorayda, se volvió hacia el Príncipe; y tomándole una de sus manos:

—Miradla, pues—le dijo, señalando a la mora.

—Vuestro eterno pensamiento está realizado.

—Gracias, gracias, mi buen Omar—exclamó el Príncipe en el transporte de su delirio.—La fama ha sido parca al divulgar la hermosura de Zorayda. Las imágenes vaporosas, que me han alhagado en sueños, se realizan al contemplarla. Es Zorayda la que he presumido. Es ella; la reconozco; mi dulce aparición; la personificación del vago amor que yo sentía, sin que ningún objeto real lo produjese: El encanto, que me ha alhagado, y el bien, que me ha fascinado. Pero... sálvala por mí. Despiértala del sueño de la muerte. Decidla que yo la adoro.

—Amaréis un imposible, que lo constituye la

diferencia de religión. Vuestro padre nunca me perdonaría, si lo supiese, mi debilidad en condescender con vuestras súplicas. Dícese entre los cristianos, que mi secta es pérfida y cruel... Y sin embargo, yo que os he recibido en mis brazos al nacer; yo, que os he visto crecer; yo, que he adivinado el genio que poseéis, no he podido negarme a vuestros ruegos. Mi corazón sensible os ama en extremo, Príncipe. Por vos he tenido la debilidad de doblegar mi reflexión ante vuestro amor a una mujer. Quizás esta debilidad mía traiga un día desastrosas consecuencias para algún reino, y ¿quién sabe si alcanzarán a Almanzor, a su hija, a vuestra persona, y a la mía? Si así sucede, Alah perdone la rectitud de mi debilidad.

—¡ Ah! —fué el grito que respondió al tono solemne y profético de las palabras de Omar.

Este grito era arrancado por la presencia de aquellos dos seres desconocidos. Zorayda recobrada de su paroxismo, sin otro auxilio que el de la naturaleza, fijó, después de esta exclamación, sus ojos de amorosa mirada en el Príncipe.

—¿ Qué os aqueja, Zorayda? —la preguntó.

—Nada —contestó ésta, tranquilamente, sin apartar la vista del Príncipe.

—Pues, ¿ no habéis estado desmayada?

—No —dijo sorprendida; —era que soñaba.

—¿ Y qué soñabais? —la volvió a preguntar Omar con curiosidad.

—Cosas, en verdad, extrañas. He soñado que algo distante del de mi padre, existe un reino célebre por la valentía de sus naturales. Este reino está gobernado por un rey, versado en las ciencias, el cual tiene un hijo gallardo como ninguno, e intrépido, como los del desierto. Apenas le ví, comencé a sentir una cosa interior inexplicable. La reclusión, en que me hallo continuamente, es, des-

de el momento que le he conocido, un mal, que hasta ahora ni siquiera había apreciado. La presencia de los extraños ha sido, durante mi sueño, insoportable, y enojosos los auxilios que confusamente veía me prodigaban las odaliscas, creyéndome enferma. Para libertarme de todo el mundo, he intentado romper las espesas rejas, que convierten mi cámara en una prisión; y buscar al gallardo mancebo, y aspirar con él el aire de la libertad; pero las odaliscas me han disuadido de mi intento, haciéndome ver lo imposible que era llevarlo a efecto. Entonces he comenzado a llorar; pero vuestra presencia me consuela. También he visto por una parte, extrañas figuras, que poblaban el aire con sus lastimeros gritos; y en pos de éstas, otras alegres y bulliciosas, que serían, sin duda, muy felices. La vista de las primeras me hizo mucho daño. Después, he despertado.

—Príncipe—le dijo Omar:—Puesto que ha de suceder, preparad vuestra alma para un golpe terrible. *La ciencia y el amor lo pronostican.*

Don Sancho se quedó perplejo y aterrado, mientras que la mora:

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Dentro de poco tiempo—contestó lúgubrememente Omar por el Príncipe,—el Rey don Sancho VIII de Navarra.

Esta profecía de la muerte cercana del padre cayó, como un rayo, sobre el corazón del hijo, y comenzó a llorar.

Enternecida Zorayda por las lágrimas del Príncipe:

—¿Por qué lloras?—exclamó.—¿No sabes que yo te amo? ¿no eres el sueño de mi vida, el mismo, cuya imagen me ha acariciado?

Y la cándida e inocente niña rodeó con sus redondos brazos el cuello del Príncipe. La vida de

éste se reconcentró en su cabeza, sintiendo estremecimiento general por todo su cuerpo. Su sangre se encendía. Los cabellos de la mora resbalaban por su rostro, y él aspiraba el oriental aroma, que exhalaba la beldad de Zorayda, y más al ver húmedas de lágrimas las mejillas de la joven, que al mismo tiempo le decía :

—¿Me amarás tú, cristiano mío?

—Siempre, y a pesar del mundo entero—contestó ebrio de amor el Príncipe.

En este momento, Omar hizo notar a los dos amantes el ruido de los pasos, que se apercibían cada vez más cerca de la cámara.

—Zorayda—exclamó don Sancho:—Tengo que abandonarte, a mi pesar, y marcharme a mi reino, donde quizás me aguardan funestos sucesos. Amame siempre, como yo te amo.

—El Profeta guíe tus pasos, mi bello Príncipe; yo imploraré el auxilio del cielo para ti—dijo llorando la enamorada mora.

En este momento, Almanzor, conducido por la impaciencia de su padre, se presentó en la cámara.

Antes que hablase :

—Nos habéis entregado un cadáver, y nosotros os devolvemos una hija—le dijo Omar, mostrando a Zorayda.

—Y ¿qué deseáis por tan señalado servicio?—preguntó Almanzor, rebosando de alegría.

—Vuestro permiso real para salir en este mismo momento del reino.

Tanta generosidad sorprendió a Almanzor; su voz conmovida, sólo pudo decirles :

—Marchad, pues; y el cielo os premie tan desinteresada acción.

Los ojos de Zorayda se impregnaron de lágrimas, que su padre las creyó de gratitud.

Y pocos momentos después, el Príncipe y Omar salían por las puertas de Sevilla.

Al poco tiempo de este suceso, falleció el Rey don Sancho, el Sabio, de Navarra, dejando por heredero y sucesor en sus estados, al Príncipe don lista.

Algunos días después, el Príncipe se hallaba Sancho, su único hijo. La predicción del moro, y como simple particular en el ejército navarro, que De este modo no había sido notada su ausencia por el rey, ni por el reino.

—¡ Qué disparate ! — exclamará algún cándido lector.—¡ Amarse dos personas sin conocerse ! Cosas de la desarreglada imaginación de un noveguerreaba en las fronteras, contra los castellanos. el sueño profético de Zorayda, no salieron fallidos.

El lector, con sólo retroceder seiscientos sesenta y un años, ha asistido a la coronación de don Sancho en la catedral de Pamplona ; y sorprendido los pesares producidos por su ardiente amor hacia Zorayda.

CAPÍTULO VI

D.^a Constanca.—El amor mal consejero.—El suyo al Rey en silencio.—Su lucha.

Comenzaba a rayar el alba en la ya expresada ciudad de Pamplona, cuando el sonido de los clarines y demás instrumentos bélicos llamaban a las gentes de armas, dispuestas para la guerra. Esta convocatoria se hacía por medio del *Apellido*, palabra con la que se designaba el *llamamiento* a todo el reino, para tomar las armas, debiendo concurrir a la capital todas las personas aptas para manejarlas. A la voz del *apellido*, que, según un historiador aragonés, hacía temblar en Navarra hasta las piedras, acudían todas las personas del reino, llevando cada una víveres para tres días. Tan grande era entusiasmo, producido por el *Apellido*, que se veían los caminos cuajados de gentes, en dirección al punto indicado para la reunión. Sólo la vejez inútil, y el sexo femenino, estaban exentos de acudir en tales casos a la defensa de la patria. Y tan cierto es esto, que en los privilegios de exenciones y fueros, que los reyes con-

cedían a los buenos servidores del Estado o suyos, se les eximía a veces del servicio de las armas, a no ser en caso de *Apellido*, al que debían concurrir con *capelo férreo y coraza*, según arrojan los documentos de exención de aquellas épocas.

A este medio tan rápido de levantar ejércitos, se debió quizás la estabilidad del reino de Navarra, sin sucumbir en tantas y tan porfiadas invasiones, con que se vió continuamente abrumado.

Multitud nunca vista de gentes, tanto de infantería, como de caballería, se reunió en la expresada ciudad de Pamplona. Estas tropas sólo aguardaban al nuevo Rey don Sancho el VIII, para moverse en dirección al reino de Castilla, seriamente amenazado por el poderoso Almanzor; quién, después de haberse apoderado de Córdoba, y atravesado Sierra Morena, amagaba caer sobre Toledo.

Ostigado y acosado el Rey don Sancho por las reiteradas instancias de don Alonso de Castilla, condescendió con la demanda de los Embajadores castellanos, enviados con este objeto; quienes, notando cierta indecisión en él, apelaron al medio seguro de representarle el grave peligro que correrían todos los reinos de España en caso de una derrota del ejército castellano. Derrota segura e inevitable, si se dejaba al Rey de Castilla, atendido al exiguo número de tropas que pudiese oponer a las formidables huestes de Almanzor. El prudente monarca navarro comprendió la verdad de las palabras de los embajadores castellanos, y se decidió, por fin, a ponerse en marcha al frente de su lucido ejército navarro; mientras que el de León lo efectuaba con el suyo en dirección a Toledo.

Antes de decidirse don Sancho a auxiliar a don Alonso, había luchado con opuestos sentimientos.

Si dejaba de favorecerle, se levantaría clamor universal, que le afearía la mira interesada de posponer el bien de la cristiandad a las desavenencias, que comenzaban a surgir entre ambos reyes. Y esto, aun estando ignorante el reino del oculto sentimiento, que le impelía a rechazar la alianza con don Alonso ; porque... ¡ si se traslucía que estaba resuelto a no luchar contra el padre de la mujer que amaba ! Sin embargo, ahogó estos sentimientos, y con la imagen de la hermosa mora, grabada en su mente, se decidió, como hemos dicho, a ponerse al frente de su ejército, y combatir contra el padre de Zorayda.

¡ Terribles alternativas de los reyes ! ¡ Ahogar, sacrificar sus afectos más tenaces por razones políticas ! ¡ Cara, muy cara pagan, sin duda, la adquisición de ese fantasma vano, que se llama poder ! Por un momento de orgullo satisfecho ¡ cuántos pesares ! Por un minuto de felicidad ¡ cuántos de horribles congojas !...

El día prefijado para la marcha del rey y del ejército navarro era uno de los primeros de julio de mil ciento noventa y cinco. El sol, fulgurando sobre las cascos y las bruñidas armaduras de los jinetes, comenzaba a dorar los chapiteles de las torres, y teñía de rojos resplandores la ciudad. Los caballos de los jinetes golpeaban con impaciencia la tierra, y erguían majestuosamente sus cabezas, orgullosos quizá con el instinto de ser cabalgados por tan valientes caballeros. La infantería, ebria con la esperanza de la lucha, y aprestada con la movilidad y ligereza, que son peculiares del soldado navarro de todas épocas, esperaba, uniformada en filas, la señal de ponerse en marcha para lidiar contra los enemigos naturales de su Dios, de su rey y de su patria.

Apareció, por fin, don Sancho, montado en in-

dómito corcel, cuyos ferrados cascos hacían brotar chispas del pétreo pavimento. Cubría su cabeza, luciente y bruñido *capelo férreo*, en cuyo remate ondeaba blanco penacho. Resguardaba su pecho pesada coraza, en cuya cara anterior campeaban doradas las armas de Navarra. Sus brazos estaban cubiertos con brazaletes, y sus manos con manoplas. Ajustado calzón anteado, y desde las rodillas anchas botas de cuero. Llevaba dorados acicates, más como arreo integrante de su traje marcial, que como agujijones, nunca sufridos por su brioso bruto. De vez en cuando acariciaba las espesas crines de su caballo, a cuya regia demostración correspondía el inteligente animal, irguiendo su cabeza. Del talle del caballero-rey pendía una espada de empuñadura, magníficamente cincelada, que siendo la misma que se había ceñido en el día de su coronación, iba por primera vez, quizás, a teñirla de sangre. Y ¿quién podría adivinar si sería en la del padre de Zorayda?

La presencia del rey, seguido de sus caballeros, y escoltado por doscientos jinetes, arrancó al ejército entusiastas aclamaciones, secundadas por el pueblo que, abandonado sus lechos, quería abrazar y despedir a los deudos, parientes y amigos, que iban a combatir contra los infieles.

Don Sancho, levantando su calada visera, arengó a sus tropas con esa elocuencia, que no es de los oradores, ni de épocas determinadas; con esa elocuencia especial, única, que posee el arte de enardecer el corazón del soldado.

Participando del entusiasmo del ejército, el rey se olvidó por un momento de Zorayda, a la idea de medir sus armas contra los enemigos del nombre cristiano. Era la primera función guerrera, en que esperaba ser actor desde su advenimiento al trono. El Rey don Alonso, al solicitar su alianza,

había invocado su juventud y su bizarría, sus sentimientos altamente cristianos, y sus tendencias guerreras. Era preciso, pues, avasallar recónditos afectos, que, nadie más que Omar, conocía; y mostrarse digno de su alta posición y del nombre del pueblo, que conducía a la victoria.

Aquellos valerosos soldados, a cuya frente se colocó el rey, fueron bendecidos por don García, el obispo de Pamplona. En seguida se pusieron en marcha en dirección a Castilla.

Una mujer hermosa, con los ojos preñados de lágrimas, y horribilmente angustiada, contemplaba los preparativos de la próxima marcha del rey desde una de las celosías de palacio. Su semblante revelaba todas las señales del insomnio, producido por la tristeza y el sufrimiento. Sus ojos negros y ragados, sombreados por espesas cejas, devoraban con inquietud los menores movimientos de don Sancho. Su nariz era bien pronunciada, y su boca diminuta. El cutis de su rostro, blanco cual vellón de nieve, ligera y dulcemente coloreado por la violencia del pesar, o pálido por siniestros pensamientos. Sus hombros eran redondos, y su pecho elegante y acabado, lo mismo que sus brazos y sus manos, sobre cuya derecha apoyaba su majestuosa cabeza de sedosos cabellos, tendidos por la espalda. Un vestido negro, sujeto a su talle por un lindo ceñidor, realzaba su hermosura.

Sola y sin testigos en su cámara, podía entregarse libremente a sus pensamientos.

Dió el clarín la señal de marcha. El sonido del bélico instrumento resonó en su corazón como los sordos golpes del martillo resonarían en los despedidos sentidos del moribundo al prepararle la caja mortuoria. La vida y el alma de la dama estaban pendientes de cada movimiento del rey. Su pecho palpitaba con violencia. En un acceso de delirio,

se preparó a abrir las celosías de su balcón para llamarle. Pero era tarde. Sólo se veía la retaguardia del ejército.

Pudiendo apenas sostenerse la enamorada dama, se dejó caer sobre un sillón, descansando su cabeza entre sus manos.

—¡ Ah !—exclamó, por fin, con dolorosa resignación.—Rey cuya ausencia deja tan honda huella en mi corazón, yo te amo, como es dado a una mujer inferior amar a un imposible: en silencio. Y en pago de este amor, ni aun ha fijado su vista en mi cámara, ni ha leído lo que pasa en mi corazón, siquiera hubiese sido para despreciarme. Porque... ¿cómo pretender que un rey ha de relegar sus altos pensamientos y descender a sondear el corazón de una dama de su palacio? ¡ Y amarle yo ! ¡ amar una quimera, y no poseer el valor, ni la energía para alejarme de la corte, y llorar en la soledad la pérdida del amor, a que da pábulo su presencia ! ¡ Y él ni lo lee, ni lo adivina, en el rubor que me causan sus indiferentes atenciones !...

La enamorada dama abrazó otra idea :

—¡ Si yo le contara todo lo que siento—prosiguió,—y me arrojara a sus pies, mendigándole, si no amor, compasión al menos !. Entonces quizás...

Pero avergonzada de haber dado cabida en su mente a tan liviano pensamiento, revistiéndose de noble dignidad :

—Nunca—continuó.—¡ Ah ! Yo estoy loca. Clemencia, la hija del noble conde, Raimundo de Tolosa, no se deshonrará con tan impudorosa acción. El amor me ha hecho olvidar, por un momento, que, antes que dama, antes que noble, nací mujer. Sufriré, pues, y ocultaré a todo el mundo tan locos pensamientos. Si las damas los supiesen, unas, sin tener en cuenta la noble estirpe de mi

padre, y los inmensos estados que posee en calidad de rey, me creerían ambiciosa. Otras, quizás, se compadecerían de mí, considerándome demente. Además, Zorayda... ¡oh! tengo celos. ¡Dicen que es tan bella!... ¡Dios mío! ¡Por qué me habéis hecho menos! El rey la ama con delirio. Antes de haberlo oído de sus labios la noche que siguió a su coronación, lo había adivinado; lo había leído en la turbación de su rostro en la catedral. Turbación desapercibida por la corte y por el pueblo, pero que la advertimos Dios y yo; porque ¿qué es lo que se escapa a las escrutadoras miradas de la mujer celosa? Yo comprendí la lucha, que se ventilaba en su interior. Conducida por mi corazón, sorprendí sus palabras, Porque, si las paredes de los palacios tienen oídos para un cortesano, con más razón para la mujer que ama. Allí supe, por mi mal, lo que debí ignorar. Allí comprendí el apadrinamiento de los amores del rey por el pérfido Omar. Al través del fuego guerrero, que animaba su semblante, se extendía la sombra de la tristeza, y era que la guerra contra Almanzor martiriza sus sentimientos de amante. Pero no importa. El cielo le guiará. Yo imploraré para él su protección. Mi pecho se dilatará de placer al oír la narración de sus hazañas y sus futuras glorias. Sea grande, aunque lo sea para Zorayda. En cuanto a mí ¿qué derechos puedo alegar para ser amada?

Puesto que el lector lo ha escuchado, excusado es manifestar quién era la hermosa dama que, desde los balcones del Palacio Real, lloraba los desdenes del Rey don Sancho, en la mañana de su partida al frente del ejército navarro.



CAPITULO VII

Casualidades, que parecen providencias.—Derrota desastrosa de Alarcos.—Conceptos acerca de sus causas,—Remordimientos del Rey.—El obispo D. García.

Aproximábase el Rey de Navarra al reino de Castilla, mientras que el de León lo hacía hacia Toledo, cuando le llegó la infausta nueva de la derrota que había sufrido el ejército castellano. La fama ponderaba el desastre y la pérdida innumerable de nobles de Castilla.

Don Sancho, sin poderse dar razón del pensamiento, que habría impelido a don Alonso de Castilla a exponer sus débiles tropas contra las superiores de Almanzor, sin aguardar su auxilio, ni el del rey de León, se contristó en extremo con la noticia de la derrota, que llegó de una manera vaga a los reales de don Sancho, el diez y nueve de julio de mil ciento noventa y cinco.

Pero al siguiente día se supo de cierto que el Rey don Alonso, alucinado en vista del contingente de hombres, caballos y armas, con que sus reinos

habían respondido a su llamamiento, había retado a campal batalla al ejército enemigo, sin necesidad del concurso de los reyes aliados. Además de esta, se hacían también otras versiones. Decían unos que, conceptuándose superior en fuerzas al ejército contrario, se había propuesto vencerle, por no compartir con los reyes de León y de Navarra el lauro de la victoria. Otros que, viendo los estragos que en Castilla causaba el ejército de Almanzor, robando y talando los pueblos por donde tramitaba, se había propuesto que cesasen, por medio de una batalla.

Un grave y concienzudo escritor, a quien casi hemos copiado en esta narración, la concluye con razonable y juicioso epifonema. ¡ Como si los estragos, dice, no debieran ser mayores, quedando vencedor el enemigo !...

Y otros, finalmente, achacaban la arrebatada resolución del Castellano al aprieto en que le puso la premeditada tardanza de los reyes de León y de Navarra en socorrerle. Esta opinión, altamente refutada por el analista de este último reino, y el Arzobispo don Rodrigo, exige la explicación *a priori* del resentimiento, que los dos reyes pudiesen tener con el de Castilla.

Si Omar, el moro convertido de Navarra, el improvisado médico de la hija de Almanzor, hubiese legado algún escrito a la posteridad, quizás supiésemos la verdadera causa de la tardanza de don Sancho. Pero no lo hizo así, y su existencia fué un meteoro, que brilló en aquella época, para desaparecer en las posteriores.

Pero, bien considerado, esto poco importa. El criterio se hubiese negado a comparar opiniones, sostenidas por un moro y refutadas por un Arzobispo. Pudiera suceder que fuese veraz el primero,

pero a fe que en la comparación no hubiese quedado tan airoso como el segundo.

Sigamos, pues, al Arzobispo.

El resentimiento de don Sancho contra don Alonso, traía su origen desde época muy remota. Remontábase hasta don Sancho el Mayor, quien, al repartir los reinos de España entre sus hijos, asignó a su primógenito, don García, el territorio comprendido en la corona de Pamplona, Alava y Nájera. Bajo el nombre genérico de Alava, se designaba la provincia de Guipúzcoa y el señorío de Vizcaya. La de Nájera abarcaba toda la Rioja, desde el Ebro hasta las faldas de los montes de Oca. Correspondió también al mismo don García, por herencia materna, la que propiamente se llamaba antiguamente Castilla la Vieja, a excepción de Burgos, pero incluyendo la Bureba y las siete merindades de Castilla, que comprendían desde Asturias de Laredo hasta el castillo de Santa María de Cueto, sobre el Océano. Por la frontera de Burgos eran del señorío de don García, Agés y Atapuerca, situadas a tres leguas de dicha ciudad.

Los reyes de Castilla, que sucedieron a don Sancho el Mayor, y con especialidad don Alonso el VI, hicieron frecuentes excursiones por los territorios adjudicados a la corona de Navarra en la persona de don García, apoderándose de no pocos; pero todos ellos fueron recobrados por don Alonso el Batallador, Rey de Aragón y de Navarra. En la época de la trágica muerte de don Sancho de Navarra, por sobrenombre el de Peñalén, el expresado don Alonso, a título de tío y tutor del heredero, niño aun, del reino de Navarra, se enseñoreó de no pequeña parte de él, agregándole a los suyos de Castilla. Efecto de estas invasiones, fué la pérdida de la Rioja, la Bureba,

parte de Alava, y la propiamente llamada Castilla la Vieja.

Los resentimientos, hijos de la usurpación de los Estados, se transmitían con las coronas a las generaciones; resentimientos que sólo estaban latentes momentáneamente, y que refrenaban únicamente razones de impotencia.

Don Sancho de Navarra aspiraba, pues, a recobrar los territorios arrebatados a su corona por los reyes de Castilla, proponiéndose agregarlos a ella como lo estaban en tiempo de don García de Navarra, primogénito de don Sancho el Mayor, de quien descendía.

A estas pretensiones, oponía el de Castilla los pactos ajustados entre don Alonso de Castilla y don Sancho el Sabio de Navarra; en virtud de los cuales, éste había cedido al primero los territorios en cuestión, legalizando en cierto modo, las invasiones, y sancionando los derechos que asistían a los de Castilla.

Don Sancho alegaba, con razón, que los pactos que cohonestaban la usurpaciones, debían tenerse por nulos, puesto que una de las partes contratantes no se hallaba facultada para enajenar territorios, que eran de la corona de Navarra y sus poseedores, mas no de dominio particular, y en los que, cualquiera partición y división, atacaba las leyes de vinculación, por cuanto éstas los conceptuaban indivisibles.

Y era tan manifiesta la nulidad de estos pactos, que, aun concediendo a los reyes la facultad de enajenar dominios, quedaban invalidados por coacción moral y material del rey cedente de Navarra; porque coacción, y no pequeña, era obligarle a deshacerse de lo que legítimamente poseía desde el Rey don García, amenazándole, en caso negativo, con invadirle y talarle el reino, como

lo verificó el castellano en ocasión que el Rey don Sancho el Sabio, su padre, se hallaba sin ejército para rechazar la fuerza con la fuerza. En este trance el navarro, por salvar lo mayor, transigió con las ilegítimas exigencias del castellano, y aparentó ceder lo que no pudo, ni él podía ratificar como inmediato heredero suyo.

A estas razones añadíase el espíritu belicoso de don Sancho, quien creía que los de Castilla, en las invasiones que sufrían por par de los moros, acudían a los de Navarra, diciendo que la religión debía anteponerse a cualquiera clase de agravios, dirigiéndose a sus sentimientos de reyes cristianos; mientras que avasallaban los suyos propios al invocar los ajenos. Y este auxilio, generosamente prestado, se revertía en daño de los mismos auxiliares, pues los de Castilla, una vez desembarazados de los moros, volvían sus armas con inaudita ingratitude contra sus generosos aliados, sin darles nada en pago, del terreno que legítimamente les pertenecía, ya que nada valiese el ayudar a mantenerlos en el dominio de las mismas tierras, arrebatadas a los antecesores de don Sancho de Navarra.

Sean estas, o cualesquiera otras, las causas que produjeron la tardanza de los auxilios; radiquen en el Rey de Castilla, o en los de León y de Navarra, lo cierto es que el primero salió en busca del ejército de Almanzor. Los dos se avistaron, como ya hemos dicho, el diez y ocho de julio de mil cieno noventa y cinco, en las inmediaciones de la villa de Alarcos, siendo derrotado completamente el de Castilla, dejando cubierto el campo de cadáveres, y entre ellos, de lo más florido de la nobleza del reino. El mismo Rey don Alonso vióse tan expuesto, que apeló a la fuga, metiéndose arre-

batadamente en Toledo, después de dejar su honra donde había soñado la victoria.

Quizás estas y otras funciones de armas de aquellos tiempos inspirasen a algún vate popular aquella sabida copla :

*Vinieron los sarracenos,
Y nos molieron a palos, etc.*

Con la noticia cierta de la derrota, los reyes aliados regresaron cada uno a su reino para fortificarse contra Almanzor ; quien, era de esperar, que, desembarazado del de Castilla, corriese a embestir los reinos de León y de Navarra.

El ejército navarro entró, pues, descontento en Navarra, por no haber tenido ocasión de blandir las armas contra el enemigo del nombre cristiano. Las saluciones y los plácemes de sus parientes y amigos, eran tristes ecos, que no podían soportar.

Al día siguiente de su arribo a la corte de Navarra, fueron disueltas las tropas, que se habían formado en virtud del *Apellido*. El Rey don Sancho se hallaba en el momento de que vamos a tratar, abatido en la apariencia, y lleno de sentimiento por la derrota que había sufrido un ejército cristiano ; a cuya idea parecía deponer el resentimiento, que a causa de la usurpación de sus Estados, profesaba al rey Don Alonso de Castilla.

Al atravesar el de Navarra los salones de su palacio en dirección a su cámara, un hombre de avanzada edad y luengas barbas, le salió al encuentro, y dándole un golpecito en el hombro con una familiaridad, que nunca consintió la etiqueta regia :

—Está bien, rey—le dijo al oído ;—el disimulo es la primera virtud de los reyes. Una de las predicciones que hice en el palacio de Almanzor, se

ha realizado? ¿Os acordáis? «Un rey cristiano, mal que pese a sus sentimientos religiosos, será la causa oculta que os permita alcanzar tan gloriosa victoria.» ¡Oh! ¡quiera el cielo que no se cumplan las demás!...

Don Sancho se puso pálido de terror. Quiso articular una palabra. Era en vano. Samuel había desaparecido, y confundióse entre los grupos de ricos-hombres que ocupaban la antecámara del rey.

Este pentró en su habitación con valiente paso; mas apenas se vió solo en ella, se dejó caer sobre un sillón.

—Es verdad—exclamó.—Nadie más que él lee en mi pecho los secretos que encierra. Sólo él sabe el delirio con que amo a Zorayda. ¡Ah! Si un día se divulgase la causa oculta de la derrota que ha sufrido un ejército cristiano, el mundo entero me execraría, y la historia transmitiría mi nombre a la posteridad como el de los mayores azotes de Cristo. Nerón, Diocleciano, Juliano el Apóstata, no ocultaron al menos su nombre a la execración de las generaciones, ni declinaron la responsabilidad de sus crímenes. Al menos, ellos no juraron, al tomar las riendas de su imperio, defender la religión cristiana. Sin duda que mi conducta es más infame y más cobarde. A este modo de obrar, quizás llamen *política* las generaciones sucesivas. ¡Oh! ¡La hipocresía del crimen ensalzada! Vergüenza, vergüenza para las que así hagan. Pero ni ellos nacieron para el amor, ni conocieron a una Zorayda. ¡Zorayda!... por ella he sido perjuro, y siento que no puedo dejar de serlo; por ella, por una mirada de sus ojos dejara abandonados todos los ejércitos del mundo. ¡Verter yo la sangre de aquel padre, que tanto la ama! ¡Condenarme a a ser en su persona verdugo de Zorayda! Antes, perder mi corona y las de los extraños. Quiero que

Zorayda sea mía, interpóngase quien quiera; y lo será, a pesar del mundo entero conjurado contra mí... ¡Cuán bella es!... Aun me parece sentir la embriaguez que me produjera el aliento purísimo de su boca, y encadenarse mi vida y mis pensamientos a sus cabellos, que acariciarán mi rostro. Me fascino con que sus torneados brazos se deslizaran en este momento por mi pecho, inoculando en él un fuego abrasador. Los dos hemos nacido, sin duda, predestinados a amarnos desde la cuna; su existencia ya me inquietaba. El frenético deseo de conocerla, a riesgo de perder mi vida, no era más que la certeza de ser amado; el afán de tocar la realidad de un afecto, que el corazón presagiaba. También Zorayda me conocía, porque ya me había visto en sus delirantes sueños. Mi presencia sólo la causó la sorpresa que produce la continua contemplación del ser que amamos, y conocemos. Su desmayo fué un éxtasis do se refugian las almas apasionadas, y en él ven los objetos, como las mezquinas en los materiales; les dan ser y vida, los personifican y aparecen ante sus ojos tales, como efectivamente existen. ¿Será, pues, el amor una especie de adivinación?

Otro disparate de novelista, exclamará quizás alguno de nuestros lectores.

La repentina llegada del Obispo de Pamplona interrumpió los delirantes pensamientos del rey.

Al verle como la personificación de Dios, comenzó a excusarse ante sus propios ojos, y a engañar a su propia conciencia.

Mientras el venerable Obispo articulaba las frases de cumplimiento, el rey, sin oírle, pensaba para sí:

—Pues qué; ¿no he postergado mis resentimientos personales con el castellano y conducido mi ejército en favor del cristianismo? ¿No he in-

molado mi amor en aras de la religión y de la patria? Si el rey de Castilla ha sido derrotado en Alarcos, culpa han sido su precipitación, o sus egoístas miras. El de León no profesa, como yo, amor tiránico a una infanta mora; ni tiene motivos de queja contra don Alonso por retención de dominios, pertenecientes a su corona, y sin embargo, también se ha visto precisado, como yo con las mías, a regresar a su reino con sus fuerzas auxiliares. La posteridad convendrá conmigo en que el mal éxito de esta jornada se debe al rey don Alonso de Castilla.

La preocupación de don Sancho era tal, que se había olvidado completamente de la persona del Obispo.

—Señor—se atrevió éste a decir.

—Perdonad, padre mío—contestó el Rey, re-
puesto de sus tenaces pensamientos.—Tan preocu-
pado estoy con el golpe que la santa causa de
Dios acaba de sufrir en Alarcos, que no debe de
sorprenderos mi distracción.

El venerable Obispo, que apenas podía soste-
ner su ancianidad en el báculo episcopal, respi-
raba esa calma, esa confianza en la bondad de
una causa, que hace esperar en mejores días, a pe-
sar de los reveses de lo presente.

—Tenéis razón—dijo al Rey.—Mi venida tie-
ne por objeto felicitaros por vuestro feliz arribo
a Navarra, y llorar con vos la triste suerte del ejér-
cito de Castilla; derrota deplorable, porque la
causa es de todos.

Al mismo tiempo que el Obispo profería estas
palabras, don Sancho no sólo le permitía sentarse
en su presencia, sino que él mismo le aproximaba
uno de los sillones. Rasgo sublime de un rey, que
no debe sorprendernos, tratándose de aquellos

tiempos y de las primeras dignidades eclesiásticas del reino.

—Pero, en fin—prosiguió el Obispo en su religioso optimismo, —debemos consolarnos de este golpe, con que la Providencia ha querido probarnos. Creed, hijo mío, que un día, no muy lejano, la cristiandad se vengará con usura del desastre que acaba de sufrir. Rudo es, en verdad, el golpe; pero la piqueta de la impiedad no conseguirá con él arrancar una piedra del gran edificio, levantado por Cristo, cuyos materiales están amasados con la sangre de los mártires. Creed firmemente, que estos embates sólo sirven para probar lo indestructible de nuestra Iglesia; sin estos reveses, la instalación y la duración de ella quizás pudiera creerse una obra humana. Hoy minan sus fundamentos el alfange, mañana la inteligencia, rebelada contra su criador; pero ante sus muros, el alfange quedará embotado, y las inteligencias arrolladas por otras, que Dios improvisa en tales casos para su defensa: de este modo la Iglesia provee al mundo de héroes y de sabios; y contra estos héroes y estos sabios, infundidos en el espíritu de Dios ¿qué podemos temer? Dejemos pasar estos reveses, como pasa la nube, que oscurece el horizonte, para traer en pos la brillantez y la claridad.

—Quiera Dios, padre mío, que no se haga esperar el ansiado momento de hacer pagar su victoria a los infieles.

—Está bien, hijo mío; reconozco en vos los piadosos sentimientos que animaron a vuestro padre y demás predecesores. Veo con indecible alegría que no sólo estáis dispuesto a sostenerlos, sino a derramar por ellos vuestra sangre; seguid constantemente la gloriosa senda que habéis emprendido.

Y una lágrima de placer se deslizaba, al decir estas palabras, por las enjutas mejillas del venerable Obispo.

—Os dejo, pues, hijo mío; la hora me llama a rogar por vuestra ventura, y por el pronto triunfo de nuestra causa.

. —Dios os guíe, mi venerable padre—contestó el rey.

Y presentando su brazo al Obispo, para que se apoyase en él, le acompañó hasta la puerta de la cámara.

Al verse sólo en ella, se quedó cruzado de brazos, y en aterradora inmovilidad.

Después de algunos minutos, en que el pensamiento de ser perjuro se agolpó a su cabeza en toda su deformidad, abriendo desmesuradamente sus ojos, y levantando sus brazos, como para repeler un objeto.

—Fuera—exclamó,—fuera, sombra vengadora de Dios, que vienes en la persona del Obispo a echarme en cara mi perjurio; déjame desasirme de tus brazos de hierro, con que me ahogas... atrás... ¡atrás!...

Y el infeliz rey forcejeaba por sustraerse a la fuerte presión de un objeto, que si existía, era únicamente en esa cosa misteriosa y fiscalizadora, que se llama la *conciencia*.



CAPITULO VIII

En terreno propio.—La mesa de los tres Reyes, ó su entrevista

El rey de Navarra, firme en su idea de recobrar de el de Castilla los territorios, que los antecesores de éste habían usurpado a los de Don Sancho desde la muerte de don García de Navarra, primogénito de don Sancho el Mayor, pensó que nunca podría presentársele una ocasión más a propósito que aquella, en que derrotado el ejército castellano por los infieles, se hallaba inerme el Rey don Alonso de Castilla. El desbarajuste y la postración consiguiente a una derrota era, en verdad, una época oportuna en aquellas, en que las suspensiones de las hostilidades y la armonía aparente entre los reyes en ran la máscara con que ocultaban la debilidad del momento, para imponer la ley cuando se encontraban prepotentes.

Habiendo penetrado don Sancho por Soria y Almazán, pueblos pertenecientes a Castilla, talando y devastando las comarcas inmediatas, el rey don Alonso, reducido a la impotencia, envió sus embajadores al navarro, designándole un punto

en que pudieran reunirse para tratar de paz, haciéndole las compensaciones necesarias por los Estados arrebatados a Navarra.

El rey don Sancho dió oídos a las proposiciones de don Alonso, acordando reunirse en determinado día en el punto al efecto designado.

A las faldas del Moncayo, entre la ciudad de Tarazona y la villa de Agreda, se ve hoy mismo una llanura poco extensa en el punto donde se tocan los límites de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. Esta meseta es conocida por los labriegos y pastores, que pastan sus ganados en estas comarcas, con el nombre de *mesa de los tres reyes*.

Era un día de los últimos de febrero de mil ciento noventa y seis. Cuatro horas hacía que el padre de la luz había inaugurado su carrera, ahuyentando las invernales nieblas. De las hojas de las tilas, risallos y romeros, únicas plantas que producía el terreno, pendían transparentes gotas de rocío; sútiles hebras, como hilos de plata, cruzaban el espacio que mediaba de unas a otras matas, fenómeno exclusivo del invierno. No lejos de esta pequeña planicie descollaba el Moncayo, con su blanca cima, cubierta de eterna nieve, velada a la vista del espectador por nubes blanquecinas, que parecían despeñarse por sus vertientes. Veíanse caprichosas hendiduras producidas por el ardor del sol, que comenzaba a derretir la nieve, y alguna que otra casita, como incrustada en ella, y semejando unos puntos oscuros, que contrastaban con la blancura.

Apartando la vista del monte para fijarla en los contornos, advertíase multitud de pueblos, de los que se destacaban las torres de los templos, y en cuyas apizarradas plataformas reflejaban los rayos de un sol brillante.

Multitud de personas, diferentes en trajes, ocupaban el plano, que formaba el terreno a la vertiente del expresado monte, por el que corría manso arroyuelo de limpias y delgadas aguas. Soldados de infantería y de caballería, eclesiásticos, altos dignatarios, palafreneros y criados, todos confundidos y amalgamados, todos lujosamente vestidos según su clase, hormigueaban en la expresada llanura.

Situada esta, como ya hemos manifestado, en los confines de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra: tres mojones indicaban la pertenencia del terreno, en que situaba la de cada uno.

En esta llanura, pues, se hallaba colocada, en el momento de que vamos a hablar, una mesa de madera de forma completamente triangular; pero esta forma no había sido, como después veremos, un capricho del constructor. Cada uno de sus ángulos llenaba una porción de terreno, perteneciente a diverso reino del que recíprocamente ocupaban los restantes. Tres personajes, magníficamente vestidos, se sentaban en ellos: la persona más extraña a la reunión, no hubiese dejado de conocer, por mucha que fuese su sorpresa, que eran tres Reyes, deduciéndolo de las coronas, que ceñían sus cabezas.

Eran, en efecto, don Sancho VIII de Navarra, don Alonso II de Aragón, que alcanzó el triple renombre de Sabio, de Casto y de Virtuoso, y don Alonso de Castilla.

Dejemos la multitud de ricos-hombres, altos dignatarios, criados y soldados, retirados a bastante distancia de los reyes; apartemos la vista de la diversidad y riqueza de sus trajes, con los que contrastaba la austera sencillez de los de Navarra, y sorprendamos el coloquio de los reyes, que sin testigo alguno, departían con calor.

Sentado cada uno de ellos, y después de los saludos acostumbrados, en terreno propio; el de Castilla rompió el silencio.

—Ya sabéis—dijo—que el objeto que me ha impulsado a solicitar esta entrevista, no es otro que el de hacer cesen nuestras disidencias, que redundan en provecho de los infieles, y ruina común de nuestros reinos. En su consecuencia, deseo arreglar unos tratados de paz, que sin amenguar nuestro decoro, nos permita coaligarnos mutuamente contra los infieles, y acaben para siempre las agresiones, que tanto desdican de nuestros ánimos cristianos.

—Tenéis razón, don Alonso—contestaron el de Aragón y Navarra;—y Dios me lo demande—añadió el último,—si yo deseo otra cosa.

La frialdad y el aplomo con que el navarro profirió estas palabras, desconcertó al de Castilla; quien, perdiendo desde este momento su calculada reflexión, comenzó a recriminar a don Sancho, atribuyendo a hipocresía lo que efectivamente era sinceridad.

—Mas contra ese aserto, protesta vuestra conducta—prosiguió don Alonso,—pues no es tan lejana la época en que habéis invadido mis dominios, devastando y talando las comarcas inmediatas a Soria y Almazán; agresión tanto más de extrañar, cuanto que viéndome débil para atacarla, os habéis aprovechado del desastre que en Alarcos he sufrido.

Este argumento ad hominem desconcertó a don Sancho; pero, repuesto algún tanto:

—Mal podéis—contestó—denominar agresión a la que verifiqué por terrenos que no os pertenecen. No ignoráis que don Sancho el Mayor, nuestro común progenitor, de ilustre memoria, asignó a don García, de quien soy indigno descendiente,

esos y otros muchos más terrenos, que posse el reino de Castilla, por la sola razón de la violencia; y la violencia, concluyó don Sancho con irónica, aunque casi imperceptible sonrisa, no constituye un derecho.

—Pero, aun supuesta la exactitud de vuestras palabras, esa violencia fué posteriormente legalizada y en cierto modo sancionada: si vuestra memoria no os es infiel, recordaréis ciertos pactos entre vuestro padre don Sancho el Sabio y...

Fuese política o no, el navarro alejó la frase del castellano.

—Es verdad—contestó con cierto aire de despecho;—pero no lo es menos, si la historia no exagera, que en esos pactos intervino la fuerza, obligando por este medio coactivo lo que sólo se posee en usufructo: yo al menos creo, don Alonso, que en este concepto poseemos las coronas.

Don Alonso, fingiendo asentir con lo mismo, que no creía, dió otro giro a la conversación.

—Pero, sea como quiera—dijo,—releguemos al olvido antiguas querellas, y no desnaturalicemos el objeto noble que aquí nos ha reunido; ¿no convenís conmigo, don Alonso?—preguntó al rey de Aragón.

Este, que ningún motivo de queja tenía ni contra el de Castilla ni el de Navarra, y cuyo papel en la entrevista de que tratamos estaba reducido al de mediador, asintió con el pensamiento del de Castilla; el cual, encendido en ira de antemano al influjo de los recuerdos que agolpaba en su mente el asunto que iba a tratar, no acertaba entrar de lleno en el asunto.

Y en efecto: tan honda fué la herida que en su corazón esforzado abrió la derrota de Alarcos, que sólo curó de ella diez y siete años después, al

tomar cumplida venganza en la jornada de las Navas de Tolosa.

—El objeto que me ha impulsado a provocar estas vistas—rompió por fin el castellano,—no es otro que el de ofrecer a vuestra consideración la necesidad de coaligarnos contra Almanzor; el cual, enorgullecido con su victoria, amenaza invadir todos los reinos cristianos. Para atajar, pues, sus pensamientos de conquista, conviene que adoptemos el medio que acabo de proponer, y de este modo humillaremos la arrogancia del coloso, que medita tragarse nuestros reinos, con ruina común de todos, y en detrimento de la cristiandad.

El rostro del rey de Navarra palideció visiblemente al escuchar estas proposiciones.

—Os ponéis lívido—le dijo con intención el de Castilla.

—Aprehensión vuestra — contestó don Sancho con afectada distracción ;—antes bien, estaba preocupado con vuestras palabras, las que desde luego acepto ; pero ya sabéis a qué precio : la restitución de los estados a la corona de Navarra.

¿ En esta verdadera negativa, pesaría más la convicción de la justicia de sus derechos, o la persona de Zorayda ?

Un historiador se inclinará a lo primero, y un novelista a lo segundo.

Al escuchar esta frase, don Alonso se dejó llevar al terreno de las recriminaciones.

—Don Sancho—prorrumpió con acento mal comprimido de indignación,—¿ vuestra alma eminentemente cristiana pospondrá la causa de Dios a la vuestra ? ¡ Oh ! es imposible.

—Y a vos—replicó con entereza el navarro,—¿ no os manda la religión y el sagrado nombre del que invocado habéis, restituir lo que nos perte-

nece en justicia ; y no os dice que también de este modo se le sirve ?

—Seamos francos, don Sancho ; ¿ es la sed de esos dominos el móvil que os impulsa a obrar así, o un amor, que vos creéis ignorado ?

El semblante del navarro se contrajo horriblemente ; frío sudor inundaba su frente ; sus ojos se fijaron con viveza en don Alonso, como para leer en él lo que pensaba en su interior.

Mas del examen de su fisonomía dedujo que no acriminaba su conducta pasada ; la tardanza de Alarcos era completamente ignorada de todo el mundo.

Esta certidumbre sosegó su espíritu, y le repuso de su turbación.

—Dícese también—añadió don Alonso—que no está muy lejano el día en que os enlacéis con la mujer que amáis.

—Y aun que así suceda—replicó don Sancho, malhumorado,—no incumbe a los extraños arreglar asuntos, que ellos no han de realizar.

—Sin embargo—objetó el de Aragón, depo- niendo su taciturnidad,—habéis dicho que los re- yes sólo tenemos dominio usufructuario sobre los reinos : yo creo que siendo una verdad incontro- vertible, no lo es menos que todos nuestros actos deben subordinarse a su bienestar, a su conserva- ción y al aumento de la cristiandad.

—¿ Y el rey no es hombre ?—exclamó con amar- gura el de Navarra.

—Antes que hombre—observó secamente el ara- gonés,—debe mostrarse rey.

Esta lógica, tan inflexible como lacónica, ahogó un suspiro en la garganta de don Sancho.

—Mas sea como quiera—prosiguió éste,—son por lo menos prematuros los recelos, puesto que

versan sobre un acto, en el que seguramente aun no he pensado.

—Pero pensaréis algún día—replicó con viveza el castellano.

—En el que eso suceda—contestó gravemente don Sancho,—lo propondré a mis buenos consejeros de Navarra; y si ellos asienten con mi resolución, lo que hoy es una quimera, pudiera quizás ser un hecho.

—Pero si, como la fama dice—observó don Alonso de Castilla,—la mujer que tomaseis por esposa, fuese la hija del más poderoso y el más terrible de los enemigos de la cristiandad, ¿os decidiríais a efectuar un enlace, que, además de atraer sobre vos las iras del cielo, sublevaría las conciencias de vuestros vasallos y las del mundo todo?

—La cristiandad—repuso el rey de Navarra—no saldrá perjudicada; que aun no ha degenerado en mis venas la ilustre y religiosa sangre que circuló por las de mis predecesores.

Así concluyó don Sancho, cuyo rostro se enardeció al impulso de un sentimiento de noble y cristiano orgullo.

—Y sin embargo, ninguno de ellos realizó las ilusiones que pudiera inspirarles un amor que, como el vuestro, tan ajeno es de los sentimientos de príncipe cristiano.

—Sin recurrir a extraños ejemplos—replicó el navarro, refutando solemnemente la aserción del castellano,—abrid los anales de vuestro reino, y en ellos veréis a uno de vuestros más ilustres progenitores, a un rey de vuestro mismo nombre, tomar por legítima esposa a Zayda, hija de Benvet, rey moro de Sevilla.

—Pero ese matrimonio—repuso don Alonso, al-

gún tanto desconcertado con la cita histórica,—aportó bienes a la iglesia y al reino.

—Es verdad—asintió don Sancho con imperceptible sonrisa sarcástica ;—aportó el señorío de doce pueblos.

—Pero fué aprobado por la Santa Sede, mientras que el vuestro es de presumir que...

Esta reticencia aterró a don Sancho.

—Mas la Santa Sede, cuya misión es extender los dominios de Dios, y plantar la cruz en donde campea la media luna, creo no dejará de aprobar un matrimonio, que traerá a la causa del cristianismo más reinos que pueblos aportó Zayda a vuestro predecesor don Alonso.

Al expresarse así, creía o tenía necesidad de creer en la verdad de sus palabras. De modo, que el argumento del de Castilla se revistió en su contra.

—Pues qué—prosiguió don Sancho,—¿no redundanda en provecho de nuestra religión y al mismo tiempo en desprestigio y descrédito de la de Mahoma, la abjuración de esta por una infanta? ¿No es posible, además, que su ejemplo convierta a muchos de sus vasallos, que viven en el caos, y abran sus ojos a los resplandores de luz, que difunde la religión cristiana? Y considerando la cuestión bajo el aspecto terrenal: ¿esas fuerzas de Almanzor, que tanto teméis, no las hace impotentes el amor, que el mismo profesa a su hija? ¿Creéis, por ventura, que querrá medir sus armas contra su propia hija y su marido, y contra los reyes cristianos con él aliados?

Tan profundas razones desarmaron al rey de Castilla, a las que no podía oponer otras que las de su interés particular y el recelo con que miraba el enlace de don Sancho; pues engrandecidos y dilatados sus dominios con los de Zorayda, se

propondría recobrar por medio de la fuerza los que a la fuerza se habían arrebatado a la corona de Navarra por los antiguos reyes de Castilla.

En cuanto al de Aragón, que ningún motivo de rencor contra ellos abrigaba, sino el recelo que como rey pudiese darle el excesivo desequilibrio o la preponderancia de los demás, se mantuvo constantemente en silencio en medio de los agitados pensamientos de los de Castilla y de Navarra. Esta fué la causa de la indiferencia que mostró en las vistas de que tratamos. Sin embargo, por las pocas, pero contundentes palabras que profirió, se veía claramente que se inclinaba a favor de don Alonso; pero ya hemos manifestado la causa de esta inclinación.

Desnaturalizado, pues, el pensamiento, que había presidido a la reunión regia, por la pertinacia de los reyes de Castilla y Navarra, únicamente resultó de ella una suspensión de hostilidades, pero tan violenta, que desde luego se adivinaba lo poco que tardarían en romperse.

Levantáronse, pues, las tiendas; las trompetas tocaron marcha, y cada uno de los reyes se dirigió a su reino, al frente de sus respectivos guardias, cortesanos y soldados. Era ya cerca del anochecer; la única campana de un lugar vecino, de cuyo nombre, por más que lo intentamos, no podemos acordarnos, doblaba a las oraciones, y avisaba esas horas, en que su metálico sonido resuscita en el alma el grito aterrador de la conciencia: el pensamiento, que principia en la tierra, recorre la escala mística de Jacob; cuyo punto final está en el cielo. El rey de Navarra, aslado, sólo en medio de su comitiva, evocaba sus recuerdos, y la imagen de su padre, del Obispo don García, y de Zorayda, se agolpaban confusamente

a su cabeza, produciéndole inquietud jamás sentida.

Tal fué el resultado estéril de aquella entrevista, a la que el lector del siglo XIX, a quien creemos rejuvenecido por la ciencia de Althotas (*Memorias de un médico*) o por otro medio de su invención, ha concurrido y asistido.

Si un viajero acierta quizás a pasar hoy por entre los confines de Agreda y Tarazona, e interroga al pastor solitario de aquella comarca, no dejará de mostrarle una planicie a poca distancia del camino real, que conduce a Navarra, y decirle al mismo tiempo: he ahí *la mesa de los tres reyes*.



CAPITULO IX

Debilidad paternal

Antes de la escena que acabamos de narrar, figurémonos instalados en Sevilla, y de este modo veremos hasta qué punto eran fundados los recelos del rey don Alonso de Castilla.

Supongámonos asimismo en un salón, perfumado por inciensos y aromas del Oriente, que arden en pebeteros de oro, y amueblado con todo el lujo y la magnificencia propias de la morada de una reina. En uno de los divanes se halla reclinada, y por decirlo así, abandonada una joven, cuya parte superior de la cabeza cubre un gracioso turbante, por cuyos remates penden bucles de cabellos, que en ondulantes rizos caen sobre su garganta de cisne, adornada con rico collar de perlas; un corpiño de seda blanco esmaltado de oro y pedrerías, oculta su túrgido seno. Su talle ligero y flexible ceñía blancos faldones de telas finísimas; y sobre un pequeño taburete dejaba descansar sus pies diminutos, calzados con rica

chinela morisca. Esta hermosa joven, cuya belleza conocemos, era Zorayda.

A su lado se hallaba un anciano, cuyas blanquísimas barbas cubrían casi todo su rostro y parte de su pecho. Su belleza de joven no había hecho más que mudar de forma; su aspecto era grave, imponente y majestuoso: vestía un turbante cuajado de esmeraldas; anchos calzones, según la usanza invariable del común del pueblo mahometano, del que en nada se distinguía; en el momento de que tratamos, contemplaba con avidez y con ternura a la joven, como si temiese perderla, dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

El lector habrá reconocido en este anciano, al poderoso Almanzor.

—¿Lloráis, padre mío?— le preguntó tristemente su hija.

—Sí, Zorayda mía; lloro, y lloro por ti—respondió su padre, estrechándola contra su pecho.

—¡Oh! ¿qué teméis, pues, por mí?—repuso la infanta con inquietud.

—Nada, nada—dijo Almanzor con serenidad, para tranquilizarla; —pero mira, hija mía—continuó, ciñendo su talle con su brazo y estampando cariñoso beso en su frente,—tú sabes cuánto te amo, y que el amor delirante de un padre está siempre receloso de perder el bien de sus hijos. No hace mucho que te sentiste enferma; yo lo ignoraba, y dos hombres desconocidos, con quienes en aquel momento hablaba, me hicieron saber el estado en que te encontrabas; aquellos hombres no te habían visto; tu mal, pues, lo adivinaban. Corro a cerciorarme de la verdad o mentira de sus palabras, y el tormento que mi corazón sintió al palparla, excede a todos los que Alá pueda deparar a los mortales. Yo te ví desmayada, apelé a su ciencia, y ellos te restituyeron a mis brazos,

y me dieron la vida al darte a ti la tuya. Además de esto, aquellos dos hombres desconocidos predijeron cosas, parte de las cuales ya se han realizado; Alarcos será un recuerdo glorioso para mis descendientes, y para la nación musulmana. Yo creo en la verdad de la ciencia, porque ésta se revelaba en sus semblantes marcados con ese sello que llevan los hombres predestinados a ser grandes. El aplomo, la serenidad de ellos no me engañaron; no eran miserables impostores. La idea, pues, de que se realicen algunas de sus enigmáticas predicciones, como se realizó la de Alarcos, me llena de amargura. Auméntase ésta al ver, Zorayda mía, que apenas fuíste curada por la ciencia misteriosa de aquellos hombres, la alegría se retrataba en tu rostro, y ni el disgusto más leve se anidaba en tu pecho; como en los días en que, siendo niña, jugabas con mis cabellos, no blancos como los actuales, y te deleitabas en contemplar desde uno de los agimezes de este mismo recinto, las mansas olas del Guadalquivir, siguiendo con la vista el curso de las barquillas, cuyas graciosas velas ondean al impulso de las embalsamadoras auras. Entonces ¡ay de mí! enajenado de placer al verte tan alegre y tan hermosa, me prosternaba ante el cielo, por haberme otorgado tanto bien, e imprimía en tu rostro infantil mil besos, bañados a veces con lágrimas, no como las de ahora, dolorosas, sino lágrimas de placer, lágrimas de ternura.

Zorayda, con la cabeza reclinada sobre el hombro de Almanzor, escuchaba con religioso silencio el relato de su padre, con marcadas señales de enternecimiento, a la par que de sorpresa.

—Pero olvidemos aquellos tiempos venturosos que hacen menos llevaderos los presentes—añadió el contristado anciano, meneando con doloroso ade-

mán su cabeza, y limpiando al mismo tiempo el surco de las lágrimas, que corrían por su rostro ; —no te sorprenda mi llanto, hija mía, que al perder el bien, es cuando más avaros nos mostramos de él.

—¿Váis a perderme acaso?—preguntó Zorayda con desgarrador acento.

—Sosiégate, hija mía—contestó con dulzura Almanzor para tranquilizarla.—Después de algún tiempo de la curación casi milagrosa, operada en ti por nuestros desconocidos bienhechores, arrastras una vida lánguida y melancólica. Las fiestas improvisadas en nuestro palacio, con que mi solicitud paternal se apresura a satisfacer tus menores deseos ; el afán, con que procuro calmar esa inquietud que en ti noto, esa tristeza que te acomete, y cuya causa ignoro, no consiguen animar el amortiguado brillo de tus ojos. En tu rostro prematuramente marchitado, aparecen los indicios infalibles de dolor secreto ; y tu boca no exhala ya armoniosos sonidos de placer, sino callados y desconocidos lamentos. Los ricos productos de mis reinos de España, y los de allende los mares, no tienen valor ninguno para ti ; y todo, todo en el mundo pasa ante tus ojos indiferente.

Después de esto, mis cabellos predicen claramente que mi porvenir es el de la tumba. Tu hermano y sucesor mío, Mahomad, se mece todavía en la cuna. Los reyes de Túnez y Tremezen, inquietos tributarios míos, sacudirán el yugo en el momento que yo cierre los ojos a la luz, aprovechándose de las complicaciones, que tal vez surjan de mi muerte. Creo, pues, que enlazándote con alguno de ellos tendrías en tal caso un valedor, en el que de otro modo será un enemigo. Entonces también quizás se disipe tu tristeza ; y la naturaleza, que sin duda reclama sus derechos en

el día, convierta para ti los de hoy en otros más venturosos en lo futuro.

Y Almanzor miró fijamente a su hija, para deducir de su rostro el efecto de sus palabras, pero ella sólo contestaba con el llanto, lo que era una protesta tácita de ellas. Así lo comprendió Almanzor, aunque achacando este efecto a una causa bien distinta de la que verdaderamente lo producía. El llanto de su hija desbarató sus pensamientos.

—¿Callas, Zorayda mía?—prosiguió, en sumo grado conmovido.—¿Habré atormentado, por ventura, tu corazón, con la perspectiva horrible de nuestra separación? Zorayda, mi bella Zorayda: ¿crees que yo no sufro? ¿crees en mí un padre, cuyos afectos están concretados a amarte en el momento, para olvidarte cuando pertenezcas al hombre advenedizo, que el cielo te destine por esposo? Si así piensas ¡cuán injusta eres para conmigo! ¡Ah! ¿qué derechos puede alegar nadie para amarte como un padre? Yo, que he avivado hora por hora, día por día, año por año, el foco de amor que deposité en tu cuna; yo, que creo rejuvenecerme en ti, cuya sangre es la mía, cuyo bien el mío, y cuya alegría es también la mía; yo, que en tu niñez fuí niño, en tu juventud joven, en tu alegría, bullicioso, y en tus pesares, pesaroso, ¿cómo podré abjurar de mi amor paterno, y romper con ese pasado tan halagüeño, personificado en tu persona? ¿quién, sino un padre, conoce las dulces y secretas emociones de semejantes actos? ¿quién, el encanto del guerrero, cuando al regresar triunfante de conquistado reino, depone el furor de su rostro y la ensangrentada espada de su mano, para abrazar a su hija, que tiende sus brazos, y le contempla, le besa, le estruja, derramando lágrimas de placer por su

feliz arribo? Si supieras, Zorayda mía—continuó el anciano padre, tomándola una de sus manos, y tendiendo recelosa mirada a la habitación, por temor de ser oído,—si supieras cuán grande es el odio que profeso al feliz mortal sin conocerlo, que el cielo te depare por esposo, sólo por el crimen ante los ojos de un padre de llegar a poseerte! ¡ Si supieras que tengo celos del amor, que hacia él pueda encender tu pecho! ¡ Si supieras que en él contemplo la despiadada mano que ha de demoler los encantos de tu inocencia, hacinados por mí en tantos años de desvelos y de insomnios! ¡ Si concibieses el dolor, que en este mismo momento desgarrá mi corazón! Pero—concluyó el noble Almanzor con la resignación del mártir, que sacrifica su vida por el triunfo de una causa—hay deberes más altos que cumplir. A un padre sólo es dado despejar y cubrir de flores el camino, que han de recorrer los extraños; así está decretado por el cielo; el amor dejaría de serlo desde el momento que recogiese el fruto de sus desvelos y de sus sacrificios; quien tal pretendiese, sería egoísta, mezquino; en el corazón de un padre sólo deben resonar los latidos del de su hija: los suyos propios debe avasallarlos y ahogarlos.

Al terminar estas palabras, Almanzor y Zorayda se abrazaron por un impulso unánime; los negros cabellos de azabache de la joven contrastaban con los blancos de su padre. Nunca se identificó de un modo tan sublime la lozanía de la juventud con la frialdad glacial de la ancianidad.

Mas impulsada, sin duda, Zorayda por el remordimiento, se desprendió súbitamente de los brazos de Almanzor, preguntándole con el rubor y la sencillez de un niño:

—¿Me perdonaréis, padre mío, si os confieso un secreto?

—¿Secreto tú?—preguntó Almanzor con la sorpresa del que ni siquiera ha concebido la existencia de un hecho.

—Sí; un secreto que hubiese expirado conmigo, a no impulsarme a declararlo el remordimiento de defraudar vuestro cariño, si me obstino en ocultarlo.

—Y qué habrá que yo no te perdone, ángel mío—exclamó Almanzor con semblante risueño; —habla, Zorayda, habla—añadió con impaciencia.—¿Por qué ocultarlo hasta este día? ¿no soy para ti más que padre, cariñoso amigo? Habla, por Alá, hija mía.

—Pues bien, padre mío—dijo Zorayda ruborizada,—tenaz afecto se ha apoderado de mi corazón: ya amo a un hombre.

Almanzor retrocedió aterrado.

—¿Que amas a un hombre? ¿qué oigo! ¿Es el recelo de perder tu amor el que ha forjado esas palabras, o realmente las has proferido?

—Sí, padre mío; amo a un hombre; ¿no habéis podido adivinarlo en la melancolía, que habéis notado, que me abrumba, y corroe el carmín de mis mejillas? ¿Nada os han dicho mi silencio, ni mis actos? pues bien; ya que todo el afecto de un padre no ha alcanzado a leer en el corazón de su hija, yo os hago la confesión de mi amor. Vuestra solicitud paternal no preveyó que el desarrollarse mis encantos, se desarrollaba también con ellos el germen de amor, que vos me disteis. Así, sensaciones inexplicables me agitaban en medio de las grandezas y la pompa de vuestra Corte; yo buscaba la soledad. La reclusión, en que me habéis constantemente tenido, era para mí el mayor bien, a que pudiera aspirar. La continua presen-

cia de las odaliscas me es insoportable; y algunas veces llegaba a mis oídos la palabra, loca, cuando las mandaba despejar mi cámara, sin quererlas aceptar sus servicios; y era, que en la soledad vivía con mi amor. Estas rejas, que vedan toda curiosa mirada, no son bastante espesas, que no permitan la entrada del ser puramente ideal, que sin conocer amaba; y era, que vivía en mí, que su imagen moraba conmigo. Mi último pensamiento, al cerrar mis párpados el sueño, era para él; y para él, el primero al despertar. Así seguí durante mucho tiempo. Un día, enajenada por la idealización de mi amor, caí, según vos, enferma. Temisteis por mi vida, y sin embargo, en el trastorno de mis sentidos, recuerdo que aquel fué para mí el día más feliz que cuento en mi vida. Yo me sentí transportada a otra región más bella y más encantadora que nuestros arabescos palacios; mi fantasía halló en ella lo que la realidad me negaba; allí ví al ser a quien amaba, allí le conocí, y...

—¿Y tu padre, hija mía?—exclamó Almanzor, transportado, a su pesar, a las fantásticas regiones descritas por Zorayda.

—No os hallabais—contestó ésta.

—¡Ah!—prorrumpió Almanzor, dejando caer sus brazos en señal de su amargo dolor,—¡primera ilusión de padre desvanecida!

—Al despertar de mi letárgico sueño—prosiguió Zorayda, sin hacer caso de la desgarradora exclamación de su padre,—me hallé con dos desconocidos en esta misma cámara, y reclinada en los brazos de uno de ellos, del mismo modo que lo estoy en este momento en los vuestros.

Así concluyó Zorayda, con la candidez de una niña.

—¡Ah! comprendo—exclamó Almanzor, dán-

dose una palmada en la frente;—¡maldición! mi necia confianza me ha robado el cariño de mi hija! Pues bien—prosiguió dirigiéndose a Zorayda,—aunque para ello sea preciso vender mis reinos de Africa y España, yo buscaré a esos miserables, que tan vilmente han abusado de la ciencia; y ¡ay de ellos!—concluyó, cerrando convulsivamente sus puños, y con todo el furor del padre herido en sus afectos más caros,—¡ay de ellos, si el destino los pone en mis manos!

—No los hallaréis, señor—replicó Zorayda con la íntima convicción de la seguridad.

—Sí, sí, por cierto; aunque se oculten en los confines del mundo—prorrumpió Almanzor, centelleando de furor.

—Temeraria fuera vuestra empresa, porque quizás perecierais en ella.

—Luego, tú no ignoras quiénes son, ¿pues qué, tan poderoso es ese rival del amor de padre? Zorayda, decid su nombre, su origen, pronto, pronto.

—Pues bien; el más anciano de ellos es efectivamente un médico; el joven se llama...

—Su nombre, pronto.

—Don Sancho VIII de Navarra.

—Don Sancho de Navarra—exclamó Almanzor, temblando de sorpresa, y haciendo rechinar sus dientes de coraje.

—¿Y qué halláis en esto de extraño?—le preguntó, no menos sorprendida de la sorpresa de su padre.

—¡Un cristiano!

—¡Oh! ¡es tan bello, tan gentil—completó Zorayda con infantil ilusión.

—Pero un cristiano—contestó con resuelta convicción Almanzor,—es imposible que pueda nunca amarte.

—Os engañáis, padre mío—díjole Zorayda con

cándida coquetería.—Si le hubieseis visto y escuchados sus palabras; si le hubieseis visto en esta cámara, llena para mí de encantos, porque la embellecía su presencia; si hubieseis sido testigo del dolor, que sintió al alejarse de mí, ¡cuán distintamente le juzgarais! aun me estremezco de placer al verle cuando delirante me rodeaba con sus brazos; el recuerdo de aquellos momentos tan felices nunca me abandona; él solo es el que sostiene mi vida.

Cada una de estas palabras traspasaban de dolor el corazón de Almanzor, el cual, afligido con la idea de perder lo que tanto amaba, comenzó a representar a Zorayda los obstáculos que se oponían a su amor. El de padre le cegaba sin duda, y le impedía reflexionar, que todo lo allana el de amante.

—Está bien, hija mía; pero los latidos amorosos de tu corazón te vedan apreciar las contrariedades agrupadas para imposibilitar sus inspiraciones; contrariedades que no depende ti, ni de don Sancho, y que no podéis salvar, como tampoco el padre que te idolatra.

—Vuestras palabras—exclamó Zorayda, sobrecogida,—me infunden miedo.

—No es tal mi intención, hija mía. ¿Pero has pensado alguna vez en el dolor que sentirás al abandonar para siempre el bello país en que has nacido, alhagada por las bellas flores, y mecida tu cuna por las auras, mientras que el que tendrías que habitar es austero y rígido en sus costumbres, sin bellas florestas, sin espléndidos jardines, sin arabescos palacios? En él sólo hallarías montañas y cordilleras, bardenas y peñascos, cuya influencia constituye en sus naturales, seres en abierta oposición con los de nuestro poético suelo. Y tú, aislada, vendida entre ellos, arrastrarías una vida

monótona ; y volverías tus ojos hacia las amenas riberas de este ardiente suelo, maldiciendo el momento que en mal hora lo abandonaste.

—¿Y ese país no le hará bello para mí la presencia del ser a quien amo, y que en él ha nacido? Cuando al contemplar esas rígidas montañas de que acabáis de hablarme, contemplase en ellas la cuna del hombre, cuya existencia adiviné en la mía ; cuando en esas personas, diferentes de nosotros en carácter y costumbres, viese los vasallos que idolatran a su rey ; cuando ellas supiesen el amor que yo siento por su jefe, ¿no me amarían del mismo modo que yo las amaría a ellas? Cuando mi vida, mi ser, mis pensamientos se asimilasen a la vida, al ser y a los pensamientos del que amo, ¿creéis que suspirara por este país? ¡ Ah ! no, no, padre mío.

—Pero si, como es de creer—objetó Almanzor, —la ambición y el cálculo impelen únicamente al rey cristiano a desearte, una vez satisfechos, pronto, Zorayda mía, te aborrecerá, a ti, mi única ventura ; a ti, por quien las canas que blanquean mi cabello aun son para mí queridas. Escucha, Zorayda : recluída constantemente en este palacio, ignoras, pobre niña, lo que es el mundo. No sabes, que un amante baña sus palabras dulces con letal veneno ; que oculta cautelosamente sus designios, que ahogados y refrenados, se desatan impetuosamente desde el momento en que se ve poseedor de lo que ambiciona. ¡ Ah ! Tú ignoras, no comprendes semejante conducta. Has visto por vez primera un amante, mas nunca has conocido un esposo.

—¿Y no han llegado a vuestros oídos los ecos de la fama, que transmiten las altas virtudes y la caballeridad de don Sancho? ¿O queréis permanecer sordo, e ignorar los honestos sentimien-

tos del cristiano rey? ¿Será, más bien, que nosotros los creyentes no alcanzamos a valuar los nobles sentimientos, que prodiga a sus hijos esa madre-religión que profesa el rey don Sancho? *Dicen que es tan bella, y al par tan sublime;*...

—¡Oh! no sigas, no sigas, hija descarriada—interrumpió Almanzor, desviando suavemente de sus paternales brazos a Zorayda, y levantándolos en actitud religiosa hacia el cielo, como pidiéndole perdón de su condescendencia paternal.—Has desgarrado mi corazón de padre—prosiguió;—no quieras desgarrar el del buen creyente. *Esa religión*, que tanto ensalzas, es precisamente el obstáculo de que antes he hablado, y que no puede superar tu amor al rey; ni mi cariño tal vez criminal hacia ti.

—Seré, pues, cristiana—exclamó Zorayda con resuelto tono.

A estas palabras tan decisivas, los ojos de Almanzor centelleaban de ira; crispáronse sus manos; su pecho respiraba desordenadamente, produciendo sordos y reconcentrados gemidos, y su boca se contrajo de un modo horrible.

—¡Cristiana tú!...—prorrumpió por fin, con extraña mezcla de furor y de compasión, de fanatismo y de desdén;—jamás; antes virginal corona mortuoria ciña tu cadavérico semblante y tu alma ¡martirio horrible de padre! vuela ante mis ojos a las regiones del Edén; antes blanco sudario envuélva, en vez de velo nupcial, los encantos que han despertado la codicia de don Sancho, que llegar a ver te a ti, la hija del poderoso Almanzor, la infanta mora, en que están fijadas las esperanzas de mis vasallos, abjurar nuestras creencias, y convertirte a la religión cristiana. ¿Por qué, poderoso Alá—exclamó, dirigiéndose al cielo,—por qué castigáis de este modo a un

infeliz anciano, y destrozáis sin piedad mi corazón de padre y de creyente? Si es acaso en expiación de mi debilidad paternal, y queréis enseñar en mí a los mortales las consecuencias de un excesivo e imprudente afecto; piedad, piedad—prosiguió, tomando las manos de su hija, y prosternándose con ella ante el cielo.—¡ Oh! no toda la culpa es mía. La habéis hecho tan pura, tan hermosa; ¡ habéis infundido en su pecho tanto amor, del que se atesora en vos!... ¿Cómo, pues, no adoraros en ella?

Los sollozos de su hija interrumpieron las palabras del anciano. Al verla en tal estado, Almanzor olvidó sus propósitos, y en su corazón se agolpó todo el frenético amor que profesaba a Zorayda.

—¿Loras, hija mía?—exclamó Almanzor, enterrecido, volviendo a abrazar a Zorayda y haciéndola sentar a su lado con cariñosa solicitud.—Me he dejado arrebatarse por un momento, es verdad; pero tú me perdonarás, ¿no es así, Zorayda mía? ¡ Ah! ¡ sufro tanto a la idea de verte lejos de mis reinos, que son los tuyos, y verte odiada por nuestros vasallos y los de tu esposo, que nunca podrán olvidar tu origen!...

—Mi afecto, y los beneficios que procuraré dispensarles, espero que desvanezcan toda prevención contra mi persona. Por otra parte, tampoco dejaré de obligarles el engrandecimiento de su patria por la adquisición de los nuevos reinos, con que vuestra munificencia y vuestro amor paterno dotará a vuestra hija.

Así concluyó Zorayda con placentero ademán y besando con picaresca coquetería las enjuetas mejillas de su padre.

—Reinos, dices—exclamó Almanzor;—¡ locura! ¿No comprendes que eso sería sancionar tus de-

seos? ¡y perder yo el fruto de tanta sangre y de tantas glorias de nuestra nación! ¿No adviertes? Pero, no; es imposible. En tu odio a tu padre— prosiguió Almanzor con desgarrador acento,—no contenta con hacerme débil y tibio creyente, quieres también convertirme en un traidor; nunca, nunca.

—Está bien—contestó Zorayda, retorciendo sus modelados brazos y con el acento sarcástico de la más profunda desesperación.—Vuestros deseos serán pronto realizados, y un día os despertarán de vuestro lecho con la noticia de mi muerte. Entonces «virginal corona mortuoria ceñirá mi cada- vérica frente, y mi alma ¡martirio horrible de padre! volará a vuestra vista, a las regiones del Edén». Acosado por los remordimientos, querréis otorgar a la víctima lo que negasteis a la hija; pero nudo apretado habrá oprimido mi garganta (1). De allí a poco, «blanco sudario cubrirá, en vez de velo nupcial, los encantos que despertaron la codicia de mi amante», y una voz dolorida os increpará en sueños, acibarando así los días que os restan de existencia.

El tono, el furor, la desesperación que encerraban las palabras de Zorayda, en quien la ficción era inconcebible, no dejaron ninguna duda al contristado padre, de la decisión de Zorayda en realizar su horrible amenaza. Vencido, pues, por su hija:

—Jamás, jamás — exclamó, — ¡verte muerta! ¡estrechar en mis brazos un cadáver en vez de mi hija; ver tus hermosos ojos cerrados para siempre, y extendido el velo fúnebre por tu rostro! ¡no aspirar de tu boca aromas de felicidad! ¡no herir con tus acentos puros hasta las fibras más

(1) **Histórico.**

profundas de mi corazón!... ¡horrible perspectiva!... Sé feliz, aunque perezcan, si necesario fuere, tu padre con sus vasallos, aunque pierda mis conquistados dominios; caigan sobre mi cabeza las justas iras del cielo, antes que de tus ojos brote ni una lágrima de pesar. Tus deseos, pues, están cumplidos; pero las instituciones y el gobierno de los reinos exigen que someta el asunto a la deligeración de mis consejeros; y cualquiera que sea su fallo, antes que rey, seré padre.

—Me devolvéis la vida—dijo Zorayda con loca alegría, proternándose a los pies de Almanzor, y devorando a besos sus descarnadas manos.

Ahora bien: el resultado de esta escena, divulgado por la fama, había llegado hasta el rey don Alonso de Castilla, y el lector, que ya está enterado de sus palabras en la *mesa de los tres reyes*, podrá apreciar debidamente hasta qué punto eran, o no, fundadas.

CAPITULO X

Amor sin esperanza.—D.^a Constanca.—Sus revelaciones.—
Calculada crueldad del malvado Omar.

En menos de un santiamén hemos trasladado al lector desde la *mesa de los tres reyes*, entre Agreda y Tarazona, al palacio de Almanzor, en Sevilla. Puesto que ya hemos abusado dos veces de su movilidad, sin que se haya dado por resentido, lo haremos por tercera, conduciéndole a un obscuro y lóbrego aposento de una casa de Tudela, ciudad en que accidentalmente residía en el momento de que vamos a tratar, el rey don Sancho el VIII de Navarra.

En una calle tortuosa, situada en la vertiente de un monte, donde pocos años después se edificó un castillo, existía en la época que venimos consignando, una casa completamente aislada, una de cuyas gruesas paredes sirve de foral a otra modernamente construída. En esta casa, cuya diferente construcción enlaza más de ciento y sesenta años, apenas se repara. Nadie intenta leer la historia, que su pared foral pregona, cerrando los oídos a la elocuencia de sus ruinas.

En la época de esta semi-historia, semi-novela, la calle situada a algunos pasos de la casa en cuestión, era una de las más principales y habitadas de la ciudad, que ni por asomo pensaba extenderse en dirección al Sur, como actualmente lo verifica, y como tiende a verificarlo en mayor escala.

Era una lóbrega noche del mes de marzo del año de mil ciento noventa y seis. Una lluvia continua, impulsada por el furioso viento norte, azotaba los encerados de la única ventana de la casa, situada en las faldas del monte, que hoy se llama de Santa Bárbara. Las últimas olas del vecino Ebro, encaramándose sobre las primeras, chocaban con estrepitoso rugido sobre los peñascos de sus riberas. Pasado el Ebro, y a la parte norte de la ciudad, veíanse eminencias formidables, inmóviles como espectros, y cuyas cumbres iluminaban los relámpagos que sin interrupción se sucedían. A su ígnea claridad se advertían horribles despeñaderos, de los que se desgajaban impetuosamente las aguas, que cubrían árboles y plantas; y que, precipitándose en el río, presentaban un plano inmenso y sin límites, cuya aparente inmovilidad aterraba al contemplarlo. En su turbia superficie flotaban confusamente plantas, ganados, árboles y hasta cadáveres, procedentes de los lugares invadidos por las aguas, y arrastrados por su rápida corriente. El trueno retumbaba incesantemente, cuyos estallidos, prolongaban hasta lo infinito, las aguas, por un fenómeno natural de la sonoridad.

Si el contristado observador apartaba sus ojos de este horrible cuadro para fijarlos hacia el Este, veía una hondonada, en la que se destacaba antiquísimo edificio, cuya pequeña campana anunciaba melancólicamente al cercano pasajero

el riesgo de perder su vida entre las ondas. Esta campana pertenecía al venerando santuario de Santa Cruz, ocupado en aquella época por los monjes Sagienses. Hacia el Oeste, el lejano Moncayo, como desafiando a la tempestad, y confundida su cumbre con sus vecinas nubes. Y por fin, al Sur, y bajo los pies del observador, el sordo rumor de los contristados habitantes de la ciudad, cuya mayor parte de las calles se hallaban inundadas por las aguas. Sus manos agitaban hachones, cuyos resplandores semejaban fatídicos meteoros, que presagian desventuras, o fúnebres antorchas, que alumbraban a la naturaleza muerta.

Si poético es el panorama que se descubre desde la cumbre del expresado monte en uno de los días serenos y despejados de primavera, no es menos sublime ciertamente el que presenta en una noche tempestuosa del expirante invierno. Lo poético y sublime poseen su especie de belleza respectiva. La primera la percibe toda clase de personas; la segunda un observador, que ni teme los peligros, ni le acobardan las fuertes emociones, y a su pesar, el pastor, que pone en salvo su ganado. El pastor y el observador filósofo son, pues, los hijos de la naturaleza. Este, sentado, quizá, sobre un montón de venerables ruinas, mientras que el rayo vibra sobre su cabeza, se deleita en contemplarla en lo que más tiene de imponente y terrible. Parece un Dios preside la tempestad.

Humilde era el aspecto de la casa en cuestión, y su arquitectura nada elegante, respiraba cierta cosa de terrible y misteriosa. Al parecer, se hallaba deshabitada, sino desmintiese esta creencia los débiles rayos de moribunda luz, a que daban salida los intersticios de antiquísima y carcomida ventana. Un bulto, como de persona, se deslizaba por las inmediaciones de la referida casa en

dirección a ella, mientras que una segunda la espiaba a conveniente distancia. Antes de coger la primera el aldabón de la puerta, tendió escrutadora mirada alrededor; pero esto, previsto sin duda por la que la espiaba, se había desaparecido de antemano por las calles inmediatas.

Segura de no ser vista, sordo golpe del aldabón resonó en el interior de la casa; y a los pocos momentos, un hombre abrió la puerta, presentándose en el dintel.

—¿Sois vos, señora?—preguntó a la persona que esperaba; la cual, merced a estas palabras, sabemos que era una mujer.

—Yo soy.

—Preciso es estar dotada de un espíritu varonil para decidiros a visitarme en noche tan tempestuosa; nunca la conocí igual.

—Decid más bien—replicó la desconocida,—que es preciso ser enamorada.

—Imperceptible sonrisa de asentimiento se dibujó en los labios de su interlocutor; el cual, cerrando cuidadosamente la puerta, dijo:

—Subamos, pues, señora.

Y echó a andar con su moribunda lámpara por una tortuosa escalera. Le mujer le seguía detrás, cubierta su rostro con un velo.

La escala remataba en un corredor, y éste en una sala cuadrangular, en la que ambos se instalaron. Al verse en ella la desconocida, comenzó a temblar, lo que advertido por el anciano:

—¿Tembláis?—la dijo.—Sí así es, no alcanzo el motivo; tranquilizaos, pues, porque bien sabéis que mi edad no infunde temores.

La mujer ni contestó, ni mucho menos se tranquilizó.

En efecto: el aspecto de aquella pieza era para aterrar a una mujer de los actuales tiempos, cuan-

to más a la supersticiosa de los antiguos. Allí se veían montones de cráneos, fémures y demás huesos humanos, hacinados unos confusamente, y separados, clasificados y rotulados otros. En los puntos de las paredes que dejaban libres, se hallaban trazados signos extraños y combinaciones cabalísticas, cuya formación indicaba la inseguridad de la mano que los había estampado. Sobre dos hornillos se hallaban retortas, que contenían líquidos en ebullición, que desprendían vapores y bocanadas ígneas de brillantez siniestra. Sobre el pavimento había frascos, y redomas, y pergaminos; y dibujadas en éstos, enigmáticas figuras, y un enorme gato, cuya deformidad aumentaba la de los demás objetos. En cuanto al ajuar de la pieza, sólo consistía en un vetusto sillón, colocado cerca de los hornillos, una mesa llena de polvo, y dos o tres sillas más pequeñas. Por lo demás, el conjunto de los objetos adolecía de esa falta de simetría, de orden y de aseo, propia de los hombres científicos de cualquiera época que sean.

El habitante de la casa presentó a la desconocida uno de los sillones, después de limpiarle el polvo, con esa infeliz maña, inherente también a las personas dedicadas a la ciencia, precisadas a su pesar a descender a las faenas domésticas.

La desconocida se quitó su manto, lleno de agua, y su calzado completamente enlodado, dejando ver unos pies, que sólo pudieran pasar desapercibidos a hombres de la edad y profesión del que tratamos. Después de calzarse rica chinela que llevaba prevenida, tomó asiento, obedeciendo a la invitación del anciano.

A favor de la claridad de la lámpara, vamos a contemplar estos dos personajes.

Hermosa era la mujer; y a fe, que la casa del

monte de Santa Bárbara nunca hasta entonces fuera honrada con la presencia de tan celestial belleza, bien diferente de la de Zorayda. Su blondo cabello, recogido en trenzas; sus ojos rasgados y negros, de mirada altiva y cariñosa al par, transmitían fielmente el amargo pesar que debiera aquejar a su poseedora. Largas, arqueadas y bastante pobladas sus cejas, imprimían un aire de tenacidad y resolución a su fisonomía. Blanco su cutis como el cisne, o las espumas de los mares, coloreábalo el reflejo de la vivísima llama, que despedían la lumbre de los hornillos; su boca, de labios color de cereza y ligeramente pronunciados, mentía forzada sonsisa; su garganta era bien formada. Las estrechas mangas de su traje dibujaba perfectamente los contornos acabados de sus brazos. Un sencillo vestido de paño finísimo, traje peculiar de las damas de Navarra en aquella época, entallaba su ligera cintura. Su continente era majestuoso; sus modales, de una reina.

El habitante de casa era como de setenta años. Blancos y espeluznados mechones de pelo nacían de la parte media de su cráneo, y cubrían su arterioso cuello. Su frente era ancha, surcada por curvas transversales arrugas. Sólo sus ojos, hundidos, de mirada viva y penetrante, parecían tener vida entre las facciones glaciales de su semblante. Con respecto a la nariz, un frenólogo célebre ha comparado el rostro humano a la representación de un drama. Ha prestado con fundamento a los ojos el papel de protagonistas, y sucesivamente el suyo a las demás partes del rostro. En esta distribución nada ha tocado a la nariz. Nada, según él, representa, aisladamente considerada, pero ayuda y mejora el desempeño de los demás. **En una palabra: la nariz es al rostro, lo**

que el apuntador al drama. Su papel pasa desapercibido por el público. Y sin embargo, sin el apuntador, adiós drama y farsantes; sin la nariz en el rostro, adiós frente, ojos y boca, protagonistas y papeles principales; nada dirían, nada expresarían.

La nariz del anciano, pues, sin expresar por sí cosa alguna, daba un aise de solemne, de terror y de misterio a su rostro. Por su boca, desmesuradamente grande y desprovista de dientes, nunca había vagado más sonrisa que la del sarcasmo. Su rostro era largo, enjuto y macilento, y cubierto en su mayor parte por blancas y largas barbas. Su traje consistía en un gorro o especie de birrete negro, que cubría su calva; un manto viejo hasta las rodillas, prendido con férreos broches en el antepecho; ancho calzón de franela negra, y medias azules con herrados y toscos zapatos. Tenía encorvado el cuerpo, y en su parte dorsal abultada prominencia; no porque la naturaleza le hubiera dotado de tal superfluidad, sino fruto de la vejez, y de la observación, que había encorvado y extenuado un cuerpo, mantenido exclusivamente por ella.

En los dos personajes, cuyos desaliñados retratos acabamos de bosquejar, acaso el lector haya reconocido o adivinado a doña Clemencia, la hija del conde Raimundo el VI de Tolosa, y a Omar, el ayo, confidente y médico de don Sancho de Navarra.

Instalada, pues, en el asiento preparado por el moro, doña Clemencia aguardó a que él la preguntase sin duda el objeto de su llegada. Pero el rostro de Omar conservaba su habitual inmovilidad glacial.

—Ya supondréis el objeto que aquí me trae— dijo la dama, obligada a romper el silencio.

—Si no os tomáis la molestia de explicarlo, mal puedo adivinarlo.

—Pues, ¿no os lo predice vuestra ciencia?

—Nada—contestó con burlona sonrisa el viejo moro.

—La fama de vuestras profecías es cosa notoria; por lo que vuestras negaciones no dejan de sorprenderme.

—Sí, no lo dudo; pero esa fama está reducida al vulgo.

—Pero ese vulgo lo constituye el reino entero de Navarra, y mucha parte de los extraños.

—Y bien; ¿esos reinos no los constituye el vulgo? ¿No es tal el que se halla en la ignorancia? ¿O creéis, acaso, como él, en mí un hechicero?—preguntó sarcásticamente Omar.

—Mirad—contestó la dama;—cosas suceden en la vida, que se resisten a la razón, y se ríe de la creadora fantasía del vulgo; pero cuando la realidad las da asenso, el entendimiento se ofusca, duda y acaba por creerlas. Cuando todo lo que os rodea lleva el sello del misterio, cuando habéis adquirido una reputación tan vasta, y vuestro cuerpo está gastado por el influjo corrosivo del estudio y la observación; cuando, dominando casi a la obra de la creación, llegáis a arrebatársela los arcanos, escondidos a los ojos de los demás hombres; es preciso convenir en que si no sois un hechicero, seréis un semi-Dios.

—No lo creéis, señora—contestó Omar.—No soy más que un hombre que inicia un sistema, y un observador constante de las propiedades de la naturaleza, aplicadas a la vida común. Andando los tiempos, verán nuestras futuras generaciones portentosos inventos, y mágicas aplicaciones. El hombre, dejando el misterio y la lobreguez, operará a la luz del día y a vista de todo el mundo,

sus fenómenos, por todos los hombres comprendidos, porque ninguno de ellos deja de tener su explicación en las causas naturales. Un día llegará—prosiguió Omar, animándose por grados— en que, aunque lejano por desgracia, el saber no será un crimen ; y las generaciones, que vivirán de la luz, no tendrán que buscar como nosotros, pobres murciélagos nocturnos, las sombras y la soledad. Uno trazará nuevo curso a los astros. Otro ensanchará los límites del mundo. El organismo complicado del hombre no será un antro obscuro, en cuyos misteriosos repliegues se pierda el escalpelo del anatómico. Las distancias entre los pueblos y naciones se salvarán físicamente, como ahora con el pensamiento. Habrá nuevos Titanes ; que, escalando casi el cielo, se apoderen de los sutiles gases, que le plugo sustraer de nuestro alcance ; y descenderán con ellos al terreno, donde la humanidad habita. Ahora bien ; si en este momento vieseis a los privilegiados seres llamados a operar un día estos fenómenos, ¿ serían para vos, igualmente hechiceros ?

—Y esto mismo—preguntó la dama, magnetizada por las palabras de Omar,—¿ en qué lo adivináis ? ¿ qué misterioso agente reside y anima vuestro ser, que así traspasa el velo del porvenir ?

—Ninguno, señora, de los que vos creéis. Escuchad : al conceder el cielo la inteligencia al hombre, le dió sabiamente un mundo de deseos. Sin éstos, lento muy lento sería el tránsito de la obscuridad a la luz. Sin ese móvil interior, que inquieta, que agita, que empuja a la humanidad, la inteligencia sería como una máquina sin fuerza motriz ; habría en ella aptitud para funcionar, pero nada haría mientras la faltase el motor impulso. Lo que vos creéis predicciones, no es más

que el producto natural de la observación. ¿No véis, mujer como sois, cierta inquietud, cierto empuje en la generación actual? ¿No advertiís en ella un afán incesante, aunque impotente, una cosa febril, que le arrastra a sondear lo desconocido? Pues bien; si en progresión ascendente nos remontamos con el pensamiento hasta los más lejanos venideros tiempos; ¿esta actividad, este cansancio de reposo habrá retrocedido a las tinieblas, o recogido, por el contrario, el fruto de sus incesantes trabajos? Si vos, una vez disipada la tempestad, que ahora ruge sobre nuestras cabezas, vislumbráis la misteriosa luz de deseada aurora, después de ésta, ¿auguraréis claro día o lóbrega noche? Ahora creo que no os sorprendan mis vaticinios.

—Comprendo, Omar; pero lo que profetizasteis en el palacio de Almanzor, ¿qué explicación natural tiene?

A pesar de su ancianidad, el moro, al oír estas palabras, se puso de pie, como picado de un áspid; tomó uno de los brazos de la dama, y apretándoselo, como con tenazas, lleno de coraje y de rabia, la dijo:

—¡Infeliz! ¿y tú quién eres, que así me arrancas la máscara, con que disfrazo mi eterno pensamiento? ¿quién sois, pregunto yo a mi vez, que así derribáis la obra de mis correligionarios, encaminada a exterminar a los cristianos? pues si sabéis que nuestra nación es pérfida y falaz, que jamás depone su encono contra vosotros, sus enemigos; que se ingiere, como el insecto por los árboles, por las cortes de los reyes cristianos; que exalta mañosamente su ardor y sus pasiones; que promueve las querellas y alienta las ambiciones, con el fin de verlos debilitados, y absorber en provecho nuestro sus reinos; si sabéis que nues-

tros designios son los de la dominación del mundo todo; y que en tanto devoramos los ultrajes, los aceptamos sin quejarnos, y los encerramos en nuestros pechos, días, años y siglos, lamiendo la mano de nuestros enemigos, y preparando el día de la gran venganza; si nada de esto, por lo visto, ignoráis, ¿cómo habéis venido a poneros espontáneamente en poder mío? ¡Oh! algún genio protector de nuestra causa os ha conducido aquí. Bien—prosiguió el viejo moro, restregándose las manos con infernal alegría;—no os libraréis de mí; vuestra salida de esta casa me comprometería, y lo que es peor, perdería la causa, que represento en Navarra; porque, ¿qué valgo yo? ¿Vivo acaso por mí? no; mi vida se extinguirá aquí con la vuestra, y aquel que sobreviva, será el sepulturero del que primero muera, que seré sin duda yo; pero mi muerte nos os devolverá la libertad, que hoy perdéis para siempre. Vuestro gemidos quedarán apagados en las gruesas paredes del subterráneo, que habitaréis; y nadie de entre los habitantes de Tudela sabrá que muy cerca de los muros de la ciudad existe enterrado en vida un ser, que debió su reclusión a la pesquisa de un gran secreto.

—Piedad, Omar—exclamó la dama, arrojándose a los pies del moro.

Este, fingiéndose compadecido y subyugado, la hizo levantarse y le aproximó al asiento que antes había ocupado.

—Es imposible resistir a vuestras súplicas—la dijo.—Yo os otorgo la libertad; y confío que no tendré motivo para arrepentirme de esta resolución.

—Descuidad, Omar—contestó la dama.

—Pero no querréis decirme—repuso el moro con

benévola sonrisa,—¿cómo habéis podido descubrir mis planes?

—Antes de satisfacer a vuestra pregunta, es preciso que sepáis mi nombre. Soy doña Clemencia, la hija del noble Raimundo el VI, conde de Tolosa.

—En efecto—contestó Omar, sin dar la menor señal de sorpresa al oír este nombre,—ya ha tiempo que os conozco; y sé, además, que sois la primera de las damas de la corte de Tolosa y de Navarra. Y bien: ¿qué móvil os ha impulsado a espiar mis acciones?

—El amor.

—¿El amor!—exclamó para sí Omar.

—Sí—prosiguió doña Clemencia;—amo al rey de Navarra.

—¿Al rey de Navarra!—gritó el moro, lleno de sorpresa.—¿Y os ama también él?—añadió.

La dama suspiró negativamente, y contestó:

—Le amo sin esperanza.

—Es extraño—pensó para sí el moro.

—Y a pesar de eso...—dijo.

—A pesar de eso—le interrumpió doña Clemencia,—he ahogado los latidos de mi corazón en su presencia, conociendo como conocía sus pesares secretos y sus más recónditos pensamientos. Mi corazón comprendió intuitivamente, que el rey amaba a otra persona; y segura de que si era, he espiado sin cesar sus pasos, impulsada por la rabia de los celos. ¡Porque... si supieseis, Omar, lo que son celos! ¡Si comprendieseis el martirio del ser alucinado por sus ilusiones, que, soñando con los alhagos del que ama, adquiere la certeza de que una rival más feliz se los arrebató! Preciso es, Omar, que la mujer que ama sea un ángel, y haya nacido predestinada a sufrir para no ahogar en sus manos a su rival; y a los que, fomen-

tando estos afectos, lisonjean a los reyes para enervar sus fuerzas, y destruirlos después en provecho de una pérfida nación. Decid, Omar, ¿no eran estos vuestros intentos? Vuestra ciencia, tan previsoras y tan vastas como es, ¿no os ha rebelado que el amor pudiese avasallarla?

Omar temblaba.

—Decid—le apostrofaba doña Clemencia, olvidada de su crítica posición,—¿no sois vos, por ventura, el que patrocina el amor de don Sancho? ¿no sois el que intenta envenenarlo con el tósigo del placer?

—¡Oh, señora!—dijo Omar con balbuciente voz,—¿qué genio, enemigo del profeta, os ha dicho lo que está encerrado en mi pecho? ¿Quién os ha ingerido la idea de perseguirme?

—Os lo he dicho, Omar, el genio del amor. Apenas el rey acababa de arribar a la corte después de la desgraciada derrota de Alarcos del ejército castellano, os hallabais un día en la cámara de don Sancho, entre un grupo de ricos-hombres y cortesanos. La prosperidad, que hace las más veces imprudente al hombre; y la ciencia, que no siempre es previsoras, os sugirieron en mal hora para vos decir algunas palabras al rey, de nadie oídas. No sé lo que significarían; pero lo cierto es que se aterró, y mintió una forzada sonrisa a los cortesanos; quiso responderos, sin duda, pero ya habíais desaparecido. Luego penetró en su cámara, preocupado con lo que le habíais dicho, comenzó a reprocharse su conducta, creyéndose solo. Pero no era así, porque si las paredes de los palacios tienen oídos para el ambicioso cortesano, con mucha más razón para la mujer, cuya única ambición se limita a ser amada. Arrostrando el peligro de ser sorprendida, penetré en su cámara, y me situé en una puerta, que la constancia de mi

amor ha contruído, en los días y años que la ausencia de don Sancho me lo permitía. Desde esta puerta, practicada al exterior, y oculta por dos cuadros, tanto por dentro, como fuera, me valía para escuchar los latidos del corazón del rey, aspirar su misma atmósfera, y velar su sueño en las altas horas de la noche, en que la ausencia de todo el mundo me permitía alzar el cuadro exterior, sin temor de ser sorprendida. Estaba muy lejos de pensar al poner en práctica mi pensamiento, al trabajar con el pico y el azadón, que un día me daría la conciencia del mal, donde yo busqué y hallé tantas veces la ventura. ¡Cuántas al rendirme al cansancio, producido por tan rudo trabajo, sentía desfallecer mis fuerzas! pero una energía interior, la fiebre del amor, me impelía al trabajo, mientras que una voz interior me alentaba diciendo: trabaja, trabaja en tu felicidad.

—¡Y yo que creía, necio de mí—exclamó Omar, asombrado,—que la tenacidad y la constancia reside en la reflexión y la vejez; y yo, que me reía de la fuerza del entusiasmo!

—Desde allí, pues, supe el amor del rey por Zorayda; desde aquel estrecho y angustioso recinto conocí vuestra intervención, y adquirí, por mi mal, la certeza de lo que fielmente presagiaba mi corazón: Don Sancho no podía pensar en nadie, sino en Zorayda; era incapaz, absorbido en el amor de ella, de sondear el corazón de otra mujer. Exaltada mi mente por los celos, no sé cómo pude detenerme sin derribar la obra de tantos afanes, y prosternarme a sus pies; pero la voz del honor me detuvo. Hoy sé que la existencia de Zorayda no es quimera de mujer celosa. Hoy no ignoro que la batalla de Alarcos se ha perdido por...

—Callad por Alá, señora—interrumpió el viejo

moro, verdaderamente aterrado por las palabras de la dama, que caían como una maldición sobre su corazón.

—De todo se deduce—prosiguió doña Clemencia, como si nada hubiese oído,—que sois infame y traidor a Dios, a la patria y al rey, puesto que con monstruosa ingratitude favorecéis su amor, mientras que preparáis vuestras tenebrosas empresas. Las palabras que oí a don Sancho, sólo conspiraban a la presunción y a la sospecha; pero jamás hubiese adquirido la evidencia, si vos, pobre hombre—concluyó doña Clemencia, con sonrisa despreciativa de la ciencia cándida de Omar,—no acabaseis de confirmarlo.

—Pues bien; en pago de vuestra adquisición—contestó Omar, que sabía cuanto necesita,—dad el último adiós a la vida. Habéis encontrado un secreto, pero también una tumba.

Y sin dar lugar a ser contestado, desapareció por disimulada puerta, practicada en la misma habitación.

Frío sudor bañaba el rostro de la dama; siniestros resplandores se levantaban por intervalos de las retortas, puestas en ebullición en los hornillos. La tempestad arreciaba en el exterior, y en aquel mismo momento el rayo vibraba con horrísono estampido, y la lluvia se desprendía de las nubes, como de inmensa catarata.

Mientras tanto, la persona que había espiado a doña Clemencia hasta entrar en la casa del moro, seguía, sin duda, esperándola, sin temor ninguno a la lluvia, que calaba sus vestidos, y mucho menos a la tempestad. Su impaciencia por la detención de la dama en la casa de Omar debía ser grande, a juzgar por los movimientos continuos, que se percibían por intervalos al fulgor de los relámpagos.

Por fin cesó la lluvia, y el estallido del trueno se percibía débil y lejano. La aurora comenzaba a vislumbrarse en el horizonte.

A su azulada claridad pudo verse, que la persona de que hablamos, era un joven de gallarda figura, y que vestía el traje propio de los infanzones y ricos-hombres de Navarra. Al ver a los habitantes, que comenzaban ya a transitar por la ciudad, se retiró pensativo, y con señales manifiestas de mal humor.

Con respecto al moro Omar y la dama doña Clemencia, tal vez sepamos su suerte en un capítulo posterior.

CAPITULO XI

Otro amor sin esperanza.—Ruíz de Azagra.—Señor de Stella.
— Primer pergamino.— Reclusión inhumana de doña Clemencia.

Al lector, a quien anteriormente rejuvenecimos de una plumada, asistió en su día a la coronación del rey don Sancho en la catedral de Pamplona, al inaugurarse el año de mil ciento noventa y cinco. Y si apela a su memoria, recordará haber visto entre los caballeros próximos al rey, a don Fernando Ruíz de Azagra, uno de los ilustres y poderosos de Navarra, que tenía en Señorío a la entonces villa de Estella, en el propio reino. Lazos de no lejano parentesco le unían con don Pedro Ruíz de Azagra, natural del expresado reino, a quien hemos manifestado que los de Albarracín habían proclamado rey, en atención a sus grandes hechos.

Don Fernando amaba a doña Clemencia. Mil veces le había hecho la declaración de su amor ardiente; pero la noble dama, enamorada de don Sancho, jamás había aceptado, ni aun por com-

pasión, los castos y puros sentimientos del corazón del joven rico-hombre de Navarra.

Por lo demás, no debe sorprendernos que la mujer de todas épocas desprecie al que le ama, y suspire por el que le demuestra indiferencia, sino es aborrecimiento.

Ruiz de Azagra no podía darse cuenta de la causa que motivase la obstinación de la dama. Sin duda—decíase a sí mismo,— arde en su pecho la llama del amor. Pero en este caso, ¿quién será el privilegiado ser, objeto de su amor?

Fijo en esta idea, el infanzón navarro enumeraba mentalmente todos los del reino, estableciendo entre ellos tácitas comparaciones, que concluían por alhagarle.

Ruiz de Azagra era efectivamente, como ya hemos dicho, un joven, cuya edad apenas llegaba a los veinticinco años; y de alta, apuesta y esbelta figura. Sus cabellos eran rubios y ensortijados. Su ojos, azules, y de dulcísima mirada. En sus modales se notaba algo de la rudeza arrogante de la nobleza de aquellos tiempos, suavizada por la influencia de una ilustre cuna. Su persona era de esas que envían a las demás una carga de magnetismo; dotes físicas, que, según él, no debían seguramente excitar el menosprecio de una dama. Tampoco podía determinarle la desigualdad de nacimiento y de fortuna, porque su apellido era el más ilustre del reino, e inmensas sus riquezas y sus honores.

No existiendo, pues, obstáculos de este género, sin duda que doña Clemencia, o no poseía corazón, o lo tenía muerto e incapaz de latir de amor. Carecía del afecto más dulce, que Dios ha colocado en el de la mujer. Doña Clemencia era glacial, como las nieves que cubren eternamente las montañas del país que le vió nacer. Pero el mis-

mo rico-hombre se ruborizaba al asignar tan degradantes sentimiento a la mujer que amaba.

Su imaginación le condujo repentinamente a otra idea.

—Acaso el rey...—murmuró.

Pero después de algunos momento, la desechó como una quimera.

—¡Ilusión mía!—decíase a sí mismo.—No es un misterio para mí, que don Sancho ama a una princesa mora. Y siendo así, no adivino quién pueda ser el hombre a quien ama doña Clemencia...

Ruiz de Azagra se quedó pensativo. Su cabeza se perdía en un mar de locas, cuanto extrañas conjeturas.

—Y aun cuando así fuese; desengañada de su ilusión, hubiese olvidado y extinguido en su pecho un amor, que otro extraño hace imposible.

Y la idea de que doña Clemencia amase al rey era tan tenaz en el joven, que apenas la desechara, cuando se agolpaba con más fuerza a su mente. No podía comprender, repetiremos por segunda vez, que el amor correspondido aminora la fuerza de los sentimientos; y el desatendido y despreciado se engrandece con los desdenes, lo cual hubiese podido concebir sólo con traducirse a sí propio.

Su amor, pues, avivado con el soplo de la indiferencia, era inmenso. Muchas veces vagaba por las calles sin dirección y sin objeto, y sus pies, impulsados por la fuerza de la pasión, le conducían a las inmediaciones del palacio, donde moraba doña Clemencia; queriendo horadar con su vista las paredes, que la ocultaban. Ningún amador le igualó, ni sintió jamás la fuerza de la pasión, que él sentía. La indiferencia de la dama, en vez de aniquilar su enérgica constancia, le suministraba mayores esperanzas. La vida toda del

joven estaba reconcentrada en su corazón. Su amor nunca había sido ni aun débilmente alhagado. Y sin embargo, parecía multiplicarse de día en día. Ruiz de Azagra era invisible ser, que en todas partes se le aparecía a la hermosa dama, inmóvil, resignado, tímido, y devorando la menor de sus acciones. Era, verdaderamente, todo un amor a prueba de desdenes.

Con respecto a doña Clemencia, si persona extraña apiadada del joven infanzón navarro, la hubiese interrogado e intercedido por él, su sorpresa hubiese excedido todo límite al oír asegurarle que sus repetidos desdenes constituían la desgracia del rico-hombre de Navarra. La noticia de este amor, del que no tenía conciencia, la hubiese arrancado lágrimas de compasión por el ser, que así la amaba. Pero de allí a poco, su pensamiento, abandonando al joven para fijarse en don Sancho, hubiese olvidado hasta la existencia del ser, por quien no hacía mucho había vertido compasivo llanto.

Esta clase de desdenes son el martirio más horroroso a que pueda condenarse a un amante. Fuera preferido el odio constante, reconcentrado, infinito por parte del ser amado. De este modo al menos, el que odia tendría conciencia de sus actos, y el odiado nunca perdería el último resto de su esperanza. Sabría que el recuerdo de su persona, siquiera fuese aborrecida, existiría realmente en el pensamiento de la que le aborrece. Siempre fuera consoladora para él la certidumbre de ocupar continuamente el pensamiento y la vida toda de la que ama, siquiera fuese para odiarlo, execrarlo, y aun maldecirlo.

Así como el de doña Clemencia, era también el de Ruiz Azagra, «*Otro amor sin esperanza*».

Excusado nos parece manifestar que el hombre

que había espiado a la hija de Raimundo el VI de Tolosa, al dirigirse a la casa de Omar, era el joven, cuyo amor hacia ella acabamos de bosquejar.

Anudemos ahora con esta la escena del capítulo precedente, y de este modo sabrá el lector la suerte definitiva de doña Clemencia.

Consignamos en el mismo, que Omar había desaparecido por disimulada puerta practicada en su habitación, en que se hallaba con la dama.

Pero a los pocos minutos volvió la puerta a abrirse, y Omar se presentó tético y sombrío. En sus manos se veía un pergamino cuidadosamente conservado.

—He querido traeros—dijo a la dama con satánica alegría—el comprobante de mi conducta al condenaros a una eterna reclusión. No quiero que Alá me demande cuenta un día por no haber manifestado al reo la causa de su condena. Escuchad, señora.

Y después de extender el pergamino, comenzó a darla lectura de su contenido. Según los términos en que estaba redactado este documento, dirigido a Omar por sus correligionarios de Constantinopla, se adivinaba claramente, que había sido producido por otro anterior, que Omar les dirigiera.

Después de reconocerle como jefe de la morisma de Navarra, por su edad, su celo y su ciencia, le rogaban y aun mandaban, para que en su nombre lo hiciese saber a los moros de Navarra, lo inconveniente que sería para la causa sagrada de Mahoma el llevar a efecto su propósito de expatriarse. Antes bien, les suplicaban redoblasen sus esfuerzos, por cuantos medios se considerasen necesarios para el logro de sus proyectos. Para esto les indicaba algunos, como era el intrrometerse, como Omar lo

hacía, por los palacios de los príncipes y reyes cristianos, apoderarse de sus afectos, captándose su estimación y su benevolencia, dirigir la educación tanto de los hijos de los reyes, como del pueblo, imbuyéndoles en secreto máximas de exterminio contra los mismos cristianos; aparentando exteriormente educarlos en la religión del Evangelio. Y por último, que procurasen hacerles aceptar las profesiones de *mercaderes, médicos*, y otras que completaran lo más a propósito para *engañar, sobornar, y aun destruir*, a sus enemigos (1).

La noble dama apenas podía comprender tanta perfidia.

—Ahora bien—exclamó Omar, después de concluída su lectura,—¿os parece si obro cuerdamente, siendo dueña vos de mis secretos y los de mi nación, en encerraros, y hacer para vos de una misma habitación, mansión en vida y en muerte? Si este secreto—continuó con ferocidad inexplicable, y con ojos inyectados de sangre—llegaseis un día adivulgarlo; si yo tuviese la debilidad de otorgaros ahora la libertad, ¿sabéis la suerte que nos reservan los cristianos? La sangre de mis correligionarios correría a mares, y ese plano inmenso que forman las aguas del vecino río, cuyos rugidos llegan hasta nosotros, sería reducido comparado con la que se vertiese de nuestros cuerpos. Pero Alá, el poderoso Alá, vela por nosotros. Sólo él en sus impenetrables designios ha podido suministraros la idea de venir a verme.

La triste perspectiva de ser enterrada en vida, sin ver jamás a don Sancho, aterró a la desgraciada dama. Propúsose articular algunas palabras

(1) Palabras textuales extractadas de la carta original del Consejo de Constantinopla á los moros de Tudela que posee sino estamos mal informados, el académico de la Historia Dr. D. Matias Sangra y Vitoras.

de piedad. Pero Omar, poniendo sobre su boca el dedo índice en posición vertical, la impuso silencio. Prohibición excusada, porque las palabras de la dama expiraban, sin poder pronunciarlas, en su garganta.

Y sin más hablar, el moro se aproximó a la puerta simuladamente practicada en la habitación, de que hemos hablado, y dió un silbido particular, cuyo eco, prolongándose por una galería, resonó a larga distancia de los interlocutores.

Dos hombres de aspecto feroz, y que por sus trajes demostraban pertenecer a la misma secta de Omar, se presentaron a los pocos momentos, como vomitados por el averno, permaneciendo inmóviles; pero a una seña de Omar se abalanzaron a la dama, pugnando ésta en vano por liberarse de ellos.

Terrible era aquella escena, que Omar presidía con feroz y bestial fruición. Los brazos de hierro de los dos hombres comprimían el delicado talle de la hija del conde de Tolosa; quien, con los cabellos desgredados, luchaba rabiosa, aunque impotentemente, contra ellos. Bien pronto, gastadas sus fuerzas en tan estéril lucha, fué arrastrada por sus verdugos, que con salvajes ahullidos; hogan los lamentos de la víctima; y conducida por la puerta, de que tantas veces hemos hablado.

Esta daba a una galería subterránea, al final de la cual se halla otra habitación, cuya verídica descripción pueden comprobar los habitantes de la ciudad de Tudela, que, como nosotros, hayan presenciado las excavaciones practicadas no hace muchos años en el monte de Santa Bárbara. Vióse una pieza redonda, incrustada, por decirlo así, en la parte media del expresado monte, sin puertas ni entrada alguna, de piedras tan perfectamente labradas y unidas entre sí, que el período de seis-

cientos cincuenta y dos años, transcurridos desde su construcción, y estar cegada de tierra en la mayor parte de ellos, han sido impotentes para producir el menor desquiciamiento en sus juntas. En el remate superior de la expresada pieza se veían dos o tres escalas sin continuación al pavimento, por cuya causa no podía concebirse su objeto por ninguno de los que presenciaron las excavaciones. Parece ser que al practicarlas se hallaron papeles enbotellados, que a no dudarlo contendrían curiosas noticias. Pero una mano bárbara de esas que ignoran que los hechos de una nación constituyen sus glorias, no consintió satisfacer la patriótica curiosidad de los circunstantes; y en su inocente a fuer de lamentable desdén por las de su país nativo, los arrojó a la acequia de Santa Cruz, cuyas aguas lamen las faldas del monte; ignoramos cómo debemos acoger esta conducta; si con el furor de la indignación, o con la sonrisa benévola y compasiva hacia el ser, que obra sin la conciencia de sus actos. Por esta causa nos inclinamos a lo segundo, sin manchar la pluma con apóstrofes ajenos a la gravedad del que, dejando lo de novelista, se ha convertido en este asunto en verídico historiador.

Para que el lector, pues, comprenda en algún tanto el mecanismo, si así podemos explicarnos de esta rara construcción, le haremos saber que en uno de los lienzos de las paredes, contiguas al pavimento, había una puerta en la época de estos acontecimientos, que daba salida a una extensa galería, la cual establecía la comunicación con la casa de Omar, y terminaba en la puerta disimuladamente practicada en la habitación. En cuanto a las gradas del remate superior, sin objeto para el observador; el constructor de la obra, no hallando quizás suficiente para ocultar su existencia

la gran capa de tierra, que sobre ella gravitaba, y temiendo ser un día descubierto, las hiciese practicar para desorientar al que por una casualidad las hallase. Después de apurar nuestra inventiva, sólo hallamos esta explicación.

En este subterráneo, pues, fué instalada la infeliz hija del conde de Tolosa.

Dejémosla con su dolor, y volvamos a Omar, el cual, apenas se vió solo, comenzó a restregarse las manos en señal de satisfacción, diciéndose al mismo tiempo a sí mismo:

—Matarla... sí... mejor fuera esto. Pero no— exclamó de repente, rechazando tan sangrienta idea;—nadie, sino yo, conoce la existencia de este subterráneo. Esperemos. Los acontecimientos futuros decidirán de su vida, y en todo caso—prosiguió, mientras que animaba el fuego de los hornillos, casi apagado,—este veneno deletéreo...

La reticencia aterradora del moro, y los siniestros vapores que despedía una retorta, sometida a su acción, hubieran dado a conocer a un observador de aquellos tiempos, la confección de *infernal brevaje*; pero el del siglo xix, le hubiera aplicado sencillamente un nombre científico cualquiera.

Después de terminada la operación, Omar abrió un poco la única ventana, para refrescar sin duda su cabeza, y contemplar el desvanecimiento de la tempestad. Las últimas ráfagas del frío viento agitaron sus espeluznados mechones de su cabello, y apagaron la opaca luz, que producía vidriosa lámpara.

Omar, sin espantarse de la lobreguez imponente de la noche, cerró la ventana; y de allí a poco, el interior de la casa respiraba el silencio de los panteones.

Entretanto, el rico-hombre de Navarra esperaba con impaciencia a la dama, con el corazón angus-

tiado por las sospechas, que la permanencia y el conocimiento de ella con Omar le traían. Nadie, según él, hubiese creído a no verlo, que una dama de la elevada posición de doña Clemencia de Tolosa, se atreviese a poner sus pies en la casa del moro; menospreciando la vulgar creencia de las hechicerías y sortilegios en ella operados por Omar.

Las sospechas crecieron de punto, cuando las campanas de la iglesia de Santa María la Blanca, tocaban a las preces matutinas. Al medir el tiempo transcurrido desde la entrada de la dama en la casa del viejo moro, su corazón palpitó con violencia, y los celos comenzaron a imprimirle su furor.

—¿Habrá elegido esa extraña mansión—se preguntó,—con el fin de sustraerse a las miradas del vulgo; y en este mismo momento quizás alhague a otro con una de esas palabras, por las que yo diera toda mi sangre? El sitio, la hora, la tempestad que atruena el mundo, son cosas que una mujer tímida no arrostra por satisfacer tan sólo un capricho.

En la exaltada imaginación del joven, como en la de todo enamorado, germinan los más locos pensamientos. Fijándose, pues, en otra idea, exclamaba:

—¿Será acaso que doña Clemencia, la hija del conde Raimundo el VI, que posee a Tolosa en calidad de rey, se habrá olvidado de su dignidad, hasta el punto de amar a algún villano, menospreciando por él al más ilustre y poderoso de los ricos-hombres e infanzones de Navarra? Sin duda que ese infame y hechicero moro apadrina un amor, que no puede manifestarse sino en el misterio y la soledad de la noche.

Los caballeros de aquella época no pudieron

comprender que los villanos poseyesen almas, capaces de inspirar amor a las damas. Así es, que rechazando igualmente tan loca idea, se contestó a sí mismo el joven:

—Imposible.

Mientras tanto, la tempestad se había disipado, para dar paso a la poética claridad de la aurora.

Ciego el joven de celos, y despechado, se adelantó resueltamente en dirección a la casa del moro, con el fin de matarle, a su protegida y al venturoso rival, que suponía hallarse con doña Clemencia.

Mas su mano se aprestaba a abrazar el aldabón de la puerta, cuando la reflexión, que también posee, como el entusiasmo, sus ráfagas, desarmó su cólera.

—Y ¿qué derecho puedo alegar?—exclamó con amargura.—¿Acaso asiste alguno para descubrir y espiar los actos de una mujer, que jamás podrá quizás amarme?

Y con el corazón comprimido por esta idea, se retiró meditabundo y pensativo, por no excitar al mismo tiempo las sospechas de los ciudadanos, que ya comenzaban a transitar por las calles.

CAPITULO XII

La bula de Celestino III.—Entereza del Canciller.—Embajadores moriscos

Volvamos a los acontecimientos políticos.

Era el último día del mes de mayo. Una célebre poetisa contemporánea, la autora del *Paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesús*, ha narrado los poéticos pensamientos, que en almas, como la suya, producen los postrimeros rayos del sol en el último día de mayo. Al hundirse en el horizonte, desaparece con él la poesía de la primavera, para dar plaza al primero de junio, día ardoroso, y por decirlo así, prosaico, que simboliza el estío; como el último de mayo representa la terminación de la época floreal de los amores.

Embebidos en la descripción de este día por la inspirada poetisa, nos vemos precisados a renunciar a la nuestra, que nos parece pálida, descolorida. Por lo demás, nunca hubiésemos recurrido a semejante día a no compeler nos la verdad histórica.

En el último de mayo, pues, llegó a manos del rey don Sancho el VIII de Navarra, una bula

despachada por el Papa Celestino III, que a la sazón ocupaba la silla de San Pedro. El contesto se reducía a decir, que siendo notorias las inteligencias y tratos de don Sancho con los infieles, hasta el punto de intentar la formación de alianzas por ciertas sumas de dinero, y obligarse por esta retribución a no ayudar contra aquéllos a los reyes cristianos; le exhortaba a separarse de la dicha liga, y a formarla con los últimos.

Al rey don Sancho se le vitupera hasta por los mismos cronistas de Navarra, a causa del immoderado afán de acumular riquezas. Suponiendo fundada esta imputación, no la admitimos, con el juicioso analista Moret; quien no comprende la avaricia en la juventud, grande hasta en sus desórdenes y sus vicios. La vejez, tímida y egoísta, es la más competente para tan feo vicio.

La Bula, pues, tenía por objeto desbaratar los planes de don Sancho con respecto a Zorayda, y obligarle a coaligarse con los reyes de Castilla y Aragón, entre los cuales se dividirían las tierras conquistadas, por terceras partes.

Sin duda, que el rey don Sancho tendría muy desarrollado el órgano de la *adquisividad*, puesto que el Papa le alhagaba con la perspectiva de adquirir nuevos dominios. La ambición de don Sancho respondía en Roma lo mismo que en Navarra; pero, aun en el caso de ser cierta, lo que ya hemos dicho rechazan los escritores de este reino; ni Roma, ni Navarra concebían que el *amor* pudiese avasallarla. Por lo demás, la Bula, sin aludir manifiestamente al enlace de don Sancho con la hija de Almanzor, decía demasiado, «que este asunto era el único que la había motivado». El rey de Navarra, sin necesidad de mucha perspicacia, adivinó perfectamente la mano oculta que la había causado. En efecto: el único interesado

en impedir su enlace, era el de Castilla, pues con el de Aragón corría en paz, y a éste poco o nada podía interesarle el aumento o disminución de los Estados del Navarro. Por el contrario, el Castellano, concibiendo recelos acerca del poder, que don Sancho adquiriría con los nuevos estados de Zorayda, temía se renovasen los antiguos rencores y las pretensiones de los reyes de Navarra.

Don Sancho, apenas había concluído de leer la Bula del Papa Celestino III, hizo venir a su presencia a don Fortún, Chantre de la Iglesia Colegial de Tudela, y Canciller del reino de Navarra.

Llegado que hubo a su presencia, el rey, a impulso de enojo contra Roma, la cual creyera contrariaba sus afectos como amante, y deprimía su dignidad suprema como Rey, midiendo con desigual paso la regia cámara, mandó al canciller sentarse. Este obedeció, efectuándolo a una mesa, cubierta con terciopelo morado, en cuyos cuatro ángulos se veían bordadas en oro las armas de Navarra.

—Escribir—dijo secamente el rey.

Don Fortún tomó una pluma de las que contenía una escribanía de plata, colocada sobre la mesa, y se preparó a desempeñar el mandato de don Sancho. Este comenzó a dictarle:

«Santius, Dei gratia, Rex Navarrae, dilectissimo patri Pontifici Celestino III salutem...

Pero preferimos presentar en castellano el contexto de las palabras de don Sancho; a pesar de la alta idea que el lector se forme del autor, que, para hacerse comprender mejor sin duda, apela al idioma del Lacio. Nos resignamos, pues, a pasar por vulgares; porque, formalmente hablando, muchos de nuestros lectores perderían en la comprensión lo que el autor ganara en concepto.

Don Sancho, pues, continuó:

—«Siendo producto de nuestra libre y espontánea disposición el enlace ajustado con Zorayda, Infanta mora, hija del muy alto y poderoso Almanzor, Señor de Africa, y otros reinos de España; y no incumbiendo a los extraños intervenir oficiosamente en nuestros obrados, abrogándose facultades, que no tienen...»

El canciller, que había escrito las primeras palabras del rey con automática sumisión; aterrada su conciencia con las últimas, fijos sus ojos en don Sancho, sin poder comprender en sus sentimientos, eminentemente cristianos, lo que estaba oyendo. Pero el rey, a cuya imaginación nunca se ofreció la tácita reconvención de un vasallo, no adivinó el significado de la mirada del canciller. Anudando, pues, su razonamiento, prosiguió:

—«Nosotros rechazamos las calificaciones, que mancillan nuestro buen nombre con tanta más energía cuanto que proceden de miras interesadas por parte de quien, contento y bien hallado con lo que ilegítimamente se ha arrebatado por sus antecesores a nuestra corona de Navarra; ha desfigurado los hechos, y alarmado vuestra conciencia. El contesto de la Bula es altamente depresivo para un Rey, investido del poder Supremo, no siendo poca la sorpresa de los naturales del reino...»

—Señor—se atrevió por fin a decir a don Sancho el asombrado Canciller:—aun a riesgo de arrostrar vuestra indignación, no puedo menos de deciros que consideréis las fatales consecuencias, que os acarreará la ruptura de relaciones con la Santa Sede. Vuestro reino se pondrá en interdicto; se os negará por vuestro vasallos la obediencia, y cualquiera de ellos quedará facultado para arrebatáros la vida y la corona.

La ira hasta entonces reconcentrada de don Sancho estalló violentamente con la reconvención del Canciller. Por toda contestación el rey golpeó con sus pies el pavimento de tal modo, que le hizo temblar.

—«Por tanto—prosiguió, repuesto de su terrible calma,—nos, el dicho Rey don Sancho de Navarra, protestamos contra semejantes imputaciones, y declaramos que efectuaremos nuestro enlace de un modo conforme con las prescripciones de la Iglesia, a pesar de cuantas disposiciones puedan condenar nuestra real resolución.»

—¿Habéis calculado—volvió a insistir el Canciller—las consecuencias de semejante conducta? ¿qué armas podréis oponer a las terribles de la corte de Roma? ¿Contáis, por ventura, con vuestros vasallos? Eso sería desconocer completamente los sentimientos que les anima, y confundir el respeto y la sumisión con el servilismo y la esclavitud. El pueblo navarro es verdad que os ama. Pero ¿sabéis por qué? Porque sois la personificación de sus sentimientos religiosos; porque bajo la enseña del cristianismo han tenido lugar cuantos hechos grandes y heroicos se registran en los anales del reino; porque esa misma religión les manda amaros, y perder hasta la última gota de su sangre, por defender, no a don Sancho, al hijo separado de la Iglesia su madre, sino al rey cristiano de Navarra, al investido por el Papa en nombre de Dios, del reino legado por sus mayores. Si por desgracia estallan desavenencias entre vos y la Santa Sede, no debo ocultaros que preveo grandes desgracias. Vuestros mismos vasallos se rebelarán, no lo dudéis, contra vos; porque es preciso, oh Rey, no perder de vista que gobernáis el pueblo más cristiano del mundo. Además, don Alonso de Castilla, cuya oculta mano

se deja adivinar en esto, podrá cohonestar sus planes, apoderándose de este reino con derechos de que hoy carece, y sancionar la conquista con los que le concederá el interdicto contra Vos fulminado.

Si con esto asentís, señor; y sobre la pérdida de vuestro reino para Vos y vuestros descendientes, queréis arrastrar una existencia ignorada y maldita, reprobado y execrado por Dios, y por los hombres; si antes que rey, habéis nacido amante, sigamos: dictad.

Y el fiel canciller, arrostrando con entereza las consecuencias de su noble y enérgico lenguaje, se preparaba a continuar.

La conducta de don Fortún ratifica la tradicional creencia entre los naturales de Tudela, de haber producido su suelo varones eminentes en ciencias, y de las más altas dotes de virtud, santidad y desinterés. El chantre cortesano no adolecía de la baja pasión de la adulación, de lo que daba una prueba interrumpiendo con enérgica resolución las palabras inconvenientes del rey.

De esta misma opinión debió ser el de Navarra, y puesto que, cruzado de brazos, comenzó a reflexionar, y después a vacilar en su resolución. La tumultuosa pasión por Zorayda luchaba con las razones de Estado, expuestas por el leal canciller del reino.

—Tenéis razón—exclamó por fin, convencido el rey con benévola sonrisa, y tendiendo una de sus manos a don Fortún.—Escribid.

Y con el mayor sosiego, comenzó a dictarle.

—«Don Sancho, por la gracia de Dios, rey de Navarra, a nuestro carísimo padre Papa Celestino III, salud.—Como sea lícito, acatando reverentemente las disposiciones de los Sucesores en la Silla de San Pedro, ofrecer los reparos convenien-

tes en descargo de la conciencia del recurrente, y enmendar por medio de verídicos informes los falsos datos, suministrados por las personas interesadas en el rompimiento de los pactos honestos, y admitidos por nuestra santa madre Iglesia, y canónicas disposiciones; nos, el dicho don Sancho, Rey de Navarra, hacemos saber a vuestra Santidad, que es de todo punto falsa, como a todos es notorio, cuanto ante vos se haya significado acerca de tratados con los infieles, enemigos del nombre cristiano; no teniendo el carácter de tal el enlace, que mediante vuestra apostólica bendición, tengo resuelto contraer con Zorayda, infanta mora, hija de Almanzor, Rey de Africa y del Mediodía de España. Este enlace, lejos de ser en detrimento de nuestra conciencia, y menoscabo de nuestra santa religión, redundará, por el contrario, en honra de la cristiandad, por preceder a su realización la abjuración de la infanta de los errores de su secta, bautizándose y convirtiéndose a la religión cristiana. Los estados, que la expresada infanta aportará en dote, sobre ensanchar los de Navarra, refluirán en provecho de la cristiandad; a cuyas conveniencias no deben posponerse las privadas de nuestro primo, el rey don Alonso de Castilla. Es tan notoriamente inexacto el informe ante vos producido, que claramente se advierte la intención con que se ha desfigurado, dándole capciosamente el nombre de tratados con los infieles, y sorprendiendo de este modo vuestra conciencia. Las ventajas del dicho enlace serán inmensas, ora porque el ejemplo de la expresada infanta hará a muchos abjurar de su secta, ya porque, cuando así no sea, la nación pagana, puesta bajo el dominio de un Rey cristiano, ayudará para la conquista de otros reinos, do impera la media luna, sino con sus armas y personas; al menos con sus tributos.

Estas consideraciones, beatísimo padre, no podrán menos de inclinar su ánimo celoso por el bien y aumento de la cristiandad, a expedir su apostólica bendición para un enlace, que, como llevo dicho, tantos bienes reportará al reino de Navarra en particular, y a la Iglesia, nuestra madre, en general.

Dado en nuestro palacio de Pamplona, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo 1195.»

—Decidme vuestra opinión — preguntó el rey, una vez terminada la dicta, al canciller.

—Que me place, señor—contestó con jovial semblante el diplomático Chantre de la Iglesia de Tudela.

Las sospechas, o mejor dicho, la seguridad con que el rey de Navarra afirmaba la mediación del de Castilla en la redacción de la Bula, no eran infundadas; y hasta los autores, penetrando en el corazón de don Alonso, aseguran que esta resolución la tomó ya en la *mesa de los tres reyes*, haciendo intervenir la autoridad del Papa.

La respuesta de don Sancho, o, como hoy se diría, el *memorandum*, se entregó al Legado de la Corte de Roma, haciéndose circular multitud de copias, tanto para darlas a los Obispos y demás dignidades eclesiásticas del reino, como a muchos de los otros pueblos, que no eran del mismo parecer del rey con respecto a su proyectado enlace.

Mientras esto pasaba entre don Sancho y el canciller, llamó su atención los gritos de la multitud, que se agolpaba en las calles de la ciudad con manifestaciones de sorpresa. Los habitantes más apáticos habían abandonado sus casas y sus labores, excitados por la algazara y el bullicio de los demás. Quien hoy mismo haya tenido ocasión de presenciar la admiración que el aspecto de un objeto extraño produce en sus sencillos habitantes,

podrá deducir la de este día, que tratamos, y más si se tiene en cuenta la causa, hasta cierto punto legítima, que la motivaba.

El corazón de don Sancho se llenó de júbilo al saber que esta gritería era producida por la llegada de los principales moros de Africa, mandados en calidad de embajadores por el poderoso Almanzor, con el fin de prometer a don Sancho, de parte de su señor, la persona de su hija en matrimonio, dándola en dote toda la España, conocida con el nombre de Sarracénica, que la constituían la mitad casi de la Península ibérica, como eran las Andalucías alta y baja, los reinos de Murcia y de Valencia, gran parte del de Portugal, y no poca de Toledo y Extremadura.

Además de esto, entregaron los embajadores moros los más ricos productos orientales, y aquella suma de dinero, que al rey don Sancho le plugo señalar, sin tasa en el pedido.

Los expresados embajadores, magnífica y arrogantemente vestidos, orgullosos con la representación del poderoso Almanzor, deslumbraron de tal modo con sus riquezas y su pompa oriental a los navarros, y en especial a los tudelanos, que el analista de Navarra afirma haber visto documentos en los que se leía «*librado en el año de la entrada de los Sarracenos*», lo cual nos da a conocer que este sencillo acontecimiento constituyó época en el reino de Navarra.

Digamos ahora la causa que había motivado la resolución de Almanzor para dar a su hija por mujer al rey de Navarra, prometiéndole al mismo tiempo en dote tantos reinos.

Si el lector no es olvidadizo, acaso recuerde la formal promesa que Almanzor, vencido por los ruegos y las amenazas de Zorayda, en el caso de no consentir en su enlace con don Sancho de Na-

varra, le hizo de someter el asunto a la deliberación de sus ministros.

El buen padre, a quien la resolución de su amada hija de atentar contra su vida, acongojaba en extremo; sentíase impotente para oponer la frialdad y el rigor inflexible de padre a los cariñosos y ardientes alhagos de su hija; vaciló primero, asintió después, y concluyó, finalmente, por hallar conveniencias y razones políticas, en lo que sólo era cariño y debilidad paternal. ¡Singular prerrogativa la de los hijos sobre los autores de sus días!...

El amor de padre deshizo de un golpe la obra, que tantos y siglos y tanta sangre había costado a los predecesores de Almanzor. Al estallido de amoroso beso de una hija, se derrumbaba gran parte de los reinos musulmanes; como Jericó al sonido de las trompetas. Almanzor no sólo convino en que su hija abjurase de sus creencias, sino que pensó, que poseyendo reinos en Africa por más de 1,100 leguas de longitud, y casi 200 de latitud, separados por el mediterráneo de los de España; éstos se mantenían con dificultad, exigiendo gastos inmensos para resguardarlos de las continuas invasiones de los cristianos, cuyos reinos confinaban con los suyos. Para impedir esto, había pensado en establecer su corte en España; mas con la ausencia de Africa los reyezuelos tributarios de este país se rebelaban al punto, como habían hecho los de Túnez y Tremezen; los cuales, desahogados por la retirada de las tropas a España con el fin de atajar las conquistas de los cristianos, le habían negado la obediencia y los tributos.

Otra de las razones que, en nuestros días fuera pueril, entraba por mucho en las miras de Almanzor; cual era el temor de traspasar el medite-

rráneo desde sus reinos de Africa a los de España, exponiendo su persona y las de sus sucesores en la corona a los azares de la navegación. Tal recelo no debe sorprendernos, si consideramos que en aquella época aun no había nacido el intrépido Cook, que al través de los hielos midiese la circunferencia de la tierra; Cristóbal Colón, que encontrase un mundo perdido en los arcanos de la creación; Magallanes, que diese su nombre a un estrecho; modernos Aragos, que describiesen las costumbres de los gauchos; ni otros mil, en fin, que han asegurado y dado constancia hasta cierto punto, con sus aplicaciones y descubrimientos, a las veleidosas ondas.

En la necesidad, pues, de abdicar los reinos musulmanes de España, creyó Almanzor lo más justo y conveniente dotar con ellos a la hija, a quien tanto amaba; los cuales, gobernados por su esposo don Sancho, rey de espíritu enérgico y belicoso, a cuyas prendas añadía las de una prudencia y capacidad suma; serían conservados, sin pasar un día a manos de los extraños.

Estas mismas fueron, pues, las razones que Almanzor sometió a la deliberación de sus consejeros; cuyas decisiones podemos presumirlas, en tiempos en que el capricho de un despótico señor era ley, y hechos consumados las absurdas teorías, cuando a su despotismo agregaba la cualidad de un padre débil.

La unánime conformidad del Consejo con las proposiciones de Almanzor, produjo, pues, la entrada de los embajadores moros, que tanto ruido metieron en Navarra; los cuales, vestidos con ricos trajes, sembrados de oro, perlas y diamantes, y con turbantes, mucho tiempo ha, proscriptos de Navarra, excitaron la admiración de los curiosos habitantes de Tudela.

CAPITULO XIII

Diálogos malignos, y diatribas, poco piadosas, de las ricas hembras palaciegas.—La marquesa de Buñuel.

Pocos días habían transcurrido desde la escena de la casa del moro Omar; y pocos, por consiguiente, de la desaparición de la corte de la hija del conde de Tolosa, cuyo acontecimiento, puesto a la orden del día, era objeto de las conversaciones y hablillas palaciegas, agotadas con la escasez de asuntos políticos.

Las damas y ricas-hembras, envidiosas de la peregrina hermosura de la que había desaparecido, no podían perdonarla el haberse atraído el amor del gentil rico-hombre, don Fernando Ruiz de Azagra, cuyas prendas habían torturado a más de una.

Oigamos un diálogo en una de las antesalas del palacio de Pamplona, a cuya ciudad se había trasladado la Corte desde la de Tudela, y las diatribas de los cortesanos, que hablaban misteriosamente y en voz baja, nos enterarán de las versiones, que se hacían acerca de la desaparición de

doña Clemencia. Fijémonos en uno de los grupos, formado por personas de ambos sexos.

—Decid, don Iñigo López de Mendoza: ¿qué nuevas ocurren en la Corte?—preguntaba al citado rico-hombre una dama casi decrepita, de ojos hundidos, boca desguarnecida de dientes, y barba puntiaguda.

—Señora—contestó el señor de Záitegui, inclinándose y haciendo una profunda reverencia,—como no sea la del casamiento del rey...

Al oír esta respuesta, la dama comenzó a reír con tan desdeñosas carcajadas, que llamó la atención de los demás cortesanos, embelesados en conversar con sus vecinas:—Atrasado vivís, don Iñigo...—concluyó la dama.

Avergonzado éste de la hilaridad de su interlocutora:

—No tanto, como exige nuestra edad—contestó con esa ironía intencional, que tan bien maneja un cortesano, aludiendo a la vejez de la dama.

El carmín, que en las mejillas de ésta hacía media centuria de años que había desaparecido, se reprodujo por un momento en su acartonado y vetusto semblante.

Es cosa cierta que el que quiera librarse del ridículo de una mujer, no tiene más que apelar a este medio: el rastrero enemigo queda en tales casos desconcertado y anonadado. Por eso se dijo, sin duda:—No hay injuria mayor a una dama—que cuando vieja o fea se la llama.

La dama en cuestión, tomó un tono de admiración, bien diferente de el de la ironía.

—Pero, verdaderamente, ¿nada sabéis, don Iñigo, del acontecimiento que a todo el mundo preocupa?

—¿Habláis de los embajadores moros?

—Vamos, os chanceáis, don Iñigo.

—Os juro que no—respondió gravemente, y cerrando los ojos el señor de Záitegui.

—¿Conque nada sabéis de la desaparición de doña Clemencia?

—¿De la hija del conde de Tolosa?—preguntó sorprendido en extremo don Iñigo.

—La misma.

—Y qué, ¿decís que ha desaparecido de la Corte?

—Cosa cierta.

—Y no se ha podido averiguar el modo, la causa...

—Se ignora — interrumpió la dama. — Cuantas pesquisas e indagaciones se están practicando de orden del rey, y las que pone en juego don Fernando... ¿comprendéis?—dijo la dama con maliciosa roinsisa,—todas han sido infructuosas.

—Me sorprende en extremo lo que acabáis de decirme; si como yo creo, este acontecimiento lo ha determinado diabólica intervención, ruego a Dios, señora, os preserve de tamaña desgracia.

Y antes de que la dama contestase a la truhanesca alusión, el señor de Záitegui saludó reverentemente y desapareció de la cámara.

—Nunca se ha visto igual entre las damas, naturales de Navarra; estaba reservado a una extranjera dar tan funesto ejemplo.

Así decía otra dama rubia, alta, de rectas cejas, ojos azules, y pálida blancura, a don Fortuño de Baztán.

—Quizás Ruiz de Azagra—respondió éste, aparentando buscarle entre los cortesanos, aunque con la certeza de no hallarle,—pudiera suministraros algunas noticias de su paradero.

—Malicioso sois, don Fortuño—respondió sarcásticamente la rica-hembra;—vuestra maledicencia no debe buscar asidero en las reputaciones de

las damas, que, como doña Clemencia, es hija del conde de Tolosa, y que no ejerce cargo alguno en palacio; no ignoráis que su padre, Raimundo el VI, la ha enviado a este reino más bien como pupila del rey, que como dama de la servidumbre; cuyo carácter no conviene a su regia estirpe. En cambio, podéis cebaros con nosotras, las damas de Navarra.

El tono con que pronunciaba estas palabras en defensa de la hija del conde de Tolosa, era la mayor detracción que pudiera hacerse de ella. Así lo tradujo, al menos, don Fortuño de Baztán, señor de Pie de Port.

Otra de las ricas-hembras, como de veinticuatro años de edad, bella sin duda, pero de esa belleza áspera y varonil, decía a don Lope Sánchez, señor de Alucea:

—¿Cómo aspiráis a que os crea? Además, las damas no deben tener estimación ninguna a los ojos de los ricos-hombres, porque degradándonos nosotras hasta el punto de amar a los villanos; vosotros, en justa reciprocidad, tenéis que odiar nos, y amar a vuestra vez a las villanas.

El rabioso veneno que destilaban estas palabras, no pasó desapercibido para don Lope Sánchez, cuyos esfuerzos no eran bastantes para desviar a su interlocutora del propósito de zaherir a doña Clemencia.

—Pues qué, señora, ¿abrigáis la convicción de que la desaparición de la hija de Raimundo el VI, tenga su explicación en amores indignos?

—Sois un niño, don Lope—respondió la dama, aparentando ocultar el significado de sus palabras anteriores.—¿Os he hablado, por ventura, de doña Clemencia?

—Perdonad, señora, mi interpretación; hable-

mos, si así os place, de mi persona; sabéis que os amo y...

Un gesto sarcástico de compasión hacia el cándido cortesano, que se enamoraba de una dama de palacio, vagó por los labios de la rica-hembra.

—Tanto me abrumáis, don Gómez, que me haréis confesarlo—decía una joven de celestial belleza; sus cabellos eran sedosos, y negros sus ojos, su cutis de color de rosa, y su semblante embellecido todavía más por el rubor que le causaba la confesión de su amor, indicaba la inexperiencia en las ficciones cortesanas. La persona a quien se dirigía era don Gómez Garcés, señor de Portella.

—¿De modo, que vuestro odio a doña Clemencia nace únicamente de que es amada por el gentil rico-hombre, don Fernando Ruiz de Azagra?

—Vos lo habéis dicho—contestó la joven, bajando la vista al suelo.

—Escuchad—le dijo el viejo y experto cortesana:—sabed que si las damas leen en vuestro semblante lo que siente vuestro corazón, llegaréis a ser satirizada y ridiculizada. Vos, novicia todavía, ignoráis el arte del disimulo. Es preciso para no veros en este caso, que toméis ejemplo de ellas, y aprendáis, aunque vuestra alma se resista, a disfrazar vuestros pensamientos. Ved todas esas damas. Todas ellas hablan indolente y despreciativamente del acontecimiento, que no menos que a vos les preocupa. Todas ellas envidian la preferencia que el de Azagra tiene por doña Clemencia. En el vetusto corazón de esa dama, que habla con don Iñigo López de Mendoza, fermenta ridícula pasión, que disfraza con el sarcasmo. Apartad la vista, y fijadla en don Fortuño de Baztán, y en la dama rubia, alta, de ojos azu-

les, que con él departe en amoroso coloquio. Sin duda, que la desaparición de doña Clemencia es el objeto de su conversación. Notad el aire de seriedad que en este momento toma el semblante de ella. O me engaña la experiencia palaciega, o defiende a la hija del conde de Tolosa de alguna reticencia del sarcástico don Fortuño. Sin embargo, joven, si supierais como yo, leer en el corazón de esa mujer, veríais que ama a don Fernando tanto como odia a doña Clemencia. Contemplad igualmente a don Lope Sánchez, en apasionado coloquio con esa otra rica-hembra de belleza varonil y adusta; o yo soy el más topo de los cortesanos, o ella dispensa poquísima atención a las amorosas frases de su interlocutor; y si alguna vez lo hace, es para llegar directamente al punto propuesto: a don Fernando Ruiz de Azagra. Don Lope ha traducido perfectamente el significado de ciertas frases, vertidas por ella; que, comprendidas por su interlocutor, niega su intención, apareciendo a sus ojos el enamorado cortesano, como el hombre más sencillo y más vulgar.

—¿Y quién os ha enseñado eso?—preguntó la joven con cándida sencillez al señor de Portella.

—¿Quién? El haber pisado estos salones en tres reinados consecutivos. Si en ellos llegan algún día vuestros cabellos a encanecer, podréis, como yo, aconsejar a alguna otra joven, novicia, como ahora lo sois vos, en murmuraciones palaciegas. Si ella preguntase, como vos ahora, «¿quién os ha enseñado eso?», respondedla a vuestra vez, como yo acabo de hacerlo: cincuenta años de práctica y de observación, siendo durante ellos unas veces actor, y otras simple espectador. Os lo repito: ocultad el odio que tenéis a doña Clemencia, sino queréis secundarla en el de las damas, vuestras compañeras.

La entrada en la antecámara de don Fernando y Omar, que hablaban en voz baja entre sí, interrumpió estos coloquios. Las damas dejaron los suyos para fijar sus miradas en el gallardo joven.

—Sabéis, don Iñigo—dijo al oído de éste, que acababa de llegar, la vetusta dama, celosa como la que más, de su noble prosapia y de la de los infanzones de Navarra,—que no me parece bien esa familiaridad de don Fernando con un moro, siquiera sea convertido. Vos, señor de Záitegui, no ignoraréis la nobleza de los Azagras, ni que es de las de primera calidad. Notorio es a todo el mundo el cercano parentesco, que tienen con Ruiz de Azagra, rey de Albarracín.

—Lo sé, señora—contestó don Iñigo;—y si fuese preciso, os citaría alguna de las proezas de sus nobles antecesores; pero las omito por no ser de este lugar.

—Decidlas, decidlas—repuso la dama;—todo el mundo sabe que vos sois una crónica ambulante de la nobleza de Navarra.

—Os complaceré en ello—respondió don Iñigo, lisonjeado por la dama, en su erudición genealógica.—Sabed, pues, que la corona de Navarra, no fué, antiguamente, como en el día, hereditaria, sino que los navarros se reservaron para sí el derecho de elección. En la primera fué proclamado rey don García Jiménez, en competencia con uno de los ascendientes de don Fernando. La victoria fué tan disputada, que el triunfo del primero fué debido solamente a una particularidad.

—¿Y cuál fué?

—Que don García Jiménez tenía mayor fuerza física que su competidor, el ascendiente de los Azagras.

Tan ridícula solución excitó una fuerte y estrepitosa carcajada.

—No os burlaríais, señora—continuó don Iñigo con gravedad,—si tuvieseis en cuenta que los pueblos necesitaban en aquellas épocas reyes robustos, de atléticas formas, y de musculatura desarrollada, aptos para la guerra, y capaces de arrosstrar, sin sucumbir, sus penalidades y fatigas. ¿Creéis, por ventura, que reinar es holgar? Este juicio no lo habréis decidido de los cuatro reinos que habéis conocido.

Esta alusión a su vejez, desconcertó por segunda vez a la joven-vieja.

—Qué pálido está don Fernando—decía la rica-hembra de belleza varonil, en contestación a las frases amatorias de don Lope Sánchez, señor de Arlucea.

—Sí... tenéis razón... en verdad... que está pálido—balbuceó automáticamente el enamorado don Lope para entrar en su conversación amorosa.

—Y el insomnio está retratado en su semblante—prosiguió la dama.

—Convengo... pero... ¿sabéis que sois la más bella de las damas, y que os amo con delirio?...

La dama apenas oyó estas palabras, y continuó:

—Parece increíble que sea el gentil infanzón de hace algunos días.

—No es extraño; amaré a la hija del conde de Tolosa con el mismo ardor con que yo os amo.

—Importuno estáis, don Lope—exclamó bruscamente la dama, no pudiendo sufrir más la presencia del hombre, que evocaba en su auxilio recuerdos contraproducentes. La rica-hembra volvió la espalda, y se alejó de don Lope, dejándole con el amor en los labios.

—Leednos una trova—decía a don Fortuño de

Baztán, la dama, que ya conocemos, rubia, de ojos azules y pálida blancura.

—No es difícil complaceros. Precisamente el acontecimiento del que hablamos, ha prestado asunto para ello.

Y don Fortuño, desdoblando un papel, leyó unos versos epigramáticos, que aludían a la hija del conde de Tolosa, los cuales no nos han sido transmitidos, ni la imaginación nuestra se presta fácilmente a suplirlos; cosa sensible en extremo para el que no desconozca el juicio lisonjero del lector, cuando al leerlos exclama: «¡Oh! el autor es tan gran novelista, como poeta.» Al revés de Terencio podemos, pues, decir: *Omne a me alienum puto.*

El bueno de don Fortuño recibió las felicitaciones de la dama por la bondad de su composición poética. Por lo visto, era en la corte de Navarra, lo que Juan de Mena fué después en la de Castilla.

—He ahí el objeto de vuestro amor—dijo el señor de Portella a la joven, cuanto hermosa dama de cabellos sedosos, ojos negros y cutis sonrosado.

Doña Marquesa de Buñuel, que así se llamaba, fijó sus ojos tristemente en don Fernando, y se ruborizó tan sólo al mirarle. Nada contestó al señor de Portella, pero murmuró para sí:

—Qué feliz será la hija del conde de Tolosa.

Durante estos diálogos, Ruiz de Azagra, sin cuidarse de nadie, decía al moro Omar:

—¿Qué opináis, pues, de la desaparición de doña Clemencia?

—No sé—contestó su interlocutor con impasibilidad.

—Vagos rumores afirman que algunas personas vieron deslizarse en dirección a vuestra solitaria

casa de Tudela una figura, que se asemejaba a la dama.

—Eso nada quiere decir para que yo sepa de ella.

—Añaden todavía más, y es que un hombre, como vos, abrió la puerta para que ella entrase—dijo Ruiz de Azagra, clavando su mirada en Omar.

Este se mordió los labios, y su sorpresa fué tan ligera, que el mismo Ruiz de Azagra no pudo advertirla. Repuesto enteramente de su leve turbación, midió a su vez con escrutadora mirada al gentil caballero, consiguiendo leer en su agitado rostro lo que pasaba en su corazón. Después de este examen le preguntó misteriosamente:

—¿Amáis a doña Clemencia?

—Sí.

—Lo sabía, y ella también os ama.

—¿Qué dices?—exclamó el joven, lleno de alegre sorpresa.—¿Será verdad?... ¡Ah! no; mentes, moro maldito—concluyó Ruiz de Azagra con despreciativo furor.

Ni la menor alteración se notó en el semblante de Omar.

—Está visto—dijo;—por daros la felicidad me convertiré en perjuro, declarando lo que bajo juramento prometí callar.

—Hablad, hablad, Omar—exclamó Ruiz de Azagra, apretando con efusión entre las suyas, una de las manos del moro.—¿Será posible que el desdén, la indiferencia y hasta el desprecio de la hermosa hija del conde de Tolosa, hayan sido solamente efecto del cálculo para probar el grado de mi amor? ¡Oh! si así fuese, ¡cuánta felicidad me depara el cielo!

Así concluyó Ruiz de Azagra, elevando hacia él sus manos, en señal de gratitud.

—Oid, pues—dijo Omar con solemne acento:
—En una tempestuosa noche...

—Lò sé—le interrumpió Ruiz de Azagra.

—Pues bien, en esa noche en que, como podéis recordar, el cielo parecía desplomarse, y aplastar al mundo; una dama...

—Sí; doña Clemencia.

—Doña Clemencia, pues, llegó a mi casa con el fin de que mi ciencia le revelara lo que había de verdadero o falso en vuestro amor.

—Y vos, ¿qué le dijisteis?

—Lo que exactamente pasaba; esto es, que en aquel mismo momento os hallabais vigilando sus pasos, sin temor ninguno a la tempestad.

—Y ¿cómo lo sabíais?—preguntó sorprendido Ruiz de Azagra, no tanto por la adivinación, como por la seguridad con que se expresaba su interlocutor.

—La ciencia—exclamó solemnemente Omar—era la que me lo comunicaba.

—La ciencia—murmuró con incrédula sonsira el joven;—decid más bien el sortilegio.

—Sea como vos queráis—repuso Omar indifereentemente.—Lo cierto es que doña Clemencia, cuyo amor hacia vos es tanto más intenso, cuanto más se esfuerza en ocultároslo; noticiosa por mí de la pureza del vuestro, quiso abandonar mi casa. El dejarla marchar, expuesta a los efectos de la tempestad, y a la osadía de los bandidos de las Bárdenas, que, como no ignoráis, cometen sus desafueros hasta en las mismas puertas de Tudela, hubiese sido una imprudencia por mi parte; además, aun cuando hubiese salido ilesa de estos peligros, la multitud de ciudadanos, que transitaban con hachones por las calles de la ciudad, la hubiesen necesariamente reconocido, juzgando desfavorablemente de la hija del conde de Tolosa.

Por estas causas condescendió con mis ruegos, y se resignó a pasar la noche y buena parte de la mañana siguiente en mi casa, que durante el día abandonó. Lo demás, nada puedo decir.

—¡Ay de vos, Omar—exclamó Ruiz de Aza-gra, lanzándole terrible mirada,—si por dicha mía encuentro a doña Clemencia, y ella confirma mis sospechas! ¡Ay de vos, si encuentro el hilo de algún funesto plan por vos tramado!...

Esto dicho, el joven infanzón navarro volvió la espalda al moro, y desapareció.

Omar se quedó pensativo, y abismado en un mar de reflexiones.

—¡Oh!—exclamó para sí,—no entraba en mis cuentas el amor. Es preciso que este hombre desaparezca del mundo. De otro modo, soy perdido, y mi eterno pensamiento de agregar el reino de Navarra a los de mis correligionarios, exterminando los cristianos, morirá conmigo.

De estas reflexiones le distrajo la voz de un ujier, que decía:

—El rey os llama, Omar.

A estas palabras, cruzó los grupos de los cortesanos, paseó una mirada arrogante, y penetró en la cámara de don Sancho.

CAPITULO XIV.

Correspondencia de Embajada por D Sancho á Almanzor.—
Sumisión respetuosa de Ruíz de Azagra.—Hidalguía y
patriotismo navarro.—Maligna doblez, e impiedad de
Omar.

Solo se hallaba el rey de Navarra, cuando Omar llegó a su presencia. Al verle, abandonó su asiento, y deponiendo su regia dignidad, se puso en pie para abrazar a Omar, ayo, médico, y favorecedor a la vez de sus amores.

—Me abrumba tanta bondad, señor — dijo el moro, besando la mano del rey.

—Sería ingrato, si así no lo hiciere. Por ti, mi buen Omar, van a realizarse mis esperanzas. Dentro de poco tiempo, Zorayda será mi esposa, según los Embajadores de Almanzor me lo han prometido en su nombre. El reino de Navarra te será deudor de su engrandecimiento, añadiendo a mi corona los inmensos dominios, con que el cariño paternal dotará a Zorayda. Sin ti, no sería hoy el día más feliz de mi vida ; y Zorayda, eterna ambición mía, nunca me hubiese pertenecido. ¿No adviertes, Omar, la alegría que inunda mi

corazón? ¿No ves mi rostro bañado por sus dulces resplandores?

—En efecto, señor.

—Y no es para menos. El rey de Castilla ha intentado arrebatarme la felicidad, interponiendo sus malos oficios con la Santa Sede, que ha amenazado fulminar sus anatemas contra mí. Yo por mi parte he representado las ventajas, que mi enlace reportará a toda la cristiandad; y tengo derecho a esperar del sabio varón que hoy rige la Iglesia, que acceda a mis deseos. Entonces seré feliz; nada habrá que se oponga a ello. Zorayda será mi única dicha; y ella y mis vasallos absorberán exclusivamente mi vida. Cuando esto suceda nunca olvidaré, mi buen Omar, que a ti es debida tanta felicidad. Pero... ¿qué tienes? ¿Te entristece, por ventura, mi alegría?

—Señor—contestó con amargura Omar,—me entristece el pensar que nunca presenciare tanta felicidad. Mi porvenir está en la tumba.

—¡Oh! ¿a qué apesadumbrarme y apesadumbrarte tú? Déjame gozar de los pocos momentos de ventura que Dios concede a los reyes—dijo cariñosamente el de Nvaarra.

Indudablemente; si la desgracia amabiliza, si así podemos explicarnos, al hombre, perfeccionando en cierto modo su manera de ser, la ventura posee este privilegio con respecto a las almas sensibles.

Días hay, pocos, por desgracia, en la vida, en los que el hombre siente tan pura alegría y tan completa, que la tristeza de los demás le causa inquietud desconocida. De esto muchos deducirán un refinamiento de egoísmo innato; pero nosotros sentimos la necesidad de ver en este efecto un sentimiento de amor hacia sus semejantes. En tales momentos todo es bello, todo es poético; la

vida aparece amable, como nunca. El ánimo despejado halla recreo en todos los objetos; entonces se debiera morir. Entre las infinitas causas, como el buen éxito en las empresas, la satisfacción de los deseos realizados, etc., que pueden determinar tan felices efectos; el clima es, sin disputa, una de las que mayor influencia ejercen. Recórrase si no en una mañana de primavera un ameno campo; véase la risa de la aurora, que azula las altas cumbres de los montes, y los rebaños de corderos que triscan entre el follaje de los sotos; contémplese al cazador, que, abandonando insoportable lecho, se lanza con su jauría a los olorosos campos, y contesten las almas impresionables, si todo esto no esparce aromas de felicidad. Contémplese, por el contrario, lóbrega noche sin estrellas, sin luna y con nubes, que, como inmensa sábana, embozan el azulado cielo; monótona lluvia, que azota los cristales de las casas, y moja lentamente el suelo; árboles sin galas, pájaros sin canto, barquillas sin velas y sin auroras; todo esto contrista, sin duda, el alma. Las ocupaciones son enojosas. Si un amigo nos saluda, tenemos que esforzarnos para contestarle. Si la mujer, que nos adora, tiñe su delicada mano con lo negro de nuestros cabellos, sentimos una presión como la de Encélada bajo el Etna. Si una persona viene apresuradamente a entregarnos los tesoros de Cresos, le increpamos severamente, y maldecimos su tesoro y su venida.

El melancólico acento de Omar, que tanto contrastaba con la alegría del rey, contristó a éste en extremo.

—Ahora bien—dijo don Sancho,—debiendo corresponder con otra a la embajada de Almanzor, he pensado que nadie como tú, conocedor de las

costumbres musulmanas, puede ir al frente de ella.

Los ojos de Omar brillaron de alegría; pero esta manifestación inherente a la pobre humanidad, fué al punto dominada por la reflexión.

—¡ Ah!—contestó como apesumbrado.—Inmenso es el honor, que me hacéis, pero no me es dado, como quisiera complaceros. Los ricos-hombres cristianos, a cuyo frente iría, no tolerarían que un moro, siquiera sea convertido, les usurpe este honor. Por otra parte, los días transcurridos desde aquél, en que os hice conocer a la que pronto será vuestra, os han dado vigor y lozanía, mientras que a mí cada uno de ellos me ha traído una arruga al semblante, y una cana al cabello. Todo cuanto sea complaceros, lo anhela mi corazón; pero mis fuerzas corporales se niegan a practicarlo.

—Es verdad, Omar — contestó convencido el rey;—pero al menos podéis designarme las personas, que en vuestro concepto sean dignas de representarme en la corte de Almanzor.

—Caballeros y ricos-hombres tenéis en vuestro reino, que sostendrán el esplendor y la persona de su rey en la corte musulmana, y sabrán llenar las exigencias de la etiqueta más ceremoniosa. Vuestros caballeros pasan, entre los extraños, por rígidos y adustos; y se dice de ellos, que sólo saben combatir en la guerra. No; metira. Entre otros, esta creencia la desmiente don Fernando Ruiz de Azagra, caballero el más gentil y galante del universo; y no pocos, además de éste, que si no le igualan, no le ceden tampoco en mucho. Creo, pues, que ninguno mejor que Ruiz de Azagra podrá desempeñar al frente de otros más, la honorífica misión de representaros cerca de Almanzor.

—Convengo en ello—dijo el rey.

Y apenas profirió estas palabras, cuando sus manos agitaron, en señal de llamamiento, la campana de plata, que constituía una parte de la escribanía.

—Llamad a don Fernando Ruiz de Azagra—dijo al ujier, que con la presteza de Hipógrifo se presentó a su llamada.

Dicho esto, Omar se inclinó cuanto lo permitía su ancianidad, disponiéndose para marchar.

—¿Por qué intentáis dejarme, Omar, sin que yo os lo haya así significado?—le reconvino dulcemente el rey.

—Porque tal vez el orgullo de vuestros cortesanos—respondió el moro, deteniéndose en su marcha,—no sufra mi permanencia aquí al dictarles vuestras órdenes. Esta idea es tan enojosa para mí, que sólo el cariño que profesé a vuestro padre, y el no menos, con que os miro, ha podido impedir la irrevocable resolución que tenía formada de abandonar la corte. No ignoráis el odio reconcentrado que hacia mi persona sienten los navarros, y que nunca olvidan mi procedencia. En vuestro próximo enlace sólo ven el efecto de alguna trama por mí urdida, sin contar con vuestro amor por Zorayda. Y con todo esto, vos sabéis como yo, la parte que en él he tomado. Pero, en fin, esto no es del momento; por ahora os ruego me otorguéis vuestro permiso para retirarme, pues el de Azagra no tardará en llegar.

—Adiós, pues, Omar.

—El os ilumine, señor.

A pocos minutos de la salida del moro, se presentó en la cámara del rey el rico-hombre Ruiz de Azagra.

—¿Desde cuando—le dijo el primero en tono de dulce reconvención—necesito llamar a mi pre-

sencia a mis buenos ricos-hombres? ¿Estáis, por ventura, descontento de mí?

—Os juro, que no.

—Pues no deja de sorprenderme la ausencia, que desde algunos días noto de vuestra persona.

—Mi semblante responderá por mí; estoy enfermo.

—Y si vuestro rey, conceptuándoos la persona más digna y la primera después de él en Navarra, os encomendase un asunto, ¿la enfermedad os impediría complacerle?

—Cumpliría aún a costa de mi vida con mi deber de hidalgo y de vasallo.

—Pues bien, acepto este sacrificio; la misión, de que voy a encargaros, se refiere a Zorayda, la hija de Almanzor, con la que os será notorio como en todo el reino, que estoy para desposarme. A la embajada del Miramamolín deseo, cumpliendo como amante y como rey, corresponder con otra. Entre todos los ricos-hombres de Navarra sobresalís vos por vuestra cuna, por vuestra gentileza, y no menos por vuestra cortesanía. Dejando, pues, a vuestro albedrío la elección de las personas, a cuyo frente debéis ir, pasaréis al Africa, en cuyo reino se halla al presente la Corte de Almanzor. Allí veréis a Zorayda; contempladla por mí: habladla de Navarra, de su rey, de sus infanzones, y de sus naturales; hacedle entender que todos son tan valientes y tan gallardos, como comedidos y galantes; y al decirla que la adoro, que la idea de poseerla me enagena, y que en este mismo momento envidio la felicidad, que tendréis al verla; ved si su semblante manifiesta las puras emociones del amor, y si se turba al oír pronunciar mi nombre.

Siglos después, el príncipe de los escritores españoles ponía estas palabras en boca del hidalgo

de la Mancha, cuando enviaba a su escudero a visitar a Dulcinea.

Ruiz de Azagra, esforzándose en hablar, contestó:

—El honor que me dispensáis, abrumaría de placer a quien, como yo, no estuviese embebido en otros pensamientos. Pero perdonadme, si os digo que no me es posible obedeceros, aceptando tan honrosa misión.

—¿Os lo impide vuestra enfermedad?—preguntó cariñosamente el rey.

—Bien sabéis, señor, que profeso la ingenuidad de un caballero, y que desconozco la ficción del cortesano. Cumple, por lo tanto, a mi hidalguía, manifestaros que no es mi enfermedad la causa de mi negativa.

El rey oyó estas palabras con asombro.

—Pues qué—exclamó montado en cólera y con ojos chispeantes de furor;—¿os atrevéis a desobedecerme tan sólo por capricho? ¿Desde cuándo, el vasallo, siquiera se llame Ruiz de Azagra, impone su voluntad a la del jefe supremo del Estado? ¿Es, acaso, la mansedumbre y la bondad de mi carácter lo que os impulsa a la negativa? ¿Y luego detractaréis y mancillaréis el buen nombre de los reyes, y les apellidaréis déspotas y tiranos? Ruiz de Azagra: al contestarme no habéis calculado las consecuencias de vuestras palabras, ni habéis tenido en cuenta la alta dignidad y el poder de la persona con quien estáis hablando. Yo os mando, pues, que obedezcáis mis mandatos.

—No lo haré, señor—contestó resueltamente el caballero.

—Esto más—prorrumpió don Sancho, en el último grado de exasperación;—por el alma de mi

padre, que habéis de cumplir las órdenes de vuestro rey.

Y volviendo la espalda a Ruiz de Azagra, penetró en una de las cámaras adyacentes a la que ambos interlocutores ocupaban.

El joven infanzón, que había escuchado con semblante distraído las amenazadoras frases del rey, alzó su vista del suelo, y viéndose solo, despejó la habitación. El rico-hombre conocía muy bien el carácter de don Sancho, celoso como el que más, de su alta dignidad de rey, para no temerlo todo del de Navarra. Atravesó maquinalmente las extensas galerías de Palacio, y poco después recorría preocupado y pensativo las calles de la ciudad.

—Está bien—decía hablando consigo mismo: —Don Sancho castigará mi imprudencia y mi rebeldía a sus órdenes, ¿y qué me importa? ¿De qué me sirve vivir sin la mujer que amo?—Y olvidándose del rey y de su conducta con él, por doña Clemencia, prosiguió:—¡ Ah! ¡ quizás ahora estará prodigando a algún ser afortunado los alhagos de su ternura, y mi persona ni siquiera se ofrecerá a su mente para compadecerme! Pero... no; no puede ser. Ninguno de los infanzones de Navarra llena las aspiraciones de su corazón; estoy cierto de ello; y un villano... mas no profanemos los puros sentimientos de la hija de Raimundo el VI, conde de Tolosa.

Pero tenaz en su presentimiento, cuya idea nunca le abandonaba, sino para aparecer con más fuerza, prosiguió:

—No sé qué voz interior me asegura, que no lejos del reino existe doña Clemencia; quisiera obedecer, como debo, al rey, pero no puedo; si yo le confesase la causa de mi negativa, tal vez me devolviera a su gracia. Pero, al preguntarme

el rey si soy correspondido, ¿habré de confesarle que amo sin esperanza? No; ocultémoslo a todo el mundo; porque ese mundo, sabedor de la indiferencia hacia mí de doña Clemencia, calificará de imbécil mi constancia.

Sumido en estos pensamientos, el joven rico-hombre atravesaba automáticamente las calles de la ciudad. Mas reflexionando sobre su conducta como vasallo, sus ideas sufrieron benéfica reacción.

—Es preciso obedecer — exclamó; — de otro modo el rey me juzgará como un rebelde, y no será poco, si sólo se contenta con extrañarme del reino, privándome de mis honores, y confiscando mis bienes; cosas en verdad de todo punto indiferentes para mí; mas este hecho me imposibilita para indagar el paradero de doña Clemencia, y tendré que vivir sin esperanza que me sostenga, sin presentimiento que me anime, sin amor que me vivifique. Es preciso, pues, prosternarme a los pies del rey, y aceptar la embajada propuesta; una vez desempeñada regresaré a Navarra, y entonces tal vez...

Tomada esta resolución, Ruiz de Azagra encaminó sus pasos en dirección a palacio.

Minutos después se hallaba en la presencia del rey.

—Vengo—le dijo—a ponerme a vuestras órdenes. Lo que me impulsa a esto no es, os lo juro, el temor del castigo; es el juramento que, como rico-hombre y vasallo, os tengo prestado de servir hasta derramar en vuestro servicio la última gota de mi sangre. Además de esta, me impelen también otras causas, que no me es dado manifestaros, y que espero de vos no me obligaréis a confesarlas. En fin, yo imploro vuestra gracia y el olvido de las palabras que no ha mucho han pro-

ferido mis labios. Dadme, pues, vuestras instrucciones sobre el modo de desempeñar la misión cerca del poderoso Almanzor y de Zorayda, y que el cielo bendiga vuestra unión para felicidad vuestra y de estos reinos.

—Está bien—contestó el rey con aquella benignidad que usó constantemente con sus buenos vasallos.—Todo lo he oído, y todo lo perdono. Es demasiado feliz este día para obscurecer su brillantez con ningún castigo. Elegid los ricos-hombres que deben componer la embajada, y no olvidéis que de esto depende el concepto que Almanzor y sus vasallos formen de nosotros, y de nuestro reino; haced ver que el infanzón navarro no tiene que envidiar a ninguno de los extraños en gentileza, como en galantería, y sentad la opinión de que lo mismo se bate en el campo de batalla, como desempeña una misión galante.

Y al expresarse de este modo, el rostro del rey de Navarra se mostró lleno de amor, y al mismo tiempo de noble orgullo nacional; del que Ruiz de Azagra participó, hasta el punto de olvidar en su entusiasmo, sus amores. La hidalguía española nunca considera a la patria como una plaza de cambio, como un centro cualquiera de agiotaje y transacciones mercantiles; siempre ha considerado en ella a la madre cariñosa, que nos acoge al nacer; la que nos acaricia en la cuna con sus perfumados ambientes; la que nos brinda con el hechizo de su naturaleza, con su cielo esplendente y con su fecundo suelo.

En la noche subsiguiente a esto, Omar, caballero, sobre una mula, se encaminaba solo en dirección a Tudela.

—Algún genio maléfico — decía para sí — perturba mis planes, mejor concebidos. Nunca pude prever, que alguno espiara mi casa a pesar de lo

imponente y terrible de la tempestad. No hay duda que el amor es tan sutil, que quizás traspase las paredes de un subterráneo. Pero al amor—prosiguió con feroz alegría—opondré la astucia. El rey envía a Ruiz de Azagra a la corte de Almanzor, de la que yo haré que nunca vuelva. Las contrariedades nunca han desplegado su energía con nadie del modo que lo verifican contra mí. En la lucha que vos, Dios de los cristianos, habéis entablado contra mí—apostrofó impiamente Omar,—veremos quién de nosotros consigue la victoria: Si vos oponéis obstáculos a mis proyectos, otro Dios me sugiere los medios de anonadarlos. Si vos personificáis vuestro poder en Ruiz de Azagra; el mío lo personifica en mí: veremos, pues, veremos...

A juzgar por estas palabras, el moro profesaba las absurdas doctrinas del maniqueísmo.

A su horrible, cuanto infame apóstrofe, respondió el aura de la noche que mecía sigilosamente las hojas de los árboles, como articulando piadosos y plañideros lamentos.

A los pocos momentos, y en las faldas de un monte, no lejos del camino por donde Omar transitaba, apareció un hombre vestido según la usanza del país; esto es, un pañuelo a cuadros, que cubría su cabeza y remataba en un nudo hacia su parte media posterior; chaqueta de paño burdo, calzón de veludillo, y medias de algodón azules; su calzado consistía en unos alpargates, prendidos con anchos galones al nacedor de la pierna. El hombre en cuestión se hallaba pertrechado con toda clase de armas de las conocidas en aquella época.

Desde esta a la actual, la veleidosa deidad de la moda poco o nada ha modificado el traje de los habitantes de las comarcas de Navarra. Sus

trajes de hoy se diferencian muy poco en materia y en hechura al que acabamos de describir.

El hombre, de que hablamos, era uno de los tantos bandidos, que infestaban con sus correrías robos y asesinatos, no solamente el reino de Navarra, sino también el de Aragón, por los puntos que confina con aquél. La licencia y la desmoralización, producto genuino de las continuas guerras, estado casi habitual, según no despreciables autores, de las sociedades, al menos en ciertas épocas, habían producido aquellos miserables, cuya osadía había llegado hasta el punto de que el rey don Sancho se vió obligado a dictar, para reprimirlos y exterminarlos, severas providencias; siendo una de ellas, la formación de una Junta o Hermandad, a la que edificó a una casa en los montes de las Bárdenas, para poder celebrar en ella sus reuniones. Hoy sólo existen las ruinas, y todavía se celebra una Junta en determinado día del año, únicamente como recuerdo, y no con el fin de adoptar providencias para la seguridad de los caminos; cuya custodia ha siglos no compete a estas extinguidas corporaciones.

Omar dió un silbido particular, al que, después de contestar el hombre con otro del mismo género, acudió ágil y ligero como un corzo, salvando con increíble velocidad el espacio, que le separaba de Omar.

Llegado que hubo a la presencia de éste, le dijo con brusca galantería:

—Buenas noches.

—¿Está todo arreglado?—le preguntó el moro, sin tomarse la molestia de contestar a la salutación del recién llegado.

—¡Lo está!—respondió éste.

—El premio ya lo sabes.

—Descuidad.

Después de esto, el bandido se internó por los matorrales, y el moro, picando a su mula, prosiguió tranquilamente su camino en dirección de la muy noble, muy leal y antiquísima ciudad de Tudela.



CAPITULO XV

La embajada Navarra.—El pergamino misterioso. Los bandidos de las Bardenas.—Porfidia de Omar. Valor y triunfo por Ruíz de Azagra, de sus enemigos y de sí mismo.

Desde la coronación del rey don Sancho en la Catedral de Pamplona, han transcurrido dos años; en la debatida cuestión de clásicos y románticos sobre unidades, preveemos mala suerte al autor; pero no es culpa de éste, y esto va en descargo de las suyas, que los sucesos se hayan verificado en el tiempo que se consigna.

Estaba, pues, para expirar el año de mil ciento noventa y siete, y era uno de los días más fríos, si bien más despejados, del invierno; en el cual el cielo ostentaba esa serenidad y limpieza, que sólo se ve en los brillantes de la estación expresada. Los ciudadanos de Pamplona, agrupados en su mayor parte en una de las plazas de la ciudad, vestidos con dominical elegancia, contemplaban un espectáculo con sumo regocijo, a juzgar por la franca jovialidad de sus rostros.

La causa que lo producía, era la reunión en dicha plaza de cuanto más lucido contenía Navarra de ricos-hombres e infanzones de la primera nobleza, los que estaban bajo las órdenes del gallardo don Fernando Ruiz de Azagra.

Debajo de los balcones del palacio real se hacían de admirar por su gallardía, gran número de caballos enjaezados con riquísimas cabalgaduras, cubiertas con caperuzas de finísimo paño, bordados en oro, y franjeados con listones de la misma materia. En sus remates se veían las armas de Navarra, y en los opuestos las que pertenecían a cada uno de sus dueños. Los robustos brazos de los palafreneros, que los guardaban, necesitaban desplegar toda su fuerza para contener la impaciencia de aquellos briosos corceles; cuya sangre se había formado con los pastos de la Arabia. Blancos penachos ondeaban en sus cabezas, majestuosamente agitadas y movidas. A regular distancia de ellos veíase lucida tropa de jinetes, que esperaban la llegada de los ricos-hombres, para los cuales estaban destinados los soberbios alazanes, regalo de los embajadores moros al rey de Navarra por parte de Almanzor.

Los infanzones salieron del palacio real, y montaron en sus caballos. El rey y los cortesanos los contemplaban desde los balcones y ventanas. La cabalgata comenzó a desfilarse, saludando respetuosamente a don Sancho, cual enternecido en sumo grado, contestaba con dulce sonrisa a las saluciones de los infanzones. Las damas agitaban sus blancos pañizuelos; una de las de palacio, joven, de cabellos y ojos negros, cutis rosado, que se hallaba como avergonzada detrás de las demás, desapareció bien pronto, con el fin de ocultar las lágrimas silenciosas, que aparecían en sus ojos. Aunque el lector lo habrá sin duda adivinado, le

haremos saber que esta dama era doña Marquesa de Buñuel, la misma que hemos visto en íntimo coloquio con el experto cortesano, don Gómez Garcés, señor de Portella, en una de las antesalas del palacio de don Sancho. Después de esto, inútil es manifestar que la causa secreta de sus lágrimas era la partida de don Fernando Ruiz de Azagra.

La desaparición de los embajadores motivó la del rey, la de las damas, y la de todos los espectadores en general.

Era la noche del segundo día de marcha de la cabalgata que se dirigía en dirección a Tudela. Reinaba la obscuridad más completa, y el silencio nocturno sólo era interrumpido por la respiración y las pisadas de los caballos. El joven Ruiz de Azagra caminaba triste y pensativo.

Hemos mencionado no ha mucho *las Bardenas*, inmensa extensión de terreno, cuya fragosidad, cuyos altos montes y profundos precipicios, se prestan a las mil maravillas para los desafueros de las gentes de mal vivir, que en sus subterráneos pueden ocultar. Lo fragoso y escarpado, lo escabroso y quebrado de estos montes, ofrecen en todas épocas la impunidad a los criminales, que burlan la persecución más activa, y hacen ilusorias las operaciones mejor dirigidas contra ellos. Uno de ellos, célebre en el país, se hace intervenir en los acontecimientos narrados por un novelista navarro. Este es el famoso bandido Sancho de Rota. Aun se señala a la curiosidad del visitador o transeunte, el subterráneo, a que largos años después de los acontecimientos que venimos narrando, fué conducida la infeliz doña Blanca, hija de don Juan el II de Aragón y Navarra, y hermana del desgraciado Príncipe de Viana, por el famoso bandido, terror de aquellas comarcas, el cual, movido por un impulso generoso, se pro-

puso libertarla de este modo de su madrastra, doña Juana Enríquez, la cruel y orgullosa hija del Almirante de Castilla. Sancho de Rota no es menos célebre por sus crímenes, que por la extraña combinación de valor, de caballerosidad, de crueldad y de bravura, que asumió en su persona.

Verticalmente a un profundo precipicio, cuya contemplación estremece de terror al observador, se alza un enorme peñasco, que parece desafiar a las tempestades. Este peñasco, situado en los expresados montes de Navarra, es igualmente célebre en las crónicas del reino, por la alevosa muerte que en él halló un don Sancho de Navarra, anterior al protagonista de esta historia, desde el cual fué *despeñado* por fraticidas manos. Desde entonces lleva el nombre de *Peña del Rey*, y éste el de *don Sancho de Peñalén*.

A los mil atributos de la muerte, podemos agregar también la facultad de aplicar sobrenombres.

La cabalgata ascendía por una pendiente horrible a la cúspide del monte, donde está situado el peñasco. No permitiendo el terreno caminar a caballo, los infanzones lo verificaban a pie, conduciendo de la diestra sus caballos. Todos caminaban silenciosos. Mas al transponer enorme masa de peñascos, se oyó el agudo y rechinante eco de un silbido.

—Sabéis, Ruiz de Azagra—dijo a éste uno de los infanzones, llamado don Jimeno de Aibar, señor de Burguí,—que no acierto a comprender la causa que os ha movido a traernos por estos precipicios inaccesibles hasta las fieras y habitadas por...

El temor, que se apodera de las almas mejor templadas al impulso de supersticiosa idea, le obligó al infanzón a cortar la frase.

—Parece que tenéis miedo—le dijo, sonriéndose,

Ruiz de Azagra, que tenía demasiado en qué pensar para participar de los temores de su interlocutor.

—Temeridad es la vuestra, don Fernando, que pudiera costarnos cara, si llegase a noticia del rey. Os repito por segunda vez, que no puedo adivinar el motivo que os ha impulsado a dejar los caminos reales y traernos por estas breñas, a riesgo de perder la vida entre ellas. Pero si no comprendo esto, alcanzo mucho menos nuestra debilidad en asentir con el itinerario, que en mal hora nos habéis marcado.

El joven se mordió los labios, y el despecho se dibujó en su rostro. La lobreguez de la noche ocultó estas señales al mal humorado don Gimeno; de otro modo no es difícil adivinar el resultado.

El joven intentó, pues, contemporar con su ira, y desarmar al rico-hombre murmurador, diciéndole con dulce reconvención:

—Si apeláis a vuestra memoria, recordaréis, don Gimeno, que no he impuesto como mandato nuestra ruta, para lo cual no sólo no me faculta mi calidad de jefe de embajada, sino que en este hecho no ignoro incurriría en desagrado del rey, si a su noticia llegase. Pero bien sabéis, que para ello recurrí a las súplicas amistosas; y vosotros, prometisteis, como hidalgos, complacerme en mi demanda.

Esta apelación a la hidalguía navarra desarmó completamente a don Gimeno y a los restantes infanzones, de quienes había sido el eco.

Pero al par que se desvanecieron las murmuraciones, se acrecentó la curiosidad de los hidalgos.

—¿Pero no queréis decirnos el móvil que os ha impulsado a practicar tan extravagante pensamiento?—preguntó don Gimeno en tono de la más cariñosa amistad.

Ruiz de Azagra asió de la mano al señor de Burguú, y por toda contestación le condujo a distancia conveniente para no ser oído de los demás :

—Sois hidalgo, y puedo confiaros un secreto.

—Hablad, don Fernando—le contestó solemnemente el señor de Burguú.

El joven se desabrochó su rico jubón, y sacó un pergamino cuidadosamente conservado.

Como que esto no sucedía el año de 1569. y de consiguiente no había nacido todavía el comerciante de Marsella, Brant, que arruinado en su comercio, se dedicó a la invención de la piedra filo-

célebre Kunkel, que le disputó la gloria del descubrimiento ; don Gimeno, atendida la lobreguez de la noche, sólo pudo conocer por el tacto, que el objeto, mostrado por Ruiz de Azagra, era un pergamino.

—Si no añadís algunas más explicaciones que esa—dijo a éste don Gimeno,—os aseguro que me quedo en ayunas.

Ruiz de Azagra se aprestaba a satisfacer la justa ignorancia del rico-hombre, cuando llegándose a ellos uno de los de la cabalgata :

—¿No percibís—les dijo—varios bultos en esa hondonada, que parecen hombres, y que si no me engaño, lo son efectivamente, puesto que se agitan y se mueven en dirección a nosotros ?

—Quimeras son esas, que forja la mente, excitada por el recuerdo de los sangrientos acontecimientos, que nuestras ayas nos contaron en la niñez, y cuyo teatro se suponen estas Bárdenas.

Así respondió Ruiz de Azagra, tan incrédulo, como valiente.

—Además—prosiguió,—¿no somos mayores en número, y poseemos armas ?

—¡ Ah ! don Fernando—objetó el medroso rico-

hombre:—¿Ignoráis que a una señal convenida pueden brotar de los subterráneos, cuya superficie estamos hollando con nuestras plantas, centenares de hombres? ¿No sabéis que se hallan organizados bajo el sistema más rígido, y que acometen con la energía y el vigor del ejército mejor disciplinado?

—Pero ¿quién será el temerario—replicó Ruiz de Azagra—que se atreva a atacar en nuestras personas a la del rey, a quien en la embajada representamos? Creed, pues, hidalgo, que estas son fantasmas, que sólo existen en la imaginación vuestra.

Y a fe, que no lo eran, sino hombres de carne y hueso, como el medroso rico-hombre había traducido; los cuales, doblando en aquel momento el recodo, que formaba la inmensa mole de peñascos, hicieron alto en frente de los hidalgos navarros y de la tropa que los custodiaba.

Era necesaria toda la osadía de aquellos bandidos para desafiar a la respetable fuerza de hombres. Ruiz de Azagra tuvo que creer entonces en las fantasmas del prudente hidalgo.

Al verlos, los de Azagra acariciaron las empuñaduras de sus espadas, y siguieron tranquilamente su marcha; por lo demás, la actitud de aquellos hombres, que bien a las claras se adivinaba que eran bandidos, no daba lugar a la duda respecto a sus intenciones.

El joven Ruiz de Azagra abrió sus ojos a la realidad, se decía a sí mismo:

—¿Será posible que sea víctima de alguna perfidia? ¿Este pergamino habrá sido suscrito por otra persona distinta de doña Clemencia, con el fin de tenderme un lazo, en el que inexpertamente he caído, arrastrando en mi caída a los demás? Es imposible; lo estoy viendo, y no puedo creer-

lo. El sello y la firma son de la hija del conde de Tolosa; lo he repasado demasiado su contenido, para no estar seguro de ello. Y en tal caso, ¿quién y con qué objeto ha podido tenderme un lazo? ¿Si el rey acaso la amará, y habrá querido deshacerse de mí por este medio, poco regio en verdad?... Tampoco, porque aun cuando el objeto de la embajada no desmintiera mi pensamiento, el corazón del rey es demasiado grande para apelar a medios tan infames. Todo conduce a pensar, que la mano oculta de Omar determina tan inexplicables acontecimientos.

Digamos al lector la procedencia del pergamino, a que el hidalgo navarro se refería, y él nos señalará la clave del extraño itinerario, que tanto había chocado, y con justo motivo, al señor de Burguí.

Al retirarse Ruiz de Azagra del palacio real la noche que precedió a la marcha de los embajadores; un hombre, que le era de todo punto desconocido, se aproximó al joven, y después de entregarle un pergamino, desapareció veloz, como el rayo, burlando la curiosidad natural del joven hidalgo por conocerle; y después de trasponer calles y callejuelas en persecución del desconocido, vióse obligado a desistir de su vana empresa.

Con la precipitación, propia del que soñando con una cosa, todas le parecen referirse a ella; el hidalgo navarro se dirigió a su casa, y en ella, después de desdoblar el pergamino, vió estampado en él la firma y el sello de la hija del conde de Tolosa.

Leyólo con avidez, y besó mil veces aquellos signos, trazados por la mano de la que tanto amaba.

En él decía, que arrebatada por los bandidos en el día inmediato a la noche tempestuosa, en

la ciudad de Tudela, permanecía recluída desde aquella época en uno de los subterráneos de las Bárdenas; del que sólo podía recobrar su libertad perdida mediante la entrega de veinte mil sueldos aureos Sanchetes, que exigían los bandidos. Doña Clemencia, después de darle las protestas más lisonjeras de su amor, apelaba a los nobles sentimientos del rico-hombre, y aun le exigía se presentase con la expresada suma en la *Peña del rey*, punto designado por los bandidos, para la entrega de su persona.

—Y yo—exclamó cándidamente el enamorado hidalgo,— que tanto sospechaba de Omar; ¡cuán fácil es errar, juzgando solamente por las apariencias!...

Después de leído, guardó el pergamino en una elegante bolsa de cuero, no sin haberle estrechado una y mil veces contra su corazón; estos extremos amorosos los comprenderá perfectamente el enamorado, que conserva como un precioso talismán, el primer documento que le prueba el afecto de la mujer amada.

Esta era, pues, la causa que impulsó al rico-hombre a internarse por las Bárdenas, y este el pergamino que había mostrado a don Gimeno. Crédulo como buen enamorado, el joven Ruiz de Azagra no advirtió el grosero y mal urdido lazo, tendido a su cándida, como entusiasta buena fe.

Mas cuando vió aquella multitud silenciosa de hombres en actitud hostil, comprendió; que doña Clemencia se había convertido no en uno, sino en cientos de bandidos, cuyos aspectos siniestros revelaban claramente sus intentos. Y cuenta, que en aquella época, y en Navarra menos, no existía sabio encantador Merlín, que transformase en bandidos a la hija del conde de Tolosa, como a Dulcinea en tosca y grosera labradora.

Suponemos que el lector, por más que sea enamorado, habrá adivinado en Omar el autor del contenido del pergamino, y de la transformación de doña Clemencia en bandidos de las Bárdenas de Navarra.

—Deteneos—gritó con voz de trueno, el que parecía ser jefe.

Por toda contestación, los embajadores, salvando con la velocidad del rayo la corta distancia que los separaba de ellos, desenvainaron sus aceros, arremetiéndoles con denuedo.

Los bandidos, colocados con el mayor orden, y blandiendo también los suyos, trabaron terrible combate.

Ruiz de Azagra irritado doblemente en su amor y su buena fe, acometió furiosamente a sus enemigos, los que decididamente se dirigían contra su persona.

Bien pronto la lucha se hizo general. Los ricos-hombres peleaban con el arrojo propio de hidalgos; y los bandidos, además del aliciente de la ganancia, con la desesperación del que sabe la suerte que les espera en el caso de quedar vencidos.

Los golpes de sus armas sobre las férreas armaduras de los hidalgos, producían chispas, cuyos multiplicados fulgores alumbraban tan infernal escena. Ni una voz ni una exclamación en torno de los combatientes.

De allí a poco la sangre comenzó a enrojecer la tierra; y entonces los ayes de los heridos, o los sordos rugidos de los que luchaban, turbaban tan sólo el silencio de la noche.

Apenas la estocada de su enemigo quitaba la vida a alguno de los combatientes, cuando atravesado a su vez por otra, pagaba cara su anterior victoria.

De vez en cuando, como que la lucha tenía lugar en la cumbre de la *Peña del rey*, rodaban los heridos y moribundos, al profundo precipicio, arrastrando en su caída a su enemigo, produciendo en el fondo un ruido sordo y aterrador.

De allí a poco cesaban los ayes del moribundo, y las imprecaciones del mismo, a quien en su rabiosa agonía había arrastrado consigo.

Y el precipicio ofrecía ignorado lecho mortuario a los insepultos cadáveres de hidalgos, soldados y bandidos.

Veíanse algunos que, próximos a morir, estrechaban convulsamente al enemigo, le apretaban contra sí mismos, y mordían rabiosamente su cuerpo.

Las vueltas y revueltas de los caballos pisoteaban este horrible grupo, y aplastaba los cráneos y miembros del agonizante y su enemigo.

Por fin, la lucha, reduciendo el número de los combatientes, se iba debilitando, como el estrépito del trueno al desvanecerse la tempestad.

Ruiz de Azagra, animado por su espíritu belicoso, aunque herido en varias partes de su cuerpo, redoblaba tan certeramente sus golpes, que cada uno de ellos causaba una víctima en los contrarios.

De repente, el jefe de los bandidos gritó, dirigiéndose al joven:

—Peleemos ambos en parcial combate, y el que venza habrá decidido la victoria.

Al oír el reto del bandido, propio de un noble adalid; hidalgos, soldados y bandidos suspendieron la refriega, como si hubiese sido por unánime convenio.

—No sois noble—le contestó despreciativamente Ruiz de Azagra.

—Pero soy navarro, y mi corazón es tan gran-

de como el tuyo.—contestó el jefe de los bandidos con cierta dignidad.

—Comencemos, pues.

Y los dos volvieron de nuevo a comenzar la lucha con furor nunca visto. El hidalgo, con el aplomo y maestría del guerrero, inutilizaba, por decirlo así, los impetuosos golpes de su enemigo; al cual, viéndole descubierto, intentaba acometer; pero éste, por un rápido movimiento, paraba el golpe, para convertirse a su vez en agresor. Nada menos que eso: Ruiz de Azagra lo había previsto, y los filos de la espada de su enemigo quedaban embotados en la suya.

Por espacio de media hora continuaron la lucha, sin poder ninguno herirse; mientras que las lesiones recibidas por ambos en la lucha general, manaban gruesas gotas de sangre, cuyo derrame debilitaba su energía.

Hidalgos, soldados y bandidos contemplaban, como simples espectadores, tan horrible y sangrienta lucha.

Los dos combatientes la suspendieron por un momento, dominados por idénticos sentimientos, para recobrar aliento.

Pero volviendo muy pronto a comenzarla de nuevo, giraban sobre sus cabezas las espadas, produciendo con su choque círculos luminosos.

Ruiz de Azagra, haciendo el postrer esfuerzo, consiguió por medio de un rápido movimiento, hacer perder terreno a su adversario. En efecto; acosado éste por la destreza de Ruiz de Azagra, y gastada su impetuosidad, no le fué dado desviar el golpe certero contra él asestado, siendo gravemente herido en la parte derecha lateral del pecho; de cuya lesión no sabemos cómo hubiese quedado el bandido, a no resbalar la espada de su enemigo en la tercera costilla; de modo que

desviada hacia la parte posterior, ocasionó la fractura de la arteria mamaria externa.

El bandido, sintiendo abundante derrame sanguíneo creyó mortal su herida; no habiendo pisado más cátedras de medicinas que los riscos y asperezas de las Bárdenas. En el caso contrario, hubiese sabido que no era tan desesperado su estado.

Sus compañeros, al verle medir la tierra con su cuerpo, le creyeron también muerto, y comenzaron a huir con agilidad suma en dirección a sus guaridas. Los hidalgos se lanzaron al punto en su persecución. ¡Vana empresa!... Los caballos, lejos de servir para ello en aquel terreno quebrado y escabroso, eran embarazosos. Por otra parte, los hidalgos y soldados, sin práctica ninguna en él, nada hubiesen adelantado. Conocido esto mismo por ellos, tuvieron que desistir de su vano propósito.

Ruiz de Azagra, que se preparaba a concluir con la vida del jefe de los bandidos; se detuvo de repente, al considerar el noble ardor del vencido, y su bravura en lid cortés, impropia de un villano.

Atributo de los valientes es respetar al enemigo moribundo, por más que sea un bandido. Por otra parte, aquel hombre podía darle alguna luz sobre el paradero de doña Clemencia. En este concepto, levantó su espada del pecho de su enemigo, diciéndole:

—En verdad, que únicamente a la fortuna debo la victoria. Paréceme, que más se ajusta tu valor y destreza al alma de un hidalgo, que a la de un bandido. Es imposible que hayáis nacido villano.

—Os engañáis, don Fernando; soy pebleyo— contestó con apagada voz el bandido.

—Y ¿siempre habéis arrastrado tan indigna vida?

—No, vive Dios—contestó, como picado en su honor;—mi profesión ha sido la de las armas, siempre combatiendo como bueno en las guerras que hemos sostenido contra los castellanos. La quietud cuadraba mal con mi espíritu aventurero y belicoso; y por tanto, ávido de las emociones de las luchas. La paz, en que el rey corre con los extranjeros, me ha impelido a ejercer el oficio de bandido en estas Bárdenas. He aquí en resumen la historia de mi vida.

—Indigna de la bizarría que habéis mostrado, es la profesión que elegisteis. Y si como yo creo, no es mortal vuestra herida, aun podréis bajo mis auspicios, dar días de gloria a vuestra patria, que borren lo pasado.

—Si yo viviese—se apresuró a contestar, lleno de gratitud el bandido,—nunca olvidaría vuestra generosa acción.

Ruiz de Azagra oprimió con sus manos el pecho del bandido por la parte de la herida, con el fin de impedir en algún tanto el derrame de la sangre; mientras que los demás hidalgos preparaban lienzos para vendarla.

—Doña Clemencia... doña Clemencia...—murmuraba como delirando el bandido,—yo os prometo salvarla.

Apenas profirió estas palabras, cuando le sobrevino un síncope. Mientras tanto, la naturaleza o fuerza medicatriz, denominación controvertida en las academias, coaguló la sangre en el vaso roto; y a los pocos momentos, el bandido comenzó a dar señales de vida.

En este estado fué conducido por los hidalgos y los soldados a uno de los pueblos, más próximos; e instalada en la casa de un doctor, al cual

Ruiz de Azagra dió a entender, que retribuiría espléndidamente los auxilios, que al herido prestase, y el secreto de su instalación en su casa.

Los hidalgos y soldados prosiguieron su camino. Las palabras del bandido habían derramado la alegría en el corazón del joven don Fernando. El juramento de libertarle a doña Clemencia, prestado por aquél, le merecía tanto o más crédito, que el de cualquiera de los ricos-hombres de Navarra.

CAPITULO XVI

Providencial equivocación del segundo entre los bandidos.—
Imprecaciones y refinamiento de crueldad de Omar.—
Ayes y plegarias de la desventurada D.^a Constanca.

Al día siguiente de estos acontecimientos, se hallaban Omar y otro hombre en su casa de Tudela y en la habitación que ya conoce el lector.

El aspecto del desconocido era feroz. Larga y poblada barba cubría su semblante, incluso sus mejillas. Su tez era tostada, y sus ojos pequeños e inquietos. Su grueso labio inferior, indolentemente suspendido, daba un tinte salvaje e idiotismo a su fisonomía.

En el momento de que hablamos, Omar estaba ocupado en vendar una leve herida o rasguño que tenía en su musculoso brazo, en el que se veía dibujada la imagen de nuestra Señora Santa María la Blanca de Tudela. Y nótese, con este motivo, que la costumbre de la mayor parte de los criminales, de pintar en sus miembros imágenes de santas y otras más profanas, punzando con alfileres la epidermis, data desde remotas épocas.

Cuando Omar concluyó de curarle la herida y vendarla :

—¿Os oprime?—preguntó.

—Nada—contestó el herido con la misma indiferencia, que si la presión se verificase en el prójimo.—El dolor, que me martiriza, no procede de la herida, sino del corazón. ¡Oh! ¡La idea de haber sido vencidos!...

—Vencidos—le interrumpió el moro, retrocediendo y mesándose con frenesí los mechones de su cabello.—¡Vencidos!... ¡desbaratados mis planes de venganza, único afán que sostenía mi vida! ¡Frustrado el pensamiento, cuya influencia animaba mis decrepitos y casi inertes miembros! ¡la eterna idea que unificada con mi sangre, multiplicaba mi ser; el pensamiento de mis correligionarios, cuya encarnación está en mí! ¿Y tantos cálculos serán fallidos? ¡Y tantos desvelos, y tanta ciencia, y tanto poder desmentidos! Pues qué, ¿la fuerza llegará a dominar acaso a la inteligencia? ¿La materia, desposeída de su móvil, será capaz de avasallar al espíritu? ¿Los acontecimientos, ordenados y como tales esperados por la inteligencia, ¿serán no más efecto de la armónica disposición de los órganos? Los planes, hijos del pensamiento, ¿serán igualmente una quimera y una alucinación? Si esto es así, entonces la idea del ser supremo es tan sólo una admirable mentira, fraguada instintivamente por la humanidad. Entonces, si los efectos de las causas seguidas no son producto de las mismas, queda inexistente la primera de las que estas constituyen un débil reflejo. Alá, pues, sólo existirá en los delirios de las imaginaciones árabes, excitadas por su ardiente clima...

—¡Mas, no!—prosiguió el moro, reflexionando;—cobarde y necio es el hombre que desiste

de sus planes por los obstáculos, que el destino opone a su feliz éxito. Insensato el que pone fin a su existencia por el primer paso resbaladizo en el camino de la vida. Si todos los grandes hechos, si las más atrevidas concepciones hubiesen sido depuestas al influjo de los obstáculos y los reveses, las generaciones apenas dejarían sus huellas en el curso de los tiempos. Obrar y esperar: he aquí los atributos de la sabiduría. La impaciencia y el desaliento en pos de ella, son los accidentes inherentes a los espíritus frívolos.

Auguramos desde luego, que el lector, a semejanza del bandido, se habrá quedado en ayunas de tan enmarañada disertación.

El moro, que así debió comprenderlo, descendió del terreno desaregladamente filosófico a que se había elevado, y preguntó a su interlocutor:

—¿Y vuestro jefe?

—Ha sido muerto en la refriega—contestó el herido, el cual era uno de los bandidos, que había apelado, como los demás, para salvarse, a la fuga; y que siendo el segundo en el mando de los honrados habitantes de las Bârdenas, se hallaba enterado perfectamente de los tenebrosos planes de Omar.

—¿Estáis seguro de ello?—le preguntó éste con inquietud.

—Demasiado, por desgracia; y vive Dios, que Ruiz de Azagra no parece cortesano en eso de dar mandobles, como habíais asegurado.

Omar desarrugó su entrecejo para sonreír imperceptiblemente con las palabras de su interlocutor, el cual continuó:

—Y tan cierto estoy de ello, que, viéndole exánime por la falta de sangre, que manaba a chorros de una anchurosa herida que recibió en el pecho, pensamos en poner nuestras vidas a salvo, y

nos pronunciamos en fuga, burlando con nuestra práctica en el terreno la persecución del enemigo. Después de su marcha, volvimos al sitio de la lucha, y dimos sepultura a los cadáveres de los nuestros, igualmente que a los de los enemigos; hacinándolos sin distinción alguna. Y esto lo hicimos ya por caridad, para que no fuesen pasto de los animales carniceros; ya también porque, de dejarlos a la vista del pasajero, hubiésemos sufrido una batida más sobre las muchas que ese maldito rey don Sancho...

—Hablad más bajo al hacerlo de esa persona— interrumpió Omar al bandido, tendiendo desde su ventana escrutadora mirada al exterior. Pero se tranquilizó completamente cuando vió que nadie transitaba por las inmediaciones de su casa. Sólo se advertían grupos de nubes, que entoldaban el cielo, las aguas del Ebro que corrían majestuosamente, produciendo murmullo, y allá a lo lejos, algunas luces procedentes de los caseríos limítrofes a la ciudad, que dominaba el monte: en donde estaba situada la casa del moro Omar.

—¿Pero reconocisteis su cadáver al dar sepultura a los muertos?—dijo, continuando su conversación.

—Imposible entre tantos, como había, y en una noche, cuya oscuridad era comparable tan sólo con la de la actual. Nuestro jefe está, a no dudarlo, tan muerto como mi abuelo; lo que, aun cuando yo no le hubiese visto caer exánime, os corroboraría el no haberse presentado después de la refriega en nuestras guaridas, ni en vuestra casa, como nos teníais mandado.

Omar se serenó con las palabras de seguridad del bandido.

Y el lector, sabe, sin embargo, que ambos se **engañaban.**

No lejos de ellos, pasada la galería que conducía a la habitación subterránea de la casa del monte de Tudela, se hallaba, como ya hemos dicho, la hija del conde de Tolosa, sentada sobre un banquillo, sus cabellos tendidos sobre su espalda, hundidos los ojos, descoloridas sus mejillas, y exclamando con desfallecida voz:

—¡ Ah! quizás moriré aquí sin que nadie se acuerde de mí, y los ayes del corazón se embotarán en estas paredes. Nadie procurará pesquisar la causa secreta de mi desaparición. El rey, alhagado, sin duda, por la perspectiva de venturoso día, compartirá sus pensamientos entre Zorayda y en los preparativos de las pomposas fiestas, con que se solemnizará su enlace. ¡ Si al menos me fuese dado contemplar a la hija de Almanzor en ese día, para envidiar su dicha! ¡ Si al menos, cual cadáver que por disposición divina abandona su tumba, pudiese dar noticia al rey de los sangrientos planes de Omar contra su persona, conjurando de este modo la tempestad del mal, que le amaga! Mas por ello tendría que confesarle mi amor, y postrarme a sus pies. Y en este caso el rey sólo vería en mí a una impúdica rival de Zorayda. Pero, ¿ qué me detiene? Perezca mi honor, y sálvese mi amante.

Y conceptuándose libre en su delirio, se dirigía a avisar al rey del peligro que le amenazaba.

Pero la ferrada puerta del subterráneo le daba la certeza de su reclusión.

—Estoy loca—exclamaba entonces con amargura, — es imposible salir de este subterráneo, donde ese hombre cruel me ha sepultado en vida, y cuya existencia ni siquiera se sospecha. Dios mío, ¡ Dios mío!... ¡ Cuán horrible es la perspectiva de vivir siempre encerrada, sin luz, sin aire, sin esperanza, durmiendo anticipadamente el sue-

ño de las tumbas! ¡Y si al menos don Sancho fuese feliz! pero Omar atajará el curso de su vida, sin tener yo siquiera el consuelo de oír la campana funeral, que anuncie la terminación de su existencia; ¡no saber cuando deben cesar los acentos del amor y comenzar los lamentos de las plegarias! ¡Cuán grande es mi desgracia!...

La pobre dama reclinó su cabeza entre sus manos, mientras que lágrimas de fuego quemaban sus mejillas. Ya no era la belleza de otros días. La idea de vivir eternamente encerrada había operado fatal estrago en su persona.

—Necia fui—prosiguió—en dar a comprender a ese infame moro, que sabía sus tenebrosos proyectos. Pero, ¿quién pudiera sospechar la existencia de esta lúgubre mansión? ¿Cuándo deja de ser imprudente la mujer frenéticamente apasionada? ¡Ah! Despidámonos del mundo para siempre, y si un día las generaciones futuras llegan a descubrir este ignorado subterráneo, compadecerán al menos al pobre ser, cuyos restos mutilados les augurará horrible misterio.

Mientras tanto, el bandido, concluída su curación, recibió de Omar una cantidad no despreciable de sueldos aureos Sanchetes, a pesar del éxito desgraciado de la empresa, y salió de su casa en dirección a las Bárdenas. Después de lo cual, el moro abrió la puerta, que daba a la extrema galería, que recorrió pausadamente, presentándose en la prisión de doña Clemencia, como diabólica aparición.

La dama se hallaba llorando en un miserable lecho.

—Señora—la dijo Omar, colocando al mismo tiempo sobre una mesa, una lámpara, que llevaba en sus manos.

Aquella voz aterró a doña Clemencia.

En seguida Omar tomó asiento trabajosamente en el banco, ocupado poco antes por la infeliz prisionera.

La trémula luz de la lámpara dibujaba en las paredes la repugnante figura del viejo carcelero, como un espectro aterrador.

—Debieras saber, moro maldito—dijo la dama en contestación a sus palabras,—que tu presencia tan sólo, me causa mayor tormento, que todo lo que tu alma vil me prodiga.

—Creía yo — replicó sonriendo despreciativamente el moro,—que la permanencia continua en este recinto habría amansado en algún tanto vuestro carácter arrogante. Psch...—articuló indiferentemente,—tan peor para vos. Pero la necesidad y el tiempo operarán esta transformación.

—¿Quién sabe—le dijo doña Clemencia, levantando sus ojos hacia el cielo en actitud religiosa—si Dios me deparará un salvador, cuya existencia haya previsto vuestra ciencia?

—Si pensáis que os venga de don Sancho, está demasiado ocupado en su persona, y en la de Zorayda para pensar en la vuestra. Por otra parte, el mismo rey y la Corte, y el reino todo, os suponen lo bastante liviana para creeros en brazos de algún villano, por cuya posesión habéis menospreciado y tenido en poco vuestra cuna y vuestro honor, como mujer.

—¿Y mi padre?

—Raimundo el VI ha hecho liga con los Albigenses, y esto no le dejará tiempo para buscar una hija, cuyos timbres ha deshonrado con su desaparición...

—En cuanto a los Albigenses, no os comprendo. Mas por lo que a mi honor hace, ¿qué alma tan vil se complace en detractarme a los ojos de los que en el mundo amo?

—La mía, la mía—respondió con sangrienta fruición el moro.

—Nunca creí—respondió doña Clemencia, loca de furor—que pudiese existir entre los de tu infame secta, un monstruo de crueldad, que economizase la vida de un ser inocente, para tener el placer sangriento de consumirla lentamente: Nunca, seres tan cobardes, que atormentasen al alma después de aprisionado el cuerpo. Omar—exclamó la honesta dama con los ojos chispeando de pudoroso coraje, y en ademán de abalanzarse al moro para despedazar su rostro:—débil mujer, como soy, siento que la vergüenza multiplica mis fuerzas, y creo voy a saciarme en tu infame lengua.

Omar sonrió desdeñosamente de los estériles propósitos de doña Clemencia.

Esta sonrisa arrancó un mar de lágrimas a la impotente prisionera, la cual cubrió su rostro con ambas manos y depuso su noble furor.

Omar, al verla en este estado, le preguntó con perversa intención:

—¿Os acordáis de un infanzón de Navarra, que se llama don Fernando Ruiz de Azagra, y tiene a Estella en señorío?

—Sí—contestó la dama, como de una cosa de la que se conserva vaga y remota idea.

—¿Sabréis también, que os ama?

—Creo que sí—contestó distraídamente doña Clemencia.

—Y sin embargo, el recuerdo tan sólo de este amor os ha sido siempre tan importuno, como en este momento lo expresa vuestro rostro.

—Es verdad.

—¿No habéis creído nunca en él?

—Siempre; porque Ruiz de Azagra es hidalgo y cristiano.

—Pues, ¿por qué no le habéis correspondido?

—Porque creía que su pasión no sería por mí, como lo es la mía por el rey. Pensaba que sería fugaz, como un meteoro, y no de la intensidad de la que yo siento. Mis desdenes apenas habrán hecho otra impresión en don Fernando, que la del orgullo mortificado; y en vez de seguir amándome, quizás me odie ahora.

—Y si ese hombre, contra lo que vos opiniáis, hubiese seguido paso a paso todos los vuestros. espiado mi casa a pesar de la tempestuosa noche de la que data vuestra reclusión, despreciando el amor de las damas de la corte por vuestros desdenes, torturando su corazón sin esperar una sonrisa de vuestros labios, ni una mirada de vuestros ojos, derramado lágrimas por vuestra pérdida y sentido instintivamente por vos lo que vos sentís por don Sancho de Navarra, si ese hombre, avasallando casi con su amor a mi ciencia, hubiese adivinado en mí la causa de vuestra desaparición, y jurado por lo tanto mi ruina en el caso de salir cierto de sus sospechas, si ese hombre hubiese negado la obediencia debida al rey excusándose en practicar sus mandatos por la imposibilidad en que le ponía de indagar vuestro paradero, único y tenaz pensamiento suyo. Y vos no ignoráis que la desobediencia al rey por parte del vasallo, por más que éste sea el primero del reino, significa la pérdida de sus honores, de sus bienes, y hasta de su vida. Si este hombre, pues, mejor reflexionando, hubiese aceptado la misión que el rey le ha confiado con el fin únicamente de dedicarse a buscaros, una vez desempeñada, constituyéndose en protector vuestro. Si ese hombre, finalmente, hubiese derramado su sangre en sangrienta lid, invocando vuestro nombre,

siendo vuestro amor la causa de su efusión... ¿Le amaríais, señora?

Doña Clemencia, enajenada con la pintura de tanto heroísmo, y con la idea de verse libertada de eterna prisión, respondió:

—¡Oh! Sin duda. ¿Y ese hombre dónde está? Decid, buen Omar. Si así lo hacéis, yo os perdonaré, y olvidaré vuestra conducta para conmigo, en gracia de vuestra noticia, y del rayo de esperanza con que reanimáis mi ser. Decid, pues, ¿cuándo le veré?—preguntaba doña Clemencia al moro, apretando con efusión entre las suyas, las temblorosas y descarnadas manos de Omar.

—Nunca—contestó éste con satánica alegría.

—¡Nunca!...—repitió con sorpresa la dama:—no os comprendo.

—Pues es muy sencillo. Figuraos que yo he hecho asesinarle...

—Maldito seas—le deprecó doña Clemencia, arrojando con airada dignidad de entre las suyas, la mano de Omar.

—¿Luego nada me resta que esperar?—añadió desgarradoramente la dama.

—Sí—respondió el moro;—la tumba.

La infeliz prisionera volvió la espalda, y se mantuvo en pertinaz silencio.

La lámpara, que el viejo moro había colocado al entrar sobre la mesa, chisporroteaba al extinguirse la luz, y producía fugaces llamaradas. Omar la tomó con sus trémulas manos, y se dispuso a marchar. Al poco tiempo, el ruido de la ingeniosa cerradura retumbó por la subterránea galería, como el trueno en los valles y hondonadas.

Causemos el motivo que impulsó a Omar para contar a la prisionera tan falso aserto.

En el estudio que hacía para atormentar a la

pobre prisionera, comprendió cuán lejos estaba de amar a Ruiz de Azagra. En este concepto, la funesta nueva de la muerte de éste quizás no le produjese otro sentimiento que el que al alma sensible producen las desgracias de la humanidad en general. Y esto, para el alma infame del moro, era muy poco. Necesitaba, pues, excitar fuertemente la sensibilidad de la mujer con la pintura recargada del amor que le profesaba Ruiz de Azagra, amor que rayaba hasta el heroísmo. Una vez entusiasmada doña Clemencia, y cuando el primer latido de amor sonó en su corazón hacia el enamorado hidalgo; cuando en su pecho renació la esperanza de la libertad, la lúgubre y falsa historia de la muerte de don Fernando, y el olvido del rey don Sancho por ella, aumentarían el dolor de la dama, a la que martirizaba sin darla tregua, ni descanso.

Y la infame trama, ya hemos visto que surtió el efecto propuesto por su autor.

Es imposible llevarse a más alto grado el lujo y el refinamiento de la crueldad. Afortunadamente, en la vida real el número de semejantes seres es muy limitado; y si desgraciadamente existen algunos fuera de la desarreglada imaginación de ciertos novelistas; parece que el creador del mundo multiplica el número de los contrarios, o sea el de los buenos, como una elocuente protesta de las acciones de los primeros. Concretando esto a la novela, creemos firmemente, que el género humano no produce tipos tan deformes como los que aparecen en algunas obras.

Cuando la lobreguez de la prisión, y el ronco ruido de la puerta dieron a conocer a la infeliz prisionera la ausencia de Omar, se incorporó sobre su inmundo lecho, y besando una imagen di-

bujada en grueso medallón que sacó de su pecho, exclamó inundándola de lágrimas:

—Dios mío: tended vuestra benévola mirada hacia el débil ser, que implora vuestra piedad. Yo amo a don Sancho: vos lo sabéis, Dios mío. Ya, pues, que para mí ha muerto, derramad vuestras bondades sobre su persona y sobre el reino, cuyo gobierno le habéis confiado. Reveladme que será dichoso, y aun me serán dados algunos momentos de ventura al través de estos sombríos muros, que encierran mi libertad. Y si el alma generosa de Ruiz de Azagra, del ser que tanto me amó en la tierra, ha ascendido hasta vos, recibid, Dios mío, mis lágrimas en expiación del mal que causé a su corazón.

Después de esta plegaria, la infeliz dama durmió el sueño de los desgraciados.

No sin verdad ha escrito un poeta elegiaco contemporáneo, estos o semejantes versos:

*Es la oración potente, que serena
Las olas del pesar, como el Eterno
Las bravas ondas de la mar enfrena.*

CAPITULO XVII

Viaje de incógnito de D. Sancho, y principales ricos-hombres al Africa, y diálogos del mismo con Ruíz de Azagra, y con este, del más anciano Sr. de Portella.

Supongamos transcurrido el tiempo suficiente para que los Embajadores de don Sancho hubiesen regresado a Navarra, una vez desempeñada su regia misión cerca de Almanzor y de su hija Zorayda. Muchos fueron los dones y regalos, que de ellos recibieron para sí y para don Sancho, al cual hicieron las más vivas instancias de parte de aquél para que pasase al Africa en persona, y recibiese allí a la que el destino le daba por esposa.

Nada se había traslucido en Navarra del terrible drama, cuyo teatro había sido la Bárdena, porque los que allí acontecen entonces, como ahora, por grandes que sean, pasan ignorados las más veces.

Lo que acerca de la falta de algunos de los Embajadores y soldados navarros, se susurró, fué que habían perecido en sangrienta lucha con los moros. El rey don Sancho ardió en ira al saberlo,

y quizás hubiese roto sus pactos nupciales, a no haberle afirmado Ruiz de Azagra, y corroborado los demás, que la refriega había tenido lugar en reino independiente de los de Almanzor. Calmada su momentánea efervescencia, la losa del olvido acalló los rumores; y todo concluyó, menos para las familias y deudos de los que habían sucumbido.

Por lo demás, es cosa sabida que la felicidad de la mitad del género humano descansa sobre las ruinas de la otra media; y que las desgracias de los unos constituyen la parte cómica de los otros en los dramas, cuyo vasto teatro es el mundo.

La riqueza de los dones, y el brillo del oro, con que Ruiz de Azagra legalizó su aserto, no dejaron duda alguna en la mente del rey de la veracidad de las afirmaciones del jefe de la embajada.

Repetiremos una vez más, que la fea mancha de la avaricia oscurece algún tanto las páginas de la brillante historia del rey don Sancho el VIII de Navarra; y la avaricia todo lo cree, si de ello resulto oro que encerrar en sus arcas.

Afortunadamente para Navarra, y no menos para el novelista, este aserto ha sido refutado con indignación por el gran cronista de este reino.

Todo buen navarro está obligado a creer velis-nolis esta refutación.

Era al anochecer de un día, en el que gruesas gotas de agua, desprendidas de nubes de color terroso, caían sobre la abrasada tierra, despidiendo vapores sofocantes, que embargaban la respiración. La atmósfera, preñada de electricidad, producía continuos relámpagos, que parecían abrir como una brecha en la concavidad del cielo. El viento, levantando inmensos torbellinos de polvo, sacudía furiosamente los árboles, cuyas copas se

inclinaban y enderezaban alternativamente en continuo balanceo. Las olas del Ebro se estrellaban contra los peñascos, que guarnecen sus riberas; y una luna de desmesuradas dimensiones apenas alumbraba al mundo.

Esto sucedía en la ciudad de Tudela, y en el mes de julio del año mil ciento noventa y ocho.

El rey don Sancho, escoltado por pocos jinetes, montados en briosos corceles, salvaba silenciosamente la que hoy se conoce con el nombre de puerta de Zaragoza. Nadie, a no saberlo de antemano, hubiese adivinado por lo modesto de sus trajes, al rey y principales ricos-hombres de Navarra.

El siguiente diálogo entre don Sancho y don Fernando Ruiz de Azagra, enteramente curado de las leves heridas que recibió en la refriega con los bandidos de las Bárdenas, nos explicará la causa de aquel verdadero modo de viajar incógnito.

—No temáis, señor; sabéis que mis poderosos deudos los Ruiz de Azagra, que tienen señorío real en Albarracín, protegerán nuestra marcha.

—Así lo espero—contestó el rey,—a juzgar por la adhesión sincera que en todas épocas han profesado a los reyes de Navarra, de cuyo país proceden. Esta opinión la corrobora la protección que dispensaron a mi abuelo, don García Ramírez, de feliz memoria, cuando atravesó desde Monzón a Navarra.

El rey don Sancho era muy dado a citas históricas.

—Y tan cierto es eso—dijo el joven rico-hombre,—cuanto que nos servirán para alojarnos, precisamente muchas de las fortalezas que el dicho rey ganó a los moros. Mas en todo caso, las espadas nos abrirán camino.

—Gracias, don Fernando; pero si conseguimos

burlar la vigilancia de los que están encargados de sorprendernos en el reino de Aragón, y llegamos sin tropiezo alguno a Albarracín, entonces podemos contarnos seguros.

Así dijo, con harta verdad, el rey.

—Y sin embargo—le observó el joven don Fernando,—si fuese cierto el rumor, que en el reino corre, excusadas fueran tantas precauciones por nuestra parte.

—Pues, ¿qué versiones se hacen?—preguntó con no poca curiosidad el rey.

—Se asegura, que vuestro primo don Alonso de Castilla, os ha aconsejado que hicieseis esta marcha, para invadir en ausencia vuestra a Navarra.

Este aserto excitó el buen humor y la hilaridad del rey.

—Y sin embargo—contestó,—nadie debe ignorar que el castellano es precisamente el que procura entorpecer por todos los medios la realización de mi enlace. Ya veis si carece de fundamento la creencia vulgar. Si, como decís se asegura, el rey de Castilla fuese el que me hubiera aconsejado partir para el Africa, asintiendo con las apremiantes instancias de Almanzor y de Zorayda, no nos presentaríamos en su corte más como aventureros, que como rey y ricos-hombres de Navarra. El escaso número de personas que caminamos, podrá ser muy bueno para no infundir sospechas; pero muy limitado, para brillar en una Corte tan poderosa y deslumbradora como la de Almanzor.

Estas razones convencieron, si ya no lo estaba, de todo punto a Ruiz de Azagra; mas no, al historiador y descendiente de don Sancho, el desgraciado Príncipe de Viana, quien medio siglo después daba asenso y consignaba en sus Memorias, la vulgar creencia de que don Alonso de Castilla había aconsejado al de Navarra partir al

Africa, para invadir en su ausencia el reino. El cronista Moret rechaza el aserto del elegante escritor, cuanto infeliz Príncipe de Viana.

Después del diálogo precedente, todo quedó en silencio, y convencido Ruiz de Azagra (si es que lo necesitaba), de cuanto don Sancho le había asegurado; lo cual comprobaba aquel modo, poco regio en verdad, de viajar; y cuyo único objeto era no caer en las manos de las gentes de armas, apostadas en los caminos, con el fin de apoderarse de don Sancho los de Aragón y Castilla, interesados en estorbar que se llevase a efecto el matrimonio del de Navarra con Zorayda.

Ambos interlocutores se entregaron de lleno a sus diversos pensamientos, a que se prestan maravillosamente los viajes, y las noches misteriosas. Los de don Sancho eran alegres, a causa del fausto y anhelado acontecimiento, que dentro de poco iba a coronar sus deseos. Ruiz de Azagra, abismado en tristes reflexiones, pensaba que a su vuelta a Navarra indagaría el secreto paradero de doña Clemencia, de la cual le alejaba por segunda vez el curso de los acontecimientos, viéndose necesitado a obedecer segunda vez al rey. El lo había elegido para acompañarle, ya porque era la persona más poderosa de Navarra, ya por su parentesco con los Ruiz de Azagra de Albarracín, por cuyo reino tenía que transitar don Sancho.

Decididamente la fortuna se aliaba con Omar para prevenir sus pérfidos deseos.

Sumergido el rico-hombre en estos pensamientos, no oyó la voz de otro que, adelantándose de los demás, puso su caballo al par del suyo, sin dar muestras de apercebirse de ello.

Viendo el otro tal distracción, tocó familiarmente el hombro del amante de doña Clemencia.

A esta indicación volvió el joven la cabeza, diciéndole al reconocerle:

—¿Sois vos, don Gómez?

—Pardiez, que camináis tan meditabundo, que nos priváis, por no seros importunos, de que os dirijamos la palabra.

El que así se expresaba, era don Gómez Garcés, señor de Portella, el más anciano de los ricos-hombres de Navarra, y cuyos consejos a doña Marquesa de Buñuel en una de las antecámaras del palacio real, ha eschado el lector.

—¡Oh! no—respondió Ruiz de Azagra.—Siempre me hallo dispuesto a conversar con mis buenos amigos, los hidalgos; y más, si a su cuna añaden la ancianidad y el ameno trato del señor de Portella. Pero, ¿qué queréis? Hay pensamientos, que mal de nuestro grado, invaden con tal tenacidad la mente, que embebidos en ellos, apenas se acuerda uno de las personas que le rodean, por más que sean tan queridas y respetables, como la vuestra.

—Os agradezco tanta deferencia—respondió don Gómez;—pero habéis de permitirme os diga, que esos síntomas de taciturnidad aquejan generalmente a los enamorados.

Decididamente, don Gómez quería entrar en materia de conversación.

—No seré yo quien os lo niegue—le contestó el joven.

—Y me confirma más en esta opinión, el que precisamente he tenido ocasión de observar lo mismo en una joven, que os ama; la cual, antes de esto era alegre y bulliciosa como una niña, mientras que ahora...

—¿Es noble?—preguntó Ruiz de Azagra con frialdad.

—Como nosotros—afirmó don Gómez, no hablando mejor comparación.

—¿Bella?

—Como un ángel, o como la aurora, que ahora mismo comienza a colorar el horizonte.

—¿Honestas?

—Como una virgen.

—Don Gómez, mucho debéis de apreciar a esa joven, cuando tan entusiasmado os mostráis por ella. Quizás su origen tenga alguna relación con vos y...

La maligna reticencia de Ruiz de Azagra, que don Gómez tradujo como una alusión non sancta a su notoria honestidad, coloreó un poco sus descarnadas mejillas

—Pero, en fin, ¿os impide alguna causa el revelar su nombre?—añadió el joven, sin dar lugar a la contestación del anciano.

—No sólo no la hay, sino que al pronunciarlo se desvanecerán de todo punto vuestras picarescas sospechas. Se llama, pues, doña Marquesa de Buñuel.

Por más que los pensamientos de Ruiz de Azagra fuesen todos de doña Clemencia, no pudo menos de sonreír satisfactoriamente al considerarse por tan bella dama.

Tan cierto es, que el amor de una mujer alhaga y envanece interiormente el ser amado, por más que éste ninguno sienta por ella.

—Pero, ¿estáis seguro?—preguntó con cierta sorpresa agradable el joven.

—Tan seguro, que la misma boca de doña Marquesa me lo ha confesado?

—¿A vos?

—A mí.

—¿Cuándo?

—¿Os acordáis de un día, pocos después que

doña Clemencia había desaparecido, en el que fuisteis llamado por el rey?

—Sí.

—Pues bien; en aquel mismo me confió doña Marquesa el secreto de su amor. Como que ella y todo el mundo saben que amáis a la hija del conde de Tolosa...

—Es verdad—interrumpió suspirando el joven.

—Esta es, pues, la causa de su pena, porque tiene celos. Su candidez no la permite ocultar su pasión, y su rostro, que simbolizaban en otro tiempo la alegría y la dulce tranquilidad de un corazón, virgen de amor, se halla marchito a causa del continuo llanto, que por vuestra persona vierte. Por otra parte, la pobre niña, inexperta cortesana, no sabe ni despreciar, ni devolver en contra las diatribas de las damas; que, gastadas de amor, se burlan de los latidos de un corazón joven, inundado por sus rayos.

—Pues qué—preguntó Ruiz de Azagra, visiblemente afectado,—esas damas que de tal modo escarnecen el más puro y santo de los afectos, ¿no son mujeres?

—No—respondió con marcada intención el señor de Portella, conocedor como el que más de los corazones cortesanos.—También yo me sorprendía, como vos, en mi mocedad, época en que el manejo de las armas armonizaba más con mi belicoso ardor juvenil, que la molicie de la Corte. Mas cuando los años, debilitando mi brazo, me obligaron a trocar la espada del guerrero por la librea del cortesano; cuando la atenta observación apagó el fuego irreflexivo del entusiasmo, aprendí en otras mil cosas lo que acabo de negar. Una pregunta parecida a la vuestra me hizo también doña Marquesa. ¿Sabéis lo que le he contestado? Lo que os contesto a vos: sed lo suficiente-

mente feliz para conocer tantos reinados como yo.
—¡Vive Dios! — exclamó enfurecido Ruiz de Azagra,—que no consentire que nadie se burle, por mi causa, de doña Marquesa.

Todo esto se decía en voz baja, para no llamar la atención del rey y de los demás hidalgos. Pero el joven Ruiz de Azagra no fué dueño de sí mismo al proferir su última frase, que llegó vagamente a los oídos de don Sancho.

—¿Qué cuestionáis?—les preguntó.

Don Fernando no supo qué contestar.

Pero tomando la palabra el sagaz don Gómez, contestó:

—Cuestionábamos, señor, sobre asuntos astronómicos; controversia sugerida por el aspecto de la aurora, que, sacudiendo su azulada cabellera, monta en su carro triunfal; cuyos cabellos atropellan los de Erebo y los despeñan por los cóncavos precipicios del horizonte.

Hasta qué punto esta perífrasis y otras de esta clase, comunes en aquella época, augurasen el estilo gongorino, el lector podrá apreciarlo.

—Ruiz de Azagra, pues—prosiguió el señor de Portella,—no comprende cómo después de noche tan tempestuosa, aparece tan brillante aurora. Esta controversia ha acalorado un poco a don Fernando, cuya lengua responde, como es natural, a los arrebatados impulsos de su corazón juvenil.

El rey, echando como vulgarmente se dice, su cuarto de espadas, dirimió la controversia, diciendo con un tono que no admitía réplica:

—Post núbila Phœbus.

—Mas ¿no sabéis—prosiguió cariñosamente,—lo peligrosas que son tales cuestiones, cuando estamos espiados por las gentes de nuestro primo don Alonso de Castilla, y por las del rey de Aragón? No ignoraréis, que si por desgracia cayése-

mos en su poder, probablemente nos explicarian a todos esos y otros fenómenos en alguna de las fortalezas de sus reinos.

Esta amistosa reconvención impuso silencio a los dos hidalgos, volviendo a ocupar cada uno de ellos el lugar que en la comitiva le estaba designado.

Un rey podrá impedir que se habe, mas nunca que no se piense. Sabido es en apoyo de esta verdad estupenda, el caso de Sancho Panza, Gobernador de la ínsula Barataria; quien, jurando a un mal intencionado que le haría *dormir* en la cárcel, éste afirmó a su vez, que no residía en él poder para ello. Irritado el Gobernador, y para comprobar la verdad de su amenaza, mandó instalarlo en una prisión. Sin embargo, el preso no *durmió* en ella, puesto que toda la noche la pasó despierto.

Así, don Fernando se decía a sus solas:

—Siento que el dolor traspasa mi corazón al pensar cuánto sufrirá por mi causa doña Marquesa. No la amo, es verdad; pero el que yo profeso a la hija del conde de Tolosa me hace comprender la amargura del suyo.

Virgilio había puesto esto mismo en boca de la Diosa Dido, en aquellos versos, que más que al poeta, revelan al profundo filósofo: *non ignara mali, miseris succurrere disco.*

—Y sin embargo—prosiguió el hidalgo,—con una palabra mía, doña Marquesa sería feliz. También yo lo fuera con otra de doña Clemencia. Pero nada menos que eso. La superchería de fingir lo que no se siente, es indigna de un caballero, de un infanzón del reino de Navarra.

Ruiz de Azagra se quedó pensativo, y después de breve pausa continuó:

—¡Cuán bella es!... ¡cuánto debe alhagar al

hombre que ama, el primer latido amoroso de una mujer! Saber que es amado con toda la poesía de la pasión, nadie antes que para él sentida! Tener la certeza de verse retratado en la flor, que besan con avidez los labios de la que le ama; en el cielo, cuando para él invoca protección y ventura; en las aguas de las fuentes, que murmuran; en el campo que recorre; en el templo, donde ruega, y en su corazón, que sólo para él late... Esta idea debe embriagar el alma, y el néctar que de ella emana, debe, sin duda, adormecerla con su benéfica influencia. Todo esto lo comprendo, y sin embargo... ¡Ah, doña Clemencia, doña Clemencia!... conozco ahora que os amo, como nunca.

Los encontrados pensamientos de don Fernando, ¿serían acaso efecto de la volubilidad del corazón humano, y una especie de predisposición en él para amar a doña Marquesa, o por el contrario, una propensión natural del desgraciado a compadecer al que también sufre?

—Más adelante lo veredes—dijo Agrages.

CAPITULO XVIII

El mayor pesar de un padre.—Abdicación de Almanzor.—Ingratitud pregnante de su hermano.

Adelantémonos a la regia cabalgata ; y veamos lo que en Africa ocurría, volviendo de este modo a la narración de los acontecimientos históricos, y a la persona de Zorayda ; de la que, nosotros, amadores al estilo del siglo XIX, nos hemos en algún tanto olvidado.

La consternación se veía retratada en los rostros de todos los musulmanes, causada por la súbita desaparición de Almanzor del reino, después de abdicar su corona en su hijo Mahomad, niño todavía. Almanzor tenía un hermano, llamado Brahem, al que encomendó el gobierno de los reinos durante la menor edad de su hijo ; y despojándose de sus regios atavíos, para trocarlos por las que usaban las personas de oficios bajos, abandonó Almanzor su país, dejando a su hija Zorayda en el mayor desconsuelo.

Hacíanse versiones diferentes acerca de las causas que pudiesen haber motivado tan extraña resolución. Las más aproximadas a la verdad la atri-

buían a que en uno de los asaltos, que Almanzor había dado a la ciudad de Marruecos, que le había negado la obediencia, vióse humillada su arrogancia por la tenaz resistencia de los sitiados. Enfurecido con tan rebelde obstinación, redobló los asaltos; pero tuvo que desistir de su empresa, y entrar en convenios con los defensores de la ciudad. Estos, que tampoco podían resistir mucho tiempo el bloqueo, cosa que ignoraba Almanzor, le ofrecieron entregar la plaza, siempre que jurase perdonarles su rebeldía. Así lo hizo Almanzor en manos de un Marabout, o sea un clérigo de los negros de Africa, por cuyo medio se había negociado la entrega de la ciudad.

Para cumplimentar el voto, que había hecho, Almanzor entró a caballo por las murallas de la ciudad; y en seguida mandó comparecer a su presencia a los principales jefe e instigadores a la rebelión. Encendida su sangre al tener frente a frente a aquellos vasallos rebeldes, olvidó su juramento de perdón; y quitándose de los pies su calzado morisco, lo tiró a los rostros de los entregados, y mandó degollarlos en su presencia. La infracción de lo jurado la excusó diciendo: *que al traidor debe guardarse la misma fe, que él guardó al tiempo de rebelarse.*

Añadíase que, depuesto su furor, se apoderó de su espíritu tal melancolía, que desde entonces no pudo soportar el peso de una corona, la cual había teñido en sangre. Remordimientos insufribles acibaraban su vida, y se sustrajo completamente de los negocios del reino. Y aquella alma, a quien nada había avasallado, aquel espíritu belicoso decayó de su energía al peso fiscalizador de la conciencia. Los cariñosos alhagos de su hija punzaban más y más el lacerado corazón del creyente, y al devolvérselos, pronunciaba palabras,

que ella no comprendía, pero que denotaban la incoherencia de sus ideas. Su corazón era impasible para todo cuanto le rodeaba; y sus ojos se hallaban constantemente preñados de lágrimas. Su inocente hija no acertaba a traducir el estudiado retraimiento de su padre. Y era, que al pensar en perderla para siempre, Almanzor no tenía valor para comunicarla, ni menos para llevar a cabo su decidida resolución.

La conciencia, ese agente secreto del musulmán, y del cristiano, del protestante y del judío, avasallando el amor de padre, le obligó imperiosamente a poner en práctica sus designios.

Los días que precedieron a su eterna ausencia, fueron para Almanzor el más horrible tormento. El infeliz, retorciéndose en su oriental y riquísimo lecho, luchaba con las confusas fantasmas de los que había sacrificado, y con la imagen triste de la hija, que tanto amaba.

En efecto: los preparativos para una resolución extrema son más terrible que el hecho mismo.

Por fin, armándose Almanzor de un valor, que nunca tuvo, penetró en la cámara de su hija.

Sea que nunca amamos los objetos con más afán que cuando se tiene la certeza de su próxima pérdida, o fuese efectivamente una realidad; ello es, que nunca pareció una hija más bella a los ojos de su padre, que lo fué Zorayda a los de Almanzor.

Apenas se presentó en la puerta, corrió ella a abrazarlo; y viendo en su rostro las huellas del dolor, le preguntó:

—¿Qué tenéis, padre mío? ¡Oh! os hallo sumamente demudado.

Almanzor no correspondió, como acostumbraba, a las demostraciones cariñosas de su hija.

—Pues qué, ¿Zorayda ya no vale nada a vuestros ojos?

Almanzor, sin contestar nada, mandó con una seña a las odaliscas y eunucos despejar la cámara.

Apenas se vió solo, abandonando en sus brazos su cuerpo, que temblaba como el de un azogado, exclamó:

—Sí, hija mía; sufro horrorosamente a la idea de tener que comunicarte una gran desgracia.

—¡Oh!—exclamó ella, palideciendo de terror, —¿acaso don Sancho?...

El amor de padre se resintió amargamente de la pregunta de la hija.

—Pues qué—dijo Almanzor con melancólica ironía,—¿todas las desgracias han de suponerse no más en un amante? ¿No hay para ti otros seres por cuya pérdida debes temblar? ¿Nada significa para ti un buen padre? ¿Tan poco le amas, que no te se ofrezca a la mente la idea de que pueda alcanzarle una desgracia? ¡Ah! ¡Ni una ilusión ya que mitigue el dolor de mi trabajada existencia; ni una palabra, que en el cruel destino forjado por mí mismo, pueda decirme «vivo aún en el corazón de una hija»! Esto más, Alá...

Y el afligido padre quedóse sumergido en un mar de tristes reflexiones. Zorayda, sin comprender lo que a su vista pasaba, condujo a un diván, arrastrando, casi arrastrando a aquel ser extenuado por los años, los remordimientos y el fuego del amor de padre. Instalado en él, los redondos brazos de su hija sostenían la blanca cabeza de Almanzor.

Este, como contestando a la imprudente pregunta de Zorayda, prosiguió diciendo dolorosamente:

—¿A qué temer? Muy pronto serás de Navarra. Don Sancho debe estar en camino para este reino, donde te recibirá por esposa. No extraño

tu contento. Tu eterno pensamiento, tu único deseo, ese amor que ha determinado para un padre el odio de su hija, pronto se verá satisfecho; y a su lado olvidarás al infeliz anciano, que a nadie, sino a ti, amó en el mundo; al infeliz padre, que ha labrado tu felicidad a costa de la suya; al generoso, cuanto desgraciado ser, cuya sangre helada aun remueve el ósculo de su hija. Pues bien; en pago de ello, si mi presencia es para ti enojosa, no tardarás en verte libre de ella. He resuelto abdicar mi corona, cuyo peso es insoportable desde el momento en que, desposada con don Sancho, te considero muerta para mí. Mas esto, ¿qué vale para ti? Te consideras, con razón, joven, bella, señora de hermosos reinos, y adorada por el único ser, cuyo amor has ambicionado. Al sonido de las fiestas y las músicas que solemnizan tu himeneo, sucederá el arrullo de las palabras amorosas de don Sancho. En tanto, verteré yo lágrimas amargas en ignorado país, y rogaré al profeta por vuestra común ventura.

—¿Qué es lo que decís? ¿Vais, en verdad, a abandonar el mundo, y con él a vuestra Zorayda? No, padre mío; yo no podría sobrevivir a vuestra eterna ausencia. Los desvíos, que injustamente veis en mí, os juro por el amor que me profesáis, que sólo existen en vuestra recelosa imaginación de padre. Verdad es que amo a don Sancho, que su existencia la adiviné desde mi cuna; pero antes que amante, nací vuestra hija. Decid una palabra, una palabra no más, y yo me consagraré a hacer agradable vuestra ancianidad. Y si un día notáis que mi rostro se marchita, que la luz de mi vida se apaga al influjo de afecto reprimido, nada temáis; podré morir, pero será en los brazos de mi padre. Pues qué, ¿este sacrificio nada os dice? ¿Las lágrimas que por mi ros-

tro corren, no son bastantes a haceros deponer vuestra resolución? El dolor con que inundaréis mi vida entera, sin saber nada de vos, sin conmovirme con vuestros abrazos, sin responder al mío con vuestro llanto, ¿no lo comprendéis?

Almanzor comenzó a vacilar.

—¡Viva Mahomad!—gritaron miles de voces en las cámaras próximas a la que se hallaban.

—¿Lo oyes, Zorayda mía?—exclamó, rompiendo a llorar el infortunado padre.—Ya no hay remedio: El acta de mi abdicación acaba de publicarse, y en su virtud, tu hermano es proclamado señor y Miramamolín del reino. Tu tío Brahem, gobernará el estado durante su menor edad, y los dos quedan encargados de efectuar tu enlace y de darte en dote los reinos de España, que te he prometido. Nada me resta, y adiós, hija de mi vida; díle a don Sancho, que ningún padre como yo amó a la suya; y que no puedo resistir tu presencia, hallándome próximo a dejarte para siempre. Díle que el trono me hastía desde que ya no puedo compartir su esplendor contigo; y díle, por fin, que él ha sido la sombra que el destino ha interpuesto entre mi ventura. Y con todo esto, feliz de mí, si él te ama. Hija mía, estos momentos son solemnes. Te encargo, pues, que veles por la suerte de nuestros hermanos y vasallos, los buenos creyentes de los reinos de España. Yo parto en peregrinación a la Meca, con el fin de obtener el perdón, tanto de mi debilidad paternal, como del fin trágico que dí en Marruecos a los desgraciados, que se entregaron, fiados en mi juramento de perdonarles. Adiós, Zorayda mía, adiós—concluyó Almanzor, estrechándola contra su corazón, y estampando los últimos besos en su frente.

Y refrenando sus lágrimas y su tormento, des-

prendió a la fuerza de sus brazos a Zorayda, y tocó con sus vacilantes pies el dintel de la puerta de la cámara.

Pero ella, abrazada fuertemente a las trémulas piernas del anciano, exclamó con el acento de la desesperación:

—No partiréis, sin pisotear mi cadáver.

Almanzor se moría de pesar y se detuvo; o como si dijéramos con Ovidio: *ter tetegit limen, ter fuit revocatus*.

—¡Viva Mahomad!—repitieron millares de voces de otras tantas personas, congregadas no lejos del palacio real.

Estas aclamaciones decidieron al infeliz padre, y se preparó a salir resueltamente de la cámara.

—¿Dónde os volveré a ver?—le preguntó su afligida hija.

—Allá—respondió Almanzor solemnemente, indicando con sus manos al cielo.

Esto dicho, abrióse la puerta, por la que Almanzor se apresuró a salir para siempre, mientras que el cuerpo de su pobre hija rodaba exánime por el alfombrado pavimento.

El ex-rey abandonó el Africa, solo, y sin nadie que le acompañase, surcando desiertos, y demandando por las ciudades y pueblos, por donde pasaba de incógnito, esa hospitalidad proverbial entonces, como en el día, de aquellos países. Aquel hombre, cuyo valor le había dado el sobrenombre de Almanzor; el héroe de Alarcos, el terror de los reyes cristianos; aquel, que con sola su presencia llenaba sus extremos dominios de Africa, y el mediodía de España, y ante cuyas canas, valiéndose de la frase de un gran poeta, *muda se prostró la tierra*; vióse reducido por sus remordimientos a demandar hospitalidad por los reinos, que habían sido suyos, y a mendigar una miserable

hamaca, que le regalaba el más pobre quizás de los que habían sido sus vasallos. Su hermano Brahem, apenas se vió señor y rey de Africa, y después que los reyes tributarios y los pueblos le juraron obediencia como regente y gobernador durante la menor edad de Mahomad, ni aun se dignó besar las manos de su anciano hermano. Estas ingratitudes redoblaron el dolor de Almanzor, y entonces tembló por su pobre hija.

Hízose a la vela en dirección a Alejandría, y allí vivió y murió ignorado de todo el mundo, ejerciendo el oficio de tahonero.

¡ Terrible lección para los reyes, que abdican sus coronas !

Estas son las versiones, que hacen los autores árabes acerca de la desaparición de Almanzor, aficionados a explicar por la maravillosidad los acontecimientos más naturales de su país.

Aun no bien había desaparecido Almanzor, cuando los reyes tributarios de Túnez y Tremezen negaron la obediencia, impuesta siempre por las armas. La presencia de Almanzor únicamente eran los que lo contenía. Así es, que la sorda indignación por él refrenada, estalló desde el momento que desapareció de sus reinos, y hasta del trato humano.

Bien pronto llegó al Africa las nuevas del próximo arribo de don Sancho, por lo que Brahem convocó el consejo sometiendo a su deliberación lo respectivo al enlace del rey de Navarra y de Zorayda.

En él no pesaron ya las razones, que el cariño paternal les dictaría anteriormente, ni la presencia de Almanzor podía ya imponerlas. Por lo cual, accediendo a las instancias de Brahem, se resolvió negar la prometida esposa al rey don Sancho.

Primera infracción de lo que Almanzor había recomendado al partir, hasta con lágrimas.

Para este acuerdo conspiraban el odio, que Brahem profesaba a los cristianos, la autoridad que le daría la conversión de una infanta mora en descrédito de la musulmana, y finalmente la pérdida de los reinos de España, adquiridos a costa de torrentes de sangre de sus correligionarios. Mas la causa recóndita, síntesis de las demás, era el temor de cesar en el percibo de las rentas y exacciones de dichos reinos; las cuales no ingresarían en las arcas de los mahometanos desde el momento que pasasen a ser del dominio de don Sancho. Razones todas, que no debían posponerse al capricho de mujer enamorada.

Desgraciadamente para don Sancho y para Zorayda, estas providencias no eran dictadas por un padre, que en su excesivo amor por su hija se esforzaba en hallar razones políticas, en lo que sólo había debilidad y cariño.

«Este momento—recordará el lector que dijo Omar a don Sancho, al ver por vez primera a Zorayda—quizás traiga algún día consecuencias funestas para algún *rey*, para Zorayda y hasta para vos mismo.» Si así sucede, Alá perdone la rectitud de mis hechos.

Con respecto al rey, esto es, a Almanzor, la profecía era ya un hecho. En cuanto a Zorayda y a don Sancho, la resolución de Brahem y sus ministro es la exposición del drama augurado por Omar, en que ambos comenzaban a ser actores.

CAPITULO XIX

Arribo de D. Sancho y sus caballeros al Africa. — Su obsequiosa recepción por Mahomad. — Tramas y maniobras de Brahem. — Previsores temores de un Infanzón por ello.

Don Sancho y sus caballeros, burlando la vigilancia de los reyes de Aragón y Castilla llegaron al Africa, y se aproximaban ya a la ciudad de Marruecos, corte del imperio de este nombre. Al divisar con la vista el palacio de Almanzor; al contemplar las palmeras que producen los afamados dátiles, y al aspirar la fragancia de las flores de los espléndidos jardines, que impregnaban la atmósfera; el corazón del rey comenzó a palpar sobremanera al influjo de desconocidas sensaciones. No acertaba a separar sus ojos de la Torre de la mezquita, llamada Ali Ben Juceph, del nombre de su fundador; torre estimada con justicia por la más elevada de todas las del Africa, pues que se descubre desde ella en los días despejados y serenos la montaña de Safi, que dista cuarenta leguas de la ciudad. Verdad es que esta montaña es muy elevada, y por otra parte,

el terreno entre ella y Marruecos es enteramente llano.

Entre las impresiones, que a don Sancho y los suyos causaban estos objetos, salvaron, por fin, las murallas de la ciudad, fabricadas con una argamasa de arena y de tierra compacta o compuesta de partes glutinosas, con la cual se fabrica en caliente, y adquiere tanta dureza, que, dando con un pico en ellas, saltan chispas, como si fuesen de pedernales. Después de haber hecho su entrada por una de las veinticuatro puertas, que contenía la ciudad; la comitiva atravesó una gran fortaleza, con más de 4,000 casas, mirando hacia el mediodía. En una de las mezquitas, situada cerca de la expresada fortaleza, se veían las puertas de la gran Iglesia de Sevilla, que Almanzor había arrebatado a causa de su admirable y exquisito trabajo, profanación que don Sancho y los hidalgos navarros deploraron interiormente; y más, al ver las inscripciones latinas, que todavía conservaban, y que manifestaban su procedencia. En estos pensamientos, les sorprendió en extremo el sonido de las campanas, con que se solemnizaba su llegada, instrumento que los mahometanos no se sirven para convocar a los creyentes a las oraciones y demás prácticas religiosas. Mas no tardaron en averiguar, que Almanzor las había asimismo arrebatado de España, en atención a su desmesurada magnitud, mandándolas colocar boca arriba, como una especie de trofeo u objeto notable, en la expresada mezquita.

Antes de llegar al palacio real, se les hizo saber que existía un templo cristiano, edificado también por Almanzor, contemporizando con los múzrabes de España, de que se servía para las guerras, y que había llevado a Marruecos en número

de 500 jinetes, encomendándoles la guardia de su persona.

Después de dar gracias a Dios en el templo, por su feliz arribo, el rey de Navarra, seguido siempre de los caballeros, atravesaron por frente de la mezquita de Quivir, en cuya torre ondeaba una bandera, cuyo significado no fué por ellos traducido, merced a su ignorancia en las costumbres moriscas. De otro modo, el rey de Navarra hubiese podido fácilmente adivinar la muerte civil a que se había expontáneamente condenado Almanzor. Poníanlo sólo cuando ocurría la muerte del Rey o Sumo Imperante.

Conforme don Sancho se aproximaba al palacio real; aquellos jardines, aquella Zorayda, aquel país, que hasta entonces habían aparecido a sus ojos como un mito, como una creación de su ardiente fantasía desde las montañas de Navarra, aparecían como una realidad, y tales cuales existían. Un minuto más, y Zorayda sería suya. Cuando se le mostraba por los acompañantes y dignatarios del Africa, los sitios que ella prefería recorrer, los contemplaba como un objeto sagrado; y los divinazaba, como diviniza todo amante los que le recuerdan la persona de la mujer amada.

Apeóse por fin en las puertas del palacio real. Su corazón latía con violencia, y una sensación inexplicable por lo desconocida y distinta de las que hasta entonces había tenido en el curso de su vida entera, se apoderó dulcemente de su persona.

Previas las ceremonias de recepción, a usanza de la corte mora, don Sancho y sus caballeros fueron conducidos a una cámara, que todos supusieron sería la de Almanzor.

Y era, en verdad, digna de un rey. La riqueza y la brillantez, competían con el buen gusto y la

sencillez. A distancia de una vara de la pared, se destacaban una fila de esbeltas y afilegranadas columnas salientes, cuya base la constituían perfectos y acabados mosaicos. El pavimento se hallaba alfombrado con ricos tapices de Persia, y las columnas terminaban en espiral, rematando en figuras caprichosas, cuyas manos sostenían colgaduras de terciopelo, en las que estaban bordadas las figuras de los reyes musulmanes. Estas colgaduras, interceptando los rayos de luz del exterior, puroducían una opacidad, que imprimía cierto tinte solemne, misterioso, a los objetos.

En frente de la puerta de granadino, que había dado paso a don Sancho y su comitiva, se alzaba majestuoso un trono, que lo constituían dos cortinas de terciopelo, sembradas de estrellas de oro y medias lunas de plata; y remataban en un anillo metálico, del que pendían gruesos borlones de oro. En el interior formado por ellas, se veía un elevado diván, y a distancia de éste, otros, que no eran de tanto gusto ni riqueza.

En vez del anciano Almanzor, al que, merced a Omar, ya conocía, vió don Sancho sentado, o mejor dicho, reclinado con esa indolencia proverbial a los musulmanes, un niño, que representaba tener unos diez años. Un turbante, cuajado de esmeraldas, imprimía un color verde a su fresco y redondo rostro. Este inestimable atavío le dió después el renombre de *Enacer*, que en el idioma de los árabes ignisfica el *verde*. Rubios cabellos, naturalmente ensortijados, velaban sus ojos de dulzura inexplicable. Su nariz era perfilada, y por su diminuta boca vagaban esas sonrisas inocentes y tiernas, como la edad que las produce. Todo su semblante, en fin, tenía el sello del ser, que sólo agitan infantiles deseos. Su cuello era blanco como el cisne, y rodeado con un collar doble de dia-

mantes, con cuyos remates jugaban distraídamente sus pequeñísimas manos. Fuera de algunos momentos de tedio por la representación de un papel, que no convenía a su edad, el niño poseía esa precoz gravedad innata de los musulmanes; esa gravedad, que hace a los súbditos considerar un ser distinto de ellos en los jefes de los estados; esa gravedad, que desarma las manos levantadas contra los reyes; esa gravedad, en fin, de que careció un moderno desgraciado Monarca, cuyas formas y modales poco distinguidos (esto no es nuestro), no fué lo que menos conspiró para fabricar su ruina.

Vestía el niño una especie de jubón de seda blanca escotado, que dejaba desnudo su blanco pecho. Un cinturón ceñía su delicado talle, del que pendía proporcionada cimitarra; y llevaba ancho pantalón blanco, prendido al nacedero de sus pies, casi imperceptibles.

El rey de Navarra, poco versado en comparaciones orientales, lo creyó algún ángel.

A su lado se veía un hombre de como de 35 a 40 años. Por el examen de su rostro largo, de sus cabellos encrespados, de su mirada sombría, de su nariz aplastada, y de su boca de magnitud desmedida, no faltó de entre los hidalgos navarros quien le comparase a la *vera efigie* de los réprobos, y augurase de su persona algún desaguisado.

Creemos excusado manifestar que este hombre era Brahem, gobernador del reino durante la menor edad de Mahomad, que era el niño que con él estaba.

El rey de Navarra esperó en vano que Brahem tomase la palabra. Por lo cual, se vió precisado a romper el silencio.

—¿Y el noble Almanzor?—preguntó sin más exordios.

—Ha muerto para el mundo—contestó Brahem con lacónica sequedad.

Don Sancho y los circunstantes se miraron mutuamente, llenos de sorpresa. Este suceso infausto, acaecido durante su jornada, era, como se ve, de todo punto ignorado por los mismos.

—¿Decís que ha muerto?—exclamó el rey con marcadas señales de incredulidad.

—Tan cierto es lo que os he dicho, cuanto que el que hoy ocupa su trono, es su hijo Mahomad, de quien soy tutor en su menor edad.

Una sensación de infantil orgullo asomó al rostro del niño al dársele a reconocer por Brahem, como rey y señor de Africa, y de los reinos del mediodía de la España.

El de Navarra le saludó en señal de acatamiento, mientras que él le devolvía el saludo con encantadora cortesanía.

—¿Y Zorayda?—volvió a preguntar con avidez don Sancho.

—Pronto la veréis—se apresuró a responderle Mahomad.—Almanzor, al tiempo de abdicar la corona en mí, y despedirse del mundo para siempre, ha encargado a mi tutor el puntual cumplimiento de lo que a Zorayda y a vos os tenía prometido. Las palabras del padre moribundo, o del que, como el mío, se entierra en vida, son siempre para mí sagradas.

Y el niño no pudo continuar, porque el recuerdo de su padre le produjo un sollozo, que embargó sus palabras.

De allí a poco, apelando a un sentimiento precoz de dignidad, se tranquilizó en la apariencia, y continuó:

—Por lo tanto, en nada perjudicará a vuestro

enlace el nuevo rey, que en mí halláis. Mi hermana será vuestra esposa, y con su mano recibiréis la corona de los reinos españoles, que la liberalidad paterna tuvo a bien prometerla. Después de esto sólo me resta felicitaros en mi nombre, y en el de mi tutor, por vuestro feliz arribo a mi patria; y congratularme del fausto suceso, que me proporciona admirar por mis propios ojos lo que la fama, parca en verdad por esta vez, me había transmitido acerca de vuestra gentileza, de vuestro valor y demás prendas, que atesoráis; dignas del más caballero de los reyes.

El de Navarra no pudo menos de sonreirse al oír la adulación infantil de Mahomad, el cual prosiguió diciendo:

—Y en prueba del júbilo, que vuestra presencia y la de los hidalgos de Navarra nos produce, he dado las órdenes oportunas para que seáis alojados en nuestro mismo palacio, suprimiendo así la rígida etiqueta de nuestra corte.

Don Sancho depuso la tristeza que le ocasionara la noticia de la desaparición de Almanzor, en vista de la seguridad que se advertía en las palabras de Mahomad.

Con relación al rey de Navarra, queda desmentido el aserto de que al amor no debe pintarse, según se cree, ciego. Ciego y muy ciego, en efecto, se necesitaba ser para no advertir que las palabras y protestas de seguridad de Mahomad le habían sido dictadas por Brahem, para engañar *pérfidamente* al navarro, con utilidad de los reinos musulmanes.

Terminada la recepción, don Sancho y los ricos-hombres fueron conducidos a los aposentos, que se les tenía preparados.

En apoyo de nuestra precedente opinión, oiga-

mos las palabras del tutor de Mahomad en secreto Consejo con sus ministros.

—Con la llegada de don Sancho—les decía,—la resistencia por parte de los reyes de Túnez y Tremezen, y demás rebeldes coaligados, será estéril, y quedará extinguido este naciente incendio de la rebelión, que amenaza fomentarse por todo el imperio mahometano. Bien habréis conocido por las palabras, que yo he puesto en boca de Mahomad, el objeto que con ellas me he propuesto. Desahuciando al rey de Navarra apenas concluye de arribar a Marruecos, y haciéndole renunciar al enlace con Zorayda; el descontento, que cunde por todo el reino, no hubiésemos podido refrenarlo; mientras que dándole esperanzas al navarro, utilizamos su valor y su táctica en las guerras.

—Grande ha sido vuestra previsión—prorrumpió unánime y servilmente el Consejo.

—Y si no me engaño—prosiguió Brahem,—pareceme que los infanzones navarros, a juzgar por la apostura y bizarría de sus personas, deben ser indómitos y diestros guerreros, experimentados y aleccionados en la guerra, por las frecuentes luchas, sostenidas por don Sancho contra sus vecinos los castellanos. ¿No habéis adivinado esto mismo al través de sus trajes de corte? ¿No habéis advertido el porte marcial de sus personas, y el fuego bélico que brilla en sus ojos?

—Así es—asintió el Consejo.

--Ahora bien; estos guerreros, conducidos por un rey como don Sancho el VIII de Navarra, nos servirán, sin duda, no poco, para reducir a la obediencia de Mahomad a los reyes rebelados del Africa. Comprenderéis, pues, que arrebatándole bruscamente sus esperanzas, y dejándole por este hecho en libertad de regresar a Navarra, la re-

belión se hubiese enseñoreado de todo el reino, impotentes como somos para combatirla y extinguirla por nosotros. Creo, pues, que os he explicado claramente el móvil, que me ha impulsado al dictar a Mahomad lo que acababa de manifestar el rey navarro.

El Consejo comprendió, efectivamente, toda la perfidia maquiavélica, como hoy se dice, del tutor de Mahomad.

—¿Y si un día—le observó tímidamente uno de los consejeros,—don Sancho adivinase vuestros proyectos, y realizando una de esas empresas, propias de los cristianos, llegase a desaparecer del Africa?

—No temáis que así suceda—respondió el regente con toda la seguridad del que al poner en práctica un proyecto, ha precavido todos los obstáculos que pudieran oponerse a llevarlo a efecto. Sabéis—prosiguió—que a nadie cedo en la escrupulosidad, con que procuro no relajar las prácticas y leyes del reino. Sin embargo de esto, habéis visto que para don Sancho y sus hidalgos no he reparado en infringirlas y hasta hollarlas, destinándoles su morada en el palacio mismo de Mahomad.

—Lo hemos oído, y no menos nos hemos sorprendido de ello.

—Escuchad: el rey de Navarra, que ignora nuestra política, y sólo conoce la franqueza ruda y sencilla de un guerrero, *quedaré aprisionado en las redes de los encantos de Zorayda, sin apercibirse siquiera de su esclavitud.*

Por esta frase comprenderá fácilmente el lector lo que la hija de Almanzor podía esperar del tutor de Mahomad. Su perfidia se proponía hacer una granjería con la inocencia y el honor de Zorayda. Aquella inocencia, que tantos desvelos y tantas lá-

grimas había costado al anciano Almanzor, se destinaba como un cebo para adormecer con él la voluntad del rey don Sancho. Afortunadamente para ella, el rey de Navarra era cristiano y caballero, y su amor no era sensual, ni grosero. Zorayda era ante sus ojos un ángel. Sin la inocencia que atesoraba, toda su hermosura artística jamás hubiese conseguido hacerse amar del rey don Sancho.

—Y si, lo que no es de esperar—continuó el regente con satánica fruición,—don Sancho llegase a apercibirse de su esclavitud, e intentase limar su dorada cadena de amor, hallará otra de hierro en los muros de este palacio. Ya comprenderéis el secreto pensamiento que me ha impulsado a alojarlo con los suyos en el mismo. ¡Ah! yo os juro por el profeta, que don Sancho no dará un paso, sin que de él esté avisado y apercibido.

—Previsor sois, poderoso Brahem—dijo uno de los consejeros,—y ya que en la persona del noble Almanzor hemos perdido al rey, que con su prudencia y el terror de su nombre contenía en su deber a los reyes tributarios, y a los pueblos, al menos, el gobierno de ellos ha recaído en manos hábiles, que sabrán imponer el yugo a los que ilusamente han intentado sacudirlo.

Brahem no pudo menos de enorgullecerse con esta lisonja a su política por parte del Consejo.

—Sin embargo—observó,—la gloria de la invención no toda es mía. Sin un hombre sabio, como el profeta, y de un alma tan enérgica como la voluntad que la obedece, quizás hubiesen fracasado mis proyectos. Pero este hombre, de que os hablo, ignorado de vosotros, y de casi todo el mundo, vela desde lejos por el engrandecimiento de su patria, que es la nuestra. Este hombre, pues, desde el momento en que mi hermano ha decli-

nado en mí el peso del gobierno, fué consultado por medio de mensajeros, que burlando la vigilancia de los cristianos, han llegado hasta él, del cual me han transmitido las órdenes, que yo acabo de poner en práctica.

—Y ese hombre bienhechor, ¿quién es, cómo se llama?

—Omar—respondió el regente, quitándose el turbante con supersticioso acatamiento al nombre que pronunciaba;—y es médico de don Sancho el VIII de Navarra.

El Consejo se apresuró a plagiar la acción del tutor de Mahomad.

Esto sabido, veamos si el infanzón navarro, que tan mala idea formó del aspecto de Brahem al verle por primera vez, tenía, o no, razón para no esperar nada bueno de un hombre de presencia tan repugnante.

Al mismo tiempo, pues, que en el Consejo se tramaba la ruina de la persona del rey; éste, instalado en una cámara, regiamente amueblada, escuchaba las observaciones que aquél le hacía.

—Me habréis de permitir, señor—exclamaba,—someter la razón de los temores, que con fundamento, o sin él, abrigo respecto a Brahem, y que ciertos o figurados, siempre significarán la sincera adhesión por vuestra persona.

—Hablad—le respondió don Sancho;—siempre me es grato escuchar a mis buenos hidalgos, estando, como estoy, convencido, que sus palabras van encaminadas en servicio mío.

—Escuchad, pues—dijo el infanzón sin más preámbulos, y con la ruda franqueza del que sólo sabe manejar la espada en defensa de su rey y de su patria:—Desde el momento que ví a Brahem, no sé qué recelos me ha inspirado su persona, que siento invencible repugnancia hacia él

para no suponerle un malvado ; y creo que somos víctimas de su perfidia, cayendo incautamente en el lazo que nos ha tendido. Fálteme el amparo de nuestro patrón, San Fermín, si ese moro, de rostro como el de los condenados, no tiene el alma tan fea como su persona. Además de esto, tengo tan poca fé en la de estos musulmanes sin Dios y sin religión, sin honor y sin palabra, que mi corazón no puede echar de sí la zozobra que abriga. Y, voto a mi padre, que los quiero más al alcance de la punta de mi espada en los campos de batalla, que no como amigos en sus palacios, por arte diabólica contruídos. Jamás he temido, ni temo por mi persona ; pero al pensar en la vuestra, comienzo a temblar, sin poder darme razón de ello. Pero ¡ desgraciado del que intente comer con vos alguna felonía ! O los ricos-hombres de Navarra tienen almas de villanos, o han de demostrar, por lo contrario, cuán temerario es prevalerse de la buena fe y la lealtad caballeresca del rey, y de los nobles cristianos.

Y el celoso rico-hombre acariciaba maquinalmente la empuñadura de su bien templada espada.

La historia, no siempre justiciera, ha pasado en silencio el nombre del infanzón leal, que así se interesaba por la persona de su rey don Sancho.

—Calmaos, hidalgo—le dijo el rey ;—yo aprecio en lo que valen los sentimientos, que os animan ; y estoy seguro que sólo anheláis dar una prueba de ellos, del mismo modo que siempre lo habéis hecho, combatiendo contra mis enemigos, que son los de Dios, los vuestros, y los de mi reino de Navarra. Pero creo firmemente que vuestras sospechas son infundadas, o por lo menos prematuras. Testigo sois de las fiestas con que en todo el reino del Africa se solemniza nuestro arribo ; como igualmente de la brillante acogida que

merecemos por parte de la corte. Habéis escuchado las protestas afectuosas de Mahomad ; que, por el hecho mismo de no ser tuyas, quien las haya puesto en su boca no habrá tenido el objeto de mancharla y escarnecerla con la mentira, tratándose de quien un día ha de regir un reino. Y finalmente, han sido ratificados los pactos, por los que el anciano Almanzor convino en darme a su hija por esposa, dotándola con los reinos del Mediodía de la España. Prueba de la distinción, el aprecio y la alta idea que de nosotros se tiene en Africa, es el haber postergado las prácticas y la etiqueta de la Corte ; cosa, hidalgo querido, que casi supone una infracción de la religión de este país ; y que, a causa de esto, creo será nuevo en los usos de los musulmanes. Desechad, pues, vuestros temores. Dentro de poco llegaré, sin duda, a la presencia de Zorayda ; la ratificaré mi amor, y sus ojos conmoviendo hasta las fibras más delicadas del corazón, disiparán la tristeza, que en Navarra me aquejaba, sólo porque ella no le llenaba con su presencia. Por otra parte, hidalgo, Brahem no necesita emplear el disimulo para coheter una pérfida acción con vuestras personas.

Como se ve, el rey don Sancho traducía en favor suyo lo que el regente practicaba en contra.

El hidalgo, no sabiendo qué oponer a las razones de don Sancho, apeló a un silencio, que distaba mucho de ser efecto del convencimiento.

CAPITULO XX

Comparece D. Sancho en la cámara de Zorayda.— Sus respectivos pensamientos y sus querellas en que vence el amor.

Al día siguiente al de la precedente escena, don Sancho fué conducido a la cámara de Zorayda, que merced a Omar, ya conocía; aquella cámara donde había dado su primer latido de amor el corazón del entonces príncipe heredero de la corona de Navarra.

Si hasta los amantes vulgares conservan por los sitios donde recibieron la primera prueba de amor, quizás mentido, cierta veneración supersticiosa; mayor sería la de don Sancho, cuya pasión era tanto mayor, cuanto más la impugnaba su conciencia. Así es, que su gozo no tenía límites, al considerar que una galería, no más, le separaba de Zorayda.

Sin embargo, ligera nube de melancolía se extendía por su semblante; de lo cual se indignaba consigo mismo, pareciéndole mezquina y limitada la alegría, causada por la realidad, comparada con la que sentía cuando era tan sólo una ilusión.

—¡ Triste destino el de la humanidad ! ¡ Sentirse animado de un mundo de quimeras, y ver desaparecer éstas como fantasmagóricos cuadros en el momento que van a convertirse en hechos ! ¡ Pobre imperfección de nuestro ser ! ¿ Habrásenos otorgado el germen de la esperanza con el solo objeto de verlo desvanecerse al tomar positivas proporciones ? ¡ El vistoso carro de las ilusiones, despeñado por los profundos precipicios de la realidad ! Por esto el hombre, abdicando posteriores sensaciones, se afana por alejar de su mente la idea de lo que fuera la realidad, tal como la crea la ilusión. En este caso, ya no ama ; o si así lo hace, es por obligación, que se impone, o por sistema ; como el mecánico, que vuelve a su tarea después de pesada labor nocturna.

Entre estos, o iguales pensamientos, el rey de Navarra, salvando la distancia de la galería que le separaba de Zorayda, penetró, por fin, en su cámara. Su amorosa mirada se fijó naturalmente en ella. Pero la pobre joven, augurando desgracias ulteriores, en vez de entregarse de lleno al placer, que debiera suscitarle la presencia del único ser a quien amaba, alzó hacia él sus ojos humedecidos por el llanto, y dulce y melancólica sonrisa se dibujó al propio tiempo en sus incoloros labios. Aquel hombre, a quien tanto amaba, por quien tanto había sufrido, por el que abjuraba de sus creencias religiosas, y había llegado hasta amenazar a su padre con quitarse la vida ; aquel hombre, cuya presencia había excitado los celos del padre que más amó a su hija, sólo mereció de Zorayda una vaga e indefinible sonrisa.

El rey quiso postrarse a sus plantas, e inundar de suplicantes ósculos sus manos ; pero la actitud de Zorayda le contuvo, y permaneció de

pie en el dintel de la puerta, sin atreverse a salvar la corta distancia que de ella le separaba.

—¿Será esto desamor?—pensó don Sancho.

A esta idea, sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Sólo los desgraciados conocen el valor de ellas. Zorayda, pues, no pudo detener las suyas al ver las de su amante.

Un poeta lo ha dicho en estos versos:

*Quando las vierte un alma dolorida,
Las lágrimas son perlas;
Quien conoce su encanto,
Las haría correr sólo por verlas.*

Zorayda rompió, por fin, el silencio.

—¿Por qué lloráis, cristiano mío?—preguntó a don Sancho.

—Zorayda—respondió él mismo:—lloro por los dos.

—Acercaos—le dijo, mostrándole un diván próximo al suyo.—¿Por los dos lloráis?

—Sí; lloro por nuestro amor perdido; lloro, porque la frialdad, que noto en vuestro semblante, me anuncia que se ha hundido en la nada el rico porvenir de mi esperanza. Apenas queda quizá en vuestra memoria el recuerdo del infeliz amante, que, avasallando sus sentimientos religiosos, y menospreciando el grito de su conciencia, y la santidad del juramento, llegó aquí un día, guiado por desconocido y magnético pensamiento, arrostrando no pocos peligros, entre ellos el de perder su vida entre ignorados precipicios, o en el cristal de las aguas de los mares. Os conocí en este mismo recinto. Os contemplé cándida, como una azucena, y seductora, como las hurís de vuestro Edén. Aquel venturoso instante, que imprimióse en el corazón, me ha agitado de continuo,

y su recuerdo ha abrasado mi ser, cual ardiente lava. Aquella ilusión momentánea, la ilusión de un día, es únicamente la que ha embellecido mi vida, y la que me ha animado para luchar con tantos obstáculos, contra mi amor conjurados. Pero éstos ¿qué importaban, si vuestro amor los removía, como el sol cuando desvanece el matinal rocío? El disgusto era para mí transitorio, porque desaparecía con el recuerdo perenne de vuestra imagen. Mil veces he maldecido la posesión de una corona, que de vos me ha alejado, porque la de amor tan sólo anhelaba ceñir mi frente. Me dijisteis que me amabais. Lo oí yo, lo oyó Omar, y lo oyeron los muros de este recinto, donde ahora resuenan sólo los roncros quejidos del corazón. Desde entonces, las horas de existencia las he contado por el número de los latidos amorosos míos, y sólo he pensado en responder a los impulsos, alucinado con la dicha que el cielo me deparaba. ¡Si supierais, Zorayda, cuántos sacrificios me cuesta amaros! ¡Si supierais que la batalla de Alarcos!...

Pero, no; me avergüenza de hacer os tal confesión. La conciencia me reproduce sin cesar la memoria del juramento, que presté el día de mi coronación. La conminación del Obispo, don García, quebranta frecuentemente mi sueño, haciéndome despertar de él horrible pesadilla. ¡Ah! ¡Temo que conmigo espire el último vástago de mi raza! Paréceme que una águila, tendiendo sus alas, traspone las cumbres del Pirene, altísima barrera, con que la Providencia ha preservado mi reino de la avaricia de los reyes de los extraños.

—Y ¿qué os puede augurar eso?—preguntó Zoroyda a don Sancho, alarmada con la inquietud que en él notaba.

—Quizás significa—respondió el rey, aterrado—que el águila, ave que usa mi reino en sus armas, traspase éste a poder de extirpe extraña.

Zorayda se aterró igualmente.

—Sí—prosiguió el rey;—todo lo espero, como justa expiación de haber infringido mi juramento.

—¡ Un juramento !

—Sí.

—¿ Cuál ?

Don Sancho respondió con amargo suspiro :

—El de no amar a mujer ninguna de su secta.

La cándida sultana no comprendía la necesidad de semejante propósito.

—¡ Oh ! ¡ mi bello rey ! ¿ En qué he podido, pues, desagradaros ?—exclamó, fijando en él, de sus ojos arabescos, una mirada indefinible de amor, y de tierna súplica, que traspasó el corazón del amante don Sancho. Tomó éste la mano derecha de Zorayda, y llevóla a su pecho, para hacerla palpable cuán tumultuosamente respiraba ; señal evidente de la agitación de su alma.

Pero impulsado de puro amor, desprendió sus manos de las de Zorayda, y de repente la condujo hasta las celosías de la cámara, con el fin de respirar la brisa vespertina, que usurpaba su fragancia a las flores de los jardines inmediatos.

Con el movimiento desprendióse de sus cabellos la dorada redecilla, en que los recogía, desparramándose por el rostro de don Sancho, y llegando a lamentable grado tan violenta situación.

—Pero no me abandonaréis, don Sancho—le decía Zorayda con palabras entrecortadas.

—¡ Abandonarte !...—exclamó el rey, contemplando cada vez más los encantos de su amada.—¡ Oh, jamás ! ni por ninguna causa, sea la que fuese ; eso nunca—concluyó frenéticamente.

—¿ Y no será un obstáculo vuestro juramento ?

—Sí; pero lo desprecio—respondió como amante, agitado de un mundo de deseos, tiranos de su conciencia.

—Mi padre despreció también el suyo; pero los remordimientos han llenado de luto los días de su vejez.

Esta objeccion anonadó la exaltación de don Sancho. Sus ojos, postergando sus ávidas miradas, permanecieron impasibles.

—No os comprendo—dijo.

—¿Ignoráis, por ventura, la causa de la desaparición de mi anciano padre?

—De todo punto.

La mora dejó correr una lágrima, al evocar sus dolorosos recuerdos.

—Sí—prosiguió;—la infracción del juramento, que prestó a sus vasallos rebeldes de perdonarles sus vidas, le ha impelido a sustraerse para siempre del mundo, ignorándose su paradero. ¡Cuán desgraciada soy, don Sancho! Almanzor ya no vela por su hija.

—Y sin embargo—pensó interiormente el rey,—un musulmán ha escuchado el grito de la conciencia, mientras que yo...

Pero al punto dimitió tan importuno pensamiento.

—No, Zorayda—dijo, contestando a las últimas palabras de ella.—Yo velo por vos, y nadie osará escarneceros, mientras circule una gota de sangre por las venas de vuestro amante, el rey don Sancho el VIII de Navarra.

—Mas, ¿a qué convertir, sultana mía, en llanto la alegría que rebosan nuestros pechos? Vuestro hermano Mahomad acaba de prometer que cumplirá cuanto Almanzor ha encargado. Dentro de poco, abjuraréis de vuestra secta, y seréis reina de Navarra. Los ricos-hombres y damas de mi rei-

na os prestarán homenaje, y viviréis siendo adorada por mí, y no menos por mis vasallos. En mí tendréis, más que un esposo, un esclavo; y tal vez nuestro enlace provea de héroes a las futuras generaciones. Esta idea ¿no hace dilatar vuestro corazón de gozo? ¿No sentís palpitar violentamente el mío? ¿O no sé comunicaros acaso el fuego, que mi pecho abrasa? Confirmad con vuestras palabras lo que mi amor pone en duda. Necesito, Zorayda mía, de una confesión, que desvanezca el recuerdo importuno de lo que he sufrido; necesito de una palabra no más, que compense el dolor que en vuestra ausencia me ha abrumado.

—Tranquilizaos, don Sancho—respondió la sultana, pasando infantilmente sus manos por la frente de su amante;—antes de vuestra llegada sufría en extremo, pensando en la eterna despedida de mi anciano padre, cuyo recuerdo no se aparta de mi mente. ¡Ah, don Sancho! ¡Si hubieseis visto al venerable anciano, abrazándome con sus trémulos brazos! Si le hubieseis visto luchando por adormecer el grito de su conciencia, y filtrarse mis lágrimas hasta el fondo de su corazón. Momentos hubo, en los que mi anciano padre vacilaba sin tener fuerzas para llevar a cabo su proyecto.

—Padre infeliz—murmuró compadecido el rey.

—Con la solemnidad de las palabras del moribundo—prosiguió Zorayda,—me encargó velaseis por el bien de los nuevos vasallos, cuyo gobierno mi enlace os aporta en el mediodía de España; y después de llorarme, considerándome muerta para él, ha concluído envidiando vuestra fortuna por poseerme.

—¡Ah! Zorayda—exclamó don Sancho, herido por súbito y no infundado pensamiento,—¿sabéis lo que pienso?

—¿Qué?

—Comprendo la resolución de vuestro padre, el sentimiento que la ha determinado. ¿Sabéis cuál es la causa oculta y secreta de vuestra orfandad?

—¿Cuál?—volvió a preguntar Zorayda, con impaciencia.

—Pues bien; el sentimiento, que lo ha impulsado a adoptar su resolución, son los celos que el padre tiene del amante.

—¿Y de dónde deducís vuestra creencia?

—De vuestras últimas palabras. La causa... la causa de ello...

Y el rey no se atrevía a proseguir.

—¿Quién es?—reiteró la infanta?

—¡Yo!—contestó haciendo un esfuerzo el rey.

—¡Vos!—exclamó Zorayda, retorciendo sus brazos,—¡Vos!...

Después de esta exclamación, se deslizó de los brazos de su amante, y le arrojó, por decirlo así, despreciativa mirada.

—¿Y no os remuerde la conciencia—le dijo a los pocos momentos—de haber envenenado los días de la vida de mi padre? ¿Tan poco me amáis, don Sancho, que no habéis previsto mi desgracia? ¿Mi infeliz padre, en qué os ha ofendido? ¿Será que los cristianos no conocéis el dulce afecto de la gratitud? ¿Será que penséis en vuestra arrogancia que todo se os debe de derecho, y consideráis en la mujer árabe un ser condenado a procurar vuestra delicia a costa de sus afectos, sin voluntad, sin aspiraciones a quejarse, dándose por feliz cuando vuestra mirada imperativa venga a posarse en ella? ¡Ah! ¡don Sancho!... ¿por qué me habéis amado? ¿Por qué es vuestro corazón tan egoísta, que por alhagar sus latidos, no habéis vacilado en sacrificar el de padre? Vos me lo

habéis robado. No sois, don Sancho, el ángel cuya imagen me fascinaba. No sois el ser ideal, con quien soñaba. La aureola, que ceñía su semblante, la equivoqué con la corona del martirio de un padre. Alejaos, pues, de mi presencia, porque la vuestra trae el dolor a mi corazón. No os acordéis jamás de una pasión, que ha inficionado mis sentimientos de hija; olvidad estos momentos y dejadme morir aspirando a residir después en ese espléndido Edén, que dentro de poco acogerá el alma de mi infeliz padre. Allí viviremos eternamente los dos, después de haber espiado las consecuencias del amor funesto con que vos nos separasteis en el mundo.

Y al expresarse de este modo, la infanta repelía a su amante.

—¡Zorayda, Zorayda mía!... Escuchad—le decía el rey de Navarra con acento desgarrador.

—¡Oh! no, no—contestó ella, pugnando consigo mismo por sustraerse a la vibración magnetizadora de las palabras de su amante.—Dejadme, por vuestro Dios; no intentéis amarrar mi amor al carro de vuestros deseos; tened compasión de mí—exclamó la mora, prosternándose a los pies de su amante.—¡Oh! don Sancho—prosiguió:—mi padre, al despedirse de mí para siempre, al verme en la actitud en que ahora estoy, vacilaba en su resolución. No intentéis vos con su hija, lo que ella intentaba con él, porque si supo resistir a mis ruegos, yo no podría desoir los vuestros. Marchad, rey, marchad...

—Pues bien; si así es vuestro deseo, yo me alejo de vos y del mundo para siempre; mi ocupación en la soledad será llorar por todo el resto de mi vida las desgracias que os he causado. Adiós, pues, Zorayda.

Y con desigual paso atravesó resueltamente la

distancia, que le separaba entre la puerta de la cámara.

La infanta le contemplaba de pie, inmóvil, y devorando cada uno de los pasos de don Sancho. Mas cuando éste levantó su vacilante mano para abrir la puerta, Zorayda, saliendo de su aterradora inmovilidad, se abalanzó como una loca, abrazando las rodillas de don Sancho.

—Ingrato—exclamó ;—¿ así me abandonáis ?

Si una escena semejante sucediese entre los amantes vulgares de nuestra época, creeríamos con fundamento que era ficción de mujer, para apreciar el grado de amor en su amante. Mas sabiendo, como sabemos, los secretos del corazón de la enamorada mora, no deben sorprendernos tan contradictorios actos.

A las palabras de la infanta, don Sancho suspendió su marcha con amarga resignación.

—¿ No lo exigías así, Zorayda ?

—¡ Oh ! no—respondió ella, ahogando los recuerdos de su padre en el amor de don Sancho. —¿ Por qué hacéis caso de mis palabras ? Sin duda que estoy loca. ¿ Te han causado daño, no es verdad, cristiano mío ? La pasión, que me entusiasma y acalora, me enloquece y me hace delirar. ¿ No sabéis, mi bello, rey, que sin vos la vida me sería odiosa ? ¿ Habéis olvidado que aun no os conocía, y ya suspiraba por vos, vislumbrando la certeza de vuestra existencia ? Maldito genio, que así se complace en mi desgracia. Amadme como vos, como yo os amo, no obstante que mi padre haya ido a ocultarse en remotos países, acosado por los remordimientos ; que el eco de las fiestas que solemnizarán nuestro enlace, borre mis estériles recuerdos, y vierta este sobre nosotros, dulce néctar ; y finalmente, si he de morir, sea en vues-

tros brazos, anegando en vuestro amor mis fugitivos dolores.

Así se expresó la enamorada mora. Sus desarregladas ideas eran el resultado de su frenético amor. Sus ojos centelleaban en sus órbitas; y su vida, pensamientos, todo se compendia en su real amante.

La pérfida trama urdida por Brahem, Omar y los Consejeros de aquél, no surtió su efecto.

No era llegado, sin duda, el momento propuesto en sus infames y tenebrosos planes para eclipsar a todo trance el pudor de la joven sultana. Era preciso sobreexcitar las pasiones del rey, con sus hechizos, para que en su entusiasmo fascinador depusiese sus reflexiones, y las que pudieran hacerle los ricos-hombres de Navarra.

Por este motivo, Brahem se presentó súbitamente en el umbral de la cámara, y dirigiéndose a don Sancho:

—Señor—le dijo,—el pueblo musulmán, reunido en las calles, desea conocer al feliz mortal, que va a ser el esposo de la infanta mora.

A estas palabras, y al aspecto del semblante de Brahem, que mentía imperceptible sonrisa burlona, don Sancho apenas podía articular ninguna, mientras que Zorayda sintió enardecerse el suyo.

Tal debieron comparecer ante Dios nuestros primeros padres, después que por su criminal transgresión perdieron la inocencia.

—Sí, sí... poderoso Brahem—balbuceó don Sancho.

Y tendiendo una mirada amorosa a Zorayda, salió en pos del importuno tutor de Mahomad.

CAPITULO XXI

Braham explota por fin el principio de sus pérfidos amaños con D. Sancho y Zorayda, de quien se separa este para mandar el ejército Marroquí, a pesar suyo.

Braham no había mentido. Un pueblo inmenso se había reunido en la bella y espaciosa plaza del *Cereque*, situada en frente del palacio real, y rodeada de magníficos establecimientos. Los marroquíes vestían albornozes de paño de color, y vestidos de fino camelote, y gorras de escarlata con pequeños turbantes. En prueba del entusiasmo y la admiración, que causaron el rey y los ricos-hombres cristianos, bastará decir que se infringían, por satisfacerla, las leyes y costumbres del reino; en virtud de las cuales no era permitida la salida de casa a las mujeres, sino para ir al baño, o las mezquitas; y aun en estos casos, llevaban el rostro cubierto con un velo, con el fin de burlar la curiosidad de los hombres. Verdad es, que venciendo las costumbres el prurito femenino, se levantaban el velo que cubría sus rostros, a hurtadillas; gozándose no poco en excitar los celos de

sus maridos. Sus cabezas, orejas y cuellos estaban adornados con brazaletes de oro y plata, y muchas perlas y piedras preciosas. Por lo demás, manifestaban ser galantes y amables en extremo.

El pueblo musulmán, en el momento en que don Sancho y los ricos-hombres aparecieron, acompañados de Brahem y los altos dignatarios del reino, se apresuraron a saludarles con silenciosas muestras de adhesión, bien diferentes de la algazara y el bullicio, propios de los europeos.

—¿Véis, señor?—dijo Brahem al rey de Navarra, aludiendo al entusiasmo popular,—los musulmanes, postergando el odio, nacido de la diferencia de religión y de país, os rinde en este momento el tributo, que merece vuestra persona, vuestro ardor bélico, y vuestros altos hechos, que la fama ha hecho llegar hasta estos países. Preciso es, que tales prendas os adornen para hacer olvidar a los musulmanes vuestra procedencia, hasta el punto de celebrar con sus aclamaciones vuestro próximo enlace con la infanta, que constituye la delicia de este reino.

Brahem, al expresarse de este modo, daba muestras de conocer a fondo el carácter de sus vasallos, quienes, al contrario de sus mujeres, eran soberbios, como los que más; y tan enemigos del nombre cristiano, que toda su gloria la hacían derivar del odio, que a éstos profesaban.

—Y ¿está cercano tan venturoso día?—se aventuró don Sancho a preguntar, excitado por el recuerdo de las gracias de la hermosa mora.

Brahem contestó con la mayor tranquilidad:

—Desde luego pudiera designarse. Pero bien comprenderéis, don Sancho, cuán mal cuadran las fiestas del himeneo con el luto, en que la desaparición de Almanzor acaba de sumir al reino. Vos, que habéis palpado sus altas virtudes; vos, que

conocisteis la grandeza de su alma, su liberalidad, y el amor que a Zorayda profesaba, comprenderéis, sin duda, cuán manifiesta fuera la infracción de los ritos mahometanos, si ella, olvidándose de que es su hija, trocase el luto por los brillantes atavíos nupciales. En vista de tan poderosas razones, habréis de calmar por algún tiempo vuestra impaciencia, hasta que la infanta y el reino todo se hallen en el caso de celebrar con festejos públicos, un acontecimiento tan fausto, nunca conocido en estos reinos. Tal es mi opinión, y la de los Consejeros del imperio.

Estas palabras alteraron en extremo el semblante de don Sancho. Toda dilación en poseer a Zorayda era un martirio, cuya simple idea le aterraba.

—Pero vos, que no ignoráis el temple de mi alma—observó el rey a Brahem,—deduciréis que la molicie cuadra mal con mi carácter.

—Pero ¿si yo hubiese previsto eso mismo—le objetó el regente con intención, para ver el efecto que producían sus palabras,—y deparado diversión a vos, y vuestros ricos-hombres?...

—Y ¿qué diversión es esa?

Antes de contestar a esta pregunta, Brahem apartó al rey de las celosías de la cámara, y los dos se perdieron en el fondo de una de las galerías, a que aquélla daba paso.

El pueblo, satisfecho en su curiosidad, comenzaba también a despejar la plaza.

—Escuchad, rey de Navarra—le dijo Brahem, anudando su interrumpida conversación;—no os será, según creo, desconocida la rebelión de los reyes tributarios de Túnez y Tremezen; los cuales, a causa de la mudanza de gobierno, niegan la obediencia debida al sucesor de Almanzor. Comprenderéis igualmente, que el ejemplo de estos va-

sallos rebeldes es susceptible de tener imitadores en los reinos del Africa. Creo, pues, que nadie como vos, y vuestros ricos-hombres, versados en la guerra, y prácticos en sus estrategias, podrá desbaratar los ejércitos de los reyes rebeldes, coaligados, y reducirlos al yugo del que un día apellidaréis hermano.

—No sin fundamento apeláis a mi valor y al de los ricos-hombres de Navarra; y os aseguro, que nada fuera tan lisonjero para mí, como el servir de padre y valedor al hermano de Zorayda, el cual se halla incapacitado por la edad para ponerse al frente de un ejército. Pero la dilación, que semejante empresa lleva consigo, no me permite aceptar vuestra honorífica proposición. Mi reino, no como el de Mahomad rebelado, porque mis vasallos nunca se rebelan contra el Jefe del Estado, se halla seriamente amenazado por los extraños; esta es, pues, la causa que reclama imperiosamente mi presencia en él, y me impide, por consiguiente, asentir con vuestras demandas.

—Vuestros temores—contestó Brahem al rey—son de todo punto infundados. La dilación que teméis, no se hará lugar, contando con el entusiasmo del ejército mahometano, mandado por vos, y que espera con ansia le guiéis a la victoria; y de este modo desbarataréis en breve tiempo a los de los reyes rebeldes coaligados. Después de esto, la doble corona del amor y la victoria ceñirá vuestra frente.

—Os repito que no puedo aceptar lo que me habéis propuesto. El reino de Navarra no se rebela, es verdad, contra sus reyes, pero no por eso dejará de murmurar, con justicia, de mi detención; del mismo modo que murmuró de mi temeridad en venir al Africa, exponiendo a mil riesgos mi persona; mas yo me propuse a todo trance verifi-

carlo, por cumplir con la promesa que al noble Almanzor hice por medio de mis embajadores, al ratificar los pactos nupciales. Comprenderéis, además, que debiendo compartir con Zorayda la corona de Navarra, la dilación en mi regreso redundará igualmente en detrimento suyo, a causa de la desmembración de los Estados por las agresiones extranjeras a que dará lugar mi ausencia.

El rey produjo a Brahem las anteriores razones de política, omitiendo las que reconocían otras causas: una de ellas era la impaciencia, que el recuerdo embriagador de la hermosa mora, le causaba.

—Está bien, rey de Navarra—dijo Brahem, despojándose por completo de la máscara del disimulo y el engaño;—pero mal que os pese, tendréis que aceptar por necesidad el mando del ejército.

—¡Esto a mí!...—exclamó don Sancho, rojo de furor, y cerrando convulsamente los puños;—por el alma de mi padre, yo os juro, Brahem, que recordaréis un día el nombre de don Sancho el VIII de Navarra. Yo os haré comprender, que no se le engaña impunemente, ni sufre se rebaje su regia dignidad, dejándose imponer mandatos de pérfida gente mora, rebelde tanto a Dios, como a los hombres. A mí los ricos-hombres—gritó, desenvainando al mismo tiempo su bien templada espada.

—Sosegaos, don Sancho, y mandad retirar a los que habéis llamado, los cuales, obedientes a vuestra voz, oigo el ruido de sus pasos al dirigirse a esta cámara. Toda efusión de sangre sobre ser estéril, empeoraría vuestro estado, y con ella no conseguiríais salvar las aguas del estrecho gaditano.

Don Sancho, conociendo la amarga verdad que

se desprendía de las palabras del pérfido Brahem, refrenó su impotente coraje, y mandó despejar la cámara a los ricos-hombres; los cuales, como Brahem había afirmado, acudieron presurosos al llamamiento de su rey.

El de Navarra conoció entonces, aunque tarde, las razones que uno de ellos le expusiera, acerca de las intenciones de Brahem. Entonces pensó que todo debía temerse de la perfidia del regente.

—Y ¿afirmáis que Zorayda será mi esposa?— preguntó don Sancho con inquietud.

—Lo afirmo—respondió con solemnidad su interlocutor.

Al oír estas palabras, respiró el amante.

—Meditad, pues—prosiguió Brahem,—en lo que acabo de deciros; y reflexionad el partido que debéis tomar. El premio, ya lo sabéis, será Zorayda.

Esto dicho, volvió la espalda bruscamente al rey navarro, y desapareció de su presencia.

Don Sancho permaneció inmóvil, y con el pensamiento fijo en la pérfida acción del tutor de Mahomad, que así se burlaba de su nobleza, como hombre, y de su dignidad, como rey. A esta idea temblaba de furor, y sus ojos eran dos ascuas.

En seguida llamó a los ricos-hombres, refiriéndoles cuanto Brahem acaba de decirle.

Los hidalgos, al oír tan villano proceder, se miraron unos a otros, como interrogándose mutuamente la causa de semejante felonía.

Ruiz de Azagra, particularmente, se puso lívido como un cadáver.

—Adiós, mis esperanzas; adiós, doña Clemencia—exclamó para sí, al abarcar con la imaginación los peligros de aquella guerra, y forzosa detención en Africa.

—Pobre doña Marquesa—díjole al oído el rico-

hombre don Gómez Garcés, señor de Portella, infringiendo la etiqueta cortesana.

Ruiz de Azagra contestó a estas palabras, con una dolorosa manifestación de asentimiento.

El rey de Navarra, dejándose arrastrar por la cólera, golpeaba el pavimento con sus pies, haciéndolo retremblar.

—¡ Oh ! de ningún modo—exclamó, dirigiéndose a los hidalgos ;—antes verteremos hasta la última gota de sangre que circula por nuestras venas, que asentir a tamaña villanía. ¡ Oh ! mis bravos ricos-hombres, cuento para ello con vuestros brazos ; y si ellos son impotentes para libertarnos de la pérfida esclavitud, en que nos han sumido los viles sectarios de Mahoma, sucumbiremos, por lo menos, con gloria.

—Si permitís, señor, a un vasallo, exponer sus pensamientos—dijo con respetuosa timidez al rey, el prudente don Gómez Garcés, señor de Portella.

—Hablad.

—Antes de exponerlos, cumple a mi hidalguía protestar de que en lo que voy a manifestar, no entra para nada el recelo de perder una vida, gastada por los años, y vergonzosa desde el momento que se escatima al rey. No es mi ánimo recordaros méritos, que no he contraído. Mas creo, que ni los gallardos hidalgos que me escuchan, ni yo, nos hemos mostrado jamás remisos, cuando ha sido necesario esgrimir nuestras armas, y verter por vos vuestra sangre.

—Me consta, don Gómez—respondió con entera convicción el rey.

—Pues bien ; creo que este precedente me da en cierto modo derecho para deciros, que la cólera es impotente y de ningún resultado, cuando del agravio que la dicta, no puede tomarse la debida venganza. Antes bien, juzgo que es no menos de

varones esforzados y constantes refenarla; como desplegar indómita bravura en los campos de batalla. Los tiempos deben tomarse como son, y nunca como ser debieran. Vuestra ira, pues, no haría, en el caso presente, más que empeorar nuestro crítico estado. Serenaos, señor; deponed vuestro enojo, y tomad el mando del ejército musulmán; y venceremos, sin duda, porque con tal rey, y con tales vasallos, el mundo es reducido terreno para satisfacer al genio de la conquista.

Así concluyó don Gómez, inflamado por el entusiasmo de la victoria, que no sin fundamento presagiaba.

Don Sancho, apreciando las consideraciones del leal y prudente rico-hombre en lo mucho que valían, depuso su furor, y la resignación dulcificó su rostro.

Momentos después, penetró Brahem en la estancia de don Sancho. Al verle, hizo despejarla a los hidalgos.

Antes que el regente tomase la palabra, el rey se apresuró a decirle:

—Os he manifestado no mucho ha, las agresiones a que mi ausencia de Navarra dará lugar; y los graves acontecimientos que, a juzgar por la frialdad de que adolecían mis relaciones con los reyes de Aragón y de Castilla, habrán, a no dudarlo, surgido. Pero, accediendo con vuestras, para mí honrosas pretensiones, y con el fin de no decaer con mi negativa del alto concepto, que de nosotros habéis formado; acepto gustoso el mando supremo del ejército mahometano, y espero en mi Dios proteja mis empresas, y nos otorgue sin dilación el lauro de la victoria. Una vez alcanzado, el reino quedará sometido y tributará la obediencia debida a su legítimo soberano. Confío en que nada habrá entonces que impida mi enlace con

la infanta ; con la cual, rápido como el rayo, partiré a Navarra, a fin de desbaratar las injustas invasiones que de seguro se habrán efectuado en mi ausencia.

Brahem se regocijó no poco de la forzada resolución de don Sancho ; y vislumbró que en el fondo de su corazón no le era tan pesada como decía, su dorada esclavitud.

—Y ¿cuándo tomaréis el mando? — preguntó Brahem.

—Mañana—contestó, ardiendo en deseo de vencer, el rey.

—Sea—replicó su interlocutor,—y en este supuesto podéis pasar a despediros de Zorayda.

Y el regente guió a don Sancho, y lo dejó en la estacia de Zorayda. Esta conoció en la alteración del rostro de su amante algún suceso desagradable.

—¿Os aqueja alguna nueva pena?—le preguntó con su sonrisa de ángel.

—Sí, Zorayda ; mañana mismo me veo precisado a abandonararte.

—¿Será verdad, don Sancho?

—Así lo ha dispuesto el regente, el cual me confía el mando del ejército musulmán, con el fin de reducir a la obediencia a los reyes de Túnez y Tremezen.

—¿Y vos lo aceptáis?

—¿Por qué no?—respondió el navarro, ocultando la forzosa necesidad de hacerlo ;—esas rebeliones—prosiguió,—¿no significan el desacato a Mahomad, como a vos? ¿Por qué no he de castigar el crimen?

—Creedme, rey amado : no aceptéis tan funesta misión. Tengo cierto presentimiento de perderos ; y con vos, el único tesoro que ambiciono. No os expongáis a los peligros de la guerra. ¿No

poseéis un reino? ¿Qué me importan, pues, la pérdida de todos los restantes? Y si hasta el vuestro nos falta, ¿no hay un rincón en el universo, que nos depare solitaria hospitalidad?

—¿Y el juramento que de aceptar el mando he prestado?

—¡Un juramento!...—observó la afligida sultana;—despreciadlo.

—¿Recordáis el de vuestro padre, y las consecuencias de su infracción?

—Tenéis razón—confesó Zorayda.

Siguióse un momento de silencio, en el cual los dos amantes estaban absortos y pensativos. Después de haber reflexionado, lo rompió don Sancho.

—Y ¿no sabéis, Zorayda—dijo,—que vuestra mano es la recompensa de la victoria? Después de sujetar a la obediencia los reyes rebelados, tendrá lugar nuestro enlace, y la corona de la gloria, ceñida por vuestra mano, se ostentará en mi frente. Yo os juro vencer, Zorayda; porque después de él de Dios, vuestro nombre será el que invoque en el combate, y vuestra imagen irá infundiendo bríos a mi brazo.

—Sin embargo, no partiréis. ¿De qué sirve a mi esperanza la ilusión de ceñir vuestra frente con la corona de la victoria, si la realidad lo verifica primero con la de la muerte? No, no, don Sancho; vivid, por más que no seáis para la infeliz Zorayda.

Esta heroica abnegación entusiasmó al rey en sumo grado.

—No temáis, ángel mío—respondió;—mirad, es preciso no ocultaros nada. Cuando Brahem, dejando la aceptación, o no, del mando a voluntad mía, me hizo la propuesta, yo me he resistido a acogerla. Mas pronto llegué a comprender que so-

bre la pérdida de vuestra persona, tendría que llorar también la de mi libertad. La insistencia en mi negativa nos separaba, pues para siempre. Si un rey se perteneciese a sí mismo, quizás yo no hubiese cedido; pero los reyes—concluyó dolorosamente el de Navarra,—pertenecemos a los pueblos, cuya dirección nos ha sido encomendada por la Providencia.

—¡ Oh ! ¡ qué perfidia !...—exclamó Zorayda.

—Sin duda; también yo he dado rienda suelta a mi furor, recriminando la infamia del regente. La ira y el encono hierven ahora mismo en mi pecho. Pero es preciso dominar estos arranques, cuando son impotentes. Por otra parte, os amo, Zorayda, en tanto grado, que aunque Brahem hubiese transigido con mi negativa, creo me hubiese faltado el valor para romper la dorada cadena con que vos me tenéis aprisionado.

La enamorada mora se lanzó instintivamente en los brazos de don Sancho, merced a la excitación preparada por Brahem con infernal malignidad. Los afanes de Almanzor quedaban; oh fatalidad! desbaratados. Afortunadamente para él, ya no existía, ni podía sentirla como había sentido, y presenciando *el mayor pesar de un padre*. De aquel infausto suceso surgieron desgracias sin cuento, como se verá en el transcurso de esta obra.

Poniéndose luego don Sancho al frente del ejército, se presentó seguido de los ricos-hombres de Navarra.

Un rey cristiano recorriendo las filas de las tropas musulmanas, para conducir las a la lid; era un espectáculo, que no había tenido precedente, ni probablemente tendría consiguiente, en los anales del reino.

Antes de partir, don Sancho arengó al ejército.

—Creyentes—les dijo:—inmensa es la satisfac-

ción, que me cabe al verme investido con el mando de tan bizarras tropas, siendo la afortunada persona, encargada de conducirnos a la victoria. No ignoráis, que los reyes de Túnez y Tremezen, negando la obediencia, a vuestro legítimo señor, han protestado tácitamente contra la supremacía de vuestra ciudad de Marruecos sobre las suyas; y aspiran; insensatos! a arrebatarnos los expresados reinos de los que constituyen el imperio de los Almorávides. Tamaños desacatos merecen severo castigo, y lo tendrán, sí; porque, o mi experiencia militar me engaña, o veo en vuestro semblante la impaciencia de blandir las armas en defensa de la integridad de vuestro reino. Aquí no hay cristianos, ni musulmanes; somos, no más, hijos unos, y ayudadores otros, de un reino amenazado. Mis caballeros dirigirán conmigo vuestras cohortes; y obrando de consuno, vosotros con la obediencia del soldado, y nosotros con la investidura de caudillos, arrollaremos las huestes del enemigo. Feliz de mí, si irradiaba en mi frente una parte de la gloria, cuyos rayos inundarían las vuestras! Esto y el recuerdo de mi persona, será el galardón, con que me consideraré suficientemente recompensado.

La tierna mirada que dirigió el rey al palacio de Zorayda, desmintió sus últimas palabras.

La inmensa masa del ejército se puso en marcha en dirección a los reinos de Túnez y Tremezen, y bien pronto salvaron una de las puertas, que miraban al Levante.

Dejémosles caminando, y aprovechémonos de esta marcha para ver lo que acontecía en el reino de Navarra.

CAPITULO XXII

La expiación entre los proyectos del crimen. Nobleza del alma, y presencia de ánimo del exjefe de los bandidos.

En el mes de abril de mil ciento noventa y seis había fallecido en Perpiñán don Alonso II de Aragón. Con su muerte, cesó el odio que profesaba al rey de Castilla ; con el cual, para bien de Navarra, jamás contrajo ninguna alianza con el fin de invadir el expresado reino. Sucedióle don Pedro, II de este nombre ; el cual, siendo de menor edad, y hallándose bajo la tutela de su madre doña Sancha, tía de don Alonso de Castilla, inclinada a éste por los lazos de parentesco, se coaligó con él para invadir a Navarra juntos, aprovechando su ausencia de don Sancho.

Al efecto, dando por fenecida la suspensión de hostilidades, acometieron con sus huestes a Navarra. El de Castilla lo verificó por la parte de Alava, tomando a Miranda de Ebro ; y el de Aragón, por la de Sangüesa, apoderándose de Aibar y Burguít, en el valle de Roncal.

Este era el estado del reino de Navarra al de-

clinar la primavera del año de mil ciento noventa y nueve. La presencia de don Sancho no podía deshacer la alianza de los reyes de Aragón y de Castilla, como lo había verificado tres años antes de estos acontecimientos.

Navarra se hallaba, pues, en el más deplorable estado de horfandad.

En una de las noches del mes de junio, fría como las del ceñudo invierno, y que tan comunes son en dicha época en las provincias del Norte; hallábase el moro Omar en Tudela, y en la casa que ya conocemos.

En el momento que tratamos, se hallaba indolentemente sentado, y repasando un pergamino, escrito en caracteres arábigos.

Su contenido, a juzgar por la diabólica sonrisa que vagaba continuamente por su boca, debía lisonjearle en extremo.

Por fin, restregándose las manos con marcada satisfacción:

—Bueno—exclamó en alta voz;—el negocio va a las mil maravillas. Para la realización de mis eternos proyectos es preciso luchar contra la buena estrella de don Sancho por una parte; y por otra, contra los mismos coreligionarios míos, que, como los de Túnez y Tremezen, se rebelan en el momento en que más necesitamos estar unidos. Todavía tiene que correr la sangre musulmana, vertida por las espadas de los cristianos. Don Sancho vencerá, porque así conviene para mis proyectos. Pero no importa; algún día podremos resarcirnos con usura, vertiendo a torrentes la de los cristianos...

Después de breves momentos de reflexión, el viejo moro volvió a leer el pergamino.

—Está bien—exclamó, después de leído;—a estas horas, me anuncia este documento, que habrá sucumbido la inocencia de Zorayda.

Omar, altamente satisfecho del buen aspecto que presentaban sus sangrientos planes; arrimó trabajosamente su sillón al hogar, en el cual chisporroteaban inmensos haces de leña en combustión. Instalóse, o mejor dicho, acurrucóse en su asiento, y reclinó su encorvada cabeza sobre el respaldo. El sueño comenzó a cerrar bien pronto sus párpados.

—Lo mejor fuera—decía con ese tono indolente, si así podemos explicarnos, del hombre mitad despierto, mitad dormido;—lo mejor fuera haberse efectuado el enlace de don Sancho con Zorayda, con el fin de que reinasen en Navarra. Los hijos procreados, y en cuyas venas circularía sangre mora, hubiesen estado bajo la dirección mía; y yo hubiese alimentado en sus pechos el odio a la religión cristiana. Estos lobeznos hubiesen devorado un día su propio reino, el cual pasaría a poder de mis correligionarios, apoyados por el derecho de la fuerza. Tal era mi proyecto; pero la ambición de Brahem, que teme perder momentáneamente; ¡miserable! las rentas y exacciones de los dominios de los moros en el mediodía de la España, ha desestimado mis planes. En vez de esto, ha imaginado entregar a don Sancho el honor de Zorayda. De este nefasto comercio nacerán hijos, que hereden el reino a la muerte de su padre, la cual debemos apresurarnos a darle antes que pueda enlazarse con mujer cristiana, y cuya legítima sucesión inutilice nuestros planes. Tal es el pensamiento de Brahem, en el que la ilegitimidad de los hijos de don Sancho y de Zorayda presentará obstáculos, que no existirían según el mío. ¡Ambición! ¡ambición!... maldita la del hombre, que todo lo mira con relación únicamente a su persona! ¿No me ve a mí, pobre viejo, con un pie en la tumba, multiplicarme y rejuvenecerme a la in-

fluencia de universal idea? Si para el completo triunfo de ella sólo hubiese necesidad del holocausto de mi persona, ¡cuán feliz sería!... Mas sea como quiera, los hijos de Zorayda disputarán el trono de Navarra a los parientes de don Sancho; y las armas de los musulmanes, dando visos de legalidad a la conquista, ayudarán a colocar en el trono a uno de los hijos naturales de don Sancho.

Así concluyó Omar. Sus palabras espiraban en sus labios, cuando sustrayéndose a la pesadez del sueño, impulsado por una idea repentina, volvió a leer el pergamino.

—No me equivocaba con respecto al género de muerte que Brahem propone debe darse a don Sancho, después de pacificar el reino, y en el momento que Zorayda, como es de esperar de la robustez y la juventud de los amantes, haya dado a luz el fruto de sus amores con el rey. Fácil fuera para mí envenenarle, siendo, como soy, su médico. Pero acaso pudiera por lo menos sospecharse. Mejor dice Brahem: ¡Un fiero león de los Numídicos desiertos!... De este modo se atribuirá a la casualidad su muerte; la cual, lejos de Navarra, no será tan comentada. La feliz realización de estos planes devuelva quizás la libertad a doña Clemencia, impotente con la muerte de don Sancho, para perder mi obra. Pero no—exclamó de repente el moro con sangriento aplomo.—¿Qué me importa una víctima más? Por desgracia suya se halla demasiado enterada de mis planes para que yo pueda otorgarle su vida.

Apenas concluyó esta frase, cuando un alda-bonazo en la puerta de su casa distrajo a Omar de sus sangrientas reflexiones.

—¿Quién podrá ser a tales horas?—se preguntó a sí mismo, lleno de terror.

Y tomando el pergamino, lo ocultó cuidadosamente en un agujero practicado en el pavimento. A pesar del poco tiempo transcurido durante esta sencilla operación, no cesaban los aldabonazos en la puerta.

El moro abrió una de las hojas de la única ventana de la habitación. La noche era lóbrega, y el silencio que reinaba, tenía para Omar cierta cosa de aterrador.

—¿Quién sois?—preguntó desde aquélla.

—Abrid, Omar, y lo veréis—contestó la única persona que el moro advirtió en la puerta.

Aquella voz, que no pudo menos de reconocer con secreto terror, le sorprendió en sumo grado.

Cerró la ventana. púsose una especie de manto, o albornoz viejo, tomó en seguida la lámpara, que alumbraba la habitación; y apoyándose en la barandilla de madera de la escala, fué paulatinamente salvando los peldaños.

Luego abrió la puerta, y ésta dió paso a un hombre de rostro descolorido y macilento. Al verlo, tembló Omar involuntariamente.

Este, antes que el recién llegado desplecase sus labios, se apresuró a decirle:

—¿Sois, por ventura, el jefe de los bandidos, o fantástica aparición, que su figura toma?

—Lo primero, Omar—respondió el interpelado con lentitud.

—¡Oh! pues, ¿no habéis muerto?

—¿Y sois vos quien tal pregunta?

—Subamos, subamos—exclamó el moro.

Y seguido del jefe de los bandidos, se encaminó a la habitación.

Llegado que hubieron a la que servía a Omar de laboratorio, éste, presentándole con cierta oficiosidad un asiento, decía al mismo tiempo:

—Venís descolorido y macilento ; ¿estáis, acaso, enfermo ?

—No os engaña el diagnóstico—respondió sentándose el bandido.

—Y ¿la causa ?

—Muy sencilla—contestó con perfecta, aunque estudiada indiferencia, el nuevo personaje que hemos introducido.—Figuraos un hombre, tan sabio como infame, que, dedicado enteramente al estudio, se entierra en vida ; y pasa su juventud y su vejez en experimentos y observaciones. Figuraos al propio tiempo una dama joven, bella, rica y noble, como la que más entre las de la corte del reino de Navarra. A esta dama, por razones que yo ignoro...

—No sigáis, no sigáis—le interrumpió el viejo moro, temblando de pies a cabeza, y extendiendo su convulsa mano.

—¿ Os causa daño esta historia ? Sin duda, que vuestra sensibilidad se resiente con tal relato, cuando apenas he hecho la exposición de ella. Vamos, haced un esfuerzo, porque la historia es interesante, e inesperado su desenlace.

El moro devoró en lo interior de su pecho la marcada intención de las palabras últimas, pronunciadas por su interlocutor.

—Decía, pues—prosiguió el mismo,—que en el reino de Navarra existía una dama, a la que, por razones que yo ignoro, el expresado sabio hizo su víctima, encerrándola en el subterráneo, que existe en una casa solitaria, situada a las vertientes de un monte, que domina a una ciudad de dicho reino, cuyo nombre es Tudela ; siendo ignorado este recinto por todo el mundo, a excepción de contadas personas. La expresada dama era amada por uno de los ricos-hombres, más bizarros y poderosos de la Corte ; al cual, sin otro crimen

que su amor, el infame sabio, por razones que también ignoro, propúsose matar. En el mismo reino de Navarra existen fragosos montes, que ofrecen seguro asilo e impunidad a los gentes, que se dedican al robo y a los crímenes; y en ellos moraba un bandido que, antes de serlo, había sido soldado; combatiendo, como tal, contra los extranjeros enemigos de su rey y de su patria. Hombre de regular instrucción, aunque de origen plebeyo, la quietud de la paz cuadraba mal con su espíritu inquieto y belicoso; y a falta de causas más nobles que defender, ingresó en las hordas de bandidos, ya por satisfacer su inclinación a las empresas peligrosas, ya por hacer frente con los productos de sus correrías a la miseria que le cercaba. Bien pronto fué aclamado por aquéllos, jefe. Todo esto no lo ignoraba el sabio; pero con toda su científica penetración, no pudo descubrir que en el alma del jefe, como en las de todos los valientes, se ocultaba un fondo de generosidad tal, que únicamente despojaba al transeunte de lo estrictamente necesario para arrostrar las necesidades de su aventurera vida, y contentar las murmuraciones de sus subordinados. El sabio, pues, sabedor de su existencia, le buscó afanosamente; y le fió la vil empresa de asesinar al enamorado hidalgo, atrayéndole mañosamente a un despoblado. Para este efecto, el mismo bandido puso en sus manos un pergamino, que el sabio le dió, fingiendo ser de la dama que amaba, y a la cual el sabio obligó a firmarlo. Este documento llegó a poder del hidalgo en una noche tenebrosa, en la corte de Navarra. A los pocos días éste, encargado por el rey de una misión en Africa, o insinuada quizás por el sabio, fué atacado; lo mismo que su comitiva, en el despoblado, al que arteramente se le había atraído. Antes de esto, el sabio

dió al jefe de los bandidos las señas y el modo de reconocer al hidalgo; cuya mano, se le aseguró, era débil para manejar las armas; por lo cual se dió su muerte por segura... pero, hagamos alto en el relato, porque me hallo de todo punto fatigado.

Omar sufría inexplicable tormento. El estremecimiento de su cuerpo, y el castañeteo de sus huesos, contrastaba admirablemente con el aplomo y la seguridad del bandido.

—Ya se ve—prosiguió éste, después de meditada pausa, con el fin de observar el efecto de sus palabras en el moro.—El jefe al frente de su gente atacó con plena seguridad del éxito a su adversario, y a los hidalgos y soldados, que componían la comitiva; pero, omitiendo accidentes que no son para narrados, el bandido cayó atravesado por una magnífica estocada de su enemigo. Mas ¿no habéis oído hablar de este acontecimiento?—preguntó repentinamente a Omar su interlocutor.—¡Oh! nadie ignora hasta los menores lances de la refriega.

—Sí, sí—balbuceó el aterrado moro.

—Para concluir, pues, os diré que el generoso vencedor respetó la vida del vencido, deplorando la obcecación que había convertido a un valiente soldado en alevoso bandido. Tomóle bajo su protección, ofreciéndole emplear su valor en empresas nobles; y por último, después de vendar su anchurosa herida, le condujo a un pueblo, encomendando la curación a la ciencia de un doctor, y encargando al mismo el secreto de la existencia del herido. El médico tomó tan grandes precauciones, que todo el mundo creyó al bandido muerto, incluso sus mismos subordinados, que habiendo presenciado su derrota, confirmaba estos rumores. Figuraos, Omar, que lejos de ser así, su alma ge-

nerosa ha concebido el medio de salvar a la mujer de la que el generoso hidalgo se halla enamorado, restituyendo su libertad y su vida a la víctima del satánico poder del sabio. Curado completamente de sus heridas, se dirige a casa de éste, en las altas horas de una noche. El terror, que su presencia le produjo, no es para contado. ¡ Ya se ve, como todo el mundo lo creía muerto !... Comenzóle a contar la historia de su resurrección, y el expresado sabio la escuchaba entre las mayores congojas del corazón.

—Está bien—exclamó Omar ;—y si ese mismo, a quién llamáis sabio, encerrase al bandido en el subterráneo, que ya conoce, perdiendo su propia libertad en vez de conseguir la de la mujer que ama su protector, ¿qué diríais ?

—Imposible, Omar. El sabio y el bandido se conocen muy bien para que antes de aventurar el segundo su persona, no haya previsto ese caso, y apostado gentes a las inmediaciones de la casa del primero, en la cual penetrarán y darán muerte al pérfido morador, si por medio de una seña convenida no les avisase el bandido de la seguridad de su persona.

—Soy perdido—exclamó al oír esto Omar, prosternándose al mismo tiempo a los pies de su interlocutor.

—Escuchad el final de la historia—dijo éste, como si no hubiese oído las palabras del moro, ni apercibídose de su humillante posición :—Bien comprenderéis que, además de libertar a la dama, el sabio merece un castigo terrible en pago de sus crímenes.

—¿Cuál ? — preguntó Omar con desencajado semblante.

—El que véis—dijo el bandido, apretando con

una de sus manos de hierro la garganta del sabio, y blandiendo con la otra afilada daga.

—Perdón, perdón—exclamó Omar, sin poder moverse.

El bandido, cuya intención no era por entonces la de matarle, fingióse conmovido por sus ruegos.

—Sí—respondió;—te otorgo la vida, pero vivirás como hacéis vivir a vuestras víctimas. La muerte no sería para vos un castigo, y al dárosela, no haría más que preceder por breves momentos a la obra de los años. Prefiero, pues, otorgaros la vida para que podáis odiarla, y se consuma en ese suplicio, cruel y lento, a que habéis condenado a vuestra víctima. Entonces comprenderéis su inmensidad, y veréis lo que es la vida sin esperanza. Veréis lo que es estar encerrado en un subterráneo sin otra compañía que las lágrimas, que caen gota a gota, ablandando la dureza del pavimento, ya que no lo alcanzan con el corazón de un hombre. Entonces, resumiendo vuestra vida, apreciaréis la maldad de vuestras acciones, y sentiréis su peso, si es que el alma, gastada en el crimen, es capaz de sentir la voz interior de la conciencia. Y estos pensamientos, desgarrando el corazón, y acibarando vuestra débil existencia, concluirán con ella en medio de los más terribles tormentos, y de la más horrible agonía.

—Gracias, gracias—dijo Omar al bandido.—Todavía vivo para mis proyectos—murmuró en seguida para sí.

Después de esto, el libertador de doña Clemencia se dispuso a visitar a la pobre prisionera, para lo cual, sacando de su bolsillo una linterna, la encendió, y la puso en las manos del moro; quien, sumiso al mandato, hizo saltar el resorte de la di-

simulada puerta, que conducía al subterráneo, habitado por aquélla.

Las sombras de aquellos hombres, recorriendo silenciosamente la extensa galería subterránea, se destacaban como fantasmas, dibujadas en las paredes, por el fulgor que producía la opaca linterna. El ruido de sus pasos resonaba lúgubrememente en ella. Al final de la galería había maciza y ferrada puerta, que impulsada por Omar, gró lenta y roncamente sobre sus goznes.

CAPITULO XXIII

La prisionera no se desdeña de estrechar la mano del exbandido, y llora de gratitud al ver sus generosos y elevados sentimientos.

Al tenue y pálido reflejo de la moribunda lámpara, se destacaba en el fondo de la habitación la figura de una mujer, tendida en un miserable saco de paja.

A la aparición de aquellos dos hombres, levantó automáticamente la cabeza, porque la reclusa había perdido ya el don celestial de la esperanza.

El bandido se acercó respetuosamente al miserable lecho donde reposaba, y al contemplarla, compadeció su suerte.

La fama, penetrando hasta en las guaridas de los salteadores de las Bardenas, había extendido la hermosura de la hija del conde Raimundo el VI de Tolosa. Pero el ser que a la vista del jefe de los bandidos se ofrecía, más que persona humana, se asemejaba a la figura escuálida y repugnante de la muerte. Pálido y abotargado rostro, ojos hundidos, cabellos desgñados, brazos

descarnados, manos crispadas, contracción general de miembros, y degradación de inteligencia; he aquí a lo que el cruel Omar había reducido a la belleza y discreción de la noble dama doña Clemencia.

Al verla en tal infeliz estado, el generoso bandido se sintió poseído de nuevo furor hacia el moro, acariciando maquinalmente el puño de su daga. Pero, afortunadamente para Omar, pudo dominar sus impulsos.

Doña Clemencia le miraba con cierta estupidez y sin articular una palabra.

—Señora—díjola el jefe de los bandidos, tomando asiento en el banco mugriento, que servía para poner la lámpara.

La dama no dió señal ninguna de haberle oído.

—Señora—volvió a repetir con voz más alta.

El mismo silencio por parte de la prisionera.

El estado deplorable de su inteligencia hizo rodar una gruesa lágrima por las tostadas y rudas mejillas del antiguo morador de las Bárdenas. Desde luego conoció la necesidad de apelar a otro medio; pero en la ignorancia de él, se volvió a Omar para decirle, lanzándole al propio tiempo amenazante mirada:

—Vos sois médico; y además, no dejaréis de conocer las afecciones de vuestra víctima; en este concepto, manifestadme sin demora el medio a que debo apelar para hacerla recobrar el juicio.

—Habladla de don Sancho el VIII de Navarra—respondió sumisamente el moro.

Al oír este nombre, la sorpresa se pintó en el rostro del bandido.

—¡Del rey de Navarra!—exclamó con incredulidad.

—Es a quien ama.—añadió Omar.

—¿Y Ruiz de Azagra?

El moro meneó negativamente su cabeza.

El bandido no sabía qué pensar; pero de la intervención en todo aquello, de la persona del rey, de Ruiz de Azagra, y del sabio Omar, dedujo que el bárbaro tratamiento con la dama por parte del último, no era obra exclusivamente suya.

En estas reflexiones le asaltó repentinamente un pensamiento.

—Lance fuera—pensó en su interior—que la dama estuviese recluída por mandato del rey; y un día, no lejano, pague con mi cabeza el haberla libertado, desbaratando de este modo sus proyectos!...

Al impulso de esta idea, fijó su vista en el rostro de Omar, el cual, conociendo las dudas del bandido, fingió maliciosa sonrisa con el fin de confirmarlas.

Entonces, el libertador de doña Clemencia no pudo menos de temblar a su vez.

La astucia del moro, a la cual se había asido como el náufrago a la tabla de salvación, estaba a punto de conseguir el triunfo.

Sin embargo, el bandido, recelando de la verdad de las palabras de su interlocutor, quiso probar el efecto que el nombre de don Sancho causaba en la pobre prisionera.

—Sí, Omar—dijo en alta voz, como conversando con éste.—El mismo rey don Sancho me ha confiado el amor que profesa a la noble doña Clemencia.

La prisionera, al escuchar estas palabras, clavó sus ojos en el que acababa de pronunciarlas, y pudo coordinar sus extraviadas ideas. Luego, dotada por un momento de fuerza sobrenatural, se levantó del miserable lecho, y acariciando entre las suyas las callosas manos de su libertador, le preguntó con precipitada acentuación:

—¿Os lo ha confesado él mismo?

El bandido se quedó absorto.

—Sin duda, señora—respondió.

—¿Pues quién sois?

El interrogado se vió embarazado para contestar.

—Uno de sus ricos-hombres de Navarra—dijo por último.

—¡Vos me devolvéis la vida!—exclamó, llorando de placer, la prisionera.

Nadie profanó su llanto con intempestivas frases.

El bandido volvió a sus recelos acerca del castigo que esta conducta le acarrearía por parte de don Sancho. A no haberse agolpado en el fondo de su compasivo corazón el llanto de la dama, y el recuerdo de la noble acción de Ruiz de Azagra en su memoria, el moro quizás hubiese triunfado.

Por fin, dirigiéndose a éste, dijo con resuelto tono:

—Sea obra vuestra, o del rey, la reclusión de esta dama, cumpliré por mi parte con las inspiraciones de mi corazón, y con el juramento que he prestado de libertarla. Después no temo los castigos, y mi suerte la remito a las manos de Dios.

—¡Oh! sí; salvadme, salvadme por piedad—exclamó la dama al oír las palabras del bandido.

—Tal es mi pensamiento—respondió decididamente.

Y tomándola en sus brazos, dejó a Omar en el subterráneo, que éste había deparado a doña Clemencia; y cerrando la puerta, atravesó con su carga la galería, y la instaló en el mismo sillón que antes ocupara el moro.

El bandido la prodigaba con tierna solicitud los socorros que exigía su estado, y de que podía disponer en el momento.

La dama lloraba de gratitud ; llanto benéfico, que le devolvía gradualmente su perdida inteligencia.

—¿ Veré pronto a don Sancho?—preguntó al bandido.

—No puedo satisfacer vuestra pregunta, porque le retienen pérfidos manejos y terribles guerras en países extranjeros, como igualmente a don Fernando Ruiz de Azagra, señor de Estella, y otros muchos ricos-hombres de Navarra.

—¡ Ruiz de Azagra!—murmuró la dama.

El bandido se perdía en conjeturas.

—¿ Y vos cómo os llamáis?—dijo doña Clemencia, como sustrayéndose a los recuerdos, que el nombre de Ruiz de Azagra le causaba.

—No quiero ocultároslo, señora. Os dije anteriormente que era uno de los ricos-hombres de este reino. Perdonad mi superchería, nacida únicamente del temor de intimidaros. Mi nombre obscuro os sería desconocido ; pero os confieso, que no soy hidalgo.

—¿ Pues cuál es vuestra profesión ?

—Noble dama—respondió dolorosamente su libertador,—la de bandido.

Doña Clemencia retrocedió pasos atrás, en alto grado asustada.

—Mas no temáis—se apresuró a decir su interlocutor, con el fin de tranquilizarla.—Bandido como soy, no desconozco los sentimientos generosos. Sabed que el terrible jefe de los salteadores de las Bardenas se convierte para vos en un esclavo. Yo os prodigaré mis cuidados durante vuestra permanencia en esta casa, donde debéis habitar hasta el regreso de don Sancho a este reino. No exijo me manifestéis las causas que os han sumido en tan horrible prisión ; quiero ignorarlas. Algún día os relataré las que me han impulsado a

devolveros la libertad perdida. Pero hoy sería extemporáneo.

—Sois un ángel—exclamó doña Clemencia, estrechando con efusión las manos del bandido, y llorando las lágrimas de la más pura gratitud.

—Señora—dijo aquél, sin poder contener las suyas,—disponed por siempre de mi vida.

El sentimiento de la generosidad y del reconocimiento salvaba en aquel momento la distancia, que mediaba entre la hija del poderoso conde de Tolosa y el jefe de los bandidos de las Bardenas de Navarra.

Ruiz de Azagra no podía preveer en el Africa el generoso protector, que en Tudela velaba por doña Clemencia.

CAPITULO XXIV

Amor y gloria.—El suplicio de una madre.

A cuatro leguas del mar, y situada en una llanura del Africa, a las márgenes del lago de la Goleta, existe la ciudad de Túnez, edificada no lejos de las ruinas de la antigua Cartago. Su campiña es fértil, y en ella crecen hermosos olivares. Sus selvas ofrecen abundante y sabroso pasto para los ganados. Dicha ciudad está a la mitad de una vertiente, y presenta una figura casi oval. En la época de que venimos hablando, estaba defendida por buenas fortificaciones. Hoy es una ciudad abierta, por haberlas arrasado y demolido los turcos, una vez apoderados de ella y del reino, a que da su nombre.

El rey de Navarra, al frente del ejército mahometano se encaminaba en dirección a dicho punto, con el fin de castigar la rebelión del de Túnez.

Los dos ardían en deseos de llegar a las manos. El último sabía muy bien la suerte que le esperaba en el caso de sufrir una derrota, deducién-

dola de la que el desaparecido Almanzor había deparado anteriormente a sus vasallos rebeldes de Marruecos.

A la primera noticia de la llegada del ejército, mandado por el rey y los ricos-hombres de Navarra, el de Túnez se apresuró a reunir un consejo de guerra, sometiendo a su deliberación, «si era más conveniente esperar a que el invasor pudiese sitio a la ciudad, o salir, por el contrario, a su encuentro, decidiendo la contienda en campal batalla».

Como sucede en semejantes casos, los pareceres de los consejeros eran discordes. Unos estaban por lo primero; y otros, por lo segundo.

Aquéllos fundaban su dictamen en atención a estar la ciudad bien fortificada, y abundantemente surtida de víveres, para poder resistir las acometidas del ejército invasor, el cual se hallaba falto de máquinas de guerra; pudiéndose por esta causa hacer continuas escaramuzas y salidas, con lo cual se conseguiría debilitarlo, para poder después fácilmente batirlo. Durante este tiempo, sus aliados, a cuyo frente se hallaba el rey rebelado de Tremezen, debía inquietar sin tregua ni descanso al ejército sitiador. Con este plan de guerra no dudaban asegurar que éste hallaría su tumba ante las murallas de la ciudad de Túnez.

Los que disentían de esta opinión, fundaban la suya diciendo que, aun conviniendo con lo prudente de esta conducta bélica, por estar efectivamente bien abastecida la ciudad para resistir un bloqueo prolongado, era, sin embargo, difícil y hasta imposible sostenerlo, careciendo, como carecían, completamente de agua.

Para poder apreciar en lo que valían estas razones, conviene saber que ninguna fuente, ni pozo, ni arroyo existía en la ciudad de Túnez. Para su-

plir esta falta, los tejados de las casas, que sólo eran de un piso, se hallaban contruídos en forma de terraplenes, con el fin de que las aguas pluviales pudiesen correr con más facilidad a dos grandes cisternas contruídas con este objeto. Del agua contenida en ellas se servían los ciudadanos, tanto para beber, como para las demás necesidades. Verdad es que, extramuros de la ciudad, había un *Dubian* o pozo de agua viva, que se vendía por las calles. Pero ni la de éste, ni la de otros depósitos menos capaces, que también había, poco o nada se aprovechaba el pueblo, pues sus aguas se reservaban para el servicio del rey, y sus oficiales y dignatarios de la Corte. Mas, aun cuando el caudal de aguas fuese abundante, no podía contarse con ellas, por estar los pozos fuera de la ciudad; quedando, por consiguiente, para el uso del ejército sitiador.

Estos inconvenientes, junto con la impaciencia de medir las armas con el enemigo, pesaron en el ánimo del rey de Túnez, y en el de los de la mayoría de sus consejeros.

En su virtud, disponiendo su ejército, y dejando custodiada la ciudad, el caudillo rebelde salió a buscar al que mandaba don Sancho y los ricos-hombres de Navarra.

Avistáronse, por fin, cerca de la Goleta; la cual, antes de ser fortificada por Barbarroja, no era más que una torre cuadrada próxima a la embocadura del mar, que desagua en el lago o estanque, que existía delante de la ciudad.

El ejército del rey de Túnez acometió impetuosamente, y con la algazara acostumbrada, que se asemejaba a desorden, al de Navarra; cuyo caudillo lo aguardó silenciosamente y con una tranquilidad, que aquéllos tomaron por desaliento y cobardía; no contando que, aunque mahometano,

el de don Sancho obedecía a los preceptos y táctica militar del adalid experimentado, que lo mandaba.

A la brusca acometida del enemigo, se desordenaron algún tanto las tropas de don Sancho; pero recobradas de su pánico por el rey y los ricos-hombres de Navarra, volvieron a ocupar su línea de batalla; y arremetiendo con denuedo, metieron la refriega en el grueso del enemigo; el cual, incapaz de sostener la lucha, se pronunciaron en vergonzosa fuga, para nunca volver a rehacerse. En vano el rey de Túnez intentó atraerlos con su ejemplo al campo; en vano se hizo fuerte con algunos de sus soldados, dispuesto ya que no a vencer, a vender al menos cara la victoria. Los soldados, desconociendo la voz del honor bélico, del que ninguna conciencia tenían, no cesaron en la fuga; siendo, por fin, estrechamente cercado su caudillo por el mismo rey y ricos-hombres de Navarra; y debiendo a aquélla, la salvación de su persona.

Siguióle don Sancho a la ciudad de Túnez, en donde se había encerrado, y sin que nadie le opusiese la más débil resistencia, se apoderó de ella. y acuarteló sus tropas más como triunfador, que va a recibir la ovación de la victoria, que como enemigo sediento de sangre y de venganza.

Y sin más lances, ni más alternativas, el rey de Navarra redujo a la obediencia del sucesor de Almanzor al rey de Túnez. De modo, que al comunicar las nuevas de su victoria al regente y tutor de Mahomad, pudo haber parodiado las célebres palabras de César al Senado romano: «Llegué, ví y vencí».

Pero esto, por incrédulos que seamos, no debe sorprendernos. Las generaciones contemporáneas del moderno César ¿no vieron con asombro a uno

de sus generales, tomar con arma de caballería a una plaza reputada hasta entonces, con razón, como inexpugnable?

El vencido rey de Túnez salió al encuentro del vencedor, demandándole el perdón de la vida, y haciendo juramento de fidelidad a Mahomad, del cual se confesaba tributario. El rey de Navarra, en quien la clemencia no resplandecía menos que el valor, se la otorgó en nombre de Brahem.

Agradecido por tan noble acción, el de Túnez le dispuso alojamiento, así como a los ricos-hombres, en su propio palacio; el cual estaba embellecido con torres, grandes pórticos, extensos patios, bellos jardines, retretes y cámaras suntuosamente adornadas. El palacio se hallaba situado en frente de una soberbia mezquita, en la cual se veía un minarete o torre muy alta, de arquitectura tan bella, que constituía el mayor ornamento de la ciudad de Túnez.

Menos afortunado que don Sancho el *Fuerte de Navarra*, fué 70 años después de este acontecimiento, San Luis, rey de Francia; el cual, teniéndola sitiada, perdió la vida delante de sus muros.

Pacificado el reino de Túnez, don Sancho dispuso llevar la guerra al de Tremezen, en el cual halló mayor resistencia que la que era de esperar, por la obstinada desesperación con que pelea quien sabe lo hace por una causa cuya pérdida es inevitable.

Don Sancho emprendió sus operaciones, e inauguró la campaña contra los de Tremezen, para lo cual hubo necesidad de fiar al tiempo y a la prudencia el término dichoso de ella.

Mientras que el rey de Navarra seguía en la lucha con varia fortuna, penetremos con el lector en el palacio de Mahomad, en la ciudad de Marruecos.

En un patio cuyo suelo era de mármol finísimo, con infinidad de trabajos a la mosaica y hermosas fuentes, se halla una cámara, cuyas paredes estaban revestidas con porcelana fina, y enriquecidas con flores de colores. En ella se veía asimismo un lecho en forma de pabellón a la romana, de paño de oro, cercado con columnas de plata. Los colchones eran de brocado, y las extremidades de los paños del expresado pabellón, bordados en seda. Encima y debajo del lecho había innumerable cantidad de pieles de zibelinas, de precio inestimable, para impedir el frío; y las tablas estaban cubiertas con ricos tapices de Persia, tejidos de oro.

Cincuenta cristianos muzárabes hacían la guardia a la persona, que en aquel momento ocupaba el lecho, ocupando las cámaras inmediatas.

Multitud de odaliscas se hallaban en la habitación descrita, no existiendo más hombres que los absolutamente necesarios, y a quienes daba derecho su alta posición y dignidad.

Zorayda era la persona que ocupaba el riquísimo lecho, próxima a cambiar de estado. Un pequeño turbante a manera de gorra servía para conservar ordenado su cabello.

Tan luego como el encargado anunció la entrada del primer médico de la Corte, todos los circunstantes despejaron la cámara. Introducido hasta la cámara por los eunucos negros, mostró el salvoconducta de Mahomad; requisito, sin el cual no se le hubiese permitido la entrada.

Como Zorayda se hallaba fuera de enfermedad común, se suprimió la práctica de cubrirle el rostro; dejando fuera únicamente la mano, para que el médico pudiese tomarla el pulso; y aun ésta se cubría con una tela sumamente fina, para impedir el contacto con la paciente. A los pocos minutos, aunque con lágrimas, que indicaban a la vez

su gozo natural, y su pesar con fatales recuerdos y presentimientos, acariciaba a un hermoso y bello niño, cuya contemplación enajenaba su corazón de madre.

Mas apenas comenzaba a saborearla, y escuchándose aún los vagidos de su hijo, cuando el médico le anunció el mandato, que de Brahem había recibido, para arrancarle de sus maternales brazos, con el fin de hacerlo criar en secreto, y encubrir de este modo lo que el regente apellidaba infamia a la sangre de los Almohades, atraída por la debilidad de Zorayda. Y sin embargo, el lector sabe muy bien que aquella mancha no tanto procedía de la infanta y de don Sancho, cuanto de los infames y pérfidos planes, tramados e inspirados por él y su correligionario Omar.

La pobre madre agregó la desesperación, que el anuncio del médico le causó, a los padecimientos que cuesta el título de tal. El niño extendía instintivamente las manos hacia su madre, y ella le besaba con delirio, porque el amor materno es, no aventuramos la especie en asegurarlo, una de las ideas innatas, grabadas en el apenas formado corazón del niño. Zorayda se resistía a desprenderse de su hijo. La asociación de ideas, que es fruto del sentimiento, no del raciocinio, la hizo pensar en su padre. Entonces comprendió cuanto habría sufrido al verse decepcionado en su amor por la hija a quien tanto amaba. Entonces adivinó lo mucho que su pasión por don Sancho habría acibarado el alma del anciano. Entonces, finalmente, abarcó, deduciéndolo de *El suplicio de una madre*, cuán horrible sería *El mayor pesar de un padre*.

Entonces sintió la suerte del infeliz anciano, y pensó en su martirio al ver desgarradas sus ilusiones de padre. Los dolores de la maternidad,

los remordimientos por la conducta que observara con su padre, junto con el amor de madre; todos estos pensamientos desgarraban el corazón de la sultana.

Mientras tanto, el médico intentó arrebatársela su hijo. Pero ella, con actitud amenazante, le cubría con su cuerpo, y desafiaba resueltamente al que se atreviese a robarlo.

Nunca impone más el furor de una madre, que en defensa del hijo de sus entrañas. En su actitud y en sus movimientos, en su silencio y en sus palabras, en sus miradas y en sus lágrimas, hay cierta cosa solemne y sobrehumana, que paraliza y hasta aniquila las tentativas de los más audaces. El amor de madre convertía a la inerme y tímida infanta en fiera leona de sus desiertos africanos.

Viéndola el médico en actitud tan resuelta; y juzgando que para llevar a efecto el mandato de Brahem era preciso indispensablemente acudir a la violencia material, salió de la cámara con el fin de poner en conocimiento del mismo la decidida resistencia de Zorayda.

Al oír el regente la relación del médico, se sorprendió, se enfureció y le apostrofó, llamándole cobarde. Y era, que *su alma vil* no comprendía la influencia que sobre las demás pudiera ejercer la indignación sublime de una madre. Encolerizado, pues, y vomitando fuego por sus ojos, y denuestos por su inmunda boca, se decidió a entrar en la cámara de Zorayda.

—Acabo de saber—díjola sin más preámbulos—que oponéis una resistencia caprichosa a mis órdenes, la cual redundará en menoscabo de vuestro honor, y en abierto menosprecio a una razón de Estado, que las dicta.

—Y ¿qué me importa el honor, ni la razón de

Estado? Mi hijo... mi hijo... dejadme mi hijo— exclamó Zorayda con acento desgarrador.

—¿Que no os importa?—respondió sarcásticamente Brahem. —¿Conque nada os importa la mancha, que habéis echado en la raza heroica de los Almohades? Después de haber abusado vilmente de mi condescendencia y de la libertad, en que a despecho de nuestras costumbres, os he dejado; después de haber cubierto de infamia vuestro honor de mujer y de creyente, por el sacrílego comercio con un cristiano, enemigo, como tal, del profeta; ¿queréis que lleve la debilidad hasta el punto de apadrinar vuestra deshonra, y la que a Mahomad y a mí nos habéis acarreado, dejándoos el hijo, que el infierno ha hecho fecundar en vuestras entrañas? No, Zorayda; no ofreceré tal baldón a la vista de nuestros vasallos. Un sacrilegio nefando pudiera acarreamos la malevolencia de los musulmanes, cuyas conciencias se sublevarían al saberlo; mientras que, engrosando las filas de los mal contentos, pudieran hacernos perder los reinos; cuya conservación y engrandecimiento costó tanto a vuestro anciano padre. He aquí la razón de Estado, que manda imperiosamente arrebatarnos vuestro hijo, a pesar de vuestra resistencia y vuestras lágrimas.

—Padre mío—exclamó Zorayda, al oír evocar por Brahem su memoria.

—¿Creéis, acaso—replicó éste,—a juzgar por vuestra exclamación, que el noble Almanzor, refrenando sus afectos de padre, como freno yo los míos, no hubiese obrado con respecto a vuestro hijo, del modo que el decoro y vuestro exige?

—¡Oh! no profanéis con ese pensamiento su memoria—respondió Zorayda.

—Oid—la hizo observar el regente con benévolo acento:—Mal pensáis, si creéis en peligro la exis-

tencia de vuestro hijo ; no, el inocente ser no tiene la menor culpa de haber recibido una vida de la que él se avergonzará en su día. En este concepto, mi intento es únicamente sustraerle del reino, y entregarle al rey su padre, para que lo eduque, si así más le place, en la religión cristiana ; supuesto que en Navarra existen hombres de la virtud y ciencia del médico Omar. Vos tendréis noticias de él, y podréis consolaros con saber que vive ; y quizás el destino le tenga reservado para ser actor de grandes acontecimientos. El rey de Navarra, que tan vilmente ha abusado de vuestra inocencia y vuestro amor, conviene con mis proyectos, y promete acumular en el hijo la felicidad que robó a la madre. Bien comprenderéis, pues, que el desprenderos de vuestro hijo redundará en pro de vuestro honor, el de Mahomad, el mío, y en bien de ese mismo ser, que en el hecho de obstinaros en retenerle, mostráis amar muy poco.

Zorayda escuchó estas palabras con atención no interrumpida, y mirando alternativamente a su hijo y al regente. Tal vez se hubiese dejado seducir por ellas, si el lloro del niño no hubiese como protestado elocuentemente de lo que arrojaban en su daño.

El amor de madre venció por último a las capciosas reflexiones de Brahem.

Zorayda, buscando angustiosamente un término que conciliase las intenciones del regente con las suyas, respecto de su hijo :

—Pues, si ya don Sancho—dijo—está próximo a finalizar la guerra con nuestros enemigos, debiéndose efectuar entonces nuestro enlace, ¿ qué inconvenientes ofrece el que me djéis a mi hijo ?

—Porque don Sancho — contestó sombríamente Brahem—no vendrá.

—¿ Que no vendrá ?—exclamó Zorayda, llena de

terror.—¿ Me desprecia, por ventura? ¿ Será algún miserable, que después de haber mancillado mi honor, aprovechando los momentos de debilidad, le hastía mi persona? ¿ Así abjura de su doble calidad de rey y de cristiano, convirtiéndose en el más pérfido de los hombres? ¡ Oh! ¿ No me ha dicho mil veces, que el amor del cristiano no es sensual, ni corpóreo; y que el deleite sólo existe en lo ideal? ¿ No ha invocado siempre su religión con el fin de probarme la verdad de sus palabras, enseñándome a amarle, como él aseguraba amarme? ¡ Infeliz, infeliz de mí! ¡ Por un momento de debilidad, cuántos de martirio! ¡ Por un instante de desvanecimiento y postración de voluntad, cuántos de horribles congojas!

—Pero no—prosiguió después de haber reflexionado brevemente;—es imposible que la pasión del rey tenga desenlace tan infame. Alguna otra debe ser la causa que le impide verme.

—Tenéis razón, Zorayda: la muerte.

—¿ Ha muerto?—exclamó la sultana.

Y perdiendo el conocimiento, cayó inerte sobre el lecho, abrazando automáticamente a su hijo, el cual no cesaba de llorar.

A favor de esta situación, Brahem y el médico quisieron aprovecharse del paroxismo de Zorayda, arrancándole de su poder a su hijo.

Pero al poner en práctica este designio, la pobre madre recuperó el sentido, y le defendía con un valor rabioso. Era el grupo de Lavcoonte.

—No lo conseguiréis, infames—gritaba con toda la fuerza del furor;—antes tendréis que asesinarme.

Las lágrimas de la madre, los vagidos del niño y las imprecaciones del regente, producían infernal contraste.

Por fin, los dos sicarios del amor materno, con-

siguieron, como no podía menos de suceder en tan desigual contienda, a rebatarla el hijo, por cuya posesión luchaba. Mas ella, asida fuertemente a los cuerpos de los raptos, embarazaba, ya que no impedía, su marcha, siendo por ellos arrastrada sin piedad por el pavimento. Ganada, por fin, la puerta, desasieron de sí bruscamente a la infanta, dejándola tendida en el alfombrado suelo, acometida de mortal desmayo, producido por la enervación de sus gastadas fuerzas.

Pasados breves momentos, la afligida madre volvió a la vida, y sueltos sus cabellos y con ojos chispeantes, se dirigió al lecho, que antes ocupara. Desvanecida la ilusión de encontrar a su hijo en él, comenzó a registrar con minucioso afán toda la cámara. Desengañada de la esterilidad de sus investigaciones, apoderóse de ella frenético acceso de locura, y clavó las uñas en su rostro; y arrancando los cabellos, llamaba desesperadamente a su hijo, y volvía de nuevo a buscarle, repitiendo una y mil veces aquella triste tarea, que semejaba en cierto modo la de Sísifo.

La muerte de don Sancho, anunciada por Brahem, nada era para la sultana. El amor de madre avasallaba la pasión de amante.

Hay escenas, que la pluma se resiste a describir, pero que las comprende, aunque nos las explique, la persona más ignorante, si ha llegado a conocer los entimientos maternos.

Para éstas especialmente, no será vacío de sentido el epígrafe de este capítulo, que titulamos: *El suplicio de una madre.*

Zorayda, al recorrer con la vista hasta los sitios más recónditos de su cámara, se detuvo para contemplar maquinalmente el retrato de don Sancho, que le había dado en la funesta noche que precedió a su partida.

Entonces espiró el sentimiento de la madre, para dar plaza al del amante.

—¡ Muerto !—exclamó arrodillándose ;—¡ muerto, cuando apenas ha comenzado a palpar la felicidad ! Los presentimientos de mi pobre corazón no han sido fallidos : ¡ la corona mortuoria ciñe, en vez de la de la gloria, su cadavérica frente ! ¡ Y muerto por mi causa ! Sin él ¿ de qué me sirve la vida ? Sin él y sin mi hijo ¿ cómo podre sobrellevar mi existencia miserable sin respirar el aliento de ambos, ni gustar de sus alhagos ? ¿ Habrá sucumbido el rey a manos de los enemigos de Mahomad, o asésinado por Brahem ? ¿ Por qué no he de creerlo ? ¿ No es acto más infame arrebatarse a un hijo del regazo de su madre, aun no amortiguados los dolores de la maternidad, y cuando apenas ha estampado el primer beso en su tierna frente ? El contacto de mi persona mata a los objetos, que más amo. Mi padre, mi amante, mi hijo, todos han sucumbido víctimas de mi funesta estrella. De hoy más, ya no tengo quien suspire conmigo, ni nadie que me tienda su mano generosa ; nadie, en fin, que le inspire piedad mi suerte ; porque ella está marcada con el sello de la deshonra. Dios mío, Dios de los cristianos, a quien tanto amó don Sancho ; inmenso debe ser vuestro poderío, cuando ante él se humillaba el más grande de los héroes ; yo imploro de vos la paz para el alma de don Sancho, y protección para mi hijo, sino ha espirado también a manos de Brahem. Yo os adoro, como el rey os adoraba ; y si mis impuros labios no profanan vuestro nombre, ceñid, Dios mío, su frente con la corona de la gloria, ya que tantas veces le ha coronado la victoria. Y al invocar vuestro favor, maldigo la raza infame de los Almohades, y abjuro desde este momento las impías

creencias de la pérfida secta, que de tal modo santifica los crímenes más atroces.

A datar de aquel momento, Zorayda era cristiana.

¿Será un vago presentimiento del porvenir, que Dios infunde en ciertas almas; o que la adversidad nos hace conocer los errores, en que la dicha nos ha sumido?

Hasta qué punto se cumplió la maldición de Zorayda respecto a la raza de los Almohades, el lector podrá apreciarlo en el curso de esta obra.

La sultana nunca rindió ya culto al falso Mahoma. Tanta impiedad enfurecía al regente; empleó primero las promesas y los alhagos, y después las amenazas; pero nada pudo conseguir para hacer variar a Zorayda de su inexorable resolución. Desde entonces, el soplo divino se albergaba en su corazón.

Después de la anterior plegaria, se sintió más tranquila y más serena, porque la plegaria es para el alma contristada lo que el sol para las plantas, lo que la aurora para la tempestad, lo que la voz de Dios para las removidas ondas de los mares. En la plegaria se refugia el alma, como los ángeles en el cielo, como el cordero en el aprisco, al sentir carnicero lobo; como el aterrado niño en el regazo de su madre. Una tierna plegaria acalla los remordimientos de una vida, deslizada por la pendiente de los errores, y cuando nada interrumpe su solemnidad, se eleva majestuosa hasta el cielo; cuyo sol, según la valiente frase de un poeta, es el polvo que pisan los pies del Gran Dios. ¿Quién no derrama lágrimas de ternura con el autor del Genio del Cristianismo, cuando describe *La plegaria vespertina a bordo de un navío*, o con Esmenard en el canto VIII de *La navegación*?

Los labios de Zorayda no profirieron ulteriormente ni una queja al pensar en su amante, ni el más leve murmullo sobre su desastrosa suerte. La plegaria había difundido en el alma de aquella joven la resignación y el consuelo. Instintivamente buscaba el bien en otra parte distinta del mundo.

Mas el lector verá después, que don Sancho no había muerto, como el regente asegurado ; ni tampoco el niño ; que contra la creencia suspicaz de la madre, iba a ser enviado por don Sancho al reino de Navarra, confiándolo, como Omar había previsto, a su cuidado.

Dejemos, pues, a Zorayda, desgarrado su corazón por el más *horrible suplicio de una madre*, y volvamos a don Sancho ; el cual, contrariado por los desesperados esfuerzos de los rebeldes de Tremezen, veía prolongarse la guerra, preparándose para decidir la lucha. Y de este modo conocerá el lector los motivos que podían impulsar a Brahem, cuando aseguraba a Zorayda la muerte del navarro.



CAPITULO XXV

Visita del Obispo de Pamplona al rey, y fidelidad heróica de sus súbditos.

Después de no pocos combates campales, en que los cristianos llevaron la mejor parte, don Sancho se disponía a concluir la guerra, sitiando al rey de Tremezen en la capital de su imperio; en la cual se había visto obligado a encerrarse.

Ya había comenzado a bloquear la ciudad, cuando se le anunció la repentina, cuanto inesperada visita del Obispo de Pamplona; a quien acompañaba otro hidalgo del mismo reino, y cuyo nombre pasan en silencio las crónicas.

Mas para dar a conocer la causa de la llegada de estos personajes, es de absoluta necesidad echar una ojeada atrás, refiriendo los acontecimientos de que era tatro el reino de Navarra, los cuales obligaron al Obispo don García y al hidalgo, que le acompaña, a pasar el mar en busca de su cautivo rey.

Dijimos anteriormente, que los reyes de Aragón y de Castilla, aprovechándose de la ausencia del de Navarra, habían invadido el expresado reino por la parte de Alava y Sangüesa, apoderándose de algunas plazas de escasa importancia, y retirándose en seguida a invernar a sus respectivos

reinos, pero sin abandonar el propósito de acometer a Navarra, tan pronto como espirase la fría estación de invierno.

Apenas, pues, transcurrida; los dos reyes, coaligados, volvieron a emprender sus operaciones del mismo modo que antes lo habían hecho, esto es, acometiendo a Navarra el rey de Aragón por la parte que confinan ambos reinos; y el de Castilla por otra, con el fin de dividir y distraer de un punto las exiguas tropas, de que los navarros disponían para rechazar tan injustas agresiones. Engolosinados, por decirlo así, con la fácil expugnación de algunas plazas, pensaron sitiar las de mayor importancia. Para este efecto, el castellano se dejó caer a las inmediaciones de la ciudad de Vitoria. Mas conocida su intención, se encerró dentro con buenas tropas don Alonso Fernández de Guendulain, el cual estaba resuelto a defenderla hasta el último trance. Don Alonso de Castilla principió el bloqueo, haciendo jugar las máquinas de batir y demás aparatos bélicos de aquella época. Pero los sitiados rechazaban sus embestidas, y hacían frecuentes salidas, con las cuales debilitaban el ejército castellano. Los sitiadores conocieron entonces que nada adelantarían con aquel sistema de bloqueo a causa de la heroica resistencia de los sitiados, los cuales gastaban las fuerzas de don Alonso, sin dejarles siquiera la satisfacción de la gloria. Por esta causa desistieron de su propósito, y comenzaron a cercar la ciudad con fosos, empalizadas y trincheras, cortándola de este modo la comunicación con el resto del país, e impidiendo la introducción de víveres. Los efectos de este sistema no tardaron en dejarse sentir cruelmente; los cuales, con la escasez de los alimentos, debilitaron los cuerpos, ya que no el valor, de los heroicos defensores de la ciudad sitiada.

Cinco meses habían transcurrido desde el día en que comenzó el bloqueo, durante los cuales lo habían sostenido, resueltos a perecer en las ruinas antes que entregar la plaza. Pero el expresado obispo don García, testigo admirador de tan grande heroísmo, propúsose pasar en persona a parlamentar con don Alonso de Castilla, rogándole desistiese de su empresa, mientras que él, acompañado por uno de los nobles de Navarra, se encaminaba al Africa, con el fin de manifestar a don Sancho la situación de la plaza, y hacer la entrega de ella, una vez levantado el juramento de fidelidad que sus vasallos le habían prestado. Don Alonso condescendió con los ruegos del venerable Obispo; y éste, acompañado, como ya hemos dicho, por un hidalgo, partió sin dilación al Africa.

Los viajeros arribaron, pues, a dicho reino, y en él hallaron al rey de Navarra a la sazón que, vencedor del de Túnez, iba a serlo bien pronto del de Tremezen. La inesperada visita del Obispo, a quien, hemos dicho anteriormente, amaba en extremo, le sorprendió agradablemente. Pero el placer que de ella tuvo, se trocó en amargura, al exponerle aquél la causa de su llegada.

Don Sancho se lamentó, al oirla, de la injusta agresión, verificada en su ausencia por los reyes de Aragón y de Castilla; los cuales se habían aprovechado de la funesta causa que le impelía sojuzgar reinos extraños, en tanto que el suyo se desquiciaba. Considerando, pues, que el rey de Tremezen sería pronto derrotado, vencido ya en algunos encuentros parciales, y falto de los auxilios del de Túnez, despachó pliegos a la Corte, con el fin de alcanzar de Brahem el permiso para poder regresar a Navarra, cuyo reino acababa de saber se hallaba seriamente amenazado.

Mas el regente, resuelto como estaba a no otor-

garle la libertad hasta dejar completamente pacificado el reino, no quiso acceder a sus instancias.

Uno de los consejeros de Brahem, encargado por éste de dar al rey la negativa, era también el portador del niño de quien se ha hablado. Consiguiente con los designios de Omar, el mensajero había recibido la misión de hacerle extender un acta, por la cual se obligase al rey a reconocerle por hijo, y como tal, por heredero legítimo a falta de otros, de la corona de Navarra.

El rey lloró de enternecimiento, cuando el consejero lo puso en su presencia, besándolo una y mil veces, y estrechándolo con frenética efusión contra su pecho.

El acta fué extendida; pero contra los planes de los autores de ella, no llegó a surtir el efecto apetecido.

La presencia del Obispo don García, y del hidalgo, que le acompañaba, interrumpió los paternales transportes de don Sancho, el cual, informándoles de la negativa del regente, y encareciendo la fidelidad y la constancia de los heroicos defensores de Vitoria, levantó el juramento que le habían prestado, *mandando* expresamente se entregaran a los castellanos, con *el fin de que tan honrados vasallos no llegasen a perderse*.

«Por padre verdadero de ellos, exclama al llegar a este punto un escritor de Navarra, los calificara el juicio de Salomón, pues los quiso más hijos sanos y enteros, aunque enajenados de sí, y a provecho de su enemigo, que despedazados a despecho de envidia bastarda, para nuevo y mayor dolor suyo; y tanto cuidó el rey del honor y salud de los sitiados, que quiso asegurar ésta con fuerza de mandato.»

Con lo cual, salieron los embajadores del Africa en dirección a Navarra. Un día después de ello,

lo efectuaba también, siguiendo la misma ruta un jinete, que conducía un niño.

En virtud del *mandato* de don Sancho, entregóse Vitoria al rey de Castilla, después de haber sostenido un sitio por espacio de siete meses; en el cual seapuró el valor, la constancia y el heroísmo de los defensores. Una vez apoderado don Alonso de dicha plaza, fácil le fué enseñorearse de otras muchas de Alava y Guipúzcoa, como San Sebastián, Fuenterrabía, y las restantes de menos importancia.

Después de la partida del Obispo, el rey de Navarra, ardiendo en ira por la resistencia de sus contrarios, e impaciente por alcanzar la mano de Zorayda, redobló su energía, y compelió al rey de Tremezen a aceptar la batalla, que el de Navarra le presentaba; en la cual, derrotado completamente el de Tremezen, se dirigió a la expresada capital, de la cual se apoderó sin hallar ya la más leve resistencia, dejando de este modo completamente pacificado el reino, e imponiendo el vasallaje.

Después de una marcha no interrumpida de triunfos y victorias, don Sancho creía ver realizado ya su eterno pensamiento. Brahem no necesitaba ya de su persona, y efectuado su enlace, se proponía partir con Zorayda para Navarra, cuyo reino exigía imperiosamente su presencia, para dissipar los agresores planes de los reyes coaligados de Aragón y de Castilla.

Del mismo modo que don Sancho, cada uno de sus hidalgos se entregaba también a sus pensamientos; diferentes según el móvil que los determinaba. Pero todos convenían en uno, que alborozaba sus almas de alegría, cual era el de regresar a su patria. Deseo tanto más poderoso en el hombre, cuanto menores son las esperanzas de lo-

grarlo. Este deseo, cuya irrealización produce en los hombres nostálgicas afecciones, podrán medirlo los que se hayan visto precisados a comer el amargo pan de forzosa emigración.

El corazón de don Sancho rebosaba de placer al pensar en la proximidad de su enlace con Zorayda. Su alma, antes que de guerrero, de amante, iba por fin a alcanzar la realidad; cuya idea le estremecía de gozo. El niño, que acababa de dar a luz Zorayda, satisfacía sus sentimientos de padre, y su existencia auguraba al hombre-rey un heredero de su trono. Los reinos del mediodía de España, que Zorayda le aportaba juntamente con su persona, acrecentarían su poder, y le prestarían medios de rechazar las agresiones de los reyes de Aragón y Castilla, con la misma facilidad y presteza que acababa de derrotar a los de Túnez y Tremezen. Pensamientos gratos, que sumían su espíritu en fruición indescriptible.

Ruiz de Azagra anhelaba también regresar a Navarra con no menos impaciencia que don Sancho; a éste el Africa le daba la felicidad en Zorayda, mientras que el joven infanzón esperaba con fe hallarla en doña Clemencia en Navarra, entre cuyos pensamientos no dejaba de mezclarse a veces el recuerdo de la dama, doña Marquesa de Buñuel. Todos, finalmente, improvisaban planes lisonjeros para lo futuro, con cuyo arrullo y el de un viento próspero, se embarcaron, por fin, para la Corte de Marruecos, término y fin, según creía don Sancho, de la suerte dura, por lo adversa, que hasta entonces le había abrumado constantemente.

Omar había dicho «preciso es que don Sancho venza», y la victoria, dócil a las palabras del moro, había prestado sus sangrientas alas a don Sancho.

CAPITULO XXVI

La fuerza avasallando a la perfidia.—Nuevos planes de Brahem.

Al sur de la ciudad de Marruecos, se ve una cadena de montañas, llamadas el Gran Atlas, la cual separa la Berbería de Viledulgerid, de Oriente a Occidente, y un poco más allá existen los desiertos arenosos de la Numidia.

Don Sancho y los caballeros navarros, creyendo caminar al Poniente en dirección a Marruecos, fueron conducidos en dirección al Mediodía por las secretas órdenes de Brahem, de cuyo engaño no se apercibieron, como poco conocedores del país, y caminaban tranquilos.

Por fin, después de haber atravesado un país lleno de dátiles, se encontró en el desierto de Sonda (la descripción siguiente sólo se entiende con el público no científico), tierra muy pobre, que sólo contiene ese desierto árido y arenoso, inhabitable en su mayor parte, y de larga travesía, y en el cual no se encuentra una gota de agua. Por esta causa, los albergues son muy escasos, y aun éstos, lejanos los unos de los otros, en lugares don-

de hay lagas y algunos pantanos, y donde el aire es más templado. Los seres, que en ellos viven, son tan groseros, que más se asemejan a animales, que a hombres. En algunos de ellos existen sitios con murallas de tierra; no hay ni ríos, ni fuentes, ni otra agua que la de algunos pozos inmundos o lagos; siendo éstos tan escasos, que los comerciantes, que parten para el país de los negros, además de los camellos que se sirven para portar las mercancías, llevan otros sin más objeto que conducir agua. En los puntos del tránsito, donde se encuentran pozos, que se han cabado, están rodeados por delante con huesos de camello a falta de piedra, y cubiertos con pieles de estos animales, para evitar que el viento de Oriente, que se levanta en el verano, y que transporta de un lugar a otro las arenas, ciegue dichos pozos, abiertos con tanto afán. Las tempestades son algunas veces tan violentas, que los hombres y los camellos son por ella oprimidos y cubiertos a la altura de una pica; lo terrible es comúnmente que cuando los viajeros arriban a los sitios donde están los pozos, no les pueden encontrar a causa de la gran cantidad de arena que les cubre, por lo que perecen de sed. El único remedio en tan angustiosa situación, es degollar los camellos, con el fin de beber el agua contenida o depositada en sus vientres. Porque como pocos ignoran, cuando estos animales beben, lo hacen para doce o quince días, sin lo cual era imposible hacer un largo viaje. Esto suple la falta del agua, hasta que los viajeros llegan a puntos donde la hay, si antes no mueren en el camino. Las estaciones no son semejantes todos los años. Si llueve desde mediados de agosto hasta febrero, crece la hierba en abundancia, y produce mucho bien a los rebaños, que pasan lo largo de los lagos. Cuando los merca-

deres hacen el viaje después de estas lluvias, tienen la ventaja de encontrar muchos, y cantidad de *beure a gran marché*. Pero si las aguas faltan, sufren mucho, así como los habitantes del país; además que estas sequías van siempre acompañadas de grandes huracanes, que transportan montes de arena. Las cosechas son muy escasas, porque no se siembra sino cebada, y ésta en determinados puntos; lo que hace que los habitantes vivan con miseria. A esta excesiva sequía se atribuye la cantidad de animales monstruosos que se encuentran en este desierto, como leones, tigres y avestruces. Estos últimos son mayores que todas las aves, y algunos más grandes que un hombre a caballo. Los habitantes son groseros y salvajes, pero de tanta intrepidez, que esperan a pie firme un león o un tigre con tanta ferocidad, como la que pueden tener estos animales. Cada jefe de familia es oberano en su cantón.

La perspectiva de tan árido y triste país heló de terror los esforzados corazones de don Sancho y sus caballeros, y comenzaron a recelar acerca de las intenciones de los que le conducían.

Tendió una mirada a sus caballeros, y contemplándolos bien armados, y que si no excedían a los musulmanes en número, les aventajaban en destreza y manejos de las armas, se contempló bastante fuerte para imponer su voluntad.

Entre estos temores, significó su decidida resolución de volver atrás.

Los moros se sorprendieron de las palabras del rey, pero nada objetaron, porque comprendieron como don Sancho su inferioridad en las armas.

Por lo que, volviendo grupa, comenzaron a andar por el mismo camino que habían traído.

Los moros pretextaron que siendo el rey de espíritu tan esforzado, y que los peligros consti-

tuían la mayor parte de sus diversiones, habían creído de su deber obsequiarle con una cacería.

Este frívolo pretexto y otros, que les contradecían, lejos de tranquilizar al rey, redoblaron sus temores sobre las intenciones de aquellas gentes; de las que, después de los acontecimientos que habían mediado desde su arribo al país, debían temerle todo. La experiencia había demostrado al rey-caballero, cuán fundada había sido la opinión que de la corte de Marruecos había formado uno de sus ricos-hombres, al ver por primera vez a Brahem y sus ministros.

Ya hacía media hora que caminaban en dirección al punto de donde habían salido, cuando don Sancho, abrasado de calor por los candentes rayos de aquel desierto, situado como todo el país, bajo la zona tórrida, se desmontó para beber agua de uno de los inmundos pozos de que ya hemos hablado; que a esta degradación de dignidad y mucho más obliga la adversa suerte a los mortales, sean éstos reyes o súbditos.

El caballo del rey y los de sus caballeros comenzaron a inquietarse, dando señales de espanto; sus narices se dilataban, y ponían tiesas sus orejas, retrocediendo hacia atrás, pudiendo apenas contenerlos de las riendas sus jinetes.

Apenas el rey volvió la cabeza para inquirir la causa del espanto, cuando vió casi encima, poderoso y corpulento león; cuyos ojos como ascuas, y horribles ahullidos, de que poblaba el desierto, y sus desmesuradas fauces, eran capaces de anonadar el corazón más esforzado; pero el del rey no por eso se aterró; antes bien, montando con viveza sobre su caballo, esperó resueltamente al león, el cual se hizo de esperar tan poco, que sin dar lugar al rey a recoger su lanza, se posó con inaudita agilidad sobre las ancas de su caballo.

en este trance, el rey apeló a su bien templada espada, y volviéndose resueltamente, la sepultó en el cuerpo del león, por su enorme boca dispuesta a devorar al rey.

El león, atravesado, cayó como muerto a los pies del caballo; la fortuna y el valor del rey conspiraban contra los sangrientos planes de Brahem y de Samuel.

El león, arrojando copiosa cantidad de sangre por la boca, y dando aterrador rugido, cayó a los pies del caballo del rey.

Todo esto pasó como una ráfaga de luz; apenas los caballeros se aprestaban a defender la persona de su rey, cuando éste había vencido al rey del desierto.

Los moros no sabían darse cuenta de la procedencia del león; alguno de la comitiva quizás hubiese podido enterarles.

El rey recogió el león, y poniéndole sobre un caballo, como muestra de su victoria, alcanzó a su comitiva mora, que de intento o por casualidad se había adelantado.

—No has sido defraudado en tus deseos de complacerme—dijo con arrogante serenidad, al que le había signizado la idea de la diversión;—ya comienza la cacería; a juzgar por la primera pieza—añadió aludiendo al león,—promete ser divertida...

Esto lo hubiera reasumido nuestro inmortal poeta en aquella bravata del héroe manchego: ¿Leoncitos a mí?

Y ya que hemos hablado del héroe manchego, cuenta que esta aventura no tiene nada de la ficción de aquélla; ahí están los anales de Navarra, y dos estatuas grandes y bellas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, que existen en la Catedral de Pamplona, y en una entrada que va

desde el claustro a la capilla de las Reliquias, llamada de Barbazana; sirve de base a la estatua de San Pedro, una piedra labrada, en cuya cara anterior se ve tallada una figura, que representa al rey don Sancho a caballo, y en la misma actitud en que el lector acaba de admirarle; esto es, asaltándole el león por sobre las ancas del caballo, y al rey recibéndole en su escudo, y hundiendo su espada en el cuerpo; y aunque ninguna leyenda hay que lo manifieste claramente, las cadenas que tiene el escudo grabadas, solas, sin cuartearse con ningunas otras, convecen ser la estatua del rey don Sancho, único de entre los de Navarra que así las usó.

Brahem, que no contaba con el arrojo y fuerzas del rey de Navarra, había dado a Zorayda su muerte por cierta.

Pero cuando supo por correos que la comitiva mora del rey despachó a Maruecos, el mal éxito de su crimen, se asombró de la intrepidez del rey cristiano, y se apoderó de su alma supersticiosa indecisión.

Don Sancho se acercaba a la Corte, y ya no había medio de entretenerle; era forzoso, o darle a Zorayda con los reinos de España prometidos, o que uno de los dos amantes desapareciese; por fin, temblando ante el poder de don Sancho, y preveyendo que con su muerte concitaría el odio de los reyes cristianos, que se coaligarían para invadir sus dominios de España, distrayendo sus fuerzas de los de Africa para defenderlos. Los de ésta se sublevarían sin duda, y quizá sobreviniere la pérdida de los dos, y la ruina de los Almohades. Su alma alevosa y cobarde se fijó en otra idea; con ella no había lugar el plan de Samuel, «de que el trono de Navarra pasara un día a dominio del hijo de Zorayda, y de consiguiente

a poder de los inusulmanes»; era preciso renunciar a esta idea lejana, por ceñirse a la conservación de los reinos, que entonces poseían; la intrepidez de don Sancho había trastornado los proyectos de Samuel; mientras que para Zorayda era la sentencia de su muerte.

Don Sancho, entre estos proyectos de Brahem, arribó a Marruecos, de donde salieron a recibir los moros para contemplar al vencedor de Túnez y de Tremezen, y del león en los desiertos, cuya hazaña la fama no había tramitado menos que las primeras. Todo el mundo, agradecido al rey y sus caballeros, le vitoreaban, y postergando odios de religión, animaban el enlace de don Sancho con Zorayda, de cuya posesión le consideraban muy digno después de las victorias, con que había pacificado el reino, y conservado la integridad.

Brahem le recibió afectuosamente, y aun le increpó amistosamente y dulcemente sobre su debilidad y la de Zorayda; sin embargo, su corazón destilaba hiel y rencor.

Don Sancho, dudoso ya de la benevolencia de Brahem, le miraba con desconfianza; la aventura del desierto había abierto sus ojos; pero como el hombre tiende siempre a considerar muy fácil la realización de sus deseos, por más que los hechos y los desengaños arrojen lo contrario, don Sancho se esforzaba en dar asenso a las palabras y seguridades de Brahem, porque ellas le prometían la felicidad, tras de la cual latía su corazón tanto tiempo ha.

Brahem no le ocultó, porque ocultarle no podía, la noticia que de su muerte había dado a Zorayda; dorando su criminal trama, conque la fama al aportar sus victorias a Marruecos, había aportado también su muerte. Brahem lisonjeó el amor del rey, pintándole con vivo colorido el senti-

miento y el horroroso martirio que esta nueva había producido en Zorayda.

Sin suponer en el hombre un fondo innato de perversidad ; es lo cierto goza con el martirio, que a las personas que le aman, producen sus desastres ; quizá porque este martirio le da a conocer el amor de que era objeto, y lisonjea su orgullo, después de este sentimiento, sucede el de la compasión ; dígase a muchos hombres que una persona, a quien ellos aman, ha sucumbido víctima de una pasión por él, y en vez de llorarla, sólo pregunta circunstancias de su muerte, que tengan relación con su persona ; y cuenta que aquí no se habla de los amantes vulgares ; sin embargo, don Sancho amaba demasiado a Zorayda para que gozase de su dolor.

Acompañado por Brahem y sus ministros hasta la puerta de la cámara de su amada, penetró don Sancho solo en ella ; con el corazón rebotando de placer ; las sombras de la tarde prestaban melancólica claridad a la estancia ; y la luz, refractándose en los vivos colores de los pabellones, de los *matelats* de brocado, y de los paños bordados de seda, que guarnecían los agimeces de la cámara, producía un color obscuro, que daba solemnidad a aquella mansión ; lo que conspiraba cierto remordimiento por la presencia de aquella cámara, que había sido teatro de sus amorosas ilusiones, y de Zorayda, totalmente disipadas. Afectado por esta idea, todos los objetos, por risueños que fuesen, participaban para él de la solemnidad de sus pensamientos.

CAPITULO XXVII

Conversación práctica de Zoraida.—Mártir de amor.—Su prematura muerte.

Cuando don Sancho contempló la actitud de Zorayda, vaciló en su marcha, y sus pies, como si el mundo estuviese pendiente de ellos, no pudieron avanzar un paso, ligados por fuerza sobrehumana; y sus ojos, embebidos en ella, no podían distraerse a ningún otro objeto. Aquella actitud mataba cualquier otro pensamiento; parecióle, pues, a don Sancho, que las flores exalaban un aroma santo, como el que percibía en un templo cristiano; Zorayda, más que gentil, más que mujer, parecía una vaporosa emanación del cielo.

Ella se hallaba tan preocupada en sus ideas, que el ruido de los pasos de su amante no fué bastante a sacarla de aquel arrobamiento, en que su alma se mecía; arrodillada ante una imagen de María, invocaba sin duda la protección de la que aun no conocía, pero que veneraba con tanto más placer, cuanto que sus súplicas, avasallando todo pensamiento mundano, infundía en Zorayda una tranquilidad, que jamás había sentido.

María, don Sancho y su hijo ; éstos eran los tres seres que la infanta conocía ; el pensamiento sobre uno, la conducía a los otros.

El semblante de la infanta ya no destellaba la voluptuosidad de las mujeres de su país, sino el pudoroso recogimiento de la joven cristiana ; sus ojos no despedían candentes miradas, que incendiasen el alma, sino las sublimes, apagadas y tímidas de la virgen, consagrada a Dios ; sus cabellos, en graciosos rizos, velaban su rostro moreno, pero de un moreno pálido, que aminoraba la lozanía y la vida de su tez ; todo cuanto tenía conexión con los usos y costumbres orientales, se hallaba proscrito de su persona ; en vez de las galas y pedrerías, que antes usaba, vestía la joven una especie de túnica blanca, como sus pensamientos, ceñida a su talle por cinturón de seda ; por sus anchas mangas, que concluían en sus brazos, se destacaban dos, que levantaba al cielo, implorando su protección.

Don Sancho quiso hablarla ; pero le contuvo la religiosa actitud de Zorayda ; y permaneció mudo en la misma posición ; al contemplarla, le asaltaron multitud de pensamientos, de remordimientos, de bienestar, de dolor, y de melancolía. ¡ Ay ! acaso la Virgen, a quien Zorayda invocaba, le había enseñado la culpa que había cometido.

Zorayda se levantó, por fin, y salió de su éxtasis religioso ; su cuerpo apenas podía sostenerse ; cierto desvanecimiento imprimía la inseguridad en sus pasos ; por fin, al ver a don Sancho, exaló un grito.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, don Sancho ? — dijo tendiéndole amorosa mirada.

— Sí, Zorayda ; soy yo ; soy tu esposo — contestó don Sancho, arrodillándose delante de su

amada ;—¡ oh ! ¡ cuánto has sufrido, pobre adorada mía !

—Sufrir, no—contestó la infanta con tranquilidad ;—¿ acaso es sufrir el breve período de mal-estar, que experimento por ver a la Virgen María ? ¿ No me has dicho alguna vez que María es la madre de Dios, y que es bella y risueña, como la religión que profesas ? ¡ Ah ! don Sancho ; yo la adoro ; los momentos que tardo en verla, son para mí horribles.

Esta tranquilidad desesperó a don Sancho ; el amor ya no dictaba ni una frase a Zorayda ; todo su corazón pertenecía ya a María ; conociase claramente, que ella moraba en el espíritu de Zorayda, puesto que sus palabras solemnes avasallaban su amor, como los cánticos nocturnos de las religiosas avasallan los livianos pensamientos del transeunte libertino.

—Y después de ella—preguntó con afán don Sancho,—¿ no tienes un pensamiento para el que muy pronto va a ser tu esposo ?

Cierta sonrisa de cariño dibujaron los labios de la infanta.

—Nunca lo serás—contestó con amarga intención.

—Mañana mismo—repuso el rey, transportado de placer ;—cansada ya la suerte perseguirme, va por fin a coronar nuestros deseos ; Brahem tiene ya preparado todo para tu bautismo, que debe preceder a nuestro enlace ; todo su cuidado, dando tregua a los negocios de Estado, está absorbido en los preparativos de las fiestas, que van a solemnizar tan fausto acontecimiento ; tu mismo pueblo, agradecido a mis oficios, desea con ansia vernos unidos con indisolubles lazos ; después, abandonaremos este país, tumba de nuestras ilusiones, y arribaremos a Navarra ; mi pueblo te

bendecirá, y dedicados al gobierno de él, viviremos felices ; las contrariedades que constituyen la dicha, serán para nosotros un recuerdo, que en vez de aterrar el alma, nos unirá para nunca separarse.

La idea de tanta felicidad animaba por grados el semblante de la trite mora.

—Allá educaremos a nuestro hijo, y el desarrollo de su belleza y de sus virtudes animará nuestra vejez, y legaremos a nuestros reinos, con un rey, tal vez un héroe. Dí, Zorayda mía, la perspectiva de estrechar en tus brazos a tu hijo, ya que no la de tu amante, ¿no baña de alegría tu corazón ?

—Sí, sí—contestó Zorayda, esforzándose en alegrarse ;—mi hijo... mi hijo...

—Pues bien ; dentro de pocos días se efectuará nuestro enlace... y entonces...

--Dentro de pocos días—repitió Zorayda ;— ¡ ah ! será tarde ; antes me desposaré en el cielo con el hijo de María.

—Zorayda...

—Sí, rey amado ; no sé qué cosa corroe mis entrañas, que siento insufribles dolores, y una debilidad, que apenas puedo sostenerme ; mi alma parece escaparse en pos de cada una de mis palabras ; yo quiero acallar mi dolor, y pensar en ti, sólo en tí ; sin embargo, mi imaginación aislada de tu persona, me arrastra a pensar en María ; quisiera ser cristiana, porque tal vez la muerte no esté lejos de mí ; ¡ oh ! pero es imposible ; yo sé que Brahem me odia desde el momento que en el santuario de mi alma invoco la protección de María ; un desvanecimiento debilita mi cabeza ; y parece que un fuego circula por mis venas ; angustiosa pesadez domina en todo mi ser, y no sé qué cosa interior anonada mis ideas ; ¿ no ves mis

ojos de un brillo sombrío, mi rostro, y mis manos rígidas, y que el contacto de ellas abrasa a los demás? ¿no adviertes torpes mis palabras, descoloridos mis labios, y cárdena mi frente?

—Y bien...

—Y bien; estoy envenenada; sostenedme, por Dios—y aun no había proferido esta desgarradora frase, y Zorayda tuvo que abandonar su cuerpo entre los brazos de don Sancho.

El rey se moría de dolor.

—Zorayda... Zorayda... amor mío...

La infanta entreabrió sus ojos, y miró tiernamente a su desconsolado amante; con esa mirada inexplicable, que tiende el moribundo al contemplar por última vez los objetos queridos, que abandona; la infeliz los cerró, y ya no daba señales de su perseguida existencia.

El rey arrastró en sus brazos el cuerpo de Zorayda al lecho, en que pocos días antes sufriera los dolores de la maternidad, y ahora los de la muerte.

De allí a poco, acometió a la infanta un hipo, que la mataba; los dolores eran tan intensos, que retorció sus brazos, y hostigada por ellos, se levantaba en intervalos, y luego caía como muerta; una blanca espuma asomaba a sus lívidos labios, entorpeciendo las palabras en su boca.

Ya no quedó ninguna duda a don Sancho de la pérdida de su amada; al fijarse en esta idea, estallaba rabiosos acentos de dolor; luego, por benéfica reacción, la rabia se convirtió en lágrimas.

—María... María...—exclamó la infanta, entre las congojas de la agonía,—perdón... perdón... sí, le amo... perdón... sí, siento perder la vida por él... y por mi hijo... yo les amo... amadles vos...

yo lo imploro... de vuestra piedad... salud para ellos... y paz para mi alma...

Después de un momento de pausa, ocasionada por los acerbos dolores que desgarraban sus entrañas :

—Ya lo oyes, rey—continuó ;—muero amándote a ti, y a mi hijo, edúcale en tu ley ; y dile que su madre vela por él en el cielo.

Después de estas palabras, apoderóse de la infanta temblor general, y el estertor que precede a la muerte.

Don Sancho la estrechó fuertemente contra su corazón ; pero en vez de Zorayda, estrechó un cadáver, que ni correspondía a sus transportes de dolor, ni le arrojaba amorosa y seductora mirada.

Cuando el rey sintió paralizado el movimiento del corazón de su amada ; cuando adquirió la certidumbre de su muerte, se arrojó con desesperación sobre el lecho, donde yacían los mortales despojos de su Zorayda, y comenzó a abrazarla frenéticamente, exhalando gritos lastimeros ; aquellos gritos, que repetían las auras de los jardines del palacio, no galvanizaban al inanimado ser a quien se dirigían ; la muerte, sorda en su destructora acción, respondía con la impasibilidad ; y mientras que don Sancho enrojecía su semblante con el dolor acerbo, ella cubría el de Zorayda con su pálido velo.

El rey, incrédulo sobre la muerte de su amada, suspendía sus dolores, para tocar la frente, el rostro y el cuerpo de su amada, por si aun latía, vana ilusión : la frialdad y la rigidez que se apoderaban de ella, respondía lúgubre, aunque elocuentemente, a las locas esperanzas del amante.

Cerciorado a su pesar de tan terrible verdad, chispeante mirada se posaba en sus ojos, y co-

menzaba a invocar a su amada con gritos lastimeros, que desgarraban los aires.

A ellos acudió Brahem, cercado de numerosas guardias, y los caballeros de don Sancho; Brahem mandó que se detuviesen en la puerta; y él se adelantó al lecho, de donde partían los lamentos.

Aunque él no ignoraba la causa que pudiera producirlos, se fingió horrorosamente sorprendido, y llamó a sus guardias, a los caballeros, que salvando la pieza, rodearon bien pronto el lecho de Zorayda, a cuyo extremo se hallaba arrodillado, y besando una de sus frías manos, el infeliz amante.

Cristianos y musulmanes quedaron horrorizados ante el espectáculo que se ofrecía a su vista: Zorayda muerta, y don Sancho a sus pies, estrechándolos con delirio, y fija su vista en los inertes ojos de su amada; todos se miraron alternativamente como demandándose mutuamente la causa de aquel trágico suceso; el espanto y la consternación enmudecía a las lenguas; nadie osaba profanar la dolorosa actitud del amante-rey; éste no daba la menor señal de apercibirse de la estancia de los extraños; su dolor era mudo, reconcentrado, e imponente; sólo vivía y veía para su amada; a un suceso semejante debe el lúgubre pincel del Corregio uno de sus mejores cuadros.

Brahem, por fin, se decidió a llamarle; don Sancho no oía sus palabras, ni prestaba la menor atención; entonces Brahem, para sacarle de su estupor, le removi6 bruscamente su brazo.

A su contacto, fijó sus ojos en Brahem, y reconociéndole después de algún momento de averiguación, sucedió el furor al estupor; y sin hablar palabra, desenvainó la espada para arremeter furiosamente a Brahem; los caballeros, que vieron

las fatales consecuencias que de esta acción se seguirían, la pérdida cierta del rey y de su patria, prefirieron arrostrar la cólera del momento de don Sancho ; por lo que, rápidos como el pensamiento, rodearon y desarmaron a don Sancho, quien viéndose impotente para castigar la acción monstruosa de Brahem, comenzó a darle sentidas quejas de dolor, que ablandaban el corazón de los valientes guerreros, tanto cristianos, como musulmanes, ya que no el cobarde y vil de aquel monstruo.

Por las señales del cadáver de Zorayda, y los acontecimientos que habían precedido a su muerte, todos los circunstantes murmuraban para sí la palabra «tósigo».

Y era verdad, porque Brahem, en la imposibilidad de entretener más a don Sancho, y la religión que profesaba Zorayda a María, que era la religión de su amante, había recurrido al medio de matar a Zorayda por medio de un crimen, que reprobaba todo corazón humano.

Nadie podía remover a don Sancho del lado de su amada ; quería permanecer con ella, y morir también con ella.

—Señor—le observó Ruiz de Azagra,—puesto que ya habéis dedicado los primeros momentos al dolor, no queráis permanecer un momento más en una posición indigna de vuestro corazón de valiente, y de vuestra alta dignidad de rey ; relegad inútiles lágrimas, que sólo sirven para aumentar la intensidad de vuestro dolor ; no turbéis la gloria, que goza vuestra amada en el cielo ; hay otros medios dignos de vos, y que no son menos que las lágrimas ; combatid sin tregua, ni descanso, contra los que hayan podido disponer este dolor a vuestra alma.

El rey conoció la verdad de estas palabras ; y sin contestar a ellas ; Juro—exclamó—solemnemen-

te, en presencia de este ser, a quien tanto amé, vengar esta muerte hasta en las más remotas descendencias; ángel que has traspuesto el velo azul del cielo, arma mi brazo, y que tu alma, residiendo en mi pecho, anime mi brazo en los combates, y en defensa de tus enemigos y los míos, que lo son de Dios.

Y dando el último adiós a aquel cadáver de Zorayda, en que quedaban compendiados la hermosura, la discreción, las ilusiones, la inocencia, y aun la debilidad de ella, abandonó también para siempre aquella cámara, cuyas paredes guardaban tantos secretos de encantos y de penas.

Brahem afectó gran sentimiento, y deploró el trágico éxito de los amores de don Sancho; aun no había sonado la hora de cumplir el juramento de venganza, que don Sancho había prestado solemnemente ante el cadáver de su amada; por lo que, no con poca violencia de su dolor, fingió creer el sentimiento que el pérfido Brahem mostraba.

Nada ligaba a don Sancho ya en Marruecos: todo era sombrío y lánguido desde que la presencia de Zorayda no le animaba; y sin querer detenerse un punto, manifestó al regente su firme resolución de abandonar aquel país, teatro de desdichas y de victorias, de placer y de pena, cuna y tumba a la vez de sus ilusiones.

A datar desde la muerte de Zorayda, nada alegraba al rey, y arrastraba miserable existencia desprovista de esperanza; y la melancolía que se apoderó de él, era un preludio del luto que cubrió su alma durante su vida; la memoria de Zorayda quedó tan grabada en su pecho, que no fueron bastantes a disiparla posteriores acontecimientos: a su rostro, en el que dominaba la impasibilidad y el hastío, nunca animó la más leve emoción, y

hasta sus movimientos y acciones parecían ajenos de ese espiritual móvil divino, que reside en nuestro ser, y adolecían de cierta cosa de maquinal y automático; en los combates ya no le animaba la gloria, sino la venganza; buscaba el silencio para vengar esta muerte hasta en las más remotas desentregarse a su dolor; el tedio constituía su desabrida existencia.

*Siempre pistola y veneno,
exclama el genio indigesto;*

así sarcastiza el autor de «Verdades amargas» y de «Alarcón», a los que motejan todas las producciones. Mejor fuera que hubiese colocado otra alma más pura, en el cuerpo de Brahem; pero siendo más fácil morder que obrar, no cabe faltar a la verdad histórica respecto del trágico fin de Zorayda.

Dispuesto todo para la marcha, don Sancho y sus caballeros fueron despedidos por Brahem y el niño Mahomad, en solemne audiencia; y éste, después de mostrarse agradecido por los buenos oficios de haberle puesto en pacífica posesión del reino, les colmó de ricos dones y de riquezas, después de haberle arrebatado el que más anhelaba el amante: el de Zorayda.

El rey no agradeció los dones, ni fueron bastantes a mitigar la rabia y el encono contra los que se los daban, porque sabía muy bien la intención que había presidido a las dádivas.

Al otro día, un numeroso pueblo, sabedor de la muerte de la infanta y de la partida de don Sancho y sus ricos hombres, les contemplaban al partir de la ciudad; y daban las mayores muestras de compasión y tristeza al leer lo que había en el rostro del rey; a cuyas demostraciones afectuosas

correspondía el rey enternecido, considerando que una nación no es responsable de las crueldades de sus reyes y gobernantes.

Por fin, entre plácemes y despedidas, abandonaron la ciudad, para nunca más volver a verla; al mirar por última vez los altos minaretes de las mezquitas de Quivir y del Palacio, el rey suspiró, y los contempló en silencio; reflexionando, que los preparativos, con que se ilusionaba se festejasen su himeneo, y los regocijos y demostraciones, acostumbrados en tales casos, se hubiesen convertido en fúnebres cantos y en dolorosas escenas; y por fin, lloró. Pero bien pronto las nubes, que envolvían la alta cima del lejano Atlas, y que aparecían despeñarse rodando por sus faldas, ocultaron de sus ojos la ciudad de Marruecos, que años atrás le prometió en sus ilusiones juveniles, una aurora de brillante ventura, y hoy concluía por ser su ocaso, haciéndole experimentar, bien a su costa, la inconstancia y futilidad de las cosas humanas. A los pocos días se embarcaba en Túnez para Navarra; y bien pronto, conducidos por viento próspero, perdieron de vista el reino africano, con el vapor blanquecino que se elevaba del mar. Don Sancho contempló por última vez sus costas... lo cual le arrancó el último suspiro en territorio africano.



CAPITULO XXVIII

Una verdad amarga.—Salvación de doña Clemencia. - Celos de D.^a Marquesa.—Identidad de penas y mútuas simpatías.

Después de la rendición de Vitoria, poco había ocurrido en Navarra; la tregua ajustada seguía, y el rey don Pedro de Aragón se hallaba por la parte de Sangüesa, poniendo en defensa sus plazas, para estar prevenido cuando espirase aquélla. Cuando esos preparativos, arribó don Sancho a su reino, e instaló su Corte en Tudela, desde cuya ciudad atendía al gobierno de sus pueblos. El rey no podía darse cuenta de la desaparición de su buen médico Samuel, con su hijo; interrogaba a todo el mundo; ponía en actividad cuantos recursos le sugería su imaginación, además del dolor de padre y el de rey. Este insufrible mal estar minaba su existencia desde la muerte de Zorayda; y la desaparición de su hijo, con su guardador, martirizaba su corazón. Pero todo era infructuoso. El foco de amor, que su pecho había albergado para con la madre, se extinguiría lenta-

mente con su vida, sin aquel lijo, en quien pudiera declinarle. A esos dolores del ánimo se agregaba el padecimiento físico de un cáncer en una pierna, que había contraído en el Africa. Era necesaria toda la fortaleza y magnanimidad del rey navarro para sojuzgar tantos males, como se disputaban su tempestuosa vida.

Ruiz de Azagra, indiferente al amor, y aun insensible a las lágrimas de la hermosa doña Marquesa de Buñuel, se dedicó enteramente a averiguar la suerte que había cabido a doña Clemencia de Tolosa.

Siempre con ese presagio, que rara vez engaña al amante, dirigióse a la de Samuel. Grande fué su sorpresa, cuando en vez del que buscaba, se encontró con un hombre desconocido, y con la noble dama doña Clemencia, velando a un niño en la cuna. Sus labios no acertaban articular palabra. El corazón de aquel joven, que jamás temblaba ante el enemigo, se estremecía en la presencia de la mujer que amaba.

—Señora—dijo, por fin, con timidez, la del amor.

—¡ Ah ! ¿ sois vos, don Fernando ?—preguntó la dama con dulzura, bien diferente.

—Sí, doña Clemencia ; soy yo, por desgracia ; soy yo, que conducido por la ilusión, y soñando con vuestro amor, he querido creer en él para no morirme mil veces de dolor. Siento haberos hallado, señora ; vuestra imagen me ha animado en mi ausencia, y ha sido más bienhechora para mí que lo es vuestra persona ; pensé, que tantas angustias como han destrozado mi alma, y el acerbo dolor que se ha apoderado de mí desde vuestra desaparición del mundo, hubiesen infundido en vuestra alma un sentimiento de amor ; creí ; loco de mí ! que al hallaros, cesarían mis tormentos,

y devoraba en mi pecho hasta los menores accidentes de nuestra vista. Y sin embargo, la dulzura que anima vuestro semblante, me dice claramente que la gratitud es el único efecto que debo esperar de vos; y vuestra gratitud, señora, me causa mayor tormento que vuestro odio.

Así concluyó el infeliz amante; sus ilusiones de tantos años, cayeron al desengaño de dulce sonrisa.

El silencio sucedió a las palabras; el silencio de la desgracia, que supone y significa pensamientos solemnes; los cuales se desvanecerían en el momento que las palabras acertasen a expresarlos.

El bandido, respetuosamente separado, escuchaba inmóvil las palabras de su generoso protector; inmovilidad de cuerpo, que supone abundante vida en el alma.

La noble dama se esforzaba en amar a Ruiz de Azagra; pero su corazón se negaba obstinadamente a ello; el amante conoció que nada debía prometerse de sus aspiraciones; sintió entonces su venida a Navarra, y hubiese deseado morir en el Africa, entre las elucubraciones de su amor.

—Señora — preguntó dolorosamente Ruiz de Azagra, —¿amáis quizá a algún otro?

—Sí—contestó la dama, suspirando;—amo al rey.

Ruiz de Azagra retrocedió algunos pasos.

—No os sorprenderéis—prosiguió la noble dama—de mi ingenua confesión, si supieseis que este amor ha sido la causa de mi desaparición. Sabed que no lejos de esta habitación, un hombre perverso ocupa la estrecha prisión, en que él mismo me había abismado, y la cual me deparaba la tumba, sin otro crimen por mi parte, que el amor

al rey, que desbarataba sus siniestros planes. La casualidad me condujo una noche a este mismo recinto, en que ahora nos hallamos; era una noche tempestuosa... el cielo parecía...

—Lo sé, señora—interrumpió tempestuosamente Ruiz de Azagra.—Si vuestro amor velaba por el rey, el mío velaba también por vos; yo os seguí; ví con asombro que entrabais en esta casa; esperé que bajaseis; vana confianza, pues tuve al fin que retirarme al despuntar la aurora. Yo residencí al pérfido Samuel sobre vuestra desaparición, y él consiguió con su astucia engañarme, si bien nunca pudo tranquilizarme. Firme en mi resolución de encontraros, y previendo él, sin duda, que mi amor descubriría vuestro paradero, como el vuestro descubrió sus pérfidos planes, me alejó enteramente de Navarra, no sin haber atentado contra mi vida, valiéndose de unos bandidos, que nos asaltaron, pero que pagaron bien cara su temeraria empresa. Vengo después aquí, sin saber nada de vos, y en medio de las zozobras de mi corazón, me dirijo a esta casa, para arrancar de una vez a Samuel el secreto de vuestra desaparición; y en vez de él, señora, me encuentro con vos, velando a ese niño, y con este hombre, a quien no conozco.

—Señor—dijo el bandido, adelantándose para besar las manos del rico-hombre,—yo soy uno de los bandidos, que os acometió, y el mismo a quien perdonasteis generosamente la vida, y le prometisteis vuestra protección.

Ruiz de Azagra le hizo levantar y le abrazó, porque la presencia de él y de doña Clemencia en la casa de Samuel, le dió a comprender la generosa acción del bandido.

—Y puesto que sabíais—le observó Ruiz de Azagra con benevolencia—el amor que esta dama pro-

fesa al rey, ¿por qué no te has presentado a darnos cuenta del paradero de ella?

—Señor—contestó el bandido,—la escena que días pasados aconteció en esta habitación, me sumergió en un mar de dudas,* de las que aun no sé darme otra cuenta, sino que vos amáis a esta dama, y ella ama al rey; no sabía si al devolver en obsequio vuestro la vida con la libertad a esta dama, incurría en el aprecio o desagrado del rey: por otra parte, bien sabéis el edicto que éste acaba de dar contra los bandidos de las Bárdenas; y temí que al ser comprendido en él, perdiese una vida, que sólo la anhelo para emplearla en vuestro servicio.

El bandido no iba descaminado; una de las primeras cosas, a que don Sancho se aplicó apenas llegó a Navarra, fué la extirpación de los bandidos, que entonces, por razón de la tregua con los reyes de Aragón y Castilla, infestaban los caminos y los pueblos situados en las Bárdenas; lugar muy a propósito, como en otra parte hemos dicho, para las correrías, por estar cubiertas de bosque y maleza, y ser el terreno en extremo quebrado; el número de ellos y la audacia habían subido tan de punto, que fué necesario recurrir al último rigor para contener sus robos y las muertes, ya que la naturaleza del terreno se opusiese al exterminio total de los bandidos. Para ello instituyó una hermandad, compuesta de los pueblos limítrofes a las Bárdenas, de Aragón y Navarra, y señaló el jueves último de cada mes de Enero, para que los comisionados de los pueblos se reuniesen en el término llamado de la Estaca; para cuyo efecto, mandó fabricar una fortaleza; la parte dispositiva del edicto era sencilla, por cuanto después de mandar que los comisionados de los pueblos hayan de acudir a junta de tres en tres se-

manas, dispone «que si algún cofrade topare al salteador en el malhecho, lo prenda luego, y no espere al rey, ni al señor del pueblo, para que sea luego ahorcado.»

La severidad, pues, de este edicto, había retraído al ex-bandido de las Bárdenas, a presentarse al rey, ni a Ruiz de Azagra; estando seguro, por otra parte, de que el último se personaría, como así había sucedido, en casa de Samuel en busca de la desaparecida dama.

El rico-hombre sabía muy bien el rigor con que el rey había dictado el edicto a que el bandido se refería, para que no le convenciesen sus fundadas excusas; así es que contestó:

—Tenéis razón; temeraria hubise sido vuestra presentación al rey; de hoy más, nada tenéis que temer. El y yo os debemos demasiado, para que no consigas el perdón por tus anteriores acciones.

Enternecido, el bandido besó por segunda vez las manos del rico-hombre, y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—Señora—preguntó el rico-hombre a la dama, que en aquel momento prodigaba su ternura al niño,—¿seré indiscreto al preguntaros el origen de es niño? le amáis mucho, a juzgar por vuestra solicitud verdaderamente maternal.

—No puedo satisfaceros—contestó la dama:—sólo sé que aun no había sido yo instalada en esta habitación, por este generoso protector, cuando a los pocos días se presentó un moro para entregarle a Samuel; mas yo, que sabía muy bien la suerte que este hombre depara a sus semejantes, me he apoderado de él, y lo he cuidado con cariñoso afán; vos lo habéis acertado: lo amo tanto, porque mi corazón necesitaba amar; tras tanto tiempo de aislamiento del trato humano, necesi-

taba un ser, que borrarse la frialdad de mi corazón, que le diese vida, que supiese que aun sabía latir; y este ser lo he encontrado en este niño; a mis desvelos responde con su angelical mirada; a mis ternuras con muestras de gratitud, que su corazón virgen ya comprende, pero que su lengua se niega a expresar; cada día que pasa, viste su semblante de nuevas gracias; esto y la tierna sonrisa de sus encarnados labios, compensa todos mis desvelos; el desgraciado niño ha encontrado una protectora en donde quizás debiera esperar un verdugo; grande ha debido ser el dolor de su madre, cuando se haya visto forzada a desprenderse del ser a quien acaba de dar vida.

Mientras que doña Clemencia pronunciaba estas palabras, toda la atención del rico-hombre estaba embebida en contemplar al niño; no tardó en reconocer en él al hijo de don Sancho y de Zorayda; esta muestra de reconocimiento no pasó desapercibida a la dama.

—¿Le conocéis?—preguntó con interés.

—No, señora—contestó el rico-hombre un tanto embarazado.

A todo esto, el bandido no entendía una palabra de lo que allí pasaba.

Los ayes lejanos que traía el viento por las galerías del subterráneo, aterraron al rico-hombre.

—¿No oís?—preguntó.

—Dejadle, señor—contestó el bandido con tranquilidad y sin conmoverse;—son ayes malditos, que a nadie enternecen; porque son los ayes de Samuel.

—¿Y dónde está?

—En un subterráneo, al que conduce dilatada galería; en el mismo sitio que él deparó a esta infeliz dama.

La memoria de los padecimientos de su amada

arrasó de llanto los ojos tristes del amante; doña Clemencia lo advirtió, y le compadeció.

—Y ¿qué causa habéis dado a ese hombre para encarnizarse con vos, señora?

—El haber descubirto sus misteriosos y criminales planes; él es el que ha hecho nacer en el pecho del rey, la pasión vehemente por Zorayda, él, el que ha clavado en mi corazón el puñal de los celos, desgarrando sin piedad mi existencia. él, quien mintiendo al rey una adhesión que jamás es sincera en hombres de su secta, ha querido fomentar su amor, para devorarle y matarle, y conseguir la destrucción del reino, para poner sus escombros en manos y poder de sus correligionarios; él, en fin, el que me ha sumido en un subterráneo por haber adivinado sus monstruosos y regicidas planes; don Sancho encontrará en los brazos de Zorayda...

—Señora, eso es ya imposible; otro crimen ha desbaratado ya el de Samuel; Zorayda ya no existe.

—¿Que no existe?—preguntó la dama, reanimado su rostro por un rayo de esperanza.

—No existe—corroboró Ruiz de Azagra con amargura;—ha muerto en brazos del rey.

El semblante de la dama se anubló, y quedó pensativa, sin proferir una palabra.

—¿Qué pensáis?—le preguntó el rico-hombre.

—Nada, nada; envidiaba el fin de Zorayda—contestó la dama.

—Señora...

—Sí, Ruiz de Azagra; si debe ser tan hermoso espirar siendo amada por el hombre adorado, depositar en su pecho sus últimos suspiros, y decirle «muero amándote, mi bien». Debe ser tan bello, que en la losa del sepulcro se embaten los ecos de la infidelidad, cuando ellos no son bastantes

a reanimar un cadáver; y saber que una mano amorosa irá a acompañar los restos fríos de la que nunca olvida, y los reblandecerá con sus lágrimas al filtrarse por la tierra que les cubre; ¡cuántas veces al mirar los postrimeros resplandores del sol, y al día reclinado en el Occidente, los he envidiado! y cuántas veces declinara yo mi vida, como Zorayda, en los brazos de don Sancho; ¡oh! ¡la suerte me ha robado también la felicidad de preceder a Zorayda en la muerte; no poder animar su cuerpo con mi alma, y trocarla por su cadáver!

—Deliráis, señora.

—Sí; delirios de la mente son los pensamientos que se albergan en ella; pero el alma, que se acoge al delirio para guarecerse de la realidad, que la persigue, se engolfa en ellos, como si fueran verdades; sino fuera por estos momentos de delirio, ¿qué sería de mí, Ruiz de Azagra? hubiera despreciado el amar al rev, porque mi razón sofocaría mis quiméricas ilusiones; la vida entonces, desprovista de esperanza, se deslizaría indiferente, y nada sería capaz de moverme; escuchad: cuando la reflexión mata mis emociones; cuando prostrada por el ardor de ellas, la fría reflexión me grita, que ya no hay ni placer ni ventura para mí; cuando la certeza de mi mal volcaniza mi cerebro, impeliéndole a buscar la dicha fuera de la razón, entonces todo es posible, don Sancho, la felicidad, el trono, y aun la posesión del universo entero.

—¿Tenéis ambición, doña Clemencia?

—¡Oh! sí; la ambición del amor; quitad a don Sancho el trono y la grandeza; hacedle el más infeliz de sus súbditos, y quizás entonces fuese una realidad lo que ya hasta ha dejado de ser

una esperanza ; ahora ya comprenderéis mi ambición.

—Señora—dijo Ruiz de Azagra, luchando con su amor,—aun es posible vuestra perdida esperanza.

Es tan grande el influjo de los deseos sobre el alma, que sólo basta una palabra de los extraños para reanimar el corazón de la misma persona desesperanzada. ¡ Ah ! no os fiéis de dar una palabra de consuelo a un desgraciado, si no la podéis cumplir ; él la acoge, espera todo de vosotros, y por fin, os desprecia cuando no podéis cumplirla ; vale mucho más convenir con él en lo irremediable de sus contratiempos, que no sustraerle a ellos para abismarle después en otros mayores ; una amarga decepción fácilmente la perdona una persona feliz ; una desgraciada, la toma como un insulto a su desgracia.

—¡ Oh ! ¿ qué decís ?—preguntó al rico-hombre doña Clemencia ;—¿ sabéis si me amará el rey ?

—No puedo satisfaceros—contestó Ruiz de Azagra a doña Clemencia, en cuyo rostro se veía la impaciente alegría del que va a coronar sus deseos ;—nada me ha dicho el rey ; únicamente he querido deciros que nunca debemos perder el consuelo de la esperanza ; si yo no esperase, a pesar de lo que estoy oyendo ; si yo me entregase a la muerte de mi amor, ¿ cómo podría escucharos sin brusco desagrado, extinguida su esperanza por Ruiz de Azagra.

El infeliz amante no sabía qué decir, desconcertado por su amada. Por fin, después de haber reflexionado, dijo a doña Clemencia :

—Adiós, señora ; pronto nos volveremos a ver ; yo os traeré vuestra felicidad o vuestra ruina—y se dispuso para marchar.

—¿Qué intentáis?—le preguntó deteniéndole la dama.

—Vuestra felicidad a costa de la mía—contestó solemne y resueltamente.

Apenas había puesto los pies en los primeros peldaños de la tortuosa escala, cuando un aldabonazo en la puerta le obligó a retroceder; lo débil del ruido le dió a comprender lo tímido y delicado de la mano que llamaba.

El bandido saltó a la estrecha ventana; la luna relataba en las aguas del Ebro; y apenas se veía un lejano punto, iluminado por las huellas del astro del día, que había desaparecido por completo; el punto iluminado se asemejaba a un vapor brillante; la campana de Santa Cruz, situado a la vertiente N. O. de la casa de Samuel, convocaba pausadamente a las preces vespertinas; y el céfiro susurra blandamente por entre los árboles del vecino campo; en fin, la hora imprimía una solemnidad misteriosa a los actos y palabras de Ruiz de Azagra y doña Clemencia; solemnidad que imprime en todos los objetos, aun cuando ellos por sí ninguna contengan.

—Abrid—dijo una voz suave de mujer, antes que el bandido preguntase.

Fijamente a los dos interlocutores que habían oído

El bandido cerró la ventana en pos de sí, y miró a la voz del exterior.

Ruiz de Azagra, no menos sorprendido que doña Clemencia y el bandido, mandó con una seña abrir.

Una mujer joven, de bello continente, y cubierto el rostro con un velo, entró precipitadamente y sin articular una frase, subió los peldaños de la escalera.

Al ver a Ruiz de Azagra y a doña Clemencia velando la cuna de un niño, se agolpó a su mente

toda la sangre, y alzando su velo, quiso denostar a Ruiz de Azagra y a doña Clemencia.

Estos conocieron en la recién llegada a la joven doña doña Marquesa de Buñuel; los celos la habían conducido a espiar a su amante a la casa de Samuel.

Al furor y rabia que despedían los negros ojos de la dama, opuso Ruiz de Azagra imponente serenidad y dignidad; aquella serenidad era una inculpación al poco decoro de una dama.

Doña Marquesa no pudo soportar la mirada fija y terrible del hombre, que sobre ella ejercía tal poder; quiso articular palabras de excusa, pero de esta ficción no pudo aprovecharse, y temblando y medio desvanecida, se dejó caer en el sillón vistoso que servía a Samuel.

Doña Clemencia se apresuró a socorrerla.

—Perdonad—la dijo doña Marquesa;—si sabéis lo que son celos, disculparéis mi arrojado imprudente; Ruiz de Azagra—dijo dolorosamente,—he sufrido tanto durante vuestra ausencia!... quería pensar que la retención en extranjero suelo os impedía volar hasta mí; y este pensamiento es el que me ha hecho sobrellevar con resignación mis penas, y el que me obligaba a temblar por vos, expuesto a los peligros de lejana guerra; porque no puedo ocultarlo: os amo, Ruiz de Azagra; os amo con el entusiasmo del primer amor...

Quizás la enamorada dama hubiese explicado a Ruiz de Azagra lo más recóndito de su corazón, y no contenerlo éste, diciéndola:

—Esperad... esperad... doña Marquesa; ¿quién sabe? Las penas del corazón, como todo acontecimiento humano, tienen su término.

Y saludando respetuosamente, salió de la habitación.

Las dos damas se miraron sorprendidas de tan brusca desaparición, sin hablarse una palabra.

El bandido, que le había acompañado hasta la puerta, no recibió siquiera ni una frase de despedida de su protector; sin duda que Ruiz de Azagra estaba fuertemente preocupado, y meditaba alguna resolución.

Esto puso al bandido de mal humor; luego todo lo que pasaba a su vista le sumían en un mar de dudas y de sorpresas; era todo un hombre importante, cuando desde la gruta de las Bárdenas se veía de repente actor de los más ocultos pensamientos, que moraban en el corazón de los principales personajes de la Corte; todo aquello le parecía ser efecto del espíritu hechicero de Samuel, que poblaba de encantos la habitación.

Las dos damas depositaron en sus pechos los pesares de sus corazones, porque los pesares, cuando se narran, son menores; las dos se compadecieron y se juraron amistad eterna, porque la identidad de penas promueve las simpatías.

En esto estaban, cuando dos hombres llamaron a la puerta, y se presentaron en el umbral de la habitación.

El Rey—anunció Ruiz de Azagra.

Palabras que hicieron temblar de amor a doña Clemencia, de rubor a doña Marquesa, y de terror al bandido.

CAPITULO XXIX

Post nubila, Phebue.—Preséntase el rey.—Halla a su hijo.—
Heroísmo de Ruíz Azagra. — Premio a amores en secreto
perseverantes.

Ninguna de las damas se atrevió a levantar sus ojos para mirar al rey ; mas este éste reconoció a doña Marquesa de Buñuel, y no a doña Clemencia, porque el tiempo transcurrido desde su desaparición, y los acontecimientos tempestuosos, que durante él había experimentado don Sancho por su adversa fortuna, borraron de su memoria hasta los menores rasgos de la rica-hembra.

Era, por otra parte, imposible reconocer en ella a la hermosa mujer de otros días, y las pesquisas, mandadas practicar por el rey, al saber su citada desaparición, ya sabemos cuán poco fruto dieron ; después, todo quedó en olvido. Don Sancho tenía demasiado en qué pensar, para acordarse de la dama desaparecida.

—¡ Oh ! doña Marquesa—exclamó el rey, mirando alternativamente a ella y a Ruíz de Azagra, —¿ qué feliz casualidad, o más bien, providencia, os ha traído aquí ?

La joven dama se encendió como una amapola, y ensayó en vano algunas excusas. El rey, conociendo su situación apurada, no la quiso torturar, y se sonrió con una sonrisa, que no había tenido precedente desde la muerte de Zorayda.

—Señor—dijo al rey, Ruiz de Azagra, tomando de la cuna y presentando al niño,—aquí tenéis a vuestro hijo.

Los adormecidos sentimientos de don Sancho se reanimaron al verle; el niño sonreía con la angelical y deliciosa sonrisa de la inocencia; pero al ver seres desconocidos para él, se refugió con su vista en doña Clemencia, y el bandido, con quienes se había familiarizado, demandando instintivamente apoyo.

En aquel niño, don Sancho contempló a Zorayda. Su alma cándida y pura residía en la de su hijo; por otra parte, era imposible ver sus facciones, sin notar la estrecha y marcada analogía con las de su desgraciada madre. Estos pensamientos sumergían al rey en los mismos dolores que había sufrido al espirar en sus brazos Zorayda; pero sin el frenesí, que apaga el continuo dolor y el curso de los tiempos. Al abrazar a su hijo, sintió enardecerse su sangre; su corazón aun no era cadáver, sino capaz de amar; aun latía tumultuosamente al desconocido amor de padre; pues tras estos trasportes de gozo paternal, la memoria de Zorayda le arrancó lágrimas.

—Creía, señor—le dijo Ruiz de Azagra,—que el tiempo había disminuído ya vuestros pesares.

—El tiempo—contestó dolorosamente el rey,—no tiene prefijado ningún plazo para relegar las lágrimas que nos arranca la pérdida del bien que hemos amado.

—Pero respetando como hombre y como vasallo vuestro dolor, ¿no os debéis al reino, que no tiene

la menor parte en vuestra desgracia, y tratáis de mirar por vuestro porvenir y el suyo, legándole un heredero?

—Es verdad—contestó afectuosamente el rey; —pero este será un sacrificio al que me resignaré en aras de mi patria; sí, un heredero que repose con su brazo los descalabros, que yo le he hecho sufrir por mi infortunio e involuntarios desaciertos.

Doña Clemencia sufría indecibles tormentos; allí se litigaba su vida o su muerte. El reo, que espera angustiado el fallo de su causa, no experimenta el tormento de la ansiedad de doña Clemencia.

—Pues bien, señor—dijo resueltamente Ruiz de Azagra;—aun hay seres que no os aman menos que la malograda Zorayda.

El rey meneó su cabeza con incredulidad.

—Sí—prosiguió el rico-hombre, como si no hubiese advertido su ademán negativo.—Hay una mujer que si no posee un trono, tampoco cede a ningún rey en nacimiento; una mujer hermosa antes que el sufrimiento marchitase su belleza; que llora por vos, y que ha devorado, minuto por minuto, todo, todo el amor que sentíais por Zorayda; una mujer, un ángel arrojado por Dios, que ha impedido, a costa de su libertad quizás un crimen, que se atentaba contra vuestra existencia, en medio de los más tenebrosos designios; una mujer, en fin, que ha expiado el amor, con la reclusión perpetua en un miserable y horroroso subterráneo, precisada a sufrir la presencia repugnante de su inhumano carcelero, sin ella, quizás vuestro verdugo; una mujer, finalmente, predestinada para vos, y de virtud acrisolada en las desgracias, que el amor hacia vos la ha atraído.

Doña Clemencia apenas podía comprender que Ruiz de Azagra llevase su heroísmo hasta el punto

de que matase su felicidad, para dársela a ella.

—¿Y ese asesino?...—preguntó el rey.

—Era Samuel.

—¡Ah! comprendo; ¿y quién es esa dama?—
volvió a preguntar aquél.

—Doña Clemencia, la hija de Raimundo, conde
de Tolosa.

—¡Oh! imposible—contestó don Sancho;—no
ignoráis que su padre se halla excomulgado por
profesar y favorecer abiertamente los errores de la
infame secta de los Albigenses.

Esta réplica del rey, desconcertó a Ruiz de Aza-
gra, y traspasó el corazón de doña Clemencia.

Para que el lector pueda apreciarla no menos
que los dos personajes a quienes se dirigía, le ha-
remos saber que por este tiempo tuvo origen la
secta de los Albigenses, así llamados, del nombre
de Albi, ciudad de Francia, en el Languedoc,
donde habiéndose juntado con los Wandois con los
Vogómiles procedentes de Bulgaria, y otros secta-
rios, discípulos de Pedro de Bris, que lo era de
los Alpes, y después del Cunique, quien conver-
tido por San Bernardo, volvió a sus errores; fue-
ron los primeros, que penetraron en la Provenza, y
se desparramaron por la Alemania, Italia e In-
glaterra. Sus errores fueron fomentados por Ar-
noldo de Brezia, y Pedro Valde, comerciante de
León; los propiamente llamados Albigenses, re-
novaron la herejía de los Maniqueos, añadiendo
otras, no menos ridículas. Ellos establecían dos
principios en todas las cosas, Dios y el Diablo,
asegurando que el primero ha creado las almas, y
el segundo los cuerpos. De aquí, la negación del
antiguo testamento y de la doctrina de las patriar-
cas, admitiendo solamente el nuevo, y sosteniendo
tercamente la inutilidad de los sacramentos, ne-
gaban la infusión de nuevas almas, defendiendo la

ridícula metempsícosis de los pitagóricos. Despreciaban en su consecuencia, las oraciones y suffragios por los muertos, y negaban la resurrección, el infierno y el purgatorio: En fin, como un abismo suele precipitar en otro abismo, sostenían también otros muchos graves dislates, o mejor dicho, blasfemias execrables, contra los santos y sagrada persona de Jesucristo, hijo de Dios; diciendo «que el verdadero Redentor del género humano, ni había nacido en Belén, ni muerto en el Calvario; sino que sólo ha existido espiritualmente en el mundo, en la persona de San Pablo». Fueron condenados estos innovadores heréticos, por primera vez, en el año 1176, por el Concilio de Lombes por Gilberto de León; y en 1179 empleó contra ellos el de Letrán los rayos de la Iglesia.

En la época de esta novela, Diego, Obispo de Osma, secundado por Santo Domingo, su diocesano, por Arnolfo Abad de Citeana, y por Pedro de Castelnau, Obispo de Carcasona, intentaron predicar contra los Albigenses; aunque éstos eran protegidos por Raimundo el VI, conde de Tolosa, padre de doña Clemencia, y por otros Príncipes, adheridos a estos sectarios, y por conformidad con sus doctrinas, o por interés, o por política. Pedro de Castelnau tenía el carácter de Legado de la Santa Silla, y habiéndole echado en cara su perfidia al conde don Raimundo, éste le arrojó del Languedoc, y le hizo asesinar, cuando el Legado se embarcaba para pasar el Ródano. Este atentado y execrable crimen produjo funestas consecuencias.

Adelantándonos al curso de los acontecimientos, no será fuera de propósito recordar, que en el año 1210 el Papa excomulgó a Raimundo de Tolosa, y publicó contra los Albigenses una cruzada, de

que fué jefe Simón, conde de Monforte. Juntándose en León los cruzados, y habiendo entrado en el Languedoc, después de varios sitios y combates, tomaron a Beziers y Carcasona. En 1213, Pedro, rey de Aragón, de quien ya hemos hablado, los condes de Tolosa, de Fox, de Canuje, y Gastón, vizconde de Bearne, habían sitiado a Muret sobre el Garona, pero el conde Simón de Monforte lo sorprendió, y les derrotó cerca de cien mil hombres en una batalla, en que fué muerto Pedro de Aragón; aquel rey, que había escrito a una dama se lanzaba sólo por ella a la pelea, y a lo cual aludía sin duda el conde Monforte, cuando para entusiasmarlos a pelear, decía a sus soldados: «Cierta es nuestra victoria, porque nuestro enemigo sólo tiene a su favor los ojos de su bella.» Luis VIII de Francia hizo una guerra a los Albigenses, que terminó en 1228, en cuyo año Raimundo el joven, hermano de doña Clemencia, hijo del excomulgado que ya había muerto, se reconcilió con la Iglesia, y ajustó la paz con San Luis en Merlum. Derrotados los Abigenses, la Inquisición concluyó con los restos de estos sectarios, se se exceptúan los pocos que pudieron irse a los Bandois, retirados a los valles del Piamonte, de Francia y de Saboya, donde procuraron fomentar por algún tiempo sus errores, y a la aparición de Zuinglo le reconocieron por reformador de su secta, persistiendo tenaces en sus errores. Así que, habiendo sido inútiles cuantos medios de dulzura se emplearon para traerlos al gremio de la Iglesia, el Barón de Opeda hizo perecer por el fuego, o por el hierro, en virtud de decreto del Parlamento, a más de cuatro mil de los Albigenses, abandonando sus bienes al pillaje.

De los restos diseminados de esta secta, derivan algunos escritores el nombre de Agotes; raza, que

procedente del Languedoc, país ocupado por las armas católicas, salvaron el Pirineo, y se desparramaron por las fronteras vecinas, y ejercitaban el sortilegio y la magia, implorando la caridad pública con fingidas enfermedades. Tan aborrecidos eran en Navarra, que sólo se les permitía habitar fuera de los pueblos, dedicándolos a los oficios más viles, y tratándoles como esclavos. En los templos tenían asientos separados de los de los naturales; de modo, que arrastraron miserable y vagabunda existencia. El nombre de Agotes parece proceder del de godos, por haber éstos dominado largo tiempo en las comarcas de Tolosa, y de aquí el haberse conocido esta provincia con el nombre de Galia Gótica. Hoy mismo, la palabra Agote significa en Navarra, un hombre miserable, avaro, maldito, y apartado del trato de las gentes.

Doña Clemencia, que en la reclusión a que Samuel le había reducido, ignoraba de todo punto la protección que su padre dispensaba a los Albigenses, no pudo menos de sorprenderse y aterrarse al oír el aserto de don Sancho, de que el conde de Tolosa se hallaba excomulgado.

Ruiz de Azagra la enteró brevemente de lo mismo que nosotros acabamos de consignar.

Entonces la dama no pudo sostenerse, y cayó desmayada. Don Sancho y Ruiz de Azagra se apresuraron a levantarla. El rey notó entonces que era hermosa. Excitado, pues, por la curiosidad, que impele a cerciorarse del origen de todo lo que nos parece bello, preguntó:

—¿Y quién es esta dama?—sosteniéndola en sus brazos.

—Es doña Clemencia, la hija del excomulgado conde de Tolosa.

—¡Ah! maldición—exclamó don Sancho, golpeando su frente.

La triple idea de los padecimientos que sufriera doña Clemencia por amarle, la gratitud por haber desbaratado los pérfidos proyectos de un asesino, cuyo nombre aun no conocía, y el afecto que profesaba la dama al hijo de Zorayda, arrancó la anterior exclamación al rey. Todos estos sentimientos, con la necesidad de dar un heredero al reino, batallaban en su corazón con el recuerdo de Zorayda.

Por fin, la razón de Estado venció a la fuerza del dolor.

—Pues bien, señora; ya que la Providencia no ha querido coronar mis deseos, arrebatándome al ángel que tanto amé, vuestras desgracias tendrán un éxito dichoso. No puedo ofreceros un tesoro de amor, que ya he gastado con Zorayda. No suspiréis si véis que lo hago por ella; si véis que mi corazón no puede sentir otras sensaciones que las de gratitud, y que lloro al tender la vista a lo pasado; si véis, en fin, que este niño me arranca lágrimas que no son por vos. No es culpa mía, que mi corazón no responda a vuestros deseos, por no estar en mi mano. Seréis reina de Navarra, y nada turbará el afecto que os deberé como rey, como esposo y como caballero. Pero os prevengo, señora, que no intentéis jamás atraerme a la secta de vuestro padre, ni menos obligarme a auxiliarle en sus empresas. Entonces, el afecto se convertiría en odio. Una vez he avasallado mis sentimientos cristianos, y acallado el grito de mi conciencia. Mas ¡cuán caro lo he pagado! Yo he sido herido en los afectos, que me habían impelido a desatenderlos, y esta conducta ha llenado de luto mi alma, y de remordimientos las horas de mi soledad; y ved como estos remordimientos impiden que mi corazón no lata por vos, como merecen vuestra hermosura y vuestras virtudes. Cuidad de

ese ángel, vos que habéis tenido la suerte de recoger su primera sonrisa, y procurad educarle en máximas cristianas. Con respecto a Samuel, dejadle que consuma su existencia en esa estrecha tumba, que él os había deparado. Quiero que en ella expíe el crimen de haberos quitado la libertad, y de atentar contra mi vida. En vez de castigarle con las penas señaladas al regicida; me contento con encerrarle para siempre. Allí hará el oficio de verdugo su conciencia, y sus restos mortales no servirán un día de pasto a las aves de rapiña. Ruiz de Azagra—añadió el rey, dirigiéndose al rico-hombre;—pues como sanción de mis palabras, antes que como muestra de humillación; desde este momento, podéis prestar homenaje a doña Clemencia de Tolosa, reina poderosa de Navarra.

El rico-hombre se prosternó ante doña Clemencia, y besó respetuosamente su mano; al levantarse pudo notar el rey las lágrimas, que inundaban las mejillas del rico-hombre, y la turbación de doña Clemencia en el rostro.

—¿Lloráis, Ruiz de Azagra?—le preguntó sorprendido el rey.

—El tiempo, habéis dicho vos, no tiene prefijado ningún plazo para rellegar las lágrimas que nos arranca la pérdida del bien, que hemos amado.

—¿Amáis a doña Clemencia?

El rico-hombre, a quien la fuerza del dolor había arrancado las anteriores palabras, vióse embarazado para responder; por fin conoció, que para bien suyo y de la misma mujer, a quien amaba, convenía ocultar su pensamiento de amor al rey.

—Bien sabéis, señor—contestó con aplomo,—que la vista de la felicidad ajena aumenta el dolor de los que sufren; y la vuestra me hace pensar en mi desdicha, porque también yo amo, como vos habéis amado.

—¿A quién?—preguntó el rey.

—A doña Marqu esa—contestó el rico-hombre, señalando a la joven dama.

Ni para ésta, ni menos para doña Clemencia, corrió desapercibido lo que pasaba en el corazón de Ruiz de Azagra.

—¿Será cierto, doña Marquesa, que desdeñéis al primero de mis ricos-hombres? Su amor, puesto que él lo dice, debe ser inmenso. No soy aquí el rey que manda, doña Marquesa, soy el amigo del amante que intercede por él.

—Señor, yo le amo—contestó doña Marquesa.

Desmentido Ruiz de Azagra por la cándida dama, apeló a otro medio.

—Verdad es que ambos nos amamos—repuso Ruiz de Azagra, después de tender una significativa mirada a doña Marquesa;—pero a nuestra unión se opone la resolución de esta dama de abandonar la Corte, y retirarnos a un castillo de mis Estados; sólo a esta condición me otorga su mano.

—¡Ah!—repuso el rey contristado.—¿Queréis abandonarme.

Después de breves momento, en que fluctuaba entre ideas encontradas de otorgar, o negar su permiso real, midió, por el suyo, que había sentido hacia Zorayda, la extensión del amor de Ruiz de Azagra, y contestó:

—Pues bien; desde ahora podéis hacerlo; vivid felices, ya que vuestro rey no lo sea; marchad en paz.

Doña Clemencia comprendió el móvil de la resolución, que Ruiz de Azagra atribuía a doña Marquesa de Buñuel, y tuvo necesidad de armarse de todo el amor que profesaba al rey, para no morir a impulso de tan extrema determinación.

—¿Vendrás alguna vez a la Corte?—le preguntó con afán el rey.

—Sin cūda—respondió el rico-hombre.

—¿Cuándo?

—Cuando peligre mi religión, mi rey o mi patria.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de don Sancho.

El bandido lloraba.

—Una gracia también, señor; la última que os pido.

—Decidla y la tenéis otorgada.

—Os imploro—añadió Ruiz de Azagra al contemplarle,—os suplico el perdón para este hombre, que siendo bandido de las Bárdenas, ha desconcertado los planes de Samuel, y dado la libertad a doña Clemencia. Su alma es generosa y valiente, como la de un cumplido caballero; la miseria le había abismado en el crimen, y os recomiendo que lo empléeis en empresas nobles y heroicas. Ruiz de Azagra os garantiza a este hombre.

A estas palabras, el bandido se había prosteronado ante el rey; éste le mandó cariñosamente levantarse.

—Os empeño mi palabra real de protegerle—contestó el rey don Sancho a Ruiz de Azagra.

—Adiós, pues, señor—exclamó éste, tomando de la mano a doña Marquesa, aprestándose para marchar.

—El os guíe—contestó tristemente el rey;—rogad al cielo por mi ventura, como yo rogaré por la vuestra.

Y Ruiz de Azagra, tendiendo una mirada última a doña Clemencia, en la cual estaba compendiada toda una vida de amor y de amargura, salió con doña Marquesa.

El bandido se disponía a seguirle; Ruiz de Azagra le detuvo.

—No—le dijo ;—tú perteneces al rey y a la patria.

Y el bandido, llorando como un niño, abrazó con frenesí por la última vez a su generoso protector ; y el rico-hombre de Estella y doña Marquesa de Buñuel, abandonaron desde luego la Corte, refrenando aquél su dolor en presencia de su esposa, como hemos visto lo había refrenado en la del rey.

Al otro día de esta escena, el bandido tomaba posesión del empleo de capitán de la Guardia del rey.

Y poco después, el reino se entregaba a las demostraciones más puras de alegría, y a los regocijos y fiestas, que solemnizaban el fausto acontecimiento del enlace de don Sancho. Las damas, que antes tacharan de loca y ambiciosa a la hija del conde de Tolosa, y hasta se cebaran cruelmente en su reputación, la congratulaban por su dignidad, y rendían homenaje.

Doña Clemencia, la reina de Navarra, nunca exigió el auxilio de su marido para su padre, con respecto a la secta de los Albigenses.

Don Sancho se entregó a los negocios del reino y al dolor por la memoria de Zorayda. Su existencia adolecía de esa quietud de los sepulcros, de esa tranquilidad que suministra una vida desprovista de ilusiones, de ese marasmo, en fin, que sofoca la voluntad y la energía ; y comenzó a aislarse y retraerse de la sociedad ; y al contemplar las gracias de su hijo, meditaba sobre las vicisitudes de su vida, buscando la soledad para llorarla. Si esto era vida, ved la que arrostraba aquel fogoso joven, que el lector ha conocido al principio de esta novela, en el día de su coronación en la Corte de Navarra.

CAPITULO XXX

Batalla de las Navas, gloriosísima para los navarros.—D. Sancho acredita merecía el renombre de Fuerte por sus hazañas en ella.—Castigo providencial de Brehem y Mahoma.—Queda vengada Zoraida.—Reflexiones: y fin.

Seis años después de estos acontecimientos, falleció la reina doña Clemencia, dejando a su único hijo don Fernando, como heredero del reino, después de los días de su padre. Este acontecimiento había suavizado en algún tanto el dolor de don Sancho. La consideración de que la corona no pasaría a otra familia, lo aminoraba, en verdad. Y cuatro después, en el de 1212, don Alonso de Castilla, que nunca pudo olvidar la derrota que le hizo sufrir Almanzor en Alarcos, y la que recientemente acababa de experimentar con el sitio y toma de la plaza de Salvatierra por Mahomad, hermano de Zorayda, solicitó alianza con los príncipes españoles, y aun extranjeros, con el fin de formar, como formaron, un poderoso ejército. Favoreció celosamente esta alianza el papa Inocencio III, publicando Cruzadas contra los moros. Don Sancho de Navarra se asoció con el castellano,

y levantó un poderoso ejército para tan santa empresa.

Amparáronse los dos ejércitos en una parte de la montaña, llamada Sierra Morena, en los confines de Castilla la Nueva y de Andalucía; saca su nombre de Navas, del cercano lugar de Tolosa, en dicha parte de los confines de Castilla, y en una especie de muro, llamado Muradal, situado al pie del Guadalfagar, arroyo que lo baña. El de Mahomad constaba de 80,000 caballos, no habiendo sido posible a los escritores de aquel tiempo, reducir a cifras la prodigiosa multitud de infantes. Don Alonso de Castilla, don Pedro de Aragón y don Sancho de Navarra mandaban los ejércitos aliados.

Después de varios encuentros parciales, vinieron por fin a las manos el domingo 15 de julio de 1212. Mahomad y Brahem ocupaban una tienda de campaña, magníficamente adornada, *circuida de una red de hierro, y situada* en una eminencia, que dominaba el extenso campo, ocupado por su ejército; y allí, después de varia fortuna, los ejércitos cristianos coaligados, derrotaron completamente al de Mahomad, y alcanzaron una de esas victorias que sólo eran dadas a aquella raza de héroes y caballeros cristianos, y cuya narración únicamente es digna de la trompa épica; una de esas victorias, que Dios concede a los pueblos, para dorar con ellas las páginas de sus anales de gloria; la de las Navas de Tolosa, en fin, de cuya memoria brota tan glorioso acontecimiento, que hace rebosar de noble orgullo a los herederos de la generación que la alcanzara.

Mahomad y Brahem, contemplando desde la tienda la horrible destroza de su inmenso ejército, apelaron a la fuga, para salvar sus vidas; la hora de la venganza había sonado para el amante de

Zorayda, que mandaba el ala derecha del ejército de liados. Al frente de sus navarros, se dirige a la tienda de Brahem y Mahomad; tres hombres eran los que más obstinada y heroicamente secundaban al rey en sus hazañas, el uno, de cierta edad, y rusticidad en su semblante, era el bandido; el segundo, el caballeroso Ruiz de Azagra, que abandonando la paz doméstica y las caricias de su esposa, habíase incorporado espontáneamente en el ejército del rey don Sancho, cumpliendo con su palabra de hacerlo así, cuando peligrase *la religión, o su rey, o su patria*. El tercero, extremadamente joven, aunque armado de todas armas, y con fiera belleza, que hacía su aprendizaje en aquella guerra, era el hijo de don Sancho y de Zorayda.

Los cuatro, al frente del ejército navarro, salvaron las cadenas (1), que defendían la tienda, y estrechaban más y más a Mahomad y Brahem; quienes, montados en corredores caballos árabes,

(1) En el ángulo de los artísticos claustros de la Catedral de Pamplona, frente a la puerta de primitivo refectorio y del llamado Arcediano, hay una Capillita dedicada a la Santa Cruz circuida de una verja de hierro. Esta según constante tradición y el rótulo de su única pared interior interrumpido por la del retablo de «Las Navas de Tolosa» Don Sancho VIII de Navarra. Año 1212, procede de las cadenas que cercaban la tienda de Brahem y Almohad, ocupadas con otros muchos despojos por dicho rey. Otra inscripción encima de la puertecita del enrejado alusivo al objeto indica lo mismo en elegantes versos latinos — *Cingere suce cornu crucifixum ferrea vincula Barbarice gentis funere rupta manent. Sancius exuvias discerptas vindice ferrobue illic sparsi stematata frustra Pius. - Anno 1212;* - los cuales pueden parafrasearse así. 1.^a Aquestas verjas de hierro que rodean a Jesús; por el hombre en Cruz Clavado Llano, más vivo testimonio sean De la piedra de Sancho el Esforzado De las Navas en la inmortal pelea - Al Musulmán habíalas rancado Mas de celo a impulsos y de fe a la luz - Confiesa que el tiempo lo alcanzó a la Cruz. 2.^a Si su ace o sembró muerte y espanto - En la morisca hueste é insana multi ud - Da el homenaje al leño Sacrosanto - En varios templos dictóle gratitud Una víctima memorable tanto A tal lávaro debió su magnitud - Sirviendo de blasón trofeo ofrenda - De Miramarmolin rota la tienda. Otra porción de las mismas cadenas regaló a la Insigne colegiata de Tudela en donde nació y murió; y otra a la de Roncesvalles; en cuya Igle. yace sus cenizas por Superior declaración en competencia con aquella y el Real Monasterio de la Oliba.

huyeron a galope en dirección a Jaén. Don Sancho y su guardia los persiguieron con obstinación, y al despecho de la noche, que con su obscuridad protegía a los fugitivos. Brahem, cansado por fin su caballo, fué alcanzado por el joven guerrero; quien descargó sobre él tan certera lanzada, que cayendo de su dicho caballo, sólo pudo exclamar, remedando a un Emperador romano: «Venciste, Zorayda.»

Y apenas profirió estas palabras, cuando la caballería, que seguía en persecución de Mahomad, pisoteó su cuerpo, machacando su cráneo, y desfigurando horriblemente su cadáver.

Así acabó Brahem una vida llena de maldades, a impulsos del hijo de su víctima. Don Sancho no pudo menos de reconocer en este suceso la mano justiciera de Dios.

Mahomad, espoleando su caballo, consiguió por fin, burlar la activa persecución de don Sancho y sus soldados, refugiándose en Baeza; mas no considerándose seguro, mudó de caballo, y no descansó hasta llegar a Jaén aquella misma noche.

Tan importante y gloriosa fué esta victoria, que quedaron muertos en el campo de batalla, más de 150,000 infantes, y 30,000 caballos; número de cadáveres, que hacinados por los campos, embarazaba la marcha de los vencedores, peligrando la victoria en los estragos que ella misma había ocasionado; de los cristianos murieron solamente 25 soldados, que Moret los asciende a 115.

Extraordinariamente afligido, Mahomad pasó al Africa, en donde, no pudiendo sobrevenir al dolor de su derrota en España, murió al poco tiempo después, dejando dos hijos; quienes, no pudiendo entenderse en la repartición de las tribus y reinos de su padre, dieron ocasión de revolucionarse, y constituirse en soberanos a los gobernadores de

las provincias. De aquí la formación de muchos reinos particulares en el África y España, como los de Granada, Túnez, Tremezen, Trípoli, y el de Fez, del cual se enseñorearon los Merinos.

El cielo había escuchado el juramento de don Sancho sobre el cadáver de Zorayda, de vengarla «hasta en sus generaciones», y la maldición de Zorayda, al anunciarle Brahem la falsa muerte de don Sancho.

Alcanzada esta batalla, tan memorable, cada uno de los reyes vencedores se retiró a su reino; y el de Navarra se dedicó a los negocios de Estado, luchando siempre con la melancolía, que consumía su vida. De los ricos despojos, ganados en esa batalla de las Navas, construyó magníficos monumentos, que simbolizan su piedad, y algún afecto que no ha transmitido la historia. El edificó la Iglesia Colegial de Tudela, restauró el Monasterio de Santa María de la Oliva, no distante de Caparroso, benefició a la célebre de Roncesvalles, fundando y dotando a perpetuo, diez mil raciones para los pobres, como ya lo había hecho con la llamada mesa de tales pobres en Tudela; mudó el curso al Ebro, y le ciñó con un puente, que prueba bien el temple de alma de quien mandara construirle.

Pasaron algunos años; y en uno de los últimos de la vida del rey, pereció su hijo, el príncipe don Fernando, yendo de cacería en persecución de un oso. La pena de toda su vida se realizó, y vino a consumarse con tan infausto, como lamentable acontecimiento. Ya no legaba ningún heredero al trono, que pertenecía de derecho a su cuñado don Teobaldo, príncipe extranjero, de la casa de los condes de Champagne y Brie.

La desaparición de todos los objetos que le eran tan queridos, acabó de emponzoñar la mi-

serable vida del rey ; y con la resolución irrevocable de sustraerse, en cuanto le fuera posible, del trato y versación mundanal, proyectó construir un castillo encima del subterráneo, que había servido de prisión a la difunta reina doña Clemencia.

Al abrir los cimientos a golpe de los picos y las hachas, aparecían restos humanos mutilados, destrozados y llenos de tierra ; los trabajadores se horrorizaron y comenzaron a hacer sus versiones sobre la triste suerte que cabría o hubiese cabido a su poseedores. Don Sancho acalló estos rumores. Los restos eran los del infeliz Samuel. Por fin, se edificó el castillo ; y a su reclusión perpetua en él, y al aislamiento a que se redujo durante el resto de su melancólica vida, debe su renombre de *Encerrado*.

¿ En esta reclusión no pudo tener parte el disgusto de la vida, desde que Zorayda no la animaba ? ¿ desde que sus gracias, belleza y amor no latían dulcemente en su corazón, y renovaban, por decirlo así, su existencia, llenando sus días de gloria y felicidad ?

Si algo de esto hubo con el dolor de la pérdida del hijo ; si para esta resolución conspiraron el dolor de rey amante y de rey padre, deber es de las generaciones venideras, compadecer al desdichado monarca, a quien tanto adeuda el antiguo reino de Navarra.

Todas las predicciones de Samuel habían tenido cumplido y desastroso éxito ; todas las desgracias preveyó su ciencia, menos la suya propia. Mas tampoco debe pasar desapercibida y sin saludable contemplación el recuerdo de lo sucedido en el día de su coronación como rey de Navarra ; cuando por una especie de vaticinio u horóscopo fatal, acaeció la caída de la corona en tierra, que entonces se creyera mera coincidencia casual. Así

es que el rey don Sancho, lejos de olvidar aquel acontecimiento, le consideró por el contrario presagio de triste verdad, y como anuncio de vicisitudes, contrariedades y desdichas que había de experimentar en el curso de su largo reinado.

Fecundo, a la verdad, fué éste en peripecias y hechos memorables, por más de un concepto; a la par que suministra luminosa instrucción y enseñanza provechosa para cuantos debían sobrevivirle en la tierra. Graves conflictos y remordimientos agitaron sus días, por dejar predominar en su corazón una pasión vehemente; que si bien natural, llevada empero al extremo menoscabaría su regia dignidad, y un juramento solemne prestaba a Dios al investirse de ella con desvío, sino olvido de sus respetables deberes; las encontradas situaciones con que figuran y aparecen todos los personajes en el curso y episodios de esta más historia que novela, desde el monarca hasta el bandido de las Bardenas, y últimamente el interesante desenlace y éxito que les cabe, en el cual enternece la recompensa debida a la virtud y probidad, do quiera que se encuentre, así como brilla el castigo que temprano o tarde alcanza al vicio y la depravación; todo habla alta y elocuentemente a todo linaje de personas.

Todos los afanes y esfuerzos del autor se encaminan esencialmente a enaltecer su Patria, y las acciones poco comunes de este antiguo reino de Navarra, importante también en alto grado a la Nación Española y a la causa de la humanidad en general. Sin el elemento moral que en último resultado viene a resplandecer en las páginas de esta obra, mal se puede labrar, y antes bien son quiméricos el bienestar y ventura de los individuos, en las familias, Provincias y Estados; pertenece a todos los tiempos,

y a todos los reinos. Las ideas del justo o injusto, los vicios y las virtudes, las acciones ora loables, ora dignas de censura o vituperio, los reconoce por base. En el corazón de los hombres, cualesquier que sean su origen, su país natal, su categoría y rango, se halla siempre instalado un Tribunal inapelable e incorruptible. Sin esta coexistencia, que nace y muere con los seres humanos, no se concibe sociedad, ni menos su duración y perfectibilidad.

Respecto al hijo natural de don Sancho y de Zorayda, fué uno de los héroes que dieron más gloria y esplendor a Navarra en los reinados sucesivos.

Su vida, acciones y altos hechos, pudieran utilizarse para una obra de alguna extensión; pero nos es forzoso dejarlo para mejor ocasión, poniendo fin a ésta con las palabras del Príncipe de los ingenios españoles: «Nunca segundas partes fueron buenas.»

FIN